

JOHN SILENCE, INVESTIGADOR DE LO OCULTO

Algernon Blackwood

ANTIGUAS BRUJERIAS

I

Hay, al parecer, ciertas personas totalmente vulgares, sin ninguna característica que las haga propicias a correr aventuras, quienes, sin embargo, sufren una o dos veces en sus vidas apacibles una experiencia tan extraña que obligaría al mundo entero a contener la respiración... ¡Y a pensar en el más allá! Y son casos fundamentalmente de este tipo los que suelen caer, por regla general, dentro de la jurisdicción de John Silence, médico del alma, quien, apelando a su profundo humanitarismo, a su paciencia inagotable y a sus grandes cualidades de simpatía espiritual, consigue con frecuencia la solución de problemas de la más extraña complejidad y del más profundo interés humano.

Le gustaba seguir la pista y rastrear, hasta sus fuentes ocultas, los casos más curiosos y fantásticos, tan extraños que a veces eran casi increíbles.

Para él constituía una verdadera pasión desentrañar conflictos yacentes en la más íntima naturaleza de la vida, aliviando, de paso, los sufrimientos de un alma humana atormentada. Y, desde luego, los nudos que deshacía eran extraños con mucha frecuencia.

La gente, por supuesto, necesita una base plausible para dar crédito a ciertas cosas, al menos algo que pretenda explicarlas. Todo el mundo puede comprender fácilmente que tales casos le ocurran a un aventurero: estas gentes llevan en sí mismas la adecuada explicación de sus vidas excitantes; sus caracteres les impulsan continuamente a la búsqueda de ciertas circunstancias propicias a la aventura. No confían sino en sí mismos y esto les satisface. Pero las personas vulgares y corrientes no parecen tener derecho a sufrir experiencias del más allá; y, si las tienen, la gente, que no espera tal cosa de ellas, queda chasqueada, por no decir ofendida. Su esquema del mundo se ha visto rudamente trastornado.

—¡Que tal cosa le haya sucedido a ese individuo! —exclaman—, ¡A un hombre tan vulgar! ¡Es demasiado absurdo! ¡Debe haber alguna equivocación!

Sin embargo, no cabe duda de que al insignificante Arthur Vezin le sucedió efectivamente algo, algo sumamente curioso, por lo cual acudió a consultar al Dr. Silence, a quien se lo expuso con todo detalle. No cabe duda de que aquello le sucedió realmente, al menos en apariencia o quizá en su interior, pero le sucedió sin ningún género de dudas, a pesar de las burlas de los pocos amigos que escucharon el relato, los cuales observaron juiciosamente que "tal cosa quizá hubiera podido suceder a Iszard, a aquel chiflado de Iszard, o a aquel viejo zorro de Minski, pero nunca al vulgar e insignificante Vezin, que estaba destinado a vivir y a

morir de la forma más anodina".

No se sabe cómo será su muerte, pero indudablemente Vezin no ha vivido "de la forma más anodina", al menos en lo tocante a este suceso concreto de su vida, que por lo demás es perfectamente apacible. Al oírle contar su experiencia y observar el cambio que se verificaba en sus rasgos pálidos y delicados, al escuchar cómo su voz se hacía más suave y sosegada a medida que avanzaba en el relato, se adquiría el convencimiento de que sus vacilantes inhábiles palabras eran incapaces de transmitirla. Cada vez que la contaba, volvía a vivir su experiencia. Durante el relato se borraba hasta su personalidad propia. Se hundía en la narración, la cual casi llegó a convertirse en una especie de larga disculpa por haber vivido tal aventura. Parecía pedir excusas y perdón por haberse atrevido a tomar parte en un episodio tan fantástico. Pues el insignificante Vezin poseía un alma tímida, bondadosa, sensible, poco apta para la lucha, tierna para con los hombres y los animales; y era incapaz, casi constitucionalmente, de decir que no o de reclamar los derechos que en justicia le deberían haber correspondido. Todo su plan de vida parecía excluir de ella por completo cualquier episodio más emocionante que perder un tren o dejarse olvidado el paraguas en el autobús. Y cuando se vio mezclado en aquellos extraños sucesos, ya había sobrepasado los cuarenta años bastante más de lo que él admitía o sospechaban sus amigos.

John Silence, que le oyó hablar de su aventura en más de una ocasión, dijo que a veces omitía ciertos detalles o introducía otros nuevos; pero que, sin embargo, todos ellos eran notoriamente ciertos. Toda la aventura estaba grabada indeleblemente en su memoria. Ninguno de sus detalles era imaginario o inventado. Y cuando relataba la historia completa, con todos sus pormenores, el efecto que producía en el auditorio era innegable. Relucían sus expresivos ojos castaños y se descubría y revelaba la parte más cordial de su personalidad, que de ordinario estaba cuidadosamente reprimida. Nunca perdía, por supuesto, su excesiva modestia; pero, mientras hablaba, se olvidaba del presente y se mostraba casi apasionado al revivir de nuevo su pasada aventura.

Cuando comenzó ésta se hallaba cruzando el norte de Francia, de regreso a su hogar, tras una de esas excursiones montañosas a que se entregaba, solitario, todos los veranos. Sólo llevaba un maletín pequeño en la red de equipajes; el tren resultaba sofocante debido a la enorme cantidad de viajeros, la mayor parte de los cuales eran impenitentes turistas ingleses.

Estos le disgustaban mucho, pero no porque fuesen compatriotas, sino porque eran ruidosos e impertinentes y conseguían borrar, con sus largas piernas y trajes chillones, todo el encanto de aquel día que, de lo contrario, tanto placer lo habría producido, sumergiéndolo dulcemente en su propia insignificancia y haciéndole olvidarse de su propio ser. Estos ingleses armaban a su alrededor, un fragor insoportable y le hicieron

pensar vagamente en que debería mostrarse, en general, más enérgico y menos tímido y ser capaz de exigir con decisión algunas cosas que, si bien no le eran necesarias y carecían realmente de importancia, constituían pequeñas satisfacciones de las que tampoco tenía por qué privarse, como, por ejemplo, sentarse junto a la ventanilla, subir o bajar la persiana según le conviniese, etc.

De tal modo se sentía a disgusto en el tren, que deseaba ardientemente la llegada del final del viaje y encontrarse de nuevo en su cómoda casita de Surbiton, en compañía de su hermana soltera.

Y cuando el tren, jadeante, se detuvo por diez minutos en aquella pequeña estación del norte de Francia y él bajó al andén a estirar un poco las piernas y vio, consternado, cómo una nueva remesa de las Islas Británicas transbordaba de otro tren al suyo, sintió súbitamente que le era imposible continuar el viaje. Incluso su alma abúlica se revolucionó ante tal perspectiva; y la idea de pasar la noche en la pequeña ciudad y proseguir el viaje al día siguiente, en un tren más lento y menos atestado, se fue adueñando de su mente. Cuando se le ocurrió esta idea, el pasillo que conducía a su compartimiento estaba ya totalmente bloqueado y el empleado gritaba ya *En voiture!* Pero, por una vez, actuó con decisión y luchó impetuosamente por recuperar su maletín.

Viendo que el pasillo y las plataformas estaban atascados, golpeó la ventanilla (pues junto a ella estaba su asiento) y rogó al francés que iba sentado frente a él que le alcanzase su equipaje, explicándole torpemente, por sus dificultades en el idioma, que deseaba interrumpir allí su viaje. Y según declaró, este francés, hombre ya de edad madura, le arrojó una mirada, mitad de advertencia, mitad de reproche, que no podrá olvidar nunca hasta el día de su muerte. Le dio el maletín a través de la ventanilla del tren ya en movimiento y al mismo tiempo dejó caer en sus oídos una larga frase, dicha rápidamente y en voz baja, de la que tan sólo fue capaz de comprender las últimas palabras: "*à cause du sommeil et à cause des chats*".

En contestación a la pregunta hecha por el Dr. Silence, quien, gracias a su singular agudeza psíquica, en seguida había comprendido que este francés representaba un punto vital de la aventura, Vezin confesó que el hombre le había impresionado favorablemente desde un principio, aunque no era capaz de explicar por qué. Habían estado sentados el uno frente al otro durante las cuatro horas que había durado el viaje y, aunque no habían entablado conversación —Vezin era tímido, y más aún ahora debido a su torpeza en el idioma—, había tenido la vista continuamente fija en la cara del francés, casi hasta parecer insolencia; ambos habían evidenciado, con toda clase de pequeñas cortesías y atenciones, su deseo de mostrarse amables. Se habían atraído mutuamente y sus personalidades no habían chocado o, mejor dicho, no habrían chocado de haberse llegado a tratar. El francés parecía, desde luego, haber ejercido una silenciosa influencia protectora sobre el pequeño e insignificante

inglés; y, sin palabras ni gestos, había dado a entender que le agradaba y que gustosamente le habría hecho cualquier favor.

—¿Y esa frase que dejó caer junto con el maletín? —preguntó John Silence, sonriendo con esa simpatía habitual con que siempre lograba vencer las defensas de sus pacientes—, ¿es usted capaz de recordarla exactamente?

—Fue tan rápida, tan vehemente, en voz tan baja —explicó Vezin con su vocecilla—, que no me enteré prácticamente de nada. Sólo pude comprender unas pocas palabras, las últimas, y eso porque las pronunció muy claramente y sacando la cabeza por la ventanilla para que le oyese mejor.

—¿"A cause du sommeil et à cause des chats"? —repitió el Dr. Silence, como hablando consigo mismo.

—Eso es, exactamente —dijo Vezin—, que quiere decir algo así como, "a causa del sueño y a causa de los gatos", ¿no es así?

—Ciertamente, así lo traduciría yo —observó brevemente el doctor, que no deseaba hacer más interrupciones que las imprescindibles.

—Y el resto de la frase, es decir, todo el principio que no pude comprender, era como una advertencia de que no hiciera no sé qué, de que no me quedase en aquel pueblo o quizá en algún lugar determinado de él. Esta fue la impresión que me dio.

Después, por supuesto, había partido aquel tren bullicioso y Vezin había quedado, solo y bastante olvidado, en el andén.

El pueblecito trepaba, disperso, por una escarpada colina que se levantaba más allá de la llanura donde estaba la estación, y lo coronaban las torres gemelas de la arruinada catedral, asomando por encima de la cumbre. Desde la estación, el pueblo parecía moderno y desprovisto de interés; pero la verdad es que la parte antigua, medieval, se hallaba fuera del campo de la vista, tras de la cresta de la colina. Y una vez que hubo llegado a la cúspide y penetrado en las viejas callejas de la parte antigua, se vio de pronto introducido en la vida de un siglo pretérito, lejos de su habitual y cotidiana realidad moderna. Recordó el bullicio y la agitación del tren atestado como si fuera un episodio ocurrido muchos días atrás. Le envolvió el espíritu de esta silenciosa ciudad de la colina, remotamente ajena a turistas y automóviles, que soñaba su propia vida apacible bajo el sol de otoño, y se sintió hechizado por él. Bajo este hechizo estuvo actuando durante mucho rato sin darse cuenta. Anduvo blandamente, casi de puntillas, por las estrechas y tortuosas callejuelas, cuyos tejados casi se tocaban de uno a otro lado, y entró en el porche de la solitaria posada con actitud modesta e implorante, como pidiendo excusas por introducirse en aquel lugar y perturbar su sueño apacible.

Al principio —según dijo Vezin— se fijó muy poco en estas cosas. Fue mucho después cuando empezó a intentar analizarlas. De momento, lo único que le impresionó fue el delicioso contraste entre aquel silencio y

aquella paz, y el polvo y ruidoso rechinamiento del tren. Se sintió aliviado y acariciado como un gato.

—¿Como un gato, dice usted? —Interrumpió John Silence, cogiéndole la palabra rápidamente.

—Sí. Desde el primer momento sentí esa impresión —rió Vezin, como disculpándose—. Sentí como si el calor y el silencio y el bienestar me fuesen a hacer ronronear. Así parecía ser, por otra parte, el ambiente del lugar... entonces.

La posada, una casa antigua, retorcida, sobre la cual flotaba aún la atmósfera de lejanos días pretéritos, no pareció dispensarle una acogida demasiado calurosa. Según dijo, su sensación fue de ser simplemente tolerado. Pero era una posada cómoda y barata; y la deliciosa taza de té que pidió en cuanto pudo, le hizo sentirse realmente satisfecho de sí por haber dejado aquel tren de una manera tan atrevida y original. Pues a él le había parecido atrevida y original. Se sentía audaz. Su habitación, además, le agradó mucho, con su oscuro zócalo y el bajo techo irregular; y el pasillo, largo, un poco en cuesta, que a ella conducía, le pareció el camino más adecuado para llevarle a aquella verdadera Cámara del Sueño, pequeño y oscuro retiro alejado del mundo, donde ningún ruido podía entrar. Daba a la parte trasera de la casa, a un patio apacible. Todo ello era delicioso y, sin saber por qué, se sintió como si estuviese vestido de suavísimo terciopelo y como si los suelos fuesen mullidamente alfombrados, y las paredes, almohadilladas. Los ruidos de la calle no podían entrar allí. Le rodeaba una atmósfera de absoluta paz.

Para tomar aquella habitación de dos francos se había tenido que enténder con la única persona que parecía haber en la posada aquella tarde adormecida, un viejo camarero de bigotes gatunos y sonmolienta cortesía, que, al verle, se había dirigido perezosamente hacia él a través del patio de piedra. Pero más tarde, cuando bajó de su habitación a dar un paseo por el pueblo antes de cenar, se encontró con la posadera en persona. Era una mujerona enorme, cuyos pies, manos y facciones parecían flotar, como si nadase hacia él, a través del mar de su corpulenta persona. Emergían en su dirección, por así decir, pero tenía ambos ojos grandes, oscuros y vivaces que neutralizaban en parte la impresión producida por su corpulencia y revelaban que su propietaria era mujer vigorosa y alerta. Cuando la vio por primera vez, estaba sentada en una sillita baja, al sol, haciendo punto de media; y había algo en su aspecto o actitud, que le sugirió inmediatamente la idea de un enorme gato atigrado, adormilado, pero aún despierto, muy soñoliento; pero, sin embargo, al mismo tiempo, preparado para una acción instantánea. Le hizo pensar en algo así como en un gran cazador de ratones al acecho.

La mujer le abarcó de una sola y comprensiva ojeada, cortés aun sin ser cordial. Vezin observó que su cuello debía de ser extraordinariamente flexible, pese a sus proporciones, pues lo fue girando con suma facilidad,

para seguirle con la vista a medida que él caminaba; y también la cabeza, que se inclinaba con gran flexibilidad.

—Pero cuando me miró, ¿sabe usted? —dijo Vezin con aquella sonrisita suplicante en sus ojos castaños y aquel leve gesto de sus hombros, como de quien quita importancia a algo, tan característico en él —, tuve la extraña convicción de que, en realidad, había intentado hacer un movimiento completamente distinto, y que de un solo salto podría haber cruzado todo el patio para caer a zarpazos sobre mí, como un enorme gato sobre un ratón.

Lanzó una risita blanda y el Dr. Silence, sin interrumpirle, apuntó algo en su libro de notas, mientras Vezin proseguía en el tono de voz de quien teme haber hablado ya demasiado y dicho más de lo que pudiéramos creer.

—Era muy gruesa, pero muy activa para su volumen y masa; y me daba la sensación de que se daba cuenta de lo que yo hacía, incluso cuando me encontraba a su espalda y no podía verme. Su voz era melosa y suave cuando me habló. Me preguntó si me habían subido ya mi equipaje y si me encontraba cómodo en mi habitación; y luego añadió que la cena era a las siete y que en ese pueblo la gente era muy mañanera y madrugadora. Intentaba dar a entender a las claras que las últimas horas del día no eran muy sugestivas en aquel lugar.

Evidentemente, esta mujer contribuyó no poco, con su voz y modales, a darle la impresión de que allí iba a ser "manejado" por los demás; que otros se ocuparían de arreglar y planear las cosas por él, y que no tendría más que hacer sino encajar, como una rueda dentada en su muesca correspondiente, y obedecer. No se esperaba de él ninguna acción enérgica ni ningún esfuerzo personal. Todo esto constituía el exacto reverso del malhadado tren. Salió a la calle apacible y caminó lenta y placenteramente. Se daba cuenta de que se hallaba en un *milieu* muy apropiado a su manera de ser: siempre le había repelido la acción directa. Era mucho más agradable obedecer. Empezó de nuevo a ronronear y sintió que todo el pueblo ronroneaba con él.

Vagó sin rumbo por las calles de la pequeña ciudad, y cada vez se fue hundiendo más profundamente en la atmósfera de reposo que la caracterizaba. Sin rumbo fijo vagabundeo de arriba a abajo y de aquí para allá. El sol de septiembre caía oblicuamente sobre los tejados. Bajando por calles tortuosas orladas de aleros ruinosos y abiertas ventanas, captó vistas fantásticas de la extensa planicie, de los prados y de los amarillos matorrales que se extendían allá abajo igual que el mapa de un sueño en la niebla.

Sintió que en aquel lugar actuaba poderosamente el hechizo del pasado.

Las calles estaban llenas de hombres y mujeres pintorescamente vestidos, todos ellos muy atareados en sus respectivos quehaceres; pero ninguno pareció fijarse en él ni se volvió a mirar su aspecto

llamativamente inglés. Fue incluso capaz de olvidar que, con su marcado aspecto de turista, constituía una nota discordante en aquel cuadro encantador; y se fue fundiendo cada vez más con el ambiente, sintiéndose deliciosamente insignificante y sin conciencia de sí. Era como si fuera poco a poco entrando a formar parte de un sueño de colores suaves, pero en forma tan gradual que ni siquiera se diese cuenta de que era un sueño.

Hacia el Este, la colina caía más verticalmente y la llanura de abajo se hundía súbitamente en un mar de densas sombras, donde los pequeños bosques formaban a modo de islas y los campos de rastrojo eran como aguas profundas. Vagabundeo a lo largo de viejos bastiones de fortalezas antiguas que sin duda alguna vez fueron formidables, pero que ahora sólo constituían un fantástico misterio de rotas murallas grises cubiertas de indómitas hiedras y enredaderas. Desde el ancho parapeto en que se sentó un momento, y que estaba al mismo nivel que las redondeadas copas de los plátanos recién podados de la llanura, vio allá abajo la explanada que se extendía en las sombras. Aquí y allá se posaba en las caídas hojas amarillas un amarillo rayo de sol; y miró hacia abajo desde la altura y vio que la gente del pueblo paseaba por allí, sin rumbo, al fresco del atardecer. Pudo oír el sonido de sus pasos lentos; y el murmullo de sus voces se elevó hasta él a través de los resquicios de la enramada. Allá abajo, las figuras de calmosos movimientos lo parecieron sombras, apenas entrevistas a través de los claros del follaje.

Allí estuvo sentado durante largo rato, pensativo, sumergido en las olas de murmullos y ecos casi perdidos que llegaba hasta él y rodeado de las hojas de los plátanos. Toda la ciudad y la pequeña colina en que se alzaba con la misma naturalidad que un antiguo bosque, le parecieron como un enorme ser que yaciese medio dormido en la planicie y ronronease para sí al tiempo que dormitaba.

Y, de pronto, mientras se fundía perezosamente con sus propios ensueños, llegó hasta sus oídos un sonido de trompas e instrumentos de cuerda y madera; y la banda del pueblo empezó a tocar en el lejano extremo del paseo lleno de gente, acompañada por tambores de son apagado y acariciador. Vezin era muy sensible para la música; era un inteligente aficionado e incluso se había aventurado, sin que lo supieran sus amigos, a componer algunas apacibles melodías de graves acordes, que él mismo tocaba para sí, delicadamente matizadas con el pedal, cuando se hallaban a solas. Y esta música que se elevaba entre los árboles, tocada por una banda invisible, pero sin duda muy pintoresca, le hechizó. No reconoció ninguna de las piezas que tocaron, las cuales le dieron la impresión de que estaban siendo simplemente improvisadas por una banda sin director. A lo largo de las distintas melodías no se mantenía ningún movimiento marcado, y empezaban y terminaban de una manera singular y caprichosa, igual que el viento soplando a través de un Arpa Eolia. La música formaba parte integrante de la escena, y de la hora

—tan parte integrante de la escena y de la hora como la moribunda luz del día o la tenue brisa acariciante—, y las dulces notas de las trompas arcaicas y plañideras, atravesadas por el sonido más agudo de la cuerda, y todo ello casi ahogado por el continuo retumbar del grave tambor, le hechizaron de una forma curiosamente intensa, casi excesiva, para ser totalmente agradable.

Había ciertamente en todo esto una extraña atmósfera de hechizo. La música le evocaba el misterio de la naturaleza. Le hacía pensar en árboles barridos por el viento, en brisas nocturnas cantando en las cuerdas de ropa y en los cañones de las chimeneas o entre las jarcias de invisibles navíos: también le sugería —y el símil irrumpió en sus pensamientos con violenta intensidad— un coro de animales, de salvajes criaturas reunidas en alguno de los más desolados parajes del mundo, aullando y cantando como cantan o aullan a la luna los animales. Le parecía oír incluso los gemidos plañideros y semihumanos de los gatos en los tejados nocturnos; y esta música, de intervalos fantásticos, apagada por los árboles y la distancia, le hizo pensar en una extraña reunión de estas criaturas en algún remoto tejado del cielo, cantando a coro su música solemne a sí mismos y a la luna.

Al momento se dio cuenta de que era muy extraña la imagen que la música le sugería, puesto que su sensación se expresaba mejor de una manera visual que de cualquier otra. Los intervalos ejecutados por los instrumentos eran locamente extraños y sugerían imágenes de gatos sobre las tejas nocturnas, tan velozmente subían los *crescendos*, tan bruscamente se precipitaban los *disminuendos* en las notas más graves, y tan loco, confuso y discordante resultaba el total. Pero, al mismo tiempo, de la melodía se desprendía una dulzura plañidera; y, por otra parte, las discordancias de los instrumentos eran tan singulares que no herían su sentido musical como hubiera hecho, por ejemplo, un violín desafinado.

Durante largo rato estuvo escuchando, con total abandono de sí mismo; y luego volvió lentamente a la posada, envuelto en el crepúsculo y en el aire que se iba volviendo frío.

—¿No sintió usted ninguna alarma? —interrumpió brevemente el doctor Silence.

—Nada en absoluto —dijo Vezin—; pero, ya sabe usted, era todo tan fantástico y encantador que me quedé profundamente impresionado. Quizá demasiado —continuó explicando amablemente— y entonces quizá fuera esta violenta impresión, causa predisponente para otras impresiones que fui recibiendo luego; pues mientras regresaba a la posada, el hechizo del lugar empezó a apoderarse de mí de una docena de maneras, y todas ellas distintas. Hubo otras cosas que ni aun entonces me pude explicar.

—¿Quiere usted decir incidentes?

—No, casi no fueron ni incidentes. Se fueron superponiendo en mi mente un tropel de vividas sensaciones que no pude desentrañar.

Acababa de ponerse el sol, y los viejos y destartalados edificios recortaban siluetas mágicas sobre un rojo y dorado cielo opalescente. La oscuridad se derramaba por las callejuelas retorcidas. La colina estaba ceñida en todo su contorno por un oscuro mar, cuyo nivel crecía con las tinieblas. El encanto de una escena como ésta, ya sabe usted, puede llegar a ser muy grande; y así lo fue aquella noche para mí. Sin embargo, me di cuenta confusamente de que lo que yo sentía no estaba directamente relacionado con el misterio y maravilla de la escena.

—Es decir, las sutiles transformaciones del espíritu no provenían únicamente de la belleza —indicó el doctor al notar que vacilaba.

—Exactamente —prosiguió Vezin, animándose de nuevo y sin miedo ya de que nos riéramos a su costa—. Mi sensación procedía de alguna otra cosa. Por ejemplo, al bajar por la bulliciosa calle principal, donde hombres y mujeres regresaban alegremente del trabajo a casa, compraban cosas en puestos y tenderetes, y charlaban ociosamente formando grupitos, vi que yo no despertaba el menor interés y que nadie se fijaba en mí como forastero y extranjero. Era totalmente ignorado y mi presencia entre ellos no excitaba ningún interés especial o atención.

"Y entonces, completamente de repente, me vino la convicción de que esa indiferencia y falta de curiosidad eran sencillamente fingidas. Todo el mundo, sin duda de ninguna clase, me estaba espiando furtivamente. Cada movimiento que yo hacía era advertido y observado. Su indiferencia no era sino fingida, cuidadosamente fingida.

Hizo una pausa para ver si nos reíamos de él; luego continuó, tranquilizado.

—Es inútil preguntarme cómo me di cuenta de esto, porque, sencillamente, no puedo explicarlo. Pero el descubrirlo me produjo una gran impresión. Antes de llegar a la posada, sin embargo, hubo otra cosa que se me metió irresistiblemente en la imaginación y que no pude por menos de reconocer como cierta. Y también ésta, lo digo desde ahora mismo, era igualmente inexplicable. Quiero decir que no puedo hacer más que relatar el hecho, el hecho tal como me sucedió.

El hombrecillo se levantó del sillón y se quedó en pie, sobre la alfombra y ante el fuego. Su timidez desaparecía por momentos, a medida que se perdía de nuevo en la magia de la vieja aventura. Incluso sus ojos le brillaban al hablar.

—Bien —prosiguió, levantando, en su excitación, su débil vocecilla—; cuando se me ocurrió por primera vez, acababa de entrar en una tienda.... aunque me figuro que la idea llevaría ya un buen rato fraguándose subconscientemente antes de aparecérseme en tan súbita y completa madurez. Estaba comprando unos calcetines, me parece —rió—, y luchando con mi detestable francés, cuando me di cuenta de que a la mujer de la tienda le importaba un comino el que yo comprase o dejara de comprar. Le tenía sin cuidado vender o no vender. Lo único que hacía allí era simular vender.

"Esto quizá les parezca un incidente demasiado trivial y caprichoso para edificar sobre él todo lo que sigue. Pero en la realidad no tuvo nada de trivial. Quiero decir que fue la chispa que prendió el reguero de pólvora que llegó a producir el enorme incendio de mi mente.

"Me acababa de dar cuenta, de repente, de que la realidad de aquel pueblo era muy otra de la que había visto yo hasta entonces. Las actividades verdaderas y los intereses auténticos de la gente eran otros y muy distintos de lo que parecía. La realidad de sus vidas quedaba oculta en algún lugar invisible, detrás del escenario. Su bullicio y actividad no eran sino apariencias externas, que enmascaraba sus verdaderas intenciones. Compraban y vendían, y comían y bebían, y paseaban por las calles; pero, sin embargo, la corriente fundamental de su existencia discurría por cauces subterráneos, por gargantas secretas, fuera del alcance de mi vista. En las tiendas y en los puestos no se preocupaban de si yo sentía o no interés por sus artículos; en la posada, eran indiferentes a si me iba o me quedaba; el curso de su vida discurría remoto para mí, brotaba de ocultas fuentes misteriosas, fluía lejos de mi vista, desconocido. Todo era una farsa enorme y deliberada, quizá montada en beneficio mío o quizá para sus propios fines. Pero el curso principal de sus existencias discurría por otro lado. Yo sentía algo así como lo que podría sentir una sustancia extraña y hostil introducida en un organismo humano, cuando éste trata por todos los medios de expulsarla o absorberla. Esto mismo estaba haciendo aquel pueblo conmigo.

"Esta extraña certidumbre se apoderó de mí en forma irresistible cuando regresaba paseando a la pasada; empecé a intentar imaginarme apresuradamente dónde podría residir la vida auténtica de este pueblo y cuáles podrían ser los intereses y actividades reales de su vida oscura.

"Y ahora que mis ojos estaban ya parcialmente abiertos, pude observar tres detalles que me intrigan, el primero de los cuales creo que fue el extraordinario silencio que reinaba en todo el lugar. Todos los ruidos del pueblo eran positivamente ahogados, sofocados. Aunque todas las calles estaban empedradas con guijarros irregulares, la gente se movía silenciosamente, blandamente, con pasos afelpados, igual que gatos. Todo resultaba acallado, mudo, amortiguado. Las mismas voces eran bajas, susurrantes como ronroneos. No parecía haber nada clamoroso, vehemente ni enérgico en aquella atmósfera adormecida, de sueño apacible, que envolvía al pueblecito dormido en la colina. Era como la mujer de la posada: quietud aparente que oculta una intensa actividad y desconocidos propósitos.

"Sin embargo, no percibí por ninguna parte señales de letargo o pereza. La gente era activa y despierta. Pero todo, el mismo bullicio de la calle, estaba envuelto en un amortiguamiento mágico y desconocido, como en un hechizo.

Vezin se pasó un momento la mano por los ojos, como si sus recuerdos se hiciesen demasiado dolorosos. Su voz se había ido

convirtiéndose en un susurro, por lo cual habíamos escuchado con cierta dificultad la última parte de su relato. Era evidente que lo que nos estaba contando era cierto, y también que se trataba de algo que él a la vez deseaba y odiaba contar.

—Volví a la posada —prosiguió en voz más alta— y cené. Sentía a mi alrededor un mundo nuevo y extraño. Se iba desdibujando mi antiguo mundo de realidades. Allí, me gustase o no, me tenía que enfrentar con algo nuevo e incomprensible. Lamenté haber dejado el tren tan impulsivamente. Me hallaba metido en una aventura y yo he sido siempre enemigo de toda clase de ellas, considerándolas como algo totalmente ajeno a mí. Más aún, sentía que me hallaba a las puertas de una aventura muy oscura y honda a suceder dentro de mí, que iba a tener lugar en un terreno que yo no podía controlar ni medir; y a mi asombro se mezcló un sentimiento de angustia, angustia por la integridad y estabilidad de lo que durante cuarenta años había considerado mi "personalidad".

"Subí y me acosté, mientras mi cabeza rebosaba de pensamientos extraños a mí, de carácter obsesionante. Para aliviarme, me obligué a pensar en aquel tren encantador, prosaico y ruidoso, y en todos sus sanos y tumultuosos pasajeros. Casi deseaba volver a estar con ellos. Pero mis sueños me condujeron a otros terrenos. Soñé con gatos, con criaturas de movimientos afelpados, y con el silencio de una vida oscura y amortiguada que se extendía más allá de nuestros sentidos.

II

Vezin permaneció allí día tras día, Indefinidamente, mucho más tiempo del que había pensado quedarse. Se sentía adormilado y aturdido. No hacía nada en particular, pero el lugar aquel le fascinaba y no podía decidirse a abandonarlo. Siempre le había sido muy difícil tomar decisiones y, por ello, se asombraba a veces de lo bruscamente que había adoptado la de bajarse del tren. Parecía como si alguien la hubiera tomado por él; y, en una o dos ocasiones, sus pensamientos volaron hacia aquel atezado francés del asiento frontero al suyo. ¡Ojalá hubiera podido entender aquella larga frase que terminara, tan extrañamente, con un "*a cause du sommeil et a cause des chats*"! Se preguntaba cuál habría podido ser su exacto significado.

Mientras tanto, le había dominado por completo la afelpada calma de la ciudad, e intentaba en medio de aquella paz y tranquilidad, descubrir dónde residía el misterio y en qué consistía. Pero su limitación en el idioma y su constitucional aversión a las investigaciones activas, le impidieron abordar a la gente y hacerles preguntas directas. Se contentaba con observar, vigilar y permanecer en estado negativo.

El tiempo siguió siendo tranquilo y neblinoso, y esto le ayudó. Vagabundeo por la ciudad hasta que conoció cada calle y cada paseo.

La gente le permitía ir y venir sin obstaculizarle ni estorbarle; pero, cada día que pasaba, se le hacía más evidente que no dejaban de vigilarlo ni un momento. El pueblo le espiaba como el gato espía al ratón. Y él no consiguió adelantar ni un paso hacia el descubrimiento de por qué estaban todos tan atareados ni por dónde discurría la corriente real de sus actividades. Todo esto permanecía en tinieblas. La gente era tan suave y misteriosa como los gatos.

Pero que estaba continuamente bajo vigilancia, se le fue haciendo más evidente de día en día.

Por ejemplo, cuando iba, dando un paseo, hasta el extremo último del pueblo y allí entraba en un verde jardincillo público, bajo las murallas, y se sentaba a tomar el sol en uno de sus vacíos bancos, se veía completamente solo... al principio. No estaba ocupado ningún otro asiento; el parque estaba desierto; los caminos, vacíos. Sin embargo, al cabo de unos diez minutos de su llegada, había ya muy bien veinte personas diseminadas a su alrededor, unas paseando sin rumbo fijo por los senderos de grava o contemplando las flores, y otras sentadas en los bancos de madera, tomando agradablemente el sol. Ninguna de ellas parecía reparar en él; a pesar de esto, comprendía perfectamente que habían ido allí a espiarle. Le mantenían sometido a estrecha vigilancia. En la calle le habían parecido bastante atareados y activos; sin embargo, ahora parecían haberse olvidado súbitamente de sus obligaciones y ya no tenían nada que hacer sino descansar ociosamente al sol, sin acordarse para nada de sus trabajos y quehaceres. Cinco minutos después de irse él, el jardín volvía a quedar desierto, los asientos vacíos. Pero, en cambio, en la calle, ahora repleta de gente atareada, sucedía lo mismo; nunca estaba solo. Siempre estaban ocupándose de él.

Poco a poco, además, fue empezando a comprender de qué modo tan inteligente lo espiaban, que no lo parecía. La gente aquella no hacía nada de una manera *directa*. Actuaban de un modo *oblicuo*. Se rió para sus adentros cuando expresó esta idea, circunscribiéndola en palabras, pero la verdad es que esta frase lo describía con exactitud. Le miraban desde ángulos desde los cuales, lógicamente, sólo se hubiese podido dirigir la vista hacia otro sitio muy distinto. Sus movimientos, además, eran oblicuos en todo lo que se refería a él. Era evidente que las cosas rectas, directas, no les gustaban. No hacían nada con claridad. Cuando entraba a comprar algo en una tienda, la mujer se iba rápidamente al extremo lejano del mostrador y allí se ponía a hacer cualquier cosa; sin embargo, le contestaba inmediatamente —en cuanto él decía algo, demostrando con ello que se había dado perfecta cuenta de su presencia, y era ésta únicamente su manera de atenderle. Era la actitud del gato la que adoptaban. Incluso en el comedor de la posada, el camarero, cortés y bigotudo, flexible y silencioso en todos sus movimientos, parecía incapaz de llegarse directamente hasta su mesa para atender un encargo o llevar un plato. Iba haciendo zigzags, indirectamente, vagamente, de manera

que parecía estar yendo a cualquier otra mesa, sólo que de pronto, en el último momento, se volvía y ya estaba allí junto a él.

Vezin sonreía de una forma singular al describir cómo fue empezando a darse cuenta de estas cosas. No había más turista que él en la hospedería, pero recordaba que uno o dos viejos del pueblo iban allí a tomar su *déjeuner* y a cenar; y también recordaba cuán fantásticamente entraban en el comedor, en actitud similar a la de todos los demás. Primero se detenían en el umbral de la puerta, atisbando la habitación; luego, después de una cuidadosa inspección, entraban de lado, por así decir, pegados a la pared de tal manera que Vezin nunca sabía a qué mesa se estarían dirigiendo; y, en el último momento, casi se abalanzaban hacia sus respectivas sillas. Y de nuevo esto le sugirió las maneras y métodos de los gatos.

También le llamaron la atención otros pequeños incidentes que ocurrían por todas partes en aquel pueblo extraño y sigiloso, de vida indirecta, amortiguada. La gente aparecía y desaparecía con una extraordinaria rapidez, que le intrigaba sobremanera. Sabía que era posible que el fenómeno fuese perfectamente natural; pero no podía descifrar cómo la calle se tragaba o arrojaba a las personas en un instante, sin puertas visibles ni aberturas lo suficientemente próximas para explicar racionalmente el fenómeno. En cierta ocasión fue siguiendo a dos mujeres de edad que había sorprendido examinándole con un interés tan particular como disimulado desde el otro lado de la calle. Era muy cerca de su posada, y las vio doblar la esquina sólo unos pocos pasos delante de él. Pues bien, cuando él, que iba pisándoles los talones, torció vivamente por la misma esquina, no vio más que una calle desierta, sin la menor señal de vida. Y la única abertura por donde podían haberse escabullido era un soportal que había a unos cincuenta metros de la esquina y al cual, en ese tiempo, no habría podido llegar el más rápido de los corredores humanos.

Y de la misma forma súbita aparecía la gente cuando menos se lo esperaba. Una vez oyó el ruido de una gran disputa que procedía de detrás de cierto pequeño vallado; se apresuró a ver qué sucedía y consiguió ver un grupo de mujeres y jovencitas enzarzadas en vociferadora discusión, que se apagó al momento, hasta convertirse en el murmullo habitual de la ciudad, en cuanto su cabeza hubo asomado por encima de la valla. E incluso entonces, ninguna de ellas se volvió para mirarle directamente, sino que todas se escabulleron a través del patio con increíble rapidez y desaparecieron por puertas y soportales. Y sus voces —pensó— habían sonado muy parecidas, extrañamente parecidas a gruñidos coléricos de animales irritados, casi como de gatos.

A pesar de todo, el alma auténtica del pueblo seguía evitándole, esquiva, variable, escondida del mundo exterior, y, al mismo tiempo, intensa y genuinamente vital; y, desde el momento en que él, ahora, pertenecía a la vida del pueblo, esta esquivez y oscuridad le intrigaban y

le irritaban; más aún, empezaban ya a asustarle.

A través de las nieblas que lentamente se iban acumulando en sus pensamientos habituales, empezó a surgir la idea de que los habitantes del pueblo estaban esperando algo de él, esperando a que se decidiese, a que tomase una actitud, a que hiciera una cosa u otra; y que, cuando él se hubiese definido, ellos, a su vez, darían por fin una respuesta directa y lo aceptarían o rechazarían. Pero no podía conjeturar sobre qué asunto concreto se esperaba su decisión.

Una o dos veces se puso a seguir a pequeñas comitivas o grupos de ciudadanos con el objeto de descubrir, si era posible, qué es lo que pretendían; pero siempre le descubrieron a tiempo y se desparramaron, tomando cada uno un camino distinto. Siempre era lo mismo: no había manera de saber dónde residía la vida real de estas gentes. La catedral siempre se hallaba vacía; y la vieja iglesia de San Martín, que estaba al otro extremo del pueblo, desierta. Comercaban porque tenían que hacerlo, no porque desearan comprar nada.

Las tabernas estaban solitarias, los tenderetes no eran visitados, los pequeños cafés permanecían vacíos. A pesar de esto, las calles siempre se encontraban llenas y la gente siempre bulliciosa.

—¿Es posible —se dijo, aunque con una sonrisa de indulgencia por haberse atrevido a pensar una cosa tan rara—, es posible que estas gentes sean gentes de crepúsculo, que sólo de noche vivan su vida real, que sólo se manifiesten sinceramente en la oscuridad? ¿Están durante el día haciendo una simple farsa, insincera pero valiente, y sólo cuando se hunde el sol empiezan su vida auténtica? ¿Tienen alma, quizá, de cosa nocturna, y está toda la bendita ciudad en manos de los gatos?

Su fantasía se las arreglaba para torturarle continuamente con escalofríos y pequeñas crisis de espanto. Pero, aunque fingía reírse, se daba perfecta cuenta de que estaba empezando a sentirse allí más que a disgusto, y de que fuerzas extrañas estaban tirando con mil cuerdas invisibles del mismo centro de su ser. Algo remotamente lejano a su ordinaria vida cotidiana, algo que había permanecido dormido durante años, empezó a insinuarse poco a poco en lo más hondo de su alma, lanzando sutiles tentáculos a su cerebro y su corazón, moldeando ideas extravagantes e influyendo incluso en algunos de sus menores actos. Sentía que en la balanza estaba en juego algo extraordinariamente vital para él, para su alma.

Y siempre que volvía a la posada, a la hora del crepúsculo, veía las figuras de los habitantes del pueblo escabulléndose furtivamente en la oscuridad de las tiendas, paseando como centinelas de aquí para allá en las esquinas de las calles, y siempre desvaneciéndose en silencio, como sombras, en cuanto él intentaba aproximarse. Y como la posada cerraba invariablemente sus puertas a las diez, nunca había encontrado la oportunidad, que temía y deseaba, de descubrir por si mismo las revelaciones que podría hacerle de noche la propia ciudad.

—"*A cause du sommeil et á cause des chats*" —las palabras sonaban en sus oídos cada vez con mayor frecuencia, aunque continuaban desprovistas aún de toda significación definida.

Más aún, había algo que le hacía dormir como un muerto.

III

Creo que fue al quinto día de estar allí —aunque en este detalle a veces variaba su relato— cuando hizo un descubrimiento definitivo, que aumentó su inquietud y le condujo al más vivo acmé de la ansiedad. Antes de esto ya había sentido que se estaba verificando un cambio dentro de sí mismo y que habían acontecido ciertas sutiles transformaciones en su carácter, modificándose incluso algunos de sus pequeños hábitos. Y él había fingido ignorarlo. Esto otro, sin embargo, no lo pudo ignorar por mucho tiempo; y le aterró.

A lo largo de toda su vida casi nunca se había mostrado muy positivo, sino más bien francamente negativo, acomodaticio y complaciente; sin embargo, cuando la necesidad le obligaba a ello, era capaz de actuar con razonable vigor y tomar una decisión relativamente enérgica. El descubrimiento que acababa de hacer, y que tan viva angustia le había producido, era que esta capacidad había disminuido realmente hasta desaparecer por completo. Le era imposible reagrupar su mente dispersa. Porque este quinto día se dio cuenta de que ya había permanecido bastante tiempo en la ciudad y de que, además, por razones que sólo vagamente podía intuir, lo más prudente y *seguro* era abandonarla.

¡Y se daba cuenta de que no podía dejarla!

Todo esto es muy difícil de expresar en palabras, y fue más, el gesto y la expresión de su cara lo que hizo comprender al doctor Silence el grado de impotencia a que Vezin había llegado. Toda aquella vigilancia, todo aquel espionaje —dijo—, le habían envuelto, por así decir, en una densa red que le tenía atrapado y le imposibilitaba toda huida; se sentía como una mosca enredada en una enorme telaraña; estaba cogido, apresado, y no se podía escapar. Era una sensación angustiosa. Había sido invadida su voluntad por un insidioso entumecimiento que la dejaba incapaz de la menor decisión. La simple idea de acción —en el sentido de escaparse— le empezaba a causar terror. Todas sus fuerzas vitales estaban dirigidas ahora hacia las profundidades de sí mismo, luchando por arrastrar hacia la superficie algo que yacía enterrado allí, casi más allá de sus propios alcances. Se vio obligado a reconocer la indudable existencia de algo que él, sin duda, había ya olvidado hacia mucho tiempo, quizá años o, más aún, quizá siglos. Parecía como si se estuviese abriendo una ventana en las profundidades de su ser, ventana que le iba quizá a revelar un mundo completamente distinto y desconocido, aunque

en, cierto modo, incomprensiblemente, vagamente familiar también. Aún más allá de este mundo, imaginaba una cortina enorme; y, cuando ésta se recorriese, se ofrecería a sus ojos un panorama más amplio de esta misma región; y, por último, sería capaz de empezar a comprender la vida secreta de aquella insólita ciudad.

—¿Tendrá esto alguna relación con su vigilancia? —se preguntaba con el corazón encogido—. ¿Será que están aguardando el momento en que yo me una a ellos... o los rechace definitivamente? Entonces, en última instancia, ¿la decisión depende de mí y no de ellos?

Y fue entonces cuando por primera vez se le apareció el verdadero carácter siniestro de la aventura, por lo que sintió una angustia sofocante. Estaba en juego la estabilidad de su pequeña y vacilante personalidad, y sintió pavor en el fondo de su corazón.

¿Por qué, si no, habría adquirido la costumbre de caminar furtivamente, sigilosamente, haciendo el menor ruido posible y mirando constantemente detrás de él? ¿Por qué, si no, habría andado siempre casi de puntillas por los pasillos de la posada prácticamente desierta, y cuando estaba en la calle, no cesaba de buscar deliberadamente un refugio en que poderse eventualmente guarecer? ¿Y por qué, de no haber estado asustado, le habría parecido tan súbitamente juiciosa y deseable la precaución de no salir a la calle después del atardecer? ¿Por qué todo ello, en efecto?

Y cuando John Silence insistió, con tacto, en que diese alguna posible explicación de estas cosas, confesó, disculpándose, que no podía dar ninguna.

—Era simplemente el terror de que en cualquier momento podía pasarme algo, a menos que me mantuviese siempre alerta. Sentía miedo. Era instintivo —fue todo lo que pudo decir—. Tenía la impresión de que toda la ciudad iba detrás de mí, que me querían para algo, y que, si conseguían hacerse conmigo, ya podía darme por perdido, a mí o, al menos, a mi yo conocido, para caer en un desconocido estado de conciencia. Pero yo no soy psicólogo, ya lo sabe usted —añadió humildemente, y no sé explicarlo mejor.

Hizo éste, su gran descubrimiento una tarde que se dedicaba a holgazanear por el patio en espera de que le llamaran para cenar; e inmediatamente subió a su apacible habitación, al fondo del tortuoso corredor, para pensar a solas sobre aquello. Ciertamente que el patio también estaba vacío, pero en él siempre existía la posibilidad de que aquella enorme mujer, tan temida por él, saliese de cualquier puerta, con el pretexto de hacer calceta, y se sentase allí a espiarle. Esto ya había pasado varias veces y no podía soportar ya ni la simple vista de la corpulenta mujer. Aún se acordaba de aquellas extrañas fantasías que se le habían ocurrido al principio, de que ella iba a saltar sobre él en el momento en que la volviese la espalda, y que caería sobre su cuello de un solo salto demoledor. Por supuesto, no era más que una tontería, pero no

podía quitárselo de la cabeza; y, cuando una idea se empieza a comportar de esta forma, deja ya de ser una tontería para convertirse en algo importante y real.

Subió, pues, por las escaleras. Estaban oscuras y aún no habían encendido las lámparas de aceite en el corredor. Anduvo a trompicones por la desigual superficie del viejo entarimado y pasó junto a las sombrías siluetas de las puertas del corredor —puertas que nunca había visto abiertas— que sin duda daban a habitaciones que nunca parecían tener ocupante. Anduvo, según su nueva costumbre, sigilosamente y de puntillas.

A mitad de camino del último tramo de corredor, precisamente del que conducía a su cuarto, había un brusco recodo, y fue en él donde, mientras tentaba a ciegas las paredes con las manos extendidas, tocaron sus dedos algo que no era pared, algo que se movía. Era algo suave y cálido, indescriptiblemente fragante, y que le llegaría a la altura de su hombro; y él, inmediatamente, pensó en un gatito peludo y perfumado. Al momento siguiente se dio cuenta de que se trataba de algo radicalmente distinto.

Sin embargo, en vez de investigar más —sus nervios, según confesó, estaban demasiado sobreexcitados para ello—, lo que hizo fue encogerse todo lo que pudo contra la pared opuesta. La cosa, fuera lo que fuese, pasó a su lado, deslizándose con un murmullo suave, y luego, retirándose con pasos leves por el corredor por donde él acababa de llegar, desapareció. Le llegó una ráfaga de aire cálido y perfumado.

Durante un momento, Vezin contuvo la respiración y permaneció en silencio total, medio apoyado en la pared; y luego, de pronto, cruzó casi corriendo la distancia que le quedaba, entró precipitadamente en su cuarto y cerró a toda prisa la puerta. Sin embargo, no había sido el miedo lo que le había hecho correr: era excitación, una excitación placentera. Sus nervios hormigueaban y un fuego delicioso le recorría todo el cuerpo. Como en un relámpago, se dio cuenta de que esto era precisamente lo mismo que había sentido hacía veinticinco años, cuando, siendo un muchacho, se enamoró por primera vez. De arriba a abajo le recorrían cálidas oleadas de vida que le inundaban en un remolino de dulce placer. De pronto, se había vuelto tierno, amoroso, apasionado.

La habitación estaba completamente a oscuras, y se dejó caer en el sofá que había junto a la ventana, intentando dilucidar lo que le había sucedido y su posible significado. Pero lo único que en aquellos momentos podía comprender claramente es que en él acababa de verificarse un cambio etéreo, mágico: ya no quería irse de allí, ni siquiera pensar en ello. El encuentro en el corredor lo había cambiado todo. Aún flotaba a su alrededor el extraño perfume que hechizaba su razón y su alma. Pues sabía perfectamente que había sido una mujer joven quien había pasado junto a él y una cara de mujer joven lo que sus dedos habían tocado en la oscuridad, y se sentía, incomprensiblemente, como si ella le hubiera

besado, como si le hubiera besado de lleno en los labios.

Temblando, se sentó en el sofá junto a la ventana y se esforzó en poner en orden sus ideas. Era completamente incapaz de comprender cómo el simple paso de una joven junto a él en la oscuridad de un estrecho pasillo podía haber comunicado un estremecimiento tan fulgurante a todo su ser, hasta el punto de estar todavía agitado por la dulce impresión. ¡Sin embargo, así era! Era tan innegable como imposible de analizar. En sus venas había penetrado alguna especie de fuego antiguo que ahora corría tumultuosamente por su sangre, y el hecho de que tuviese cuarenta y cinco en vez de veinte años no significaba lo más mínimo. Por encima de todo, de su tormento interior y confusión emergía un único hecho saliente y definitivo: la mera presencia, el contacto meramente casual con aquella muchacha desconocida, invisible en la oscuridad, había sido suficiente para despertar fuegos dormidos en lo hondo de su corazón y levantarle todo el ánimo, desde un estado de perezosa debilidad a otro de desgarradora y tumultuosa excitación.

Al cabo de un rato, sin embargo, la edad de Vezin empezó a manifestar sus poderosos efectos, se tranquilizó algo, y cuando por fin sonó un golpecito en la puerta y oyó la voz del camarero notificándole que la cena estaba ya dispuesta, hizo un esfuerzo y bajó lentamente las escaleras que conducían al comedor.

Cuando entró, todos levantaron la vista hacia él, pues llegaba con mucho retraso; pero él ocupó su asiento de costumbre, en el rincón alejado y empezó a comer. Todavía le perduraba un cierto temblor en los nervios, pero el hecho de haber cruzado patio y vestíbulo sin ver ninguna mujer había contribuido a calmarle un poco. Comió tan de prisa que casi pareció estar representando la escena habitual de la mesa redonda tan frecuente en muchas posadas, y, de pronto, atrajo su atención un leve cambio acontecido en la estancia.

Su silla estaba colocada de tal manera que la mayor parte de la larga *salle á manger* quedaba a su espalda; mas no necesitó volverse para saber que la misma persona con que se había cruzado en el corredor acababa de entrar en la habitación. Sintió su presencia mucho antes de ver u oír algo.

Luego se puso tenso cuando los viejos, únicos huéspedes además de él, se fueron levantando uno a uno de sus sitios y cambiaron saludos con alguien que pasaba junto a ellos, de mesa en mesa. Y cuando, por último, con el corazón latándole furiosamente, se volvió para cerciorarse por sí mismo.

Vió la figura de una jovencita flexible y esbelta que atravesaba la habitación hacia la mesa del rincón que él ocupaba. Andaba maravillosamente con la gracia sinuosa de una joven pantera, y su proximidad le llenó de un tan delicioso aturdimiento que en un principio fué totalmente incapaz de fijarse en su cara y de pensar qué significaba allí la presencia de aquella criatura que de nuevo le hacía sentirse lleno de

calor y felicidad.

—*Ah, iMa'mselle est de retour!* —oyó murmurar a su lado al viejo camarero; y sólo le había dado tiempo a figurarse que debía de ser la hija de la propietaria, cuando ya estaba ella a su lado y oyó su voz. Se dirigía a él. Vio confusamente unos labios rojos, dientes blancos, reidores, y unos descuidados rizos de fino cabello oscuro en torno a sus sienes; todo lo demás era como un sueño en el que su propia emoción se interponía como una pesada nube ante sus ojos y le impedía ver los detalles de aquel rostro y darse cuenta también de lo que él mismo hacía. Sin embargo, sí se la dio de que ella le estaba saludando con una graciosa y leve reverencia, que sus ojos grandes y bellos se miraban profundamente en los suyos, que el perfume que había sentido en el pasillo oscuro llegaba de nuevo hasta él, y que ella se inclinaba hacia su cara, apoyando una mano en la mesa, junto a su brazo. Se hallaba muy cerca —esto era lo principal— y le estaba explicando que ella siempre se interesaba mucho por el bienestar de los huéspedes de su madre y que ahora venía a ofrecer sus servicios al último llegado, es decir, a él.

—*M'sieur* ya lleva aquí unos pocos días — oyó decir al camarero; y luego oyó la voz de ella, dulce, musical, que replicaba:

—Ah, pero *M'sieur* no irá a dejarnos precisamente ahora. Mi madre es muy vieja y muchas veces no puede atender debidamente al confort de nuestros huéspedes; pero ya estoy yo aquí y pondré remedio a todo —rió deliciosamente—. *M'sieur* quedará satisfecho.

Vezin, pugnando con su emoción y su deseo de mostrarse educado, medio se levantó para agradecer tan halagüeñas palabras y consiguió tartamudear una especie de respuesta; pero, al hacerlo, su mano rozó casualmente la de ella, que estaba apoyada en su mesa, lo cual le transmitió una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Los mismos cimientos de su alma se tambalearon en sus profundidades. Vio los ojos de ella fijos en los suyos con una mirada de atenta curiosidad; y, un momento después, observó que, en su turbación, se había vuelto a sentar en la silla, incapaz de hablar, que la muchacha ya se iba, atravesando de nuevo el comedor, y que él se había puesto a comer la ensalada con un cuchillo de postre y una cucharilla de café.

Anhelando que volviese y temiéndolo, al mismo tiempo, engulló de cualquier manera el resto de la cena y en seguida se marchó a su habitación para quedarse a solas con sus pensamientos. Esta vez los pasillos estaban iluminados y no tuvo en ellos ningún contratiempo excitante, a pesar de que el tortuoso corredor se hallaba lleno de sombras y, de que el último tramo, desde el recodo de marras en adelante, le pareció más largo que nunca. El corredor no era llano, sino que tenía un cierto declive, como un sendero en la ladera de una montaña; al recorrerlo suavemente, de puntillas, le dió la sensación de que en realidad aquel pasadizo le iba a conducir al exterior de la casa, al mismo corazón de un gran bosque antiguo. El mundo cantaba en su alma. Por su cerebro

revoloteaban extrañas fantasías; y una vez en su habitación no encendió las velas, sino que se sentó junto a la abierta ventana y estuvo pensando largamente, soñando sueños remotos que espontáneamente y en bandadas acudían a su mente.

IV

Toda esta parte del relato le fue contada al doctor Silence sin hacerse mucho rogar, es cierto, aunque no sin gran embarazo y muchos balbuceos. No podía explicarse de ninguna de las maneras —dijo— cómo se las había arreglado la chica para afectarle tan profundamente, incluso antes de haber puesto sus ojos en ella. Su simple proximidad en las tinieblas fue suficiente para encender la hoguera. No sabía lo que era un flechazo; y, durante años, habíase mantenido apartado de toda relación sentimental. Con cualquier miembro del sexo opuesto, pues vivía encerrado en su timidez y era excesivamente consciente de sus propios abrumadores defectos. A pesar de todo, esta hechicera jovencita le había buscado a él deliberadamente. Su comportamiento no ofrecía duda, pues siempre se iba con él, a la menor ocasión. Casta y dulce lo era sin duda, pero francamente incitante también; y le dominaba por completo con una simple mirada de sus ojos brillantes, si es que no le tenía ya dominado desde la primera vez, en la oscuridad, con la única magia de su invisible presencia.

—¿Le daba a usted la *sensación* de que ella era sana y buena? —inquirió el doctor—. ¿No tuvo usted ninguna reacción de cierto tipo..., por ejemplo, de alarma?

Vezin levantó vivamente la cabeza, con una de sus inimitables sonrisas de disculpa. Tardó un ratito en contestar. El simple recuerdo de su aventura hizo enrojecer sus tímidas facciones, y sus ojos pardos miraron hacia el suelo cuando contestó.

—No me atrevería a afirmarlo —explicó por fin—. Tuve que confesarme a mí mismo, algunas noches que no podía dormir y me quedaba despierto en la cama hasta muy tarde, que sentía ciertos escrúpulos de conciencia. Me iba viniendo la certeza de que en ella había algo... ¿Cómo diría yo?... Bueno, algo impío. No es que fuese impureza de ninguna clase, ni física ni mental, lo que quiero decir, sino otra cosa, algo completamente indefinible, que me daba una especie de sensación vaga como de reptil. Ella me atraía y al mismo tiempo me repelía mas que... que...

Vaciló, terriblemente ruborizado, y no pudo acabar la frase.

—Nunca me ha pasado nada igual, ni antes ni después —concluyó confusamente—. Me figuro que habrá sido, como acaba usted de sugerir, algo parecido a un flechazo. De todas formas, fuera lo que fuese, era algo lo suficientemente fuerte para hacerme deseable aquel espantoso pueblo

encantado y quedarme en él durante años y años sólo por verla a diario, oír su voz, contemplar sus maravillosos movimientos y, alguna vez, quizá tocar su mano.

—¿Podría explicarme donde cree, dónde siente que radicaba el origen de su poder sobre usted? —preguntó John Silence, mirando deliberadamente a cualquier sitio menos al turbado narrador.

—Me sorprende que me pregunte *usted* eso —respondió Vezin, con la máxima dignidad que pudo expresar—. Creo que ningún hombre puede explicar convincentemente a otro dónde radica la magia de la mujer que le ha apresado en sus redes. Yo, desde luego, no puedo. Lo único que puedo decir es como no decir nada: que una mujer me ha hechizado, que simplemente el saber que ella vivía y dormía bajo el mismo techo me llenaba de una extraordinaria sensación de placer.

—Pero hay algo que sí puedo decir —prosiguió gravemente, con los ojos encendidos—. Y es que ella parecía resumir y sintetizar todas las extrañas fuerzas ocultas que tan misteriosamente actuaban en el pueblo. Cuando caminaba de un lado para otro, tenía los sedosos movimientos de una pantera, suave, silenciosa, y los mismos procedimientos indirectos, oblicuos, de los habitantes del pueblo; daba la impresión de ocultar, igual que éstos, algún propósito secreto, propósito que, no me cabía duda, me tenía a *mí* como objetivo. Para mi terror y placer, me sentía constantemente vigilado por ella, y eran tales su maestría y disimulo que otro hombre menos susceptible que yo, por así decirlo —hizo un gesto suplicante—, o quizá menos sobre aviso por lo que ya había pasado antes, nunca se habría dado cuenta de nada en absoluto. Siempre callada, siempre reposada, parecía, sin embargo, estar en todas partes a la vez, de manera que nunca podía escapar de su vigilancia. Continuamente me encontraba con la mirada fija y risueña de sus grandes ojos, —en los rincones de cualquier habitación, en los pasillos, contemplándome tranquilamente desde una ventana, o en una de las calles más bulliciosas del pueblo.

La intimidad entre ambos parece que hizo rápidos progresos desde aquel primer encuentro que tan violentamente había alterado el equilibrio interior del hombrecillo. Era este hombre muy estirado y relamido, y la gente estirada y relamida suele vivir habitualmente en un mundo tan reducido que cualquier cosa violenta e inusitada les puede sacar brusca y completamente de él; por ello, esta clase de gente suele desconfiar instintivamente de todo lo que represente una cierta originalidad. Sin embargo, al cabo de cierto tiempo, Vezin empezó a olvidarse de su estiramiento. La chica se portaba siempre modestamente y además, como representante de su madre, era lógico que tratase con los huéspedes del hotel. El que entre ambos brotase un espíritu de camaradería no tenía nada de particular. Además, era joven, era encantadoramente bonita, era francesa, y, evidentemente, él le gustaba.

Al mismo tiempo, había en todo ello algo indescriptible —una cierta

atmósfera indefinible, propia de otros lugares y otras edades— que le hacía mantenerse alerta y a veces llegaba hasta a cortar la respiración con un brusco sobresalto. Según confió en un susurro al doctor Silence, era algo así como un sueño o un delirio, mitad delicioso, mitad terrible; y más de una vez se dio cuenta bruscamente de que estaba diciendo o haciendo algo, obligado por unos impulsos que apenas reconocía como propios.

Y, aunque a veces le volvía la idea de marcharse, cada vez lo hacía con menos insistencia, de modo que seguía allí día tras día, fundiéndose cada vez más con la soñolienta vida de aquella extraña ciudad medieval y perdiendo cada vez más su propia personalidad. Sentía que pronto se iba a descorrer la cortina de las profundidades de su alma, con horrible ímpetu, y que se vería de repente admitido en el secreto de la oscura vida que se extendía al otro lado. Pero, para entonces, ya se habría convertido en un ser completamente distinto.

Mientras tanto, notaba, por varios pequeños detalles, que intentaban hacerlo agradable su estancia allí: flores en el cuarto, una butaca más confortable en su rincón, e incluso platos especiales, extraordinarios, en su mesa del comedor. Además, las conversaciones con "Mademoiselle Ilsé" se iban haciendo cada vez más frecuentes y placenteras; y, aunque casi siempre giraban acerca del tiempo o detalles locales, observó que la chica nunca tenía prisa por terminarlas y que con frecuencia se las arreglaba para interpolar pequeñas y extrañas sentencias, que, aunque nunca acababa él de comprender, se daba cuenta de que eran muy significativas.

Y fueron precisamente estos incisos ocasionales, llenos de un significado que se le escapaba, los que le harían sospechar en ella algún propósito oculto y encontrarse a disgusto. Todos iban encaminados a hacerle sentirse seguro, dándole mil razones para prolongar indefinidamente su permanencia en el pueblo.

—¿Y qué, todavía no ha tomado *M'sieur* una decisión? —preguntóle ella suavemente al oído, un día, sentada junto a él en el patio soleado, antes del *déjeuner*. La familiaridad entre ellos había progresado con rapidez significativa—. ¡Porque, si es tan difícil tomarla, entre todos podemos intentar ayudarle!

La pregunta le sobresaltó, porque calcaba sus propios pensamientos. Había sido acompañada de una preciosa sonrisa; y al volverse ella para lanzarle una picaresca mirada, un mechón de pelo rebelde cayó sobre uno de sus bellos ojos. El quizá no logró captar el pleno sentido de la pregunta, pues la proximidad de la muchacha siempre le confundía su corto conocimiento del francés. Pero sus palabras, su actitud y algo más que no asomaba a las palabras, sino que permanecía oculto en la mente de la joven. Le asustaron, ya que apoyaban su vieja sensación de que el pueblo entero estaba aguardando a que él se decidiera en algún importante asunto.

Y al mismo tiempo, su voz cálida, su presencia tan cercana, el suave vestido oscuro que llevaba, le excitaban inexpresablemente.

—Es cierto que me resulta difícil marcharme —balbuceó, abandonándose voluptuosamente dentro de las profundidades de sus hechiceros ojos—, y especialmente ahora que ha venido *mademoiselle* Ilsé.

Quedó sorprendido de lo bien que le había salido la frase y encantado de su propia galantería. Pero, a la vez, se habría cortado la lengua por haberla dicho.

—Entonces, después de todo, es que le gusta a usted nuestra pequeña ciudad porque, si no, no se alegraría de seguir aquí —dijo ella, ignorando totalmente el cumplido.

—Estoy encantado de ella y encantado de usted —gritó él, sintiendo que se había emancipado plenamente del control de su cerebro. Y estaba ya dispuesto a empezar a decir las cosas más ardientes y apasionadas, cuando la muchacha se levantó ágilmente de la silla y se dispuso a irse.

—Hoy tenemos *soupe á l'oignon* —exclamó sonriendo, gloriosamente iluminada por el sol—, y tengo que ir a la cocina a ver cómo va. Si no, ya sabe a *M'sieur* no le gustará la comida y entonces quizá nos deje.

La miró mientras cruzaba el patio, moviéndose con toda la gracia y ligereza de la raza felina, y se le ocurrió que incluso su traje negro la ceñía exactamente igual que la piel a esos ágiles animales. Al llegar al porche de la puerta de cristales, se volvió ella a sonreírle, y después se detuvo a hablar un momento con su madre, que estaba haciendo calceta como de costumbre, sentada enfrente justo de la puerta del salón.

Pero ¿por qué en el mismo instante en que sus ojos cayeron sobre esta desgarrada mujer se le representaron ambas de repente cambiadas, distintas de como eran? ¿De dónde procedía aquella impresión de dignidad que las transfiguraba, aquella sensación de poder que las envolvía, como mágicamente, a ambas? ¿Qué había en aquella mujerona maciza que la hacía de pronto, parecer regia, como si estuviese sentada en un trono, en medio de algún tenebroso y siniestro escenario, empuñando un cetro sobre el rojo resplandor de alguna tempestuosa orgía? ¿Y por qué esta jovencita delicada, grácil como un sauce, elástica como un leopardo joven, adoptaba de pronto aquel aire de siniestra majestad y parecía moverse con la cabeza nimbada de fuego y de humo, y la oscuridad de la noche bajo los pies?

Vezin contuvo la respiración y se sentó, traspasado. Entonces, casi al mismo instante de aparecer, se desvaneció esta visión extraña y la clara luz del sol envolvió a ambas mujeres; oyó la voz reidora que hablaba a su madre de la *soupe á l'oignon*, y captó la sonrisa que le dirigió por encima de su delicado hombro adorable, la cual le hizo pensar en una rosa cubierta de rocío cabreándose bajo la brisa del verano.

Por supuesto, la sopa de cebolla estuvo especialmente excelente aquel día; además, Vezin vio otro cubierto en su misma mesa, y, con el

corazón palpitante, oyó al camarero murmurar, a guisa de explicación, que "*Ma'mselle* Ilsé acompañaría hoy a *M'sieur* en el *déjeuner*, según acostumbra hacer a veces con los huéspedes de su madre."

De modo que estuvo sentada junto a él durante aquella comida de ensueño, le habló dulcemente en su flúido francés,..cuidó de que fuese bien servido, le aliñó la ensalada y le ayudó incluso con sus propias manos en todo cuanto hizo falta. Y después, por la tarde, mientras se hallaba fumando en el patio, soñando con verla cuando terminase sus faenas caseras, volvió de nuevo a su lado; y cuando él se levantó de la silla para saludarla, le pareció indecisa, como llena de una dulce timidez que la impidiese hablar.

—Cree mi madre —dijo por fin— que debería usted conocer todas las bellezas que encierra nuestra pequeña población, y yo también creo lo mismo. ¿Me aceptaría quizá *M'sieur* como guía? Yo puedo enseñárselo todo, porque conozco bien el lugar. Mi familia vive aquí desde hace muchas generaciones.

Antes de que él fuera capaz de encontrar ninguna palabra con que expresar su placer, ya le había cogido ella de la mano y, sin que él hiciera nada por resistirse, le había conducido a la calle, aunque de una manera tan espontánea que su comportamiento resultó completamente natural y desprovisto de la más leve insinuación de atrevimiento o descaro. Su rostro estaba iluminado de placer e interés y, con su vestido corto y el cabello revuelto, representaba perfectamente a la encantadora chiquilla de diecisiete años, que era inocente, traviesa, orgullosa de su patria chica, cuya arcaica belleza había aprendido a sentir en el transcurso de sus pocos años.

Así fueron juntos por la ciudad, y ella le enseñó lo que consideraba más importante: la vieja casa en ruinas donde habían vivido sus antepasados, la sombría y aristocrática mansión en que había morado durante siglos la familia de su madre y la vieja plaza del mercado donde, hace varios cientos de años habían sido quemadas las brujas en la hoguera. De todo ello hizo un relato muy vivo y flúido, pero del cual no comprendió él ni la décima parte, mientras caminaba penosamente al lado de la jovencita, maldiciendo sus cuarenta y cinco años y sintiendo que revivían todos sus anhelos de la adolescencia burlándose de él. Mientras ella hablaba, Inglaterra y Surbiton le parecían algo tremendamente lejano, algo que perteneciera casi a otra edad de la historia del mundo. La voz de la muchachita removía algo inconmensurablemente viejo que dormía en sus profundidades. Arrullaba la parte más superficial de su conciencia, adormeciéndola, pero hacía despertar lo más hondo, lejano, ancestral. Igual que la ciudad, con su fingida pretensión de activa vida moderna, los estratos superiores del pobre hombre estaban cada vez más embotados, amortiguados, apaciguados; pero lo que había debajo empezaba a removerse en su sueño. Aquella enorme cortina empezaba a agitarse un poco. En cualquier

momento podía recorrerse para siempre...

Empezó por fin a ver un poco más claro. Lo que sucedía en la ciudad se estaba reproduciendo en él. Su vida externa habitual cada vez se encontraba más ahogada, mientras aquella otra vida secreta, interna, mucho más real y vital, se iba afirmando cada vez más y más. Y esta jovencita probablemente era la suma sacerdotisa, principal instrumento de su oonsumación. Nuevos pensamientos, nuevas interpretaciones, inundaban su mente mientras caminaba a su lado por las retorcidas callejuelas; y entonces, el pueblo viejo y pintoresco, de tejados picudos, iluminado suavemente por la luz del crepúsculo, le pareció más maravilloso y seductor que nunca.

Pero durante el paseo sólo surgió un incidente inquietante y perturbador; el incidente fué trivial en sí, pero completamente inexplicable, e hizo asomar un terror a la carita infantil, y un grito en los risueños labios de la chiquilla. De pronto, había observado él una columna de humo azul que se elevaba de una hoguera de otoñales hojas secas y se recortaba contra los rojos tejados; luego, había corrido junto a la fogata y la llamó para que se acercara a ver las llamas que brotaban de entre el montón de desechos.

Ella, al darse cuenta de lo que se trataba, se había alarmado terriblemente, su cara se había alterado en forma espantosa, y había huido como el viento, gritándole viejas palabras mientras corría, de las que él no había entendido ni una sola, excepto que el fuego parecía asustarla y que quería alejarse rápidamente, llevándole a él consigo.

Pero cinco minutos después ya estaba otra vez tan tranquila y feliz como si nada la hubiese asustado o desagradado, y ambos olvidaron el incidente.

Fueron luego juntos, caminando por el borde de las ruinosas murallas, escuchando aquella música fantástica de la banda del pueblo, tal como la oyó el día de su llegada. Le conmovió profundamente, igual que la primera vez, y se las arregló para recobrar el uso de la palabra y, con ésta, su mejor francés. La jovencita caminaba sobre las piedras, al filo de la muralla, pegada a él. Nadie había en los alrededores. Arrebatado por crueles mecanismos internos empezó a balbucear algo —apenas sabía qué— sobre su extraña admiración por ella. Apenas comenzó a hablar, saltó ella ágilmente del muro y le miró cara a cara, sonriendo y casi rozándole las rodillas cuando él se sentó. Como de costumbre, ella iba sin sombrero, y el sol caía de lleno en su cabello, iluminando también una de sus mejillas y parte del cuello.

—¡Qué contenta estoy! —exclamó batiendo palmas—; y estoy tan contenta porque eso quiere decir que, si me quiere a mí, también tendrá que querer todo lo que yo hago y aquello a que pertenezco.

Lamentó él amargamente su impensada pérdida de control. Pues en aquella frase había algo que le heló. Supo entonces lo que era el miedo de embarcarse en un mar peligroso y desconocido.

—Quiero decir que usted debe tomar parte en nuestra vida real —añadió ella suavemente, como engatusándole, como si se hubiese dado cuenta del estremecimiento que le había recorrido—. Volverá con nosotros.

Otra vez se sintió dominado por aquella infantil indecisión; se sentía cada vez más preso en las redes de la muchacha; de ella emanaba algo que se apoderaba de sus sentidos; sintió que la personalidad de aquella jovencita, a pesar de toda su gracia sencilla, contenía en sí fuerzas imponentes, majestuosas, augustas. De nuevo la vio rodeada de humo y llamas, en un escenario quebrado y tempestuoso, dotada de fuerza espantosa, y acompañada de su terrible madre. Todo esto se entreveía siniestramente en medio de su sonrisa y su aspecto de encantadora inocencia.

—Volverá, yo lo sé —repitió subyugándole con la mirada.

Estaban completamente solos, en lo alto de las murallas, y la sensación de que ella le dominaba despertó una salvaje sensualidad en su sangre. Su mezcla de abandono y reserva le atrajo furiosamente y toda su hombría se encrespó contra esta creciente influencia, a la vez que la deseaba con todo el ímpetu de su olvidada juventud. Le vino un deseo irresistible de hacerle una pregunta, para la que tuvo que reagrupar los restos de su antigua, minúscula y desintegrada personalidad, en un esfuerzo por mantener la estabilidad de su propio ser.

La muchacha, ya tranquila, estaba de nuevo apoyada en la ancha muralla, junto a él, los codos en el repecho, inmóvil como una figura cincelada en piedra, contemplando la llanura que se iba cubriendo de sombras. Echó mano él de todo su valor.

—Dime, ¿tú? —dijo, imitando inconscientemente la voz ronroneante de la joven y dándose cuenta, sin embargo, de que se trataba de un asunto de absoluta seriedad—, ¿qué significa esta ciudad y cuál es esa vida real de que me has hablado? ¿Y por qué me vigilan todos, de la mañana a la noche? Dime, ¿qué significa todo esto? Y dime —añadió apresuradamente, con un temblor de pasión en la voz—, ¿quién eres tú en realidad... tú... tú misma?

Ella se volvió hacia él y le miró a través de sus párpados entornados, a pesar de lo cual una sombra de rubor traicionó su creciente excitación interna.

—Me parece —balbuceó torpemente bajo la mirada de ella— que tengo cierto derecho a saber...

De pronto, ella abrió los ojos del todo.

—Entonces, ¿me quieres? —preguntó suavemente.

—¡Lo juro! —exclamó él respetuosamente, como arrastrado por la fuerza de una marea creciente...— Nunca he sentido antes..., nunca he conocido otra mujer que...

—Entonces *tienes* derecho a saber —interrumpió ella, cortando tranquilamente su torpe confesión—, pues el amor nos hace partícipes de

todos los secretos.

Se detuvo y a él le corrió un estremecimiento como de fuego por todo el cuerpo. Las palabras de la joven le habían elevado sobre la tierra; sintió una radiante felicidad seguida casi instantáneamente, en horrible contraste, de la idea de la muerte. Supo entonces que ella había vuelto sus ojos hacia los suyos y que le estaba hablando de nuevo.

—La vida real de que hablaba —murmuró— es la vieja, la antigua vida de aquí, la vida de hace mucho tiempo, la vida a que también tú perteneciste una vez y a la que aún perteneces.

Al hundirse en su alma la voz susurrante de la muchacha, una leve ondulación alteró las profundidades negras de su memoria. Sabía instintivamente que lo que le estaba diciendo era verdad, pero no podía comprender exactamente a qué se refería. Su vida actual parecía huir de él, deslizándose, mientras escuchaba, y se sentía hundir en otra personalidad mucho más antigua y poderosa. Era precisamente esta pérdida de su ser la que le había sugerido la idea de la muerte.

—Viniste —continuó ella— con el propósito de buscar esta vida, y el pueblo se dio cuenta y se puso a esperar a ver qué decidías, si los abandonabas sin haberla encontrado o si...

Sus ojos seguían fijos en los de él, pero su rostro empezó a cambiar, a hacerse mucho más grande y oscuro, adquiriendo una expresión de más edad.

—Eran sus pensamientos, girando constantemente en torno de tu alma, lo que te hacía sentirte vigilado. No te vigilaban con los ojos. Aquello a que se dirige su vida interior te llamaba, intentaba hacerse oír de ti. Todo tú formaste parte de la misma vida antigua del lugar; y ahora quieren que vuelvas de nuevo entre ellos.

Al oír esto, el tímido corazón de Vezin se ahogó de pavor; pero los ojos de la muchacha le mantenían preso en una red de placer de la que no deseaba escapar. Le fascinaba; le hacía sentirse fuera de sí, de su ser habitual.

—Por sí solos, sin embargo, nunca hubieran conseguido poseerte y retenerte —continuó—. Las fuerzas repulsivas no son ya lo bastante fuertes; se han ido debilitando al cabo de los años. Pero yo —se calló un momento, mirándole con una expresión en sus ojos espléndidos, de total confianza en sí misma—, yo poseo el hechizo para conquistarte y retenerte: el hechizo del viejo amor. Yo puedo lograr que vuelvas de nuevo y hacerte vivir conmigo la vida antigua, porque la fuerza de la Vieja atadura que hay entre tú y yo, si me decido a usarla, es irresistible. Y me he decidido a usarla. Te necesito. A ti, querida alma de mi pasado sombrío —se apretó junto a él tanto que su aliento le rozaba los ojos, y su voz cantó literalmente al decir—: Te tengo, porque tú me amas y estás por completo a mi merced.

Vezin oía y, sin embargo, no oía; comprendía, pero sin comprender. Estaba en la plenitud de la exaltación. El mundo yacía bajo sus pies,

hecho de música y flores; y él volaba muy por encima, a través de un crepúsculo de pura delicia. Se había quedado sin respiración, desmayado ante la maravilla de sus palabras. Estas le habían intoxicado. Pero todavía le seguían oprimiendo, por debajo del placer de aquellas frases maravillosas, el terror y la horrible idea de la muerte. Pues a través de aquella voz cantarina brotaban llamas y humo negro que lamían su alma.

Le daba la impresión de que entre ellos existía una especie de rápida telepatía; con su pésimo francés nunca habría podido decir todo lo que había dicho. Sin embargo, ella le entendía perfectamente; y las palabras de la joven le sonaban como un recitado de versos conocidos y olvidados hacía mucho tiempo, versos cuyo intenso dolor y ternura eran casi intolerables para su débil alma.

—Sin embargo, yo vine aquí por una completa casualidad —se oyó decir a sí mismo.

—No —exclamó ella con pasión—, viniste porque yo te llamé. Te estuve llamando durante años y viniste empujado por toda la fuerza del pasado. Tenías que venir, porque yo te poseo y yo te llamé.

Se irguió y se le acercó más, mirándole con una cierta insolencia: la insolencia del poder.

El sol se habla puesto tras las torres de la vieja catedral y cada vez fue subiendo más el nivel de la oscuridad, que se alzaba de la planicie, hasta envolverles por completo. Había cesado la música de la banda. Colgaban, inmóviles, las hojas de los plátanos; pero el frío del otoño se despertó y estremeció a Vezin. No se oía más sonido que el de sus voces y, en ocasiones, el suave roce del vestido de la muchacha. Podía oír el latido de su propia sangre en los oídos. Apenas se daba cuenta de dónde estaba o qué hacía. Alguna terrible magia le arrastraba hacia las profundidades, hacia los cimientos de su propia personalidad, y le aseguraba que las palabras que ella decía eran verdad. Y vio cómo esta sencilla muchachita francesa, que con tanta autoridad le hablaba, se convertía allí mismo, a su lado, en un ser muy distinto. Mientras la miraba de lleno en los ojos, creció y se precisó la visión que ya antes le había asaltado y que esta vez fué haciéndose más vívida y clara en su interior, hasta que alcanzó un grado tal de realismo que no tuvo más remedio que aceptarla como auténtica. Igual que la otra vez, vio ahora a la joven, alta y majestuosa, en un salvaje y fragoso escenario de bosques y cavernas rocosas, nimbada su cabeza por el resplandor de las llamas y envueltos en nubes de humo sus pies. Guirnaldas de hojas oscuras ornaban su cabello, que flotaba abandonado al viento; y sus miembros brillaban entre los andrajos que la cubrían. Había otros a su alrededor, también; y, por todas partes, ojos ardientes lanzaban sobre ella miradas delirantes; pero ella no miraba más que a uno solo, a uno que llevaba tomado de la mano.

Pues era ella quien dirigía la danza, en medio de una tempestuosa orgía, bajo la música de un coro de voces; y la danza que dirigía era una ronda que corría en derredor de una grande y espantosa figura que,

desde su trono, dominaba la escena y brotaba de entre resplandores y vapores cárdenos. Mientras, en la danza, una infinidad de rostros y formas bestiales se amontonaban furiosamente a su alrededor. Y Vezin se dio cuenta de que a quien llevaba la joven de la mano era a él, y también de que la espantosa figura del trono era la madre de ella.

Esta visión inundó su interior, arrojándole a las profundidades del tiempo olvidado, atronándole con la voz poderosa de la memoria que despierta de nuevo. Y entonces la escena se apagó y disolvió, y sólo vio otra vez ante sí, los claros ojos de la muchacha que le miraban profundamente; y ella se convirtió de nuevo en la preciosa hija de la posadera, y él recuperó el uso de la palabra.

—Y tú —susurró temblorosamente—, tú, niña de visiones y encantamientos, ¿cómo me has hechizado que te he adorado incluso antes de verte?

Ella se irguió junto a él, con un aire de extraña dignidad.

—La llamada del pasado —dijo—; además —añadió altivamente—, en la vida real soy una princesa...

—¡Una princesa! —gritó él.

—i... y mi madre, una reina!

Al oír esto, Vezin perdió totalmente la cabeza. El placer inundó su corazón y le arrastró a un éxtasis total. Oír aquella dulce voz cantarina y ver aquellos labios adorables expresando tales cosas trastornó su equilibrio más allá de toda esperanza de recuperación. La cogió entre sus brazos y cubrió de besos su cara sin que ella se resistiese.

Pero incluso entonces, pese a estar dominado por la más ardiente pasión, sintió que ella era tan mórbida como aborrecible, y que los besos con que le respondió lo mancillaban el alma... Cuando por fin la jovencita se liberó de su abrazo y se desvaneció en la oscuridad, él permaneció allí, apoyado en el muro, en un estado de aniquilamiento total, estremecido de horror ante el recuerdo del contacto con aquel cuerpo complaciente, y encolerizado interiormente contra su propia debilidad, que —se daba cuenta de ello oscuramente— iba a ser causa de su ruina.

Y de las sombras de los viejos edificios entre los que había desaparecido la muchacha, se alzó, en el silencio de la noche, un grito singular y prolongado, que él tomó al principio por carcajadas, pero que más tarde, y ya con toda seguridad, reconoció como el casi humano sollozo de un gato.

V

Durante largo rato permaneció allí Vezin, apoyado en el muro, a solas con el caudal de sus pensamientos y emociones. Comprendía que acababa de hacer lo más adecuado para atraer sobre sí todas las fuerzas de este pasado ancestral. Pues en aquellos besos apasionados había

reconocido la atadura de días remotos y la había sentido revivir. Y le vino, con un estremecimiento, el recuerdo de aquella leve caricia impalpable que había tenido lugar, en el oscuro corredor de la posada. La jovencita le había dominado desde el principio y le había ido manejando, hasta hacerle consumir, al fin, el acto que precisaban sus propósitos. Después de un lapso de siglos había sido acechado, cogido y conquistado.

De esto se daba cuenta perfectamente e intentaba tramar algún plan de huída. Pero en aquellos momentos era incapaz de dominar sus ideas o su voluntad, pues todo el dulce y fantástico frenesí de su aventura le inundaba el cerebro como un ensalmo y no podía sino recrearse en el glorioso sentimiento de que se hallaba hechizado, en un mundo infinitamente más amplio y salvaje que el suyo habitual.

Empezaba ya a elevarse la luna pálida y enorme sobre aquella llanura que parecía un mar, cuando, por fin, decidió marcharse. Los rayos oblicuos de la luna prestaban a las casas un nuevo aspecto, de modo que los tejados, brillantes ya de recio, parecían mucho más altos y hundidos en el cielo que de costumbre, y las cúpulas y viejas torres fantásticas se extendían hasta la lejanía de su bóveda purpúrea.

La catedral era irreal entre la niebla de plata. Anduvo con sigilo, ocultándose en las sombras; pero las calles estaban desiertas y silenciosas; las puertas, cerradas; los postigos, atrancados. No se movía un alma. La quietud de la noche reinaba sobre el lugar. Parecía la ciudad de los muertos o un cementerio de lápidas tremendas y grotescas.

Haciendo conjeturas sobre adónde y cómo habría ido a parar el bullicio de la vida diurna de la ciudad, fue regresando lentamente a la posada. Entró en ella por una puertecita trasera que daba a los establos, con el objeto de alcanzar su habitación sin que nadie le viese. Llegó sin novedad al patio y lo cruzó manteniéndose pegado a la sombra de la pared. Así, pues, rodeó todo el patio, caminando de puntillas y a pasitos cortos, medio de lado, precisamente igual que los viejos aquellos cuándo entraban en la *salle á manger*. Se horrorizó al darse cuenta de ello. Sintió entonces un impulso extraño y violento, que se apoderó de todo su cuerpo: el impulso de dejarse caer a cuatro patas y correr ligero y silencioso en esta posición. Miró a lo alto y le vino la idea de saltar hasta el antepecho de su ventana, allá arriba, en vez de dar el rodeo natural para subir por las escaleras. Se le ocurrió dar el salto, como si éste fuese el procedimiento más sencillo y natural. Era como si estuviese empezando a transformarse espantosamente en otra cosa. Se ahogaba de terror.

La luna estaba ya en lo alto del cielo y las sombras eran muy oscuras por el sitio por donde iba él. Se mantuvo resguardado por las más profundas y así llegó al porche donde estaba la puerta de cristales.

Pero allí había luz; desgraciadamente, todavía debían de hallarse levantados los huéspedes. Confiando en poder deslizarse por el vestíbulo sin ser visto y llegar así a las escaleras, abrió con todo cuidado la puerta y entró furtivamente. Entonces es cuando vio que el vestíbulo no estaba

vacío. En el suelo, junto a la pared de su izquierda, había una cosa grande y oscura. Al principio pensó que debía tratarse de algún utensilio del menaje de la casa. Entonces, aquello se movió, y se dio cuenta de que era un gato inmenso, distorsionado de una manera extraña por un juego de luces y sombras. Después, se alzó del todo, irguiéndose ante él, y vio que era la dueña de la casa.

Sobre lo que hubiera estado haciendo esa mujer en aquel lugar y posición, sólo pudo aventurar una sospecha horrible; y en el momento en que ella se irguió ante él, se dio cuenta de que estaba revestida de una extraña dignidad que instantáneamente le recordó la afirmación de su hija de que era una reina. Allí permaneció, —enorme y siniestra, a la luz del candil, a solas con él en el desierto vestíbulo. El espanto le hacía palpar el corazón y le removía hasta las raíces de sus miedos ancestrales. Sintió que debía inclinarse ante ella y rendirle alguna especie de pleitesía. El impulso era vehemente e irresistible, como un antiguo hábito. Echó una rápida mirada a su alrededor. No había nadie más. Entonces, lenta, deliberada y ostensiblemente, inclinó su cabeza ante ella. Le hizo una reverencia.

—*Enfin! M'sieur s'est donc décidé. C'est bien alors. J'en suis contente.*

Sus palabras resonaron como a través de un amplio espacio abierto.

Luego, la enorme figura atravesó súbitamente el enlosado vestíbulo y lo cogió las manos temblorosas. De ella emanaba una fuerza irresistible que le dominó.

—*On pourrait faire un p'tit tour ensemble, n'est-ce pas. Nous y allons cette nuit et il faut s'exercer un peu d'avance pour cela, Ilsé, Ilsé, viens donc ici. Viens vite!*

Y entonces le obligó a girar, en los primeros pasos de una danza que le pareció singular y horriblemente familiar. La extraña pareja, tan desigual, no hacía el menor ruido sobre las piedras del piso. La danza era suave y furtiva. Y entonces, cuando el aire parecía espesarse como si fuera humo, y un rojo resplandor de fuego semejaba brotar de la oscuridad, se dio cuenta Vezin de que con ellos había alguien más, y que su mano, que la madre había soltado, estaba ahora apretada estrechamente por la hija. Ilsé habla venido en respuesta a la llamada de su madre y se encontraba allí, trenzado su oscuro cabello con hojas de verbena, vestida con los restos andrajosos de alguna extraña ropa antigua, bella como la noche, y horrible, odiosa, aborreciblemente seductora.

—*¡Al Sabbath! ¡Al Sabbath!* —gritaban—. *¡Vamos al Sabbath de las Brujas.*

Danzaron de un extremo a otro del estrecho vestíbulo, una mujer a cada lado del hombre, hasta alcanzar el ritmo más salvaje que jamás pudo imaginar —y que, sin embargo, temerosamente, despertaba oscuras reminiscencias en el fondo de su alma—, hasta que el candil de la pared

vaciló y por último se apagó, y quedaron abandonados en la oscuridad total. Y el demonio despertó en su corazón, con mil perversas sugerencias que le aterraron.

De pronto sintió que le soltaban las manos, y oyó la voz de la madre gritando que ya era hora de partir. Qué camino tomaron es cosa que no tuvo tiempo de ver. Sólo se dio cuenta de que ya estaba libre; y se alejó a trompicones por la oscuridad hasta encontrar la escalera; y entonces se lanzó por ella, a su cuarto, como si le persiguiesen todos los diablos del infierno.

Se arrojó en el sofá, con la cara entre las manos, y sollozó. Después de echar un repaso veloz a una docena de modos de huir al instante de allí, todos ellos igualmente impracticables, llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer de momento era sentarse tranquilo y esperar. Tenía que ver lo que sucedería a continuación. Por lo menos, en la intimidad de su propio cuarto estaría a salvo. La puerta estaba cerrada. Atravesó el cuarto y abrió sigilosamente la ventana que daba al patio y le permitía ver parcialmente el vestíbulo a través de la puerta de cristales.

Al hacerlo, llegó a sus oídos el rumor de una gran actividad en las calles: sonidos de pasos y voces amortiguadas por la distancia. Se apoyó con precaución en el alféizar y escuchó. La luz de la luna era ahora clara y fuerte, pero su ventana estaba en sombras, pues el disco de plata quedaba detrás de la, casa. No le cabía duda de que los habitantes del pueblo, que un momento antes estaban invisibles tras las puertas cerradas, se habían lanzado a la calle para llevar a cabo algo secreto e impío. Escuchó, esforzándose.

Al principio, todo estaba silencioso a su alrededor, pero pronto empezó a notar movimiento en la propia casa. Oyó roces y crujidos a través de aquel patio callado y lunar. Un conjunto de seres vivos enviaba a la noche el rumor de su actividad. Todo estaba en movimiento por doquier. Un olor punzante, taladrante, atravesó el aire, procedente no sabía de dónde. De pronto, sus ojos se quedaron fijos en las ventanas de la pared de enfrente, iluminadas de lleno por la luz de la luna. El tejado de la casa, la parte situada encima y detrás de él, se reflejaba claramente en los cristales, y en ellos vio siluetas de cuerpos oscuros caminando a largos pasos sobre las tejas y por el alero. Pasaban rápidos y silenciosos, como enormes gatos, en procesión interminable por el cristal cinematográfico, y, por último, parecían saltar a un sitio más bajo, donde los perdía de vista. Sólo oía el ruido afelpado, blando, de sus saltos. A veces, sus sombras caían sobre la blanca pared de enfrente y entonces no era capaz de distinguir si eran sombras de seres humanos o de gatos. Parecían poder cambiarse instantáneamente de aquéllos en éstos. La transformación parecía espantosamente real, pues, si bien saltaban como seres humanos, cambiaban en el aire, en el mismo salto, y caían ya como animales.

También el patio, bajo su ventana, bullía ahora, vivo, de

movimientos, restantes y formas oscuras que se dirigían furtivamente al porche de la puerta cristalera. Se mantenían tan pegados a la pared que no pudo distinguir su forma; pero, cuando les vio unirse a la gran congregación del vestíbulo, comprendió que aquellas eran las criaturas cuyos saltos y sombras había visto reflejados en los cristales de las ventanas de enfrente. Venían de todas las partes de la ciudad y acudían al lugar de reunión caminando por tejas y tejados y saltando luego niveles cada vez más bajos hasta llegar al patio.

Entonces llegó un nuevo ruido a sus oídos, y vio que las ventanas de su alrededor se iban abriendo suavemente y que en cada abertura aparecía una cara. Un momento después unas figuras empezaron a saltar apresuradamente al patio. Y estas figuras, al desprenderse de las ventanas, eran humanas. Lo vio. Pero, una vez en el patio, caían a cuatro patas y se transformaban, en un instante fugaz, en gatos, en enormes gatos silenciosos. Corrían a raudales, para reunirse en la congregación del vestíbulo.

Así pues, en definitiva, las habitaciones de la casa no habían estado tan vacías y desocupadas.

Lo más terrible es que todo aquello no le extrañó demasiado. Confusamente lo recordaba todo. Le era familiar. Todo había sucedido ya anteriormente, cientos de veces, y él mismo había tomado parte en ello y conocido su salvaje frenesí. Cambió la silueta del viejo edificio, el patio se hizo más grande, y a él le pareció estar contemplando la escena desde una altura mucho mayor y a través del humo y vapores. Y, mientras miraba y casi recordaba, le asaltaron furiosamente, violentos y dulces, los viejos dolores del tiempo remoto, y le hirvió la sangre al oír de nuevo en su corazón la llamada a la Danza y recordar la magia antigua de Ilsé bailando y girando junto a él.

De pronto, tuvo que dar un salto atrás. Un gato grande y elástico había saltado silenciosamente desde las sombras del patio hasta el antepecho de la ventana, y allí, junto a su cara, le miraba fijamente con ojos humanos.

—¡Ven —parecía decir—, ven con nosotros a la danza! ¡Cámbiate como hacías en los tiempos antiguos! ¡Transfórmate a prisa y ven!

Comprendió demasiado bien el sentido de la silenciosa llamada sin palabras de aquella criatura.

Desapareció ésta de nuevo, en un abrir y cerrar de ojos, sin hacer apenas ruido con sus zarpas afelpadas sobre las piedras; y entonces saltaron otros más por el canalón de la esquina, delante de sus mismos ojos, y, a medida que caían, se iban transformando; y, como dardos ligeros y silenciosos, corrían al punto de reunión. Nuevamente sintió el pavoroso deseo de hacer otro tanto: murmurar el viejo ensalmo y saltar después, cayendo sobre las cuatro patas y, correr veloz, para dar el gran salto y volar por el aire.

¡Oh, cómo le inundaba el deseo de hacerlo! ¡Era como una riada en su interior que le retorció las entrañas y lanzaba a la noche la pasión ardiente de su corazón! ¡Cómo anhelaba lanzarse a la vieja Danza de los Brujos en el Sabbath! A su alrededor giraban las estrellas; una vez más sintió la magia de la luna. El poder del viento que se precipitaba desde abismos y bosques, saltando de risco en risco por encima de los valles, le arrastró... Oyó los gritos de los danzantes y sus salvajes carcajadas; y él bailaba furiosamente con esa salvaje muchacha, abrazándola, en derredor del Trono en que se sentaba la sombría Figura del cetro real...

De pronto, súbitamente, todo se aquietó y quedó en silencio; y se enfrió un poco la fiebre de su corazón. La paz de la luna inundaba un patio vacío y desierto. Todos habían partido. La procesión surcaba el espacio. Y él había quedado atrás, solo.

Vezin atravesó la habitación, de puntillas, sigilosamente, y abrió la puerta. Llegó a sus oídos el rumor de las calles, que cada vez se hacía más fuerte a medida que avanzaba. Recorrió el pasillo con la mayor precaución. Al llegar a la escalera se detuvo y escuchó. A sus pies, el vestíbulo donde antes se habían congregado estaba oscuro y silencioso; pero, a través de las puertas y ventanas abiertas en la parte más alejada del edificio, llegaba el ruido de un gran tropel que se perdía cada vez más en la distancia.

Bajó la vieja y crujiente escalera de madera, temiendo y, sin embargo, deseando encontrar algún rezagado que le indicase el camino; pero no encontró ninguno. Atravesó el oscuro vestíbulo, un momento antes ocupado por aquel inmenso tropel de seres vivos que había volado por las abiertas puertas que daban a la calle. No podía creer que le hubieran dejado atrás, que realmente se hubieran olvidado de él, que deliberadamente le permitieran escapar. No lo podía comprender.

Estuvo fisgando por el vestíbulo y espió la calle de arriba a abajo; entonces, al no ver nada de particular, empezó a caminar lentamente por el pavimento.

Toda la ciudad se le aparecía, al caminar, desierta y vacía, como si un gran viento hubiese apagado de un soplo la vida en el lugar. Las puertas y ventanas de las casas habían quedado abiertas a la noche; nada se movía: sobre todas las cosas se extendía el silencio y la luz de la luna. La noche le cubría como una capa. El aire suave y fresco le acariciaba las mejillas como el roce de una gran zarpa peluda. Fue cobrando un poco más de confianza y empezó a andar rápidamente, aunque sin salir todavía de la zona de sombra de la calle. En ningún sitio pudo encontrar la más leve señal del gran éxodo maléfico que acababa de realizarse. La luna navegaba en un cielo sereno y sin nubes.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, cruzó la amplia plaza del mercado y llegó así hasta las murallas, desde las cuales descendía una vereda que conocía y que llevaba al camino real; siguiéndola, podría huir a alguno de los pueblecitos que había al norte y, al mismo tiempo, hacia

el tren.

Pero primero se detuvo a contemplar la escena que se extendía a sus pies, la gran planicie que yacía como un mapa de plata de algún país onírico. La apacible belleza del espectáculo penetró su corazón, aumentando su sensación de aturdimiento e irrealidad. No había el menor soplo de aire, las hojas de los plátanos colgaban inmóviles, los detalles cercanos se definían con la nitidez del día contra el fondo de sombras oscuras de la noche; y, en la distancia, los campos y bosques se fundían en una vaga lejanía de brumas y nieblas.

Pero la respiración se le cortó en la garganta y se quedó rígido y helado, como traspasado, cuando volvió su mirada del horizonte y la dirigió al paisaje inmediato, próximo a la profundidad del valle que se abría a pico, justo a sus pies. Toda la parte baja de las laderas de la colina, que quedaban ocultas a la luz brillante de la luna, resplandecía de hogueras; y, a través del resplandor, vio innumerables formas movedizas que se agitaban en apretada muchedumbre por entre los claros de los árboles; mientras tanto, arriba, como hojas arrastradas por el viento, distinguió formas voladoras que se recortaban un instante contra el cielo, aladas y oscuras, y después se lanzaban a plomo, gritando y entonando cánticos fabulosos, a través de las ramas, sobre la región de las hogueras.

Permaneció mirando la escena, hechizado, durante un tiempo que no pudo medir. Y después, arrastrado por uno de aquellos terribles impulsos que parecían regir toda la aventura, se encaramó rápidamente al borde del ancho parapeto y quedó un momento balanceándose ante la enorme boca del valle que se abría a sus pies. Pero, en aquel mismo instante de vacilación, atrajo su mirada un movimiento brusco entre las sombras de las casas, a su espalda, y se volvió a tiempo de ver la silueta de un animal grande que cruzaba velozmente el espacio y aterrizaba en la muralla, un poco más abajo de donde estaba él. La bestia corrió como el viento hasta sus pies, y entonces, subió al parapeto junto a él. Incluso la misma luz de la luna pareció ser recorrida por un estremecimiento, y su vista tembló durante un instante. Su corazón latía dolorosamente. ¡Lé estaba a su lado mirándole de lleno a la cara.

Una sustancia oscura teñía su rostro y su piel, y brilló la luz lunar cuando ella extendió sus brazos hacia él; iba vestida con aquella extraña ropa andrajosa que, sin embargo, le sentaba maravillosamente; ruda y verbenas coronaban sus sienes; brillaban sus ojos con impúdico resplandor. Tuvo que hacer esfuerzos desesperados para dominar a duras penas el salvaje impulso de cogerla entre sus brazos y saltar con ella al vertiginoso abismo que se abría a sus pies.

—¡Mira! —gritó ella, señalando el bosque encendido en la distancia—. ¡Mira dónde nos esperan! ¡Los bosques están vivos! ¡Ya han llegado los grandes y la danza pronto empezará! ¡Aquí está el ungüento! ¡Untate y ven!

Aunque un momento antes el cielo estaba sereno y sin nubes, mientras, ella hablaba se oscureció la faz de la luna y el viento empezó a agitar las copas de los plátanos que crecían a sus pies. Ráfagas perdidas trajeron de las faldas de la colina los sonidos de cánticos y gritos ronc; y en el aire, envolviéndole, se alzó el olor punzante que ya había sentido en el patio de la posada.

—¡Transfórmate! ¡Transfórmate! —volvió a exclamar ella con voz que era como una canción—. Frótate bien la piel antes de volar. ¡Ven! ¡Ven conmigo al Sabbath, a la orgía de placer furioso, al dulce abandono del culto maldito! ¡Mira! ¡Ya están ahí los Grandes! ¡Ya están preparados los terribles Sacramentos! Ya está ocupado el Trono. ¡Untate y ven! ¡Untate y ven!

Hasta la altura de un árbol corriente llegó ella, saltando a su lado, allí en la muralla, con los ojos llameantes y los cabellos flotantes en la noche. El también empezó a cambiar rápidamente. Las manos de ella le tocaron la piel de la cara y del cuello, impregnándole de aquel ungüento quemante que metía en su sangre magia antigua, ante cuyo poder se marchitaban todas las cosas buenas.

Un salvaje rugido llegó a sus oídos desde el corazón del bosque; y, al oírlo, la joven dió un salto en la muralla, poseída del frenesí de aquella alegría maldita.

—¡Satán está aquí! —exclamó, lanzándose sobre él y tratando de arrastrarle hasta el borde del parapeto—. ¡Satán ha venido! ¡Los sacramentos nos llaman! ¡Ven con tu querida alma renegada y, juntos, adoraremos y danzaremos hasta que la luna muera y el mundo sea olvidado!

Salvándose a duras penas de la terrible caída, Vezin forcejeó por librarse de su abrazo, mientras la pasión le desgarraba las entrañas y casi le vencía. Gritó en voz alta, sin saber lo que decía, y luego volvió a gritar. Eran los viejos impulsos, los antiguos y espantosos hábitos que instintivamente recobraban la voz; pues, aunque a él le parecía simplemente que gritaba cosas sin sentido, las palabras proferidas tenían realmente significado y eran inteligibles. Eran la antigua llamada. Y fue escuchada allá abajo. Y contestada.

El viento silbaba a su alrededor, haciendo que revolaran los faldones de su chaqueta. Le rodeaba un aire oscurecido por muchas formas voladoras que se elevaban en turbión desde el valle. Gritos de voces ronc; herían sus oídos, y cada vez eran más cercanos. Golpes de viento le abofetearon, lanzándole de aquí para allá por el ruinoso parapeto de la muralla de piedra; e ¡Ilsé se pegó a él, rodeándole el cuello con sus largos brazos brillantes, desnudos y tersos. Pero ya no estaba a solas con Ilsé, pues al mismo tiempo le rodearon una docena de ellos, brotados de la noche. El olor punzante de sus cuerpos untados le ahogaba y le excitaba hasta producirle el frenesí ancestral del Sabbath, aquelarre y danza de brujas en honor a la personificación del Diablo en el mundo.

—¡Untate y ven! ¡Untate y vamos! —gritaron en coro salvaje a su alrededor—. ¡A la Danza que nunca muere! ¡A la dulce y terrible fantasía del mal!

Un momento más y habría flaqueado y partido con ellos, pues su blanda voluntad estaba como paralizada y ya le arrastraba el torrente de sus reminiscencias apasionadas, cuando —de tal modo puede alterar un incidente trivial el curso de toda una aventura— tropezó con una piedra desprendida al mismo borde del parapeto y cayó estrepitosamente al suelo. Pero cayó del lado de las casas, en un gran descampado lleno de polvo y guijarros, y afortunadamente no del otro lado, en la mortal boca abierta del valle.

Y también, como moscas atontadas, cayeron ellos en revuelto montón a su alrededor; pero, al caer, se sintió libre un momento del poder de su contacto, y en este instante fugaz de libertad brotó en su mente la súbita intuición que le había de salvar. Antes de poder levantarse les vio de nuevo trepando torpemente por la muralla, como si al igual que los murciélagos, no pudieran volar más que dejándose caer desde una altura y no tuviesen poder sobre él en aquel espacio despejado. Después, viéndolos encaramados allí arriba, en fila, unos junto a otros, como gatos en un tejado, todos negros y extrañamente desproporcionados, los ojos como lámparas, recordó de pronto el terror de Ilsé a la vista del fuego.

Rápido como una centella encontró sus cerillas y prendió las hojas muertas que había debajo de la muralla.

Secas y marchitas, ardieron en seguida y el viento corrió las llamas a todo lo largo del pie de la muralla, la cual fue lamida por el fuego; y, con gritos y sollozos, la bandada de formas del parapeto se lanzó al aire por el otro lado; y partieron en gran tropel, cortando el aire con el zumbido de sus cuerpos que se precipitaban en el mismo corazón del valle encantado, dejando a Vezin sin respiración y aun temblando de miedo en el campo desierto.

—¡Ilsé! —llamó débilmente—. ¡Ilsé! —pues el corazón le dolía de que ella se hubiese ido a la gran Danza sin él, de haber perdido ya la oportunidad de gozar de su pavorosa alegría. Pero, al mismo tiempo, era tan grande su alivio y estaba tan aturdido y trastornado por todo lo que le acababa de suceder, que casi no se daba cuenta de lo que decía, y únicamente daba gritos en la voraz tormenta de su emoción...

El fuego al pie del muro siguió su curso y asomó de nuevo la luna, suave y luminosa, después de su eclipse temporal. Tras una última mirada estremecida a los ruinosos bastiones, y con un sentimiento de horrible curiosidad por lo que estaría sucediendo al otro lado de la muralla, en el valle maldito donde aún seguiría volando y danzando el tropel de formas negras, se volvió hacia el pueblo y se puso en marcha lentamente hacia el hotel.

Y, mientras se alejaba, fue acompañado por un coro de lamentos,

gritos y aullidos, procedentes del iluminado bosque, que se fueron haciendo más distantes y débiles cada vez, llevados por el viento, a medida que él se adentraba entre las casas.

VI

—Quizá le parezca a usted un poco precipitado este final, tan brusco y tan insípido —dijo Vezin con el rostro enrojecido, lanzando una tímida mirada al doctor Silence, sentado frente a él con su cuaderno de notas—, pero el caso es que... desde aquel momento... parece haberme fallado bastante la memoria. No recuerdo claramente cómo llegué a casa ni qué hice exactamente.

"Me parece que no llegué a volver a la posada. Sólo recuerdo vagamente haber corrido por una carretera larga y blanca a la luz de la luna, a través de bosques y pueblos silenciosos y desiertos; y luego vino el amanecer y vi las torres de una gran ciudad, y así llegué a la estación.

"Pero, mucho antes de esto, recuerdo que me detuve en un punto de la carretera y miré hacia atrás, hacia el pueblo de mi aventura, asentado en la colina a la luz de la luna; y pensé que parecía un enorme gato monstruoso que descansase en la llanura: sus gigantescas patas anteriores eran las dos calles principales y las dos torres gemelas y rotas de la catedral recostaban sus desgarradas orejas contra el cielo. Este cuadro permanece grabado en mi mente con la máxima intensidad hasta el día de hoy.

"Otro recuerdo que me queda de esta huída es que, de pronto, me acordé de que no había pagado la cuenta de la posada; y allí mismo, en medio de la polvorienta carretera, decidí que el pequeño equipaje que allí me dejaba servía de sobra para saldar esta deuda.

"Por lo demás, sólo puedo decirle que desayuné pan y café en un establecimiento de las afueras de esa ciudad a que había llegado, y que luego, el mismo día, marché a la estación y tomé el tren. Aquella misma noche llegué a Londres."

—¿Y en total —preguntó tranquilamente John Silence—, cuánto tiempo cree usted que estuvo en el pueblo de la aventura?

Vezin levantó la vista, como avergonzado.

—A eso iba —contestó, acompañándose de obsequiosos y embarazados movimientos del cuerpo—. En Londres me encontré con la sorpresa de que me había equivocado en mis cálculos nada menos que en una semana entera. Había permanecido cosa de una semana en el pueblo y deberíamos hallarnos a 15 de septiembre. ¡Y resulta que estábamos nada más que a 10 de septiembre!

—¿De modo que, en realidad, sólo pasó usted una noche o dos en la posada? —inquirió el doctor.

Vezin vaciló, dudó y, por fin, eludió la respuesta.

—Tengo que haber ganado tiempo de alguna manera —dijo por fin—, de alguna manera o en algún sitio. Para mí, estoy seguro de que estuve allí una semana. No puedo explicar más. Me limito a exponerle el hecho.

—Y esto sucedió el año pasado, ¿no es así?, y desde entonces no ha vuelto a visitar el lugar.

—Fue el otoño pasado, si —murmuró Vezin—; y nunca me he atrevido a volver. Creo que nunca sentiré deseo de hacerlo.

—Y dígame usted —preguntó por último el doctor Silence, cuando vio que el hombrecillo había llegado ya al final de su relato y no tenía nada más que contar—, ¿alguna vez ha leído usted algo sobre las antiguas prácticas de brujería en la Edad Media o se ha interesado usted por ello alguna vez ?

—¡Nunca! —declaró Vezin con énfasis—. Nunca he prestado atención a esos asuntos desde que tengo uso de razón.

—¿O quizá al problema de la reencarnación?

—Nunca... antes de mi aventura; pero sí lo he hecho después —replicó significativamente.

Había, sin embargo, algo más rondando la mente del hombrecillo, de lo cual deseaba aliviarse mediante confesión. Le costó mucho trabajo mencionarlo; y sólo después que el doctor hubo hecho verdaderos milagros de tacto y simpatía, consiguió por fin balbucear que le gustaría enseñarle las señales que todavía tenía en el cuello, donde —según dijo— le había tocado la muchacha con sus brazos untados.

Se quitó el cuello postizo y, tras infinitas y desmayadas vacilaciones, se bajó un poco la camisa para que le viese el doctor. Y allí, en la superficie de la piel, se vio una línea tenue y rojiza que cruzaba el hombro y se extendía un poco por la espalda hacia la espina dorsal. Desde luego, señalaba exactamente la posición que habría tomado en un brazo en el acto de abrazar. Y, al otro lado del cuello, un poco más arriba, había otra señal similar, aunque no tan claramente definida.

—Ahí fue donde me abrazó ella, aquella noche en las murallas —susurró, mientras una luz extraña iba y venía por su mirada.

Unas semanas después tuve ocasión de volver a consultar a John Silence acerca de otro caso extraordinario de que había tenido noticia, y acabamos discutiendo sobre la historia de Vezin. Después del relato de éste, el doctor había emprendido ciertas investigaciones por su cuenta, y uno de sus secretarios había descubierto que los antepasados de Vezin vivieron durante muchas generaciones en la misma ciudad donde le había sucedido a él la aventura. Dos de ellos, mujeres ambas, habían sido juzgadas por brujería y, convictas y confesas, habían sido quemadas vivas en la pira. Más aún: no había sido difícil averiguar que la misma posada en que se había alojado Vezin había sido construida, alrededor del

alio 1700, en el lugar donde anteriormente se habían levantado las piras funerarias y realizado las ejecuciones. La ciudad era entonces una especie de cuartel general de todos los hechiceros y brujas del contorno, los cuales, convictos y confesos, habían sido quemados a docenas allí.

—Parece raro —continuó el doctor—, que Vezin no supiese nada de esto; pero hay que tener en cuenta que, en realidad, no se trata de la clase de historia que se desearía transmitir a las generaciones futuras, ni tampoco repetir a sus hijos. Por tanto, me siendo inclinado a creer que incluso ahora no sabe nada de ella.

"Toda la aventura parece haber consistido en el vívido despertar de los recuerdos de una vida anterior, desencadenado por la toma de contacto con unas fuerzas que aún se mantenían activas en aquel lugar y, además, por singular azar, precisamente con las mismas almas que habían tomado parte con él en los sucesos de aquella vida remota. Pues la madre y la hija, que tan poderosamente le habían impresionado, debían haber sido, junto con él, los principales actores de las escenas y prácticas de brujería que en aquella época dominaban las imaginaciones de todo el país.

No tiene uno más que leer la historia de aquellos tiempos para enterarse de que las brujas se arrogaban el poder de transformarse en distintos animales, tanto con objeto de disfrazarse como para poderse trasladar rápidamente al escenario de sus imaginarias orgías. En todas partes se creía en la licantrópia o poder de convertirse en lobos; y la capacidad de transformarse en gatos frotándose el cuerpo con un ungüento o unte especial, proporcionado por el propio Satán, encontraba igual credulidad. La gran cantidad de procesos por brujería evidencia la universalidad de tales creencias.

El doctor Silence citó capítulos y párrafos de muchos eruditos en la materia y demostró cómo cada detalle de la aventura de Vezin tenía su base en las prácticas de aquellos oscuros días.

—Pero de lo que no me cabe duda es de que todo el asunto no ha sucedido sino subjetivamente, en su propia consciencia —prosiguió en respuesta a mis preguntas—; pues mi secretario, que marchó al pueblo en cuestión a investigar, descubrió su firma en el libro de huéspedes, con lo cual se demostró que había llegado allí el 8 de septiembre y se había ido súbitamente, y sin pagar la cuenta, des días después. Aún estaban allí en posesión de su sucia maleta marrón y de algunas de sus ropas de viaje. Pagué unos pocos francos para saldar la deuda y le envié a él el equipaje. La hija no estaba en casa, pero la propietaria, una mujer corpulenta, tal y como nos la ha descrito él, dijo a mi secretario que le había parecido un señor muy raro que siempre iba distraído y que, cuando desapareció, había temido durante mucho tiempo que hubiese encontrado un final violento en los bosques de los alrededores, por donde solía vagabundear, solitario.

"Me hubiera gustado tener una entrevista personal con la hija, para

indagar cuánto hay de, subjetivo y cuánto de real en lo relatado sobre ella por Vezin. Pues su miedo al fuego y a ver cosas ardiendo podían ser, por supuesto, el recuerdo intuitivo de su primitiva y dolorosa muerte, lo cual, así, habría explicado por qué se la imaginaba él a veces rodeada de humo y llamas.

—¿Y qué me dice usted de aquella señal en su cuello? —pregunté.

—Simplemente son señales de tipo histérico —replicó—, igual que los estigmas de las *réligieuses* o las moraduras que aparecen en el cuerpo de sujetos hipnotizados, a quienes se les sugiere que les van a aparecer. Esto es muy corriente y se explica fácilmente. Lo único curioso en el caso de Vezin es que las señales le hayan durado tanto tiempo. Lo corriente es que desaparezcan pronto.

—Quizá es que sigue pensando en ello, cavilando y reviviéndolo de nuevo —aventuré.

—Es probable. Y eso me hace temer que aún no haya llegado el fin de sus tribulaciones. Me temo que volveremos a oír hablar de él. Es un caso, desgraciadamente, en el que puedo hacer muy poco por aliviarle.

El doctor Silence hablaba con voz triste y grave.

—¿Y qué piensa usted del francés del tren? —le pregunté Después—. ¿El hombre que le previno contra el lugar *á cause du sommeil et á cause des chats*? ¿No le parece a usted un incidente muy singular?

—En efecto, un incidente *muy* singular —repuso lentamente—, y que sólo puedo explicar a base de una coincidencia altamente improbable...

—¿A saber?

—Que el hombre aquel hubiera estado también en el pueblo y sufrido una experiencia similar. Me gustaría encontrarle y preguntárselo. Pero todo esto son hipótesis, porque en realidad no tengo ni la más leve pista; la única conclusión que puedo sacar es que alguna singular afinidad psíquica, alguna fuerza aún viva en su ser, procedente de una vida pasada común, le acercó a la personalidad de Vezin, haciéndole temer por él; por eso le previno como lo hizo.

—Si —prosiguió, casi hablando consigo mismo— sospecho que Vezin fue arrastrado por el remolino de fuerzas originadas en la intensa actividad de su vida pasada, y que vivió de nuevo una escena en la que habla tomado parte, como actor principal, hace siglos. Pues ciertas acciones especialmente intensas desarrollan una serie de fuerzas que sólo muy despacio se van agotando y que, en cierto modo, se puede decir que nunca mueren del todo. En este caso, no fueron lo suficientemente poderosas para darle una ilusión completa de realidad, de manera que el pobre hombre se encontró sumergido en una desagradable confusión entre el presente y el pasado; sin embargo, fue lo bastante sensible para darse cuenta de cuál era la verdad y luchar contra su regresión, en el seno de sus mismos recuerdos, a un estadio evolutivo más primitivo e inferior.

—¡Ah, sí! —continuó, cruzando la habitación para asomarse al cielo

cada vez más oscuro, sin reparar aparentemente en mi presencia—. A veces, los brotes subliminales del recuerdo, como éste, pueden ser muy dolorosos, y a veces también muy peligrosos. Sólo confío en que este espíritu delicado consiga pronto zafarse de la obsesión de su pasado apasionado y tempestuoso. Pero lo dudo, lo dudo."

Su voz, al hablar, estaba impregnada de tristeza; y, cuando se volvió de nuevo, de cara a la habitación, mostraba una expresión de profundo anhelo, del anhelo de un alma cuyo deseo de ayudar es a veces mayor que su poder.

UNA INVASION PSIQUICA

I

—¿Y qué le hace pensar que en este caso particular yo podría serle de utilidad? —preguntó el doctor John Silence dirigiendo la mirada hacia la dama sueca que tenía sentada frente a él.

—Su buen corazón y sus conocimientos de ocultismo...

—¡Oh no, por favor, otra vez esa horrible palabra! —interrumpió Silence haciendo un gesto de descontento con la mano.

—Bien, entonces —dijo la dama sonriendo— sus maravillosas dotes de clarividencia y su avezado conocimiento psíquico de los problemas por los que una personalidad puede resultar destruida y desintegrada; es decir, esos estudios extraños a los que lleva usted dedicado, todos estos años.

—Si no es más que un caso de múltiple personalidad, realmente no me interesa —se apresuró a decir el doctor con una expresión de aburrimiento.

—No, no es eso; en serio, necesito su ayuda —dijo la dama—; le ruego sea paciente con mi ignorancia si no acierto a elegir las palabras apropiadas. El caso que conozco le interesará, y nadie podría tratarlo mejor que usted. De hecho, ningún médico convencional podría enfrentarse a él, pues no conozco ningún tratamiento o medicina que pueda devolver el sentido del humor una vez que se ha perdido.

—Vaya, empieza a interesarme su 'caso' —señaló Silence disponiéndose cómodamente a escuchar.

Mrs. Sivendson exhaló un suspiro de satisfacción mientras observaba cómo el doctor se acercaba al tubo acústico y decía al criado que no le molestaran.

—Creo que me acaba de leer el pensamiento —dijo la dama—; su conocimiento intuitivo de lo que ocurre en las mentes de otras personas es ciertamente extraordinario.

Su amigo asintió con la cabeza, sonriendo, y colocó su silla en posición adecuada, dispuesto a escuchar atentamente lo que la dama tuviera que decirle. Como solía hacer siempre que deseaba captar el auténtico significado de una narración no expresada del modo más adecuado, cerró los ojos, pues de esa manera le resultaba más fácil sintonizar con los pensamientos vivos que yacían tras las palabras entrecortadas.

Para sus amistades, John Silence era un excéntrico, ya que era rico por accidente y médico por elección. Que un hombre de situación acomodada dedicara su tiempo a la medicina, principalmente al tratamiento de gente que no podía pagarle, escapaba por completo a su

comprensión. La nobleza innata de un alma cuyo primer deseo consistía en ayudar a aquellos que no podían ayudarse a sí mismos les asombraba. Más tarde, les irritaba, aunque finalmente, y para gran satisfacción del doctor, le dejaban que se dedicara a sus asuntos.

Sin embargo, el doctor Silence era un médico muy peculiar, pues no tenía consultorio, no llevaba ningún registro de pacientes ni mostraba los modales acostumbrados de la profesión. Tampoco cobraba por sus servicios, ya que en el fondo era un verdadero filántropo que, no obstante, no perjudicaba a sus colegas, pues sólo aceptaba aquellos casos no lucrativos que le interesaban por alguna razón muy especial. Argumentaba que mientras los ricos podían pagar y los indigentes podían arreglárselas con las organizaciones caritativas, había una clase muy amplia de trabajadores dignos escasamente remunerados, a menudo con interés por el arte, que no podían costearse los gastos derivados de un viaje de una semana de descanso impuesto por prescripción facultativa. Y era a estos a quienes él quería ayudar: casos que con frecuencia requerían un estudio atento y paciente, algo que ningún doctor puede ofrecer por una guinea y que, por otra parte, nadie esperaba que lo hiciera.

Pero existía otro rasgo en su personalidad y práctica en el que estamos más directamente interesados en este momento: los casos que tenían especial atracción para él no eran los habituales sino más bien aquellos que por su naturaleza intangible, esquiva y complicada podríamos denominar con propiedad *afecciones psíquicas*; y, aunque él hubiera sido el último en aprobar tal título, era evidente que todo el mundo le conocía por el sobrenombre de 'el doctor Psíquico'.

Para poder resolver ese tipo particular de casos se había sometido a un entrenamiento físico, mental y espiritual, prolongado y severo. Nadie parecía saber en qué había consistido dicho entrenamiento o dónde se había realizado, pues nunca hablaba de él ya que, como era de esperar, jamás mostraba ninguna de las características propias del charlatán; con todo, el hecho de que hubiera permanecido apartado del mundo exterior durante cinco años y, tras su regreso y comienzo de su singular práctica, a nadie se le hubiera ocurrido aplicarle el epíteto de curandero, de tan fácil adquisición, hablaba sobradamente de la seriedad de su extraña investigación y de la autenticidad de sus logros.

Por el moderno investigador físico, sentía la sosegada tolerancia del "hombre que sabe". Cuando hacía algún comentario sobre sus métodos, su voz revelaba un atisbo de compasión (desprecio, sin embargo, nunca mostró).

Estuve trabajando como su ayudante de confianza durante varios años, y en cierta ocasión me dijo: «Esta clasificación de resultados es, en el mejor de los casos, un trabajo mediocre. No conduce a nada, y tampoco lo hará cuando hayan pasado cien años. Es como jugar con la parte defectuosa de un juguete bastante peligroso. Sería mucho mejor

examinar las causas y de ese modo los resultados encajarían con facilidad y podrían explicarse por sí solos. Porque las fuentes son accesibles y están disponibles para todo aquel que tenga el valor de emprender el único camino que convierte a la investigación práctica en algo sensato y posible.»

En cuanto al tema de la clarividencia, su actitud era también muy prudente, ya que conocía que el verdadero poder es raro en extremo y que lo que se denomina vulgarmente clarividencia no es otra cosa que una fuerte capacidad de previsión.

«Implica una sensibilidad ligeramente desarrollada, nada más —solía decir—. El clarividente auténtico deplora su poder, pues reconoce que añade un nuevo horror a la vida y está en la naturaleza de cualquier aflicción. Ya descubrirás que esto es siempre la verdadera prueba.»

De resultas de todo ello, John Silence, este doctor de evolución singular, era capaz de seleccionar sus casos con un conocimiento preciso de la diferencia entre la ilusión puramente histérica y el tipo de aflicciones psíquicas que reclamaban de sus especiales poderes. Nunca necesitaba recurrir a los elementales misterios de la adivinación, pues, según le he oído observar tras solucionar algún problema particularmente intrincado, «los sistemas de adivinación, desde la geomancia hasta la lectura de las hojas de té, no son más que métodos para oscurecer la visión externa con el fin de que la visión interna pueda ser accesible. Una vez dominado el método, sobra todo sistema.»

Estas palabras expresaban de modo significativo los métodos de este hombre extraordinario, la clave de cuyo poder radicaba sobre todo en el conocimiento de que, en primer lugar, el pensamiento puede actuar a distancia y, además, es dinámico y capaz de conseguir resultados materiales.

«Aprende a 'pensar' —habría dicho él—, y habrás aprendido a utilizar el poder desde sus fuentes.»

Contaba más de cuarenta años y era de aspecto enjuto; sus ojos, marrones y expresivos, brillaban con la luz del saber y la autoconfianza; al mismo tiempo, hacían recordar la maravillosa mansedumbre observada a menudo en los ojos de algunos animales. Una barba cerrada ocultaba la boca, sin disfrazar la severa determinación insinuada por los labios y la mandíbula. Debido a la delicadeza y refinamiento de sus rasgos, el rostro transmitía una impresión de transparencia, casi de luz. En su frente aparecía ese sello de paz indescriptible que procede de identificar la mente con lo que hay en el alma de imperecedero y dejar que lo perecedero se desvanezca sin causar heridas o transtornos; pocos podrían haber imaginado por sus modales, tan gentiles, sosegados y afables, la tremenda resolución que ardía en su interior como una gran llama.

—Creo que lo describiría como un caso psíquico —continuó la dama sueca intentando explicarse de un modo inteligente—, del tipo de los que a usted le atraen. Me refiero a un caso cuya causa está oculta en el fondo

de algún trastorno espiritual y...

—Por favor, mi querida Svenska —le interrumpió el doctor empleando un tono grave, extrañamente compulsivo—, primero cuénteme los síntomas, y después ya analizaremos sus deducciones.

La dama se giró repentinamente sobre el borde de la silla y, mirando al doctor a la cara, bajó la voz para impedir que su emoción se hiciera patente de un modo manifiesto.

—En mi opinión no hay más que un síntoma —dijo en un murmullo como si estuviera contando algo desagradable—: miedo, simplemente miedo.

—¿Miedo físico?

—Creo que no; aunque ¿cómo saberlo? Creo que se trata de un temor perteneciente a la región psíquica. No es un desvarío de los comunes; en realidad el individuo en cuestión se encuentra bastante sano, aunque vive en un estado de terror hacia algo.

—No entiendo lo que quiere decir con 'región psíquica' —señaló el doctor sonriendo—; aunque supongo que lo que me quiere hacer comprender es que no son sus procesos mentales, sino los espirituales, los que se encuentran afectados. De cualquier modo, intente relatarme brevemente y de un modo directo lo que sabe acerca del individuo y de sus síntomas, de su necesidad de ayuda, esto es, de "mi" peculiar ayuda, y todo lo que le parezca de vital importancia en el caso. Prometo escucharle con atención.

—Lo estoy intentando —prosiguió la dama en tono serio—, pero he de hacerlo con mis propias palabras; confío en que su inteligencia sea capaz de desenredar mi discurso a medida que avanzo. Se trata de un joven autor que vive en una pequeña casa en algún lugar cerca de Putney Heath. Escribe relatos de humor, un género en el que destaca: se llama Pender, Felix Pender, debe de haber oído hablar de él. El tipo tenía un gran talento y se casó con toda su confianza puesta en él; su futuro parecía asegurado. Digo "tenía" porque de repente le falló estrepitosamente. Peor aún, se transformó en lo contrario. Ahora es incapaz de escribir una sola línea en aquel estilo que le estaba proporcionando éxito.

El doctor Silence abrió los ojos durante un segundo y miró a su interlocutora.

—Entonces no ha perdido su capacidad. ¿Todavía escribe? —preguntó brevemente antes de cerrar de nuevo los ojos para volver a escuchar.

—Trabaja con frenesí —prosiguió Mrs. Sivendson—, pero no produce nada —añadió—, nada que pueda utilizar o vender. Prácticamente sus ganancias han cesado y lleva una vida precaria haciendo crítica de libros y trabajos extraños. No obstante, estoy segura de que su talento no le ha abandonado definitivamente sino que sencillamente está...

Mrs. Sivendson titubeó de nuevo buscando la palabra apropiada.

—En suspenso —sugirió Silence sin abrir los ojos.

—Anulado —prosiguió después de sopesar el significado de la palabra durante un momento—, sencillamente anulado por algo.

—¿Quizá por "alguien"?

—Ojalá lo supiera. Todo lo que puedo decir es que está hechizado y que su sentido del humor ha sido temporalmente velado, borrado y sustituido por algo horrible que escribe cosas distintas. A menos que tome alguna medida adecuada pronto, acabará muriéndose de hambre. Teme visitar a un médico por miedo a ser declarado loco; aunque, de cualquier modo, no se le puede pedir a ningún médico que devuelva a un hombre el sentido del humor por una guinea.

—¿Ha visitado ya a alguno?

—No, todavía no. Ha probado con sacerdotes y otra gente religiosa, pero ellos "saben" tan poco y muestran una compasión tan carente de inteligencia... La mayoría están muy ocupados haciendo equilibrios sobre sus propios pedestales.

John Silence interrumpió la invectiva haciendo un gesto.

—¿Y cómo sabe usted tanto acerca de él? —preguntó con delicadeza.

—Conozco a Mrs. Pender muy bien. La conocí antes de que se casara con él.

—¿Es ella quizá una causa?.

—En absoluto. Sin ser muy inteligente, es una mujer fiel y bien educada, con tan poco sentido del humor que siempre se ríe cuando no debe. Pero ella no tiene nada que ver con la causa de su trastorno, que ha adivinado más a fuerza de observarle que por lo poco que él le ha contado. Doctor, Pender es un tipo realmente simpático, trabajador, paciente... en resumen, digno de ser salvado.

Silence abrió los ojos y se acercó al timbre para pedir que sirvieran el té. Para ser sinceros, sobre el caso del humorista no sabía mucho más ahora que cuando se sentó a escuchar; pero se dio cuenta de que ninguna nueva explicación de su amiga sueca le ayudaría a revelar los hechos. Una entrevista personal con el propio escritor sí podría hacerlo.

—Todos los humoristas son dignos de salvación —replicó sonriendo mientras Mrs. Sivendson servía el té—. En estos días tan difíciles no podemos permitirnos perder ni uno. Aprovecharé la primera oportunidad para ir a visitar a su amigo.

Con gran profusión de palabras, mrs. Sivendson le dio las gracias muy efusivamente y, a partir de ese momento, Silence, no sin dificultad, se dedicó a hablar exclusivamente de la tetera.

Como resultado de dicha conversación, y con alguna información más que había conseguido por medios sólo conocidos por su secretario, una tarde, varios días después, Silence subía a toda velocidad en su vehículo hasta Putney Hill para tener su primera entrevista con Felix Pender, el escritor de relatos de humor víctima de un mal misterioso en la "región psíquica", que le había anulado el sentido cómico y amenazaba con arruinar su vida y destruir su talento. El deseo de ayudarle que el doctor

sentía era probablemente semejante al ansia que tenía por conocer e investigar su caso.

El motor se detuvo tras un fuerte ronroneo, como si hubiera una gran pantera negra oculta en el capó, y el doctor, 'el doctor psíquico', echó a andar a través de la abundante niebla y cruzó el diminuto jardín en el que crecían un abeto ennegrecido y un laurel achaparrado. La casa era muy pequeña y pasó cierto tiempo antes de que alguien contestara al timbre. De repente se encendió una luz en el vestíbulo y el doctor vio aparecer sobre el último escalón a una mujer amable, de aspecto menudo, que le invitaba a pasar. Iba vestida de gris y la luz de gas iluminaba su cabello claro, cepillado con esmero. De la pared que quedaba a su espalda colgaban varias aves disecadas, llenas de polvo, y una destartada colección de lanzas africanas. Un perchero con un estante para sombreros, sobre el que había una bandeja de bronce llena de tarjetas muy grandes, guió su mirada rápidamente hasta una escalera oscura situada más allá. Aunque intentaba mostrar una cordialidad natural, Mrs. Pender, que tenía los ojos redondos como los de un niño, le saludó con una efusión que apenas podía ocultar su nerviosismo. Evidentemente había estado aguardando su llegada y se había adelantado al criado, pues le faltaba un poco el aliento.

—Supongo que no le habré hecho esperar demasiado; creo que ha sido muy amable al venir... —dijo antes de ver el rostro del doctor bajo la luz de gas y detenerse repentinamente. Algo en la apariencia de Silence le impidió seguir hablando. Algo que revelaba unas intenciones serias, como las de ningún otro hombre.

—Buenas tardes, Mrs. Pender —dijo con una sonrisa afable que, aunque desaprobaba palabras innecesarias, le hizo ganar confianza—, la niebla me retrasó un poco. Encantado de conocerla.

Se dirigieron hacia una sala de estar sombría en la parte trasera de la casa, pulcramente amueblada pero de aspecto deprimente. Una fila de libros descansaba sobre la repisa de la chimenea. El fuego acababa de ser encendido y revocaba mucho humo dentro de la habitación.

—Mrs. Sivendson dijo que creía que usted podría venir -se aventuró de nuevo a decir aquella mujer menuda, dirigiendo una mirada afable al doctor y mostrando preocupación e impaciencia en cada gesto-. Pero apenas me atrevía a creerlo. Verdaderamente creo que es muy amable por su parte. El caso es que mi marido es tan peculiar que... bueno, ya sabe usted, estoy segura de que cualquier doctor "normal" diría enseguida que el manicomio...

—¿No está él entonces? —preguntó el doctor Silence con delicadeza.

—¿Dónde? ¿En el manicomio? —repuso Mrs. Pender con voz entrecortada— ¡Oh Dios mío! No, todavía no.

—En la casa, quiero decir —añadió Silence riendo.

Mrs. Pender dio un gran suspiro.

—Volverá en cualquier momento —respondió aliviada al ver reír al

doctor—, aunque a decir verdad no le esperábamos a usted tan pronto... es decir, mi marido ni siquiera creía que usted fuera a venir.

—Siempre estoy encantado de ir allá donde se me necesita y pueda servir de ayuda —replicó rápidamente Silence—; tal vez sea mejor que su marido esté fuera, porque aprovechando que estamos solos puede contarme algunos de sus problemas. Verá usted, hasta ahora sé muy poco.

La voz de Mrs. Pender temblaba mientras daba las gracias al doctor, y cuando éste se sentó en una silla que había a su lado, la mujer tuvo serias dificultades para encontrar palabras con las que empezar.

—En primer lugar —dijo tímidamente antes de continuar con un torrente de palabras nervioso e incoherente—, mi marido estará contentísimo de que haya venido, pues dijo que usted era la única persona que consentiría ver..., el único médico, quiero decir. Pero, claro, él no sabe lo asustada que estoy ni lo que he descubierto.

Pretende hacerme creer que no es más que una crisis nerviosa y estoy segura de que no se ha dado cuenta de todas las cosas entrañas que le he visto hacer. Pero lo principal, supongo...

—Sí, lo principal, Mrs. Pender —dijo Silence en tono alentador al advertir su indecisión...— es que piensa que no estamos solos en la casa. Eso es lo fundamental. Cuénteme más hechos, por favor, sólo los hechos.

—Todo empezó el verano pasado cuando regresé de Irlanda; él había estado solo durante seis semanas y me dio la impresión de que su aspecto era cansado y enfermo ...; tenía el rostro desencajado y parecía abandonado, no sé si me entiende: su carácter se había deteriorado. Me dijo que había estado escribiendo mucho, pero que la inspiración le fallaba y se encontraba insatisfecho con su trabajo. El sentido del humor le estaba desapareciendo, o transformándose en otra cosa, añadió. Había algo en la casa, dijo, que —aquí recalcó las palabras—, "le impedía sentirse gracioso".

—Algo en la casa que le impedía sentirse gracioso —repitió el doctor—. ¡Vaya, por fin nos estamos acercando al fondo de la cuestión!

—Sí —continuó con un tono impreciso—; eso es lo que se empeñaba en decir.

—¿Y qué es lo que usted encontraba extraño? —Preguntó Silence en tono cordial—. Sea breve, por favor, o estará de vuelta antes de que acabe.

—Cosas sin importancia pero que me parecían significativas. Trasladó su despacho desde la biblioteca, como llamamos a esa habitación, a la sala de estar. Decía que todos sus personajes se volvían perversos y terribles en la biblioteca; al cambiar éstos, se decidió a escribir tragedias, tragedias viles y degradantes, las tragedias de almas rotas. Pero ahora dice lo mismo de la sala de fumar y ha vuelto a la biblioteca.

—¡Ya!

—En realidad tengo tan poco que contarle... —añadió, hablando cada vez con mayor rapidez y haciendo innumerables gestos—. Me refiero a que son sólo algunas de las cosas que hace y dice las que resultan extrañas. Lo que me asusta es que da por hecho que siempre hay alguien más en la casa, alguien a quien nunca veo. El nunca lo dice, pero le he visto apartarse en las escaleras para dejar pasar a alguien, abrir la puerta para que alguien salga o entre, y a veces distribuye sillas por nuestro dormitorio como si esperara que alguien se sentara. ¡Ah!, sí, sí, y una o dos veces... —exclamó— una o dos veces...

En este punto se detuvo y miró a su alrededor con aire asustado.

—Por favor, continúe.

—Una o dos veces —prosiguió apresuradamente como si oyera un ruido que le sobrecogiera—, le he oído correr, entrar y salir de las habitaciones jadeando como si alguien le persiguiese...

Mientras estaba hablando, la puerta se abrió, interrumpiendo sus palabras, y un hombre entró en la habitación. Era de tez morena, más bien cetrino, y barbilampiño; tenía los ojos propios de la fantasía y unos escasos mechones de pelo oscuro que le crecían sobre las sienes. Llevaba un traje de tweed raído, con un desgachado cuello de paño. La expresión dominante en su cara era la de un hombre asustado, perseguido; una expresión que en cualquier momento podía transformarse en una horrible mirada de terror y anunciar una total pérdida de autodomínio.

Al descubrir al visitante, su rostro ajado esbozó una sonrisa, y acto seguido el individuo avanzó para estrecharle la mano.

—Contaba con que vendría; Mrs. Sivendson dijo que era posible que usted sacara tiempo —dijo sencillamente con voz fina y aguda—. Encantado de conocerle, doctor Silence. Porque usted es médico ¿verdad?

—Bueno, tengo derecho a ese título —rió el doctor—, aunque pocas veces me sirvo de él. Es decir, no ejerzo regularmente; sólo acepto casos que me interesan de un modo especial... No acabó la frase, pues entre ellos se produjo un intercambio de miradas afines que lo hizo innecesario.

—He oído hablar de su gran amabilidad.

—Es mi afición —replicó Silence— y mi privilegio.

—Confío en que seguiré pensando así cuando haya oído lo que le tengo que contar —continuó el escritor con un tono algo cansado. Entonces condujo al doctor a través del recibidor hasta la Sala de fumar donde podían hablar con tranquilidad y sin ser molestados.

En dicha estancia, con la puerta cerrada y en un ambiente de confianza, la actitud de Pender cambió en cierto modo y su disposición se tornó seria. Silence se sentó frente a él desde donde pudiera verle la cara. Entonces comprobó que parecía bastante más desmejorada. Obviamente, le costaba mucho hablar de su problema.

—Lo que tengo es, según creo, una profunda aflicción espiritual —dijo con franqueza, númerando al doctor a la cara.

—Eso lo aprecié enseguida —replicó Silence.

—Claro, debió de apreciarlo; mi entorno debe de transmitirlo a cualquiera que tenga percepciones psíquicas. Además, por lo que he oído, estoy seguro de que usted es un verdadero doctor del alma y no un simple curandero del cuerpo.

—Tiene usted un alto concepto de mí —señaló el doctor—; aunque, como bien sabe, prefiero aquellos casos en que es el espíritu, y no el cuerpo, el que sufre los primeros trastornos.

—Ya comprendo. Verá, yo he experimentado un trastorno muy singular, pero no en la región física. Quiero decir que mis nervios están en perfecto estado y mi cuerpo también. No es que sufra delirios exactamente, aunque mi cuerpo está torturado por un miedo espantoso que me asaltó por primera vez de una forma extraña.

John Silence se inclinó hacia adelante y tomó la mano del escritor en la suya, cerrando los ojos mientras lo hacía. No estaba tomándole el pulso o haciendo alguna otra cosa de las que acostumbran los médicos; simplemente estaba absorbiendo en su interior la esencia de la condición mental de aquel hombre, para ponerse por completo en su propio punto de vista y ser así capaz de tratar su caso con auténtica armonía. Un observador atento podría haber advertido cómo un ligero temblor recorría su cuerpo después de haber sujetado la mano del escritor durante unos segundos.

—Con sinceridad, Mr. Pender —dijo el doctor en tono calmado mientras liberaba su mano con un gran esmero en sus modales—, cuénteme todos los pasos que condujeron al comienzo de esta invasión. Es decir, dígame cuál fue la droga en cuestión, por qué la tomó y cómo le afectó.

—¡Ah, veo que usted sabe que todo empezó con una droga! —exclamó el escritor con asombro manifiesto.

—Sólo deduzco a partir de lo que observo en usted y de su efecto sobre mí mismo. Se encuentra usted en una condición psíquica sorprendente. Ciertas partes de su entorno vibran con un ritmo mucho más rápido que otras. Eso es efecto de una droga, pero no de una droga común. Permítame terminar, por favor. Si ese elevado ritmo de la vibración se extiende, usted llegará a ser consciente de un mundo mucho más amplio del que habitualmente conoce. Si, por otro lado, la celeridad del ritmo retrocede hasta el nivel usual, la capacidad de percepción que usted tiene ahora extraordinariamente desarrollada desaparecerá.

—¡Me deja usted estupefacto, doctor Silence! —exclamó el escritor—, pues sus palabras describen con total precisión las sensaciones que he estado experimentando.

—Le menciono esto sólo de pasada y para darle confianza antes de que aborde el relato de su verdadera dolencia —continuó el doctor—. Como usted sabe, toda percepción es resultado de vibraciones; ser clarividente significa simplemente ser sensible a una mayor escala de esas vibraciones. El despertar de los sentidos internos de los que tanto

hemos oído hablar no es más que eso. Su clarividencia parcial se puede explicar con facilidad. Lo único que me sorprende es cómo obtuvo la droga, pues no es fácil conseguirla en forma pura, y ninguna solución adulterada podría haberle dado el fabuloso ímpetu que según veo ha adquirido. Pero, por favor, prosiga y cuénteme la historia a su modo.

—Esta *Cannabis indica* —continuó el escritor— llegó a mis manos el otoño pasado mientras mi mujer estaba fuera. No hace falta que le explique cómo lo conseguí porque eso no tiene importancia; pero era el genuino extracto fluido, y no pude evitar la tentación de hacer un experimento. Uno de sus efectos, como usted sabe, es provocar una risa incontenible.

—Sí, a veces.

—Yo soy escritor de relatos de humor y deseé aumentar mi propia capacidad de risa para captar lo ridículo desde un punto de vista fuera de lo normal. Quería estudiar un poco ese fenómeno, si era posible, y...

—Cuenta, cuenta.

—...tomé una dosis de prueba. Ayuné durante seis horas para acelerar el efecto, me encerré en esta habitación y di orden de que no se me molestara. Luego ingerí el extracto y esperé.

—¿Y cuál fue el efecto?

—Transcurrieron una, dos, tres, cuatro, cinco horas y nada ocurría. La risa no aparecía por ninguna parte y sólo sentía en su lugar una gran fatiga. Nada de lo que había en la habitación o en mi mente llegaba a tener el más mínimo aspecto cómico.

—Es siempre una droga de lo más incierta —interrumpió el doctor—. Por esa razón se utiliza tan poco.

—A las dos de la madrugada me sentí tan hambriento y cansado que decidí no esperar más y abandonar el experimento. Bebí un poco de leche y subí a acostarme. Estaba abatido y decepcionado. Enseguida me quedé dormido y debía de llevar durmiendo alrededor de una hora cuando me despertó de repente un tremendo ruido en los oídos. ¡Era el ruido de mi propia risa! Sencillamente me estaba desternillando de risa. Al principio, muy desconcertado, pensé que había estado riéndome en sueños, pero un momento después me acordé de la droga y me alegró ver que, después de todo, el efecto se había producido. En realidad, la droga había estado actuandodurante todo el rato, lo que pasaba es que yo había calculado mal el tiempo. La única sensación desagradable que aprecié, 'entonces' fue la extraña impresión de que no me había despertado de un modo natural, sino que había sido despertado por alguien deliberadamente. Esa impresión se me reveló con certeza en medio de mi propia risa escandalosa y por ello me inquieté.

—¿Tiene idea de quién pudo haber sido? —preguntó el doctor, que había estado muy alerta prestando atención a cada palabra.

Prender dudó y, retirándose el pelo hacia atrás con un ademán de nerviosismo, trató de sonreír.

—Debe usted contarme todas sus impresiones, aunque sólo sean sospechas; son tan importantes como sus convicciones.

—Tengo la vaga idea de que era alguien relacionado con mi sueño olvidado, alguien que había estado intentando importunarme mientras dormía; alguien que tenía una gran resolución y habilidad de carácter, mucha fuerza física..., una personalidad inusual... y, de eso estaba también seguro, era una mujer.

—¿Una mujer bondadosa? —preguntó John Silence en tono tranquilo.

Pender se sobresaltó un poco por la pregunta y su cara macilenta enrojeció; parecía sorprendido. Rápidamente negó con la cabeza al tiempo que con la mirada expresaba un horror indescriptible.

—Mala —respondió escuetamente—, espantosamente malvada, y en su absoluta maldad había también una cierta iniquidad, la iniquidad propia de una mente desequilibrada.

Volvió a titubear por un momento y luego dirigió la vista de un modo penetrante hacia su interlocutor. Una sombra de sospecha apareció en su mirada.

—No —rió el doctor—, no tema, no le estoy tomando el pelo, ni creo que esté loco. Ni mucho menos. Su relato me interesa sobremanera, e inconscientemente usted me ha proporcionado varias pisas mientras lo contaba. Verá, tengo ciertos conocimientos particulares en lo referente a esos vericuetos psíquicos.

—Aunque no sabía con claridad qué era lo que me la provocaba —prosiguió el narrador, tranquilizado de nuevo—, la risa que se había apoderado de mí era tan violenta que tuve verdadera dificultad para coger las cerillas; además, temía que los criados pudieran oír mis carcajadas y se asustaran. Cuando por fin logré encender la lámpara, vi que la habitación estaba vacía y la puerta cerrada como siempre. Entonces, a medio vestir, salí al rellano y, controlando algo mejor mi hilaridad, me dispuse a bajar las escaleras. Deseaba poner por escrito mis sensaciones. Me metí un pañuelo en la boca para evitar que mis carcajadas produjeran mucho ruido y comunicaran mi histeria a todo el servicio.

—¿Y la presencia de esa, esa ...?

—Me estuvo rondando todo el rato —dijo Pender—, aunque por el momento parecía haberse retirado. Además, mi risa debía de haber acabado con todas las demás emociones.

—¿Y cuánto tiempo tardó en bajar las escaleras?

—Iba a hablarle ahora mismo de eso. Veo que conoce de antemano todos los 'síntomas'; porque, evidentemente, creí que nunca iba a llegar al final. Me daba la impresión de que tardaba cinco minutos en bajar cada escalón y, si mi reloj no me hubiera asegurado que sólo habían transcurrido unos segundos, podría haber jurado que cruzar el estrecho vestíbulo que hay al pie de las escaleras me había llevado media hora. Además, andaba deprisa e intentaba progresar. Pero no servía de nada. Parecía que caminaba sin avanzar y a aquel ritmo habría tardado una

semana en descender Putney Hill.

—Una dosis experimental altera a veces la sucesión del tiempo y del espacio.

—Cuando por fin llegué al despacho y encendí la lámpara, se produjo un cambio terrible y repentino como un relámpago. Fue como una ducha de agua fría; en medio de aquella tormenta de carcajadas...

—¿Qué pasó? —inquirió el doctor inclinándose hacia delante y mirándole fijamente a los ojos.

—...me abordó un pánico indescriptible —dijo Pender bajando el tono de su aguda voz al recordarlo.

Hizo una pausa y se enjugó la frente. Una mirada atemorizada y retraída dominaba completamente su rostro. No obstante, durante todo el rato las comisuras de sus labios esbozaban una sonrisa, como si el recuerdo de aquel alborozo todavía le divirtiera. La mezcla de miedo y risa en su semblante resultaba muy curiosa y daba una gran autenticidad a su relato; asimismo aportaba una expresión extraña a sus gestos.

—¿Pánico? —repitió el doctor en tono consolador.

—Sí, sí, pánico. Aunque la Cosa que me había despertado parecía haber desaparecido, su recuerdo todavía me aterrorizaba, y sin darme cuenta me desplomé sobre una silla. Después cerré la puerta e intenté razonar. Pero como la droga hacía que mis movimientos fueran tan prolongados, me llevó cinco minutos llegar hasta la puerta y otros cinco volver de nuevo a mi asiento. Además, la risa seguía bullendo en mi interior. Era una risa completamente saludable que me agitaba a rachas; tanto es así que hasta el terror que sentía me hacía reír. Sin embargo puedo decirle, doctor Silence, que aquella mezcla de risa y miedo era totalmente vil, total y absolutamente vil.

—Inmediatamente después los objetos de la habitación volvieron a presentar su lado divertido y exploté en una arcajada más escandalosa que las anteriores. La estantería resultaba ridícula, el sillón era un perfecto payaso, el modo en que me miraba el reloj que había sobre la repisa de la chimenea, demasiado cómico como para expresarlo con palabras; la disposición de los papeles y del tintero en el escritorio me hizo tanta gracia que mis carcajadas se convirtieron en un estruendo. Empecé a dar sacudidas y a agarrarme los costados hasta que las lágrimas me brotaron y comenzaron a correr por mis mejillas. ¡Y aquel taburete! ¡Oh, Dios mío! ¡Aquel absurdo taburete!

Al recordarlo, se echó hacia atrás en la silla, riéndose solo y levantando las manos. Silence también empezó a reír.

—Siga por favor —dijo—. Le entiendo perfectamente. Yo también conozco la risa del hachís.

Pender recobró la calma y, volviendo a adoptar un aspecto serio, reanudó su relato.

—Como ve, junto a ese alborozo extravagante en apariencia injustificado, existía también un pánico igualmente extravagante e

injustificado. Que la droga me producía risa está claro; lo que no podía imaginar es qué era lo que me producía terror. Por todas partes, tras la diversión estaba el miedo. Era un terror enmascarado bajo un gorro de bufón y yo era el campo de batalla en el que dos emociones opuestas y armadas luchaban a muerte. Paulatinamente se fue consolidando en mí la idea de que ese miedo estaba causado por, según acaba usted de denominarlo, la *invasión* de la 'persona' que me había despertado: era una mujer terriblemente malvada, enemiga de mi alma o, al menos, de todo aquello que en mi interior buscaba hacer el bien. Allí estaba yo, trémulo y sudoroso, riéndome de todo lo que había en la habitación y al mismo tiempo dominado por ese pánico que me hacía palidecer. Y esa criatura no dejaba de introducir, de introducir...

Una vez más volvió a titubear y a enjugarse el rostro con el pañuelo.

—¿De introducir qué?

—...de introducir sus ideas en mi mente —añadió mientras su mirada nerviosa recorría la habitación—. Es decir, aprovechaba mi flujo mental para alterar el curso habitual de mis pensamientos e introducir los suyos propios. Sé que todo esto suena disparatado pero así era como ocurría. No puedo expresarle de otro modo. Por otra parte, aunque me sentía aterrorizado, era tal la habilidad con que estaba siendo llevada a cabo la operación que, al compararla con la torpeza de los hombres, no pude evitar reírme de nuevo. Nuestros métodos de enseñanza, ignorantes y toscos, y nuestras formas de inculcar ideas hicieron que me desternillara de risa al comprender este superior procedimiento diabólico. Sin embargo, mis carcajadas resultaban huecas y espantosas, y las ideas de maldad y tragedia se entremezclaban con lo cómico. Le repito, doctor, que era como para volverse loco.

John Silence siguió sentado, con la cabeza estirada hacia adelante para no perder ni una palabra del relato que el escritor iba desgranando atropelladamente a media voz con oraciones nerviosas y desordenadas.

—¿Y no vio usted algo o a alguien durante todo ese tiempo? —preguntó.

—No con los ojos. No hubo alucinaciones visuales. Pero en mi mente se empezó a formar la imagen inconfundible de una mujer corpulenta, de piel oscura, que tenía dientes blancos y rasgos masculinos, y un ojo, el izquierdo, tan caído que parecía estar casi cerrado. ¡Dios santo, qué rostro!

—¿Lo reconocería usted si lo viera?

Pender soltó una carcajada horrorosa.

—Ojalá pudiera olvidarlo —susurró—, ¡cómo lo desearía! —añadió inclinándose hacia adelante y agarrando la mano del doctor con un gesto de emoción—. Quiero que sepa lo agradecido que le estoy por su paciencia y amabilidad —continuó con voz temblorosa—, y porque no piense que estoy loco. No he contado a nadie ni la mitad de lo que le he dicho a usted, y creo que sólo con haberme permitido hacerlo libremente

y haberme procurado el alivio de compartir mi aflicción con otra persona, ya me ha ayudado usted más de lo que yo pueda decir.

El doctor Silence le apretó la mano y fijó la mirada en sus ojos asustados. A continuación le contestó con voz relajada.

—Su caso es muy singular y me parece interesantísimo, porque amenaza, no su existencia física, sino el santuario de su vida psíquica, de su universo interior. Ahora mismo, en este mundo, su mente no se vería afectada de un modo permanente; pero en la otra vida, una vez que el cuerpo hubiera quedado atrás, su espíritu podría despertar tan completamente deformado, trastornado y denigrado, que usted estaría espiritualmente loco, circunstancia muchísimo más definitiva que la de estar loco en este mundo.

En ese momento un extraño silencio envolvió la habitación y a los dos hombres sentados el uno frente al otro.

—Quiere usted decir ... ¡Oh Dios mío! —balbuceó el escritor en cuanto pudo articular palabra.

—Lo que quiero decir exactamente lo sabrá un poco más tarde; ahora sólo hace falta que le diga que no le habría hablado de este modo si no estuviera seguro de poder ayudarle. No hay la menor duda en cuanto a ello, créame. En primer lugar, conozco muy bien cómo actúa esta droga extraordinaria que ha tenido el efecto imprevisto de revelarles las fuerzas de otra región; además, creo firmemente en la existencia de sucesos suprasensoriales y tengo amplios conocimientos de los procesos psíquicos, que he adquirido a través de prolongadas y penosas experiencimentaciones. El resto se reduce, o se debería reducir, a un tratamiento comprensivo y a una aplicación práctica. Al aumentar su nivel de vibración psíquica y hacerle extraordinariamente sensible, el hachís le ha abierto en parte las puertas de otro mundo. Las antiguas fuerzas asociadas a esta casa le han atacado. Por el momento lo único que no alcanzo a comprender es lo relacionado con la naturaleza exacta de esas fuerzas, pues si tuvieran un carácter ordinario, yo mismo tendría la suficiente capacidad psíquica para sentirlas. No obstante, no soy consciente de haber sentido nada todavía. Pero, por favor, Mr. Pender, continúe y cuénteme el resto de su asombrosa historia; cuando usted haya terminado, le hablaré de los métodos de curación.

Pender se acercó un poco más la silla al amable doctor y prosiguió su narración con la misma voz nerviosa.

—Después de tomar algunas notas acerca de mis impresiones, volví a subir al dormitorio para acostarme. Eran las cuatro de la madrugada. Seguí riéndome durante todo el trayecto: de la grotesca barandilla, del divertido aspecto de la ventana de la escalera, del burlesco agrupamiento del mobiliario..., y aún conservaba el recuerdo de aquella atrocidad de taburete que había dejado en la habitación de abajo. Pero ya no ocurrió nada que me alarmara o trastornara, y a la mañana siguiente me desperté bastante tarde, después de haber dormido a pierna suelta, sin

advertir más secuelas del experimento que un ligero dolor de cabeza, y un adormecimiento de las extremidades debido a una circulación más lenta.

—¿Y el miedo había desaparecido también? —preguntó el doctor.

—Parecía haberlo olvidado, o al menos lo achacaba a un mero nerviosismo. De cualquier modo, por el momento no sentía su presencia y me pasé el día trabajando. Mi sentido del humor había sido reforzado de un modo portentoso y mis personajes actuaban sin esfuerzo y con auténtica gracia. Estaba muy contento con el resultado del experimento. Pero cuando la taquígrafa se hubo marchado y empecé a leer las páginas que ella había pasado a máquina, recordé sus repentinas miradas de asombro y el modo extraño en que me había observado mientras le dictaba. Lo que leí me dejó sorprendido y apenas pude creer que yo hubiera dicho aquello.

—¿Por qué razón?

—¡Estaba tan deformado! Según pude recordar eran mis palabras, pero su significado me resultaba extraño. Me asusté. ¡El sentido era tan distinto! En los momentos en que se suponía que mis personajes debían provocar risa, no encontraba más que inexplicables sentimientos de diversión siniestra. Mis frases encerraban ahora unas insinuaciones espantosas. Se podría decir que había risa, pero era una risa especial, horrible, turbadora; y mis pretensiones de análisis no hacían más que aumentar mi consternación. El relato, tal como lo leí entonces, me estremeció, pues en virtud de aquellas ligeras variaciones había llegado a tener un fondo terrorífico, un terror disfrazado de alborozo. La trama humorística seguía allí, pero los personajes se habían vuelto siniestros y su risa era maligna..

—¿Puede mostrarme ese relato?

El escritor negó con la cabeza.

—Lo destruí —susurró—. Pero al final, a pesar de sentirme muy perturbado por él, me convencí de que aquello se debía a algún efecto retardado de la droga, a una especie de reacción que había provocado un giro en mi mente debido al cual descubría macabras interpretaciones en palabras y situaciones que en realidad no las contenían.

—Y mientras tanto... ¿desapareció la presencia de esa persona?

—No; en cierto modo seguía estando allí. Cuando tenía la mente ocupada me olvidaba de ella; pero cuando estaba inactiva, soñaba o simplemente no hacía nada en particular, aquella mujer aparecía junto a mí, influyendo sobre mi mente de un modo espantoso...

—¿Exactamente en qué sentido? —interrumpió el doctor.

—Me provocaba pensamientos malvados, intrigantes, visiones de crímenes, horrorosas imágenes de iniquidad, y toda esa clase de fantasías perversas que hasta ese instante resultaban extrañas, o mejor dicho imposibles, para mi normal naturaleza.

—La presión de los Poderes de la Oscuridad sobre la personalidad —

murmuró el doctor haciendo una breve anotación.

—¿Cómo? No he entendido...

—Le ruego que prosiga. Sólo estoy tomando algunas notas; ya le explicaré su significado un poco más tarde.

—Incluso tras el regreso de mi mujer, seguí siendo consciente de esa Presencia en la casa; la forma en que se asociaba con mi personalidad interior era muy estrecha. En cuanto al comportamiento exterior, siempre me sentí constreñido a ser educado y respetuoso con ella: a abrirla las puertas, proporcionarle asiento y mostrar deferencia cuando se encontraba a mi alrededor. Finalmente, se tornó muy compulsivo y, cuando yo fallaba en algún pequeño detalle, sentía que me perseguía por toda la casa, por las habitaciones, atormentando mi alma en su morada más íntima. Ciertamente, en lo referente a las atenciones que le dispensaba, fui más cuidadoso que con mi esposa.

»Pero permítame que antes acabe de hablarle de mi dosis experimental, porque volví a tomarla aquella noche y sufrí una experiencia similar, de efecto retardado como la primera vez, que me arrebató con una nueva acometida de aquella falsa risa demoníaca. En esta ocasión, sin embargo, se produjo un cambio en la apreciación del espacio y del tiempo; en vez de alargarse, se abrevió de tal modo que me vestí y bajé las escaleras en unos veinte segundos, y el par de horas que pasé trabajando en el despacho transcurrieron literalmente como si hubieran sido diez minutos.

—Eso es lo que suele ocurrir cuando la dosis es excesiva -intervino el doctor-: da la impresión de que se recorre una milla en unos pocos minutos, o unas yardas en un cuarto de hora. Resulta totalmente incomprensible para quienes nunca lo han experimentado, y es una curiosa prueba de que el espacio y el tiempo no son más que entelequias.

—Además, —continuó Pender excitado, hablando de un modo cada vez más rápido—, sentí un efecto nuevo y extraordinario, y experimenté una curiosa transformación de los sentidos, pues percibía el mundo exterior a través de un único canal principal en lugar de a través de las cinco divisiones denominadas vista, tacto, olfato, ect. Me entenderá cuando le diga que *oía* visiones y *veía* sonidos. Ya sé que ningún lenguaje puede hacer que esto sea comprensible; lo único que le puedo decir, por ejemplo, es que vi surgir ante mí las campanadas del reloj como una imagen perceptible. Realmente, vi el tintín de las campanadas. Del mismo modo, oí los colores de la habitación, en especial los colores de esos libros que hay en la estantería detrás de usted. Oí esos lomos rojos con sonidos graves, y las cubiertas amarillas de los libros franceses que hay junto a ellos produjeron una nota aguda y penetrante muy semejante al trino de los estorninos. Aquella librería marrón murmuró, y esas cortinas verdes de ahí enfrente emitieron una especie de murmullo constante como el de las notas más graves de una trompa. Pero sólo era consciente de esos sonidos cuando miraba fijamente a los diferentes objetos y pensaba en

ellos. Ya me entiende, la habitación no estaba llena de un conjunto de notas musicales, sino que cuando concentraba mi mente en un color, además de verlo, lo oía.

—Ese es un efecto conocido, aunque no muy común, de la *Cannabis indica* —comentó el doctor—. Y también le provocaría risa ¿verdad?

—Sólo me hizo reír el rumor de la librería. Era como un gran animal que intentara hacerse notar, lo que me hizo pensar en un oso amaestrado, imagen que, como usted sabe, conlleva un cierto humor patético. Pero esa mezcla de sentidos no produjo ninguna confusión en mi mente. Al contrario, me encontraba muy despejado y experimenté una intensificación de la consciencia que me hacía sentirme absolutamente vivo y tremendamente perspicaz.

»Obedeciendo a un impulso que me llevaba a dibujar (destreza en la que no se puede decir que destaque) cogí un lápiz. Me di cuenta de que sólo era capaz de dibujar cabezas; mejor dicho, sólo una cabeza (siempre la misma) de una mujer de tez morena, con rasgos enormes y terribles, y un ojo izquierdo muy caído; y lo hice tan bien que, como podrá suponer, me sorprendí.

—¿Y cómo era la expresión de esa cara?

Pender se encogió de hombros, dudó por un momento y movió las manos como si buscara una respuesta. Un escalofrío perceptible le recorrió el cuerpo.

—Sólo puedo describirla como llena de oscuridad —contestó en tono grave—; como si fuera el rostro de un sonido misterioso y maligno.

—¿Y eso también lo destruyó?

—No. Los dibujos los conservo —replicó Pender con una sonrisa mientras se levantaba a coger los bosquejos de un cajón del escritorio que había detrás de él—. Aquí está lo que queda de ellos —añadió colocando varias hojas sueltas delante del doctor—; no son más que unos cuantos garabatos. Esto fue lo que encontré a la mañana siguiente. En realidad no había dibujado ninguna cabeza sino todas estas líneas sinuosas y estos manchurroneos. Las imágenes eran completamente subjetivas y sólo existían en mi mente, que las había construido a partir de unos cuantos trazos hechos con el lápiz. Al igual que la sucesión alterada del espacio y el tiempo, los dibujos eran una total ilusión que evidentemente desapareció cuando se acabaron los efectos de la droga. Pero lo otro no desapareció; quiero decir que la presencia del Alma Misteriosa permaneció a mi lado. Y todavía permanece. Es real. No sé cómo escapar de ella.

—Está asociada a la casa, no a usted. Por ello, debe usted abandonar esta casa.

—Sí, pero no puedo permitirme hacerlo; mi trabajo es mi único medio de sustento, y... Bueno, verá usted, desde que se produjo esta transformación ni siquiera puedo escribir. Estos relatos que ahora escribo, con su mal remedo de risa y sus sugerencias diabólicas, son tristes,

terribles... ¡horrorosos! Si esto continúa me voy a volver loco.

Frunció el ceño y recorrió la habitación con la vista como si esperara ver una figura fantasmal.

—La influencia sobre esta casa, provocada por el experimento, ha acabado de golpe con los fundamentos de mi sentido del humor y, aunque todavía sigo escribiendo cuentos, pues tengo que conservar mi reputación, mi inspiración se ha agotado y me veo obligado a quemar gran parte de lo que escribo... Sí, doctor, lo quemo antes de que alguien lo vea.

—¿Tan ajeno es a su propia mente y personalidad?

—¡Totalmente! Como si lo hubiera escrito otro.

—Ya.

—¡Y espantoso! —añadió. Antes de continuar se frotó los ojos con la mano y dejó escapar lentamente un suspiro—. Sin embargo, el modo en que esas sugerencias viles se insinúan bajo el aspecto de un humor extraordinario resulta terriblemente ingenioso. Como era de esperar, mi taquígrafa me abandonó, y no he tenido valor para buscar otra.

John Silence se puso en pie y empezó a deambular en silencio por la habitación; observaba los cuadros de la pared y leía los nombres de los libros que allí había. Luego se detuvo delante de la chimenea, de espaldas al fuego, y miró directamente a su paciente sin decir nada. El rostro de Pender era ahora lánguido y ojeroso, como si estuviera dominado por una expresión de hostigamiento: la larga narración parecía haber hecho mella en él.

—Garcias, Mr. Pender —dijo mientras en su expresión distinguida y sosegada asomaba un extraño resplandor—, muchas gracias por la sinceridad y franqueza de su relato. Creo que, por el momento, no necesito preguntarle nada más.

Silence se enfrascó en un detenido examen de los rasgos trasnochados del escritor y, tras buscar intencionadamente los ojos de Pender, le dirigió una mirada de fuerza y confianza que habría insuflado ánimo en el espíritu más débil.

—Para empezar —añadió con una amable sonrisa—, permítame asegurarle sin más dilación que no tiene por qué alarmarse, pues usted no está más trastornado o desequilibrado de lo que pudiera estar yo.

Al oír esto, Pender lanzó un profundo suspiro e intentó recobrar la sonrisa.

—Por lo que puedo juzgar hasta ahora, se trata simplemente de un caso de invasión psíquica muy especial, y también bastante siniestra; supongo que entiende lo que quiero decir.

—Es una expresión extraña que ya empleó usted antes —replicó el escritor en tono apagado, a pesar de que había escuchado con ilusión el diagnóstico del doctor y se encontraba muy emocionado por la inteligente benevolencia de no llevarle directamente al manicomio.

—Es posible —observó el doctor—, pues coincidirá usted conmigo en

que también se trata de una aflicción, extraña, no desconocida sin embargo en la antigüedad, ni tampoco en el mundo moderno, para aquellos que admiten la libertad de movimiento, bajo ciertos estados patógenos, entre este mundo y cualquier otro.

—¿Y usted cree —se apresuró a preguntar Pender— que todo esto se debe principalmente al *Cannabis*? Es decir ¿no hay en mí nada decididamente nefasto, nada incurable, o ...?

—Sí, se debe únicamente a la dosis excesiva —respondió el doctor Silence de modo enfático—, a la acción directa de la droga sobre su vida psíquica. Ella hizo que usted fuera ultrasensible y le obligó a responder a un acrecentado nivel de vibración. Y déjeme decirle, Mr. Pender, que su experimento podría haber tenido consecuencias mucho más horribles. Le ha puesto en contacto con una clase de Mundo Invisible muy singular, aunque creo que de un carácter fundamentalmente humano. Sin embargo, usted podría haber, sido arrancado y trasladado fuera del nivel humano, en cuyo caso las consecuencias de tal contingencia habrían sido muchísimo más espantosas. Evidentemente, no estaría ahora aquí para contarle. Pero no hace falta alarmarse por ese lado; sólo quería mencionárselo como advertencia, para que no malinterprete o infravalore la situación por la que ha pasado.

Le noto algo confundido. Me da la impresión de que no comprende lo que quiero decir. No es que quepa esperar que lo haga, pues supongo que usted será el clásico cristiano con un sentido sublime de la moral y una ignorancia profunda acerca de las posibilidades espirituales. Aparte de una comprensión en cierto modo infantil de la 'maldad espiritual en las clases altas', puede que no tenga la menor idea de lo que es posible una vez que se ha atravesado el estrecho abismo dispuesto misericordiosamente entre usted y el Más Allá. Gracias a mis estudios y preparación he conseguido traspasar los límites de los viajes ortodoxos y realizado experimentos de los que apenas podría hablarle en un lenguaje que le resultara inteligible.

En este punto hizo una pausa y advirtió un profundo interés en el semblante y en la actitud de Pender. Cada palabra que pronunciaba estaba calculada; Silence conocía exactamente el valor y efecto de las emociones que quería despertar en el corazón del ser afligido que tenía ante él.

—A partir de ciertos conocimientos que he adquirido a través de diversas experiencias —prosiguió en tono calmado—, me creo capaz de diagnosticar que su caso, como he dicho antes, responde a una invasión psíquica.

—¿Y en cuanto a la naturaleza de esa... invasión...? —balbuceó el asombrado escritor de relatos de humor.

—No hay razón por la que no deba decirle inmediatamente que todavía no la conozco bien —replicó el doctor Silence—. Antes tengo que realizar un par de experimentos.

—¿Conmigo? —preguntó Pender con voz entrecortada y conteniendo la respiración.

—No exactamente —observó el doctor, esbozando una sonrisa ponderada-, aunque tal vez sea necesaria su colaboración. Quisiera comprobar las circunstancias de la casa para descubrir, si es posible, la naturaleza de esas fuerzas, de esa extraña personalidad que ha estado rondándole.

—Ahora mismo no tiene usted la menor idea de quién..., qué..., por qué... —preguntó el escritor en un estado de agitación que revelaba interés, asombro y temor.

—Tengo una buena idea, pero ninguna prueba —contestó el doctor—. En principio, los efectos de la droga al alterar la sucesión del espacio y el tiempo, y al provocar la confusión de los sentidos, no tienen nada que ver con la invasión. Dichos efectos aparecen en cualquiera que haya sido lo suficientemente insensato como para ingerir una dosis experimental. Son los otros aspectos de su caso los que son inusuales. Verá, usted se encuentra ahora en contacto con ciertas emociones violentas, con deseos y propósitos todavía activos en esta casa, que fueron originados en el pasado por alguna personalidad fuerte y perversa que vivió aquí. Cuánto tiempo hace de ello, o por qué dichas manifestaciones persisten de un modo tan vigoroso, son dos preguntas a las que no puedo responder. Pero en mi opinión sólo son fuerzas que actúan de una manera maquinal siguiendo el ímpetu de su fabuloso impulso original.

—¿Quiere usted decir que no están controladas por un ser vivo, por una voluntad consciente?

—Posiblemente no, pero precisamente por eso puede que sea más peligroso y difícil tratar con ellas. Resulta complicado explicarle en unos minutos la naturaleza de tales fuerzas, pues usted no ha realizado las investigaciones necesarias para comprender mi explicación; pero tengo razones para creer que cuando un ser humano desaparece al morir, sus impulsos pueden perdurar y seguir actuando de una manera ciega e inconsciente. Por regla general, se disipan rápidamente, pero en el caso de una personalidad muy fuerte es posible que subsistan durante largo tiempo. Y, algunas veces (y me inclino a pensar que ésta es una de ellas) esos impulsos pueden fundirse con ciertas entidades no humanas que de ese modo prolongan su vida indefinidamente, y aumentan su poder hasta un grado increíble. Si la personalidad original era malvada, las entidades atraídas por los impulsos remanentes también lo serán. En su caso, creo que ha habido un engrandecimiento tremendo e inusual de los pensamientos y propósitos abandonados hace mucho tiempo por una mujer de inmensa perversidad, y carácter e intelecto personal extraordinariamente fuertes. ¿Empieza a entender un poco lo que quiero decir?

Pender miró fijamente a su compañero con una expresión de horror. Pero no supo qué decir y el doctor continuó:

—Predispuesto por la acción de la droga, usted ha experimentado el asalto de esos impulsos con una violencia descomunal. Ellos han anulado completamente en su persona el sentido del humor, la fantasía, la imaginación..., todo aquello cuyo objetivo es la alegría y la esperanza. Pretenden, aunque tal vez de un modo maquinal, desplazar sus pensamientos y ocupar su lugar. Por tanto, ha sido usted víctima de una invasión psíquica. Al mismo tiempo, se ha convertido en un individuo clarividente en todo el sentido del término, ya que, además, es una víctima clarividente.

Pender se secó el rostro y suspiró. Entonces se puso en pie y se dirigió hacia la chimenea para calentarse un poco.

—Pensará usted que soy un charlatán o un insensato al hablarle así —dijo el doctor Silence sonriendo—. Pero no importa. He venido a ayudarle, y podré hacerlo si hace lo que le diga. Es muy sencillo: debe usted abandonar esta casa inmediatamente. ¡Ah! Olvidese de las dificultades; las haremos frente juntos. Puedo poner otra casa a su disposición, o pagarle el alquiler de ésta y hacer que la derriben más tarde. Su caso me interesa mucho y quisiera ayudarle a salir de este trance para que su preocupación desaparezca y pueda volver enseguida a su antiguo hábito de trabajo. La droga le ha proporcionado, y por tanto a mí también, un camino directo para llegar a una experiencia muy interesante. Le estoy tremendamente agradecido.

El escritor sintió que la emoción le embargaba y atizó el fuego con decisión. Luego miró hacia la puerta con aspecto nervioso.

—No hay necesidad de alarmar a su esposa ni contarle los detalles de nuestra conversación —prosiguió el doctor—. Hágale saber que pronto estará usted de nuevo en posesión de su sentido del humor y de su salud, y explíquele que le voy a dejar otra casa durante seis meses. Mientras tanto usted me permitirá pasar una o dos noches en ésta para realizar mi experimento. ¿Le parece bien?

—Se lo agradezco de todo corazón —replicó pender, incapaz de encontrar palabras para expresar su agradecimiento.

Después dudó por un momento y buscó el rostro del doctor con ansiedad.

—¿Y en cuanto a su experimento en la casa? —preguntó sin más rodeos.

—Es algo muy sencillo, querido Mr. Pender. A pesar de ser una persona con una preparación psíquica sofisticado, y por tanto generalmente consciente de la presencia de entidades desprovistas de carne y hueso, aquí no he tenido la más mínima sensación extraña. Ello me hace pensar que las fuerzas que actúan en esta casa son de una naturaleza inusual. Lo que me propongo es realizar un experimento con el fin de que ese ser maligno salga a la luz, obligándole a abandonar su madriguera, por así decir, para que pueda consumirse en mi interior y desaparezca para siempre. Yo ya he sido inoculado —añadió—, y por

tanto me considero inmune.

—¡Santo cielo! —exclamó el escritor dejándose caer sobre una silla.

—«¡Maldito infierno!» habría sido una exclamación más apropiada —dijo el doctor riendo—. En serio, Mr. Pender, eso es lo que pretendo hacer..., con su permiso, claro.

—Claro, claro —observó Pender—, puede usted contar con mi permiso y con mis mejores deseos de éxito. No veo qué podría objetar pero...

—¿Pero qué?

—Supongo que no realizará este experimento usted solo ¿verdad?

—Oh, claro que no.

—Imagino que traerá usted un compañero que sepa controlar sus nervios y en el que pueda confiar en caso de desastre.

—Vendré con dos compañeros —dijo el doctor.

—Ah, eso es mucho mejor. Ya me siento más tranquilo. Estoy seguro de que entre sus amistades habrá algunos hombres...

—No pienso traer hombres, Mr. Pender.

El escritor le miró extrañado.

—No, ni tampoco mujeres; ni niños.

—No alcanzo a comprenderle. ¿A quién traerá entonces?

—Animales —explicó el doctor, incapaz de contener una sonrisa ante la expresión de asombro de su interlocutor—. Dos animales: un perro y un gato.

Pender le miró de tal modo que parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas; después, sin decir palabra, precedió al doctor hasta la habitación contigua donde les estaba esperando su esposa para tomar el té.

II

Algunos días más tarde, el humorista y su esposa se mudaron, con gran sensación de alivio, a una pequeña casa amueblada puesta a su disposición en otra zona de Londres. John Silence, impaciente por llevar a cabo su próximo experimento, se preparó para pasar una noche en la casa vacía de Putney Hill. Sólo necesitaba dos habitaciones: el despacho de la planta baja y el dormitorio que había inmediatamente encima de él. Todas las demás habitaciones debían quedar cerradas con llave y los criados debían abandonar la casa. El chófer tenía órdenes de recogerle por la mañana a las nueve.

Entretanto, había dado instrucciones a su secretario para que consultara la historia pasada así como las posibles conexiones de aquel lugar, y estudiara todo lo referente al carácter de sus anteriores ocupantes, recientes o remotos.

Silence había escogido con esmero y buen criterio los animales por

medio de cuya sensibilidad esperaba comprobar cualquier situación anómala en la atmósfera del edificio. Pensaba (y ya había realizado curiosos experimentos para comprobarlo) que los animales tenían a menudo, y de un modo más fiable, una mayor clarividencia que los seres humanos. Estaba convencido de que muchos de ellos poseían unos poderes de percepción que sobrepasaban la mera agudeza de los sentidos característica de los moradores de la selva, donde el sentimiento de vigilancia llega a alcanzar un grado especialmente desarrollado: tenían lo que él denominaba 'clarividencia animal'. A partir de sus experimentos con caballos, perros, gatos, e incluso con pájaros, había sacado ciertas deducciones que no hace falta explicar aquí con detalle.

Creía que, especialmente los gatos, eran conscientes casi en todo momento de un campo de visión más amplio y más detallado incluso que el proporcionado por una cámara fotográfica, que excedía el alcance de los órganos humanos habituales. Además, había observado que mientras los perros solían asustarse en presencia de tales fenómenos, los gatos por el contrario encontraban satisfacción en ellos y se tranquilizaban. Aceptaban con agrado dichas manifestaciones como algo perteneciente a su propio mundo.

Por tanto, seleccionó con inteligencia a los animales para que pudieran ofrecerle un testimonio distinto y para que uno de ellos no se limitara a comunicar su propia excitación al otro, escogió un perro y un gato.

El gato elegido era adulto y había vivido con él desde que era un gatito, período durante el cual había mostrado una ternura asombrosa y una astucia osada. Era travieso y caprichoso, y jugaba por las esquinas de la habitación de un modo misterioso, lanzándose hacia cosas invisibles, dando brincos laterales en el aire y cayendo con sus diminutas zarpas almohadilladas sobre el otro extremo de la alfombra; no obstante, tenía un aire de dignidad que demostraba que tal comportamiento era necesario para su propio bienestar y no un modo de impresionar a una audiencia humana estúpida. En medio de una sesión de relamido aseo levantaba la cabeza sorprendido, como si notara la proximidad de algo invisible, inclinando la cabeza hacia un lado y alargando una zarpa aterciopelada, para inspeccionarlo cuidadosamente. Luego volvía a abstraerse, dirigía la mirada hacia otro lado con la misma intensidad (sólo para confundir a quienes le contemplaban), y de repente empezaba a relamerse una nueva zona de su cuerpo. A excepción de una mancha blanca que tenía en el pecho, era negro como el carbón. Su nombre era 'Smoke'.

Este nombre describía tanto su temperamento como su aspecto. Sus movimientos, su individualismo, su apariencia de pequeña masa peluda llena de misterios ocultos y su carácter esquivo como el de un elfo, lo justificaban; un pintor refinado podría haberlo representado como una delgada columna de humo flotando en el aire y desvelando el fuego que

había bajo ella sólo en dos puntos: sus ojos brillantes.

Todos sus impulsos revelaban ingenio: en él se apreciaban la secreta inteligencia y la silenciosa e incalculable intuición propia de los gatos. Era, con toda seguridad, el gato adecuado para el experimento.

La selección del perro no había sido tan sencilla, pues el doctor tenía varios; tras mucho pensarlo eligió a un collie al que llamaba 'Flame' por su pelo amarillento. A decir verdad, era un poco viejo, tenía las articulaciones algo rígidas y estaba empezando a perder oído, pero, por otra parte, era un amigo de 'Smoke' muy especial, ya que le había cuidado desde pequeño, lo que había hecho que entre ellos existiera un sentimiento de comprensión mutua. Esto fue precisamente lo que hizo que la balanza se inclinara a su favor; esto y su valor. Aunque tenía buen carácter, era un luchador terrible y, cuando se sentía provocado por una causa justa, mostraba una furia enardecida e irresistible.

A Silence se lo había dado un pastor cuando era sólo un cachorro y aún tenía el aire de las colinas en el hocico: era entonces poco más que piel, huesos y dientes. Para ser un collie tenía un aspecto robusto y el hocico más chato que la mayoría; su pelo era duro en vez de sedoso y sus ojos, a diferencia de los característicos ojos rasgados de los de su raza, eran grandes. Sólo podía tocarlo su amo, pues a los extraños los ignoraba y despreciaba sus caricias, si es que se atrevían a acariciarlo. Había algo patriarcal en el viejo animal.

Era muy serio y parecía pasar por la vida con una tremenda energía y grandes perspectivas, como si tuviera que defender la reputación de toda su raza. Contra todo pronóstico, al verle pelear se comprendía por qué decimos que era terrible.

En sus relaciones con 'Smoke' siempre demostraba una delicadeza absurda. Era paternal, y al mismo tiempo revelaba una cierta timidez o falta de confianza en sí mismo. Parecía reconocer que 'Smoke' necesitaba un trato duro aunque respetuoso. Los métodos rebuscados del gato le sorprendían, y sus complicadas pretensiones contrastaban con el gusto del perro por la acción franca y directa. Sin embargo, aunque no alcanzaba a comprender los intrincados misterios felinos, nunca se mostraba despreciativo o condescendiente, y velaba por la seguridad de su peludo y negro amigo del mismo modo que un padre cariñoso e intuitivo podría observar los caprichos de un hijo inteligente y travieso. A cambio, 'Smoke' le recompensaba con las exhibiciones de sus travesuras más audaces y fascinantes.

Estas breves descripciones de sus caracteres son necesarias para una comprensión adecuada de lo que ocurriría posteriormente.

Con 'Smoke' durmiendo sobre las arrugas de su abrigo y el collie echado en actitud vigilante en el asiento de enfrente, John Silence se dirigió hacia la casa en su vehículo la noche del quince de noviembre después de cenar.

Y la niebla era tan densa que se vieron obligados a realizar todo el

trayecto a velocidad reducida.

Eran más de las diez cuando despidió al chófer y entró en la pequeña casa sombría utilizando la llave que Pender le había dado.

Tanto la luz de gas del recibidor como la chimenea del despacho estaban encendidas. Siguiendo instrucciones, el sirviente también había dejado preparados algunos libros y alimentos. A través de la abierta abierta penetraron espirales de niebla que llenaron el vestíbulo y el pasillo de un frío desagradable.

Lo primero que Silence hizo fue encerrar a 'Smoke' en el despacho, dejándole un platillo de leche junto al fuego, y se dispuso a recorrer la casa acompañado de 'Flame'. El perro corría alegremente tras el doctor mientras éste comprobaba que las puertas de todas las habitaciones estaban cerradas. El animal husmeaba por las esquinas y hacía pequeñas incursiones por cuenta propia. Su actitud era expectante. Sabía que debía de ocurrir algo inusual, pues durante toda su vida lo normal a esas horas era estar durmiendo sobre la alfombra delante del fuego. Mientras el doctor comprobaba las puertas una tras otra, 'Flame' no dejaba de observar el semblante de su amo con una expresión de comprensión inteligente y, al mismo tiempo, un cierto aire de desaprobación. Sin embargo, todo lo que su amo hacía resultaba bueno ante sus ojos, por lo que procuraba mostrar la menor impaciencia posible por todo ese deambular innecesario de acá para allá. Si al doctor le agradaba entretenerse en esa clase de juegos a aquellas horas de la noche, no sería él quien pusiera objeciones. Así que él también jugaba; y además se lo tomaba muy en serio.

Tras realizar un registro de la casa lleno de emoción volvieron al despacho, donde 'Smoke' se dedicaba a lavarse tranquilamente la cara delante del fuego. El plato de leche estaba limpio y vacío; al parecer, la investigación preliminar que los gatos siempre realizan cuando están en un nuevo entorno había concluido de un modo satisfactorio. Silence acercó un sillón a la chimenea, atizó el fuego hasta que se reavivó, colocó la mesa y la lámpara de forma apropiada para leer y se dispuso a observar a los animales a hurtadillas. Deseaba ver sus reacciones sin que ellos lo advirtieran.

A pesar de su diferencia de edad, tenían por costumbre jugar juntos un rato cada noche antes de dormir. Siempre empezaba 'Smoke'. Con gran descaro, daba unos golpecitos sobre la cola del perro, a los que 'Flame' replicaba amodorrado, aceptando el juego con indulgencia. Más que por gusto, lo hacía por obligación; cuando el entretenimiento llegaba a su fin se alegraba, e incluso había ocasiones en las que decididamente se negaba a participar.

Y aquella fue una de esas ocasiones.

El doctor les observaba lentamente por encima del libro y contempló cómo el gato iniciaba la acción. Primero miró con expresión inocente al perro, que estaba echado en el centro de la habitación con el hocico entre las patas y los ojos completamente abiertos. Después se levantó y, moviéndose sigilosamente pero con decisión, hizo como si se dirigiera hacia la puerta. Los ojos de 'Flame' le siguieron hasta que quedó fuera del alcance de su vista; en ese momento, el gato se volvió de repente y probó a darle en la cola con una zarpa. El perro contestó meneando ligeramente el rabo, a lo que 'Smoke' replicó cambiando de zarpa y volviendo a intentarlo de nuevo. 'Flame', sin embargo, no se levantó a jugar como era su costumbre, y entonces el gato empezó a golpearle energicamente con ambas zarpas. 'Flame' ni se inmutó.

Esto sorprendió y aburrió al gato, que rodeó a su amigo y se puso a mirarle a la cara para ver qué pasaba. Quizá de los ojos del perro saliera algún mensaje inarticulado y llegara a su pequeño cerebro haciéndole entender que era mejor no iniciar el programa nocturno con juegos. Quizá 'Smoke' se diera cuenta de que su amigo era inamovible. El caso es que, fuese cual fuese la razón, en adelante desistió de su empeño habitual y no hizo más intentos por convencerle. El gato cedió enseguida ante la falta de disposición del perro; volvió a su sitio y empezó a relamerse.

Pero Silence advirtió que su verdadero propósito al hacerlo no era lavarse; sólo lo hacía para ocultar otra cosa. En los momentos en que estaba entregado a su tarea se detenía de repente y comenzaba a escudriñar la habitación. Sus pensamientos deambulaban de un modo absurdo. Escrutaba atentamente las cortinas, los rincones oscuros, el espacio vacío que había sobre él, adoptando unas posturas extrañamente complicadas durante varios minutos seguidos. De repente se volvió y miró al perro con un imprevisto gesto de inteligencia; 'Flame', que tenía los miembros algo entumecidos, se puso en pie enseguida y empezó a deambular de acá para allá por la habitación con aspecto inquieto. 'Smoke' siguió sus pasos, apoyando sigilosamente sus almohadillas. Entre los dos realizaron lo que parecía ser un registro a fondo de la habitación.

Mientras les observaba y estudiaba con atención cada detalle de su actividad desde detrás del libro sin hacer ningún esfuerzo por intervenir, el doctor creyó advertir las primeras muestras de una ligera inquietud en el collie e indicios de una vaga excitación en el gato.

Siguió observándolos atentamente. La atmósfera de la habitación estaba cargada y el humo procedente de su pipa la hacía aún más densa; los muebles que había en el extremo más alejado resultaban borrosos y, en aquellas partes en que las sombras se congregaban formando nubes suspendidas del techo, era difícil ver con claridad. La luz de la lámpara sólo llegaba hasta una altura de un metro y medio desde el suelo, por encima de la cual surgían capas de relativa oscuridad que hacían que la habitación pareciera dos veces más alta de lo que en realidad era. Sin embargo, gracias a la luz de la lámpara y del fuego de la chimenea, la

alfombra resultaba claramente visible.

Los animales continuaron realizando su recorrido sigiloso por la habitación, en vanguardia unas veces el perro y otras el gato; de cuando en cuando se miraban mutuamente como si intercambiaran consignas y, a pesar de lo reducido del espacio, se perdieron de vista una o dos veces entre el humo y las sombras. A Silence le dio la impresión de que su curiosidad respondía a algo más que a la simple excitación derivada del reconocimiento de un territorio desconocido en una habitación vacía; no obstante, hasta el momento era imposible confirmar ese punto, por lo que se mantuvo tranquilo y receptivo para no transmitir la más mínima agitación mental a los animales e intentar de ese modo no destruir el valor de su comportamiento independiente.

Hicieron un recorrido completo sin dejar un solo mueble sin husmear o examinar. 'Flame' iba ahora delante caminando despacio con la cabeza inclinada, y 'Smoke' seguía sus pasos recatadamente simulando no estar interesado pero sin perderse nada. Por fin dieron por terminado el registro y regresaron. Primero fue el viejo collie quien, con la intención de descansar en la alfombra delante del fuego, apoyó el morro en la rodilla de su amo; éste sonrió beatíficamente mientras acariciaba su cabeza amarillenta y pronunciaba su nombre. Un poco más tarde volvió 'Smoke' y, aparentando haber llegado por casualidad, levantó la mirada desde el platillo de leche vacío hacia el doctor, dio unos cuantos lametones para rebañar hasta la última gota, se subió de un salto a su regazo y se hizo un ovillo en busca del sueño que creía haberse ganado y pretendía disfrutar.

Silence volvió a ser consciente de la habitación. A través de la profunda quietud sólo se oía el resoplido del perro como si fuera el pulso del tiempo marcando los minutos; en el exterior, el constante goteo de la niebla sobre los alféizares de las ventanas transmitía la inclemencia de la noche. A medida que el fuego se iba asentando en el hogar, los débiles chasquidos de las brasas se hacían cada vez menos perceptibles, pues la combustión disminuía y las llamas iban perdiendo fuerza.

Eran ya más de las once cuando el doctor Silence decidió leer un poco. Pasó la vista por las palabras que había sobre la página impresa y sólo pudo captar su significado superficialmente, sin dar vida a las correlaciones de pensamiento y sugestión que acompañan a una lectura interesante. Por debajo, sus energías mentales estaban centradas en observar, escuchar y esperar lo que pudiera acontecer. No se sentía nada confiado y no quería que le cogieran por sorpresa. Además, los animales, sus barómetros sensitivos, estaban completamente dormidos.

Tras leer una docena de páginas, se dio cuenta de que su mente estaba realmente ocupada en revisar los detalles esenciales de la extraordinaria narración de Pender y de que ya no era necesario controlar su imaginación leyendo los insípidos párrafos detallados en las páginas que tenía ante él. En consecuencia abandonó la lectura y dejó que sus

pensamientos discurrieran sobre las características del caso. Evitó rigurosamente especular acerca de su significado, pues sabía que tal práctica actuaría sobre su imaginación como el viento sobre las ascuas del fuego.

A medida que pasaba la noche, el silencio se iba haciendo cada vez más profundo, y sólo de muy tarde en tarde se oía un chirrido de ruedas procedente de la carretera principal que había a unas cien yardas, donde debido a la densidad de la niebla los caballos iban al paso. Ya no distinguía el eco de las pisadas de un hombre, y el clamor de voces ocasionales en la calle de al lado había dejado de oírse. La noche, envuelta en bruma y embozada con velos de misterios remotos, rondaba la pequeña villa como un presagio. Todo era quietud en la casa. El silencio, revestido de una espesa cobertura, caía sobre las estancias del piso de arriba. La atmósfera del despacho, donde el frío húmedo era cada vez más penetrante, se hacía más densa. De vez en cuando, Silence sentía un escalofrío.

El collie, profundamente dormido, se estremecía ocasionalmente: gruñía en sueños, suspiraba o contraía nerviosamente las patas. 'Smoke' descansaba en el regazo de Silence como un remanso peludo, cálido y negro, y sólo si se le observaba atentamente se podía detectar el movimiento de sus lustrosos costados. En aquella bola de pelo brillante resultaba difícil distinguir exactamente dónde estaba la cabeza y el resto del cuerpo; una pequeña nariz de color negro satinado y un trocito de lengua rosa eran los únicos detalles que desvelaban el secreto.

Silence se encontraba a gusto contemplándole. La respiración del collie era relajante. Ahora el fuego tiraba bien y seguiría ardiendo al menos durante otras dos horas sin que fuera necesario prestarle atención. No se apreciaba el menor indicio de nerviosismo. El doctor deseaba que su mente permaneciera en un estado tranquilo y normal, sin que hubiera que forzar nada. Si el sueño le llegaba de un modo natural, lo dejaría actuar e incluso le daría la bienvenida. Cuando el fuego se extinguiera horas más tarde, la frialdad de la habitación le despertaría; entonces habría tiempo suficiente para llevar aquellos barómetros durmientes a la cama de arriba. Debido a varias premoniciones psíquicas, estaba seguro de que la noche no acabaría sin que ocurriera algo; pero no quería adelantar acontecimientos. Deseaba mantenerse relajado para que, cuando el hecho se produjera, no pasara desapercibido por la turbación o por falta de atención. Los muchos experimentos realizados le habían enseñado cómo se debían hacer las cosas. Por lo demás, no tenía ningún temor.

Así pues, tras unos instantes se quedó dormido como esperaba. Lo último de lo que fue consciente antes de que el olvido se deslizara sobre sus ojos como un suave velo, fue la imagen de 'Flame' estirando sus cuatro patas al mismo tiempo y resoplando ruidosamente, mientras buscaba una postura más cómoda sobre la alfombra.

Había pasado bastante rato cuando notó un peso sobre el pecho y le pareció que algo le rozaba la cara y la boca. Un ligero cosquilleo sobre la mejilla le despertó. Sintió como si le acariciaran.

Al incorporarse de repente se encontró con un par de ojos brillantes, mitad verdes, mitad negros, que le miraban fijamente. La cara de 'Smoke' estaba frente a la suya: el gato se había encaramado, y le había apoyado las zarpas delanteras sobre el pecho.

La luz de la lámpara había disminuido y el fuego estaba a punto de apagarse; no obstante, Silence se dio cuenta enseguida de que el gato estaba un poco excitado, pues no paraba de darle con ambas zarpas alternativamente sobre el pecho. Sentía cómo le clavaba las uñas. En ese momento levantó una pata lentamente y le acarició la mejilla con mucho tiento. Silence observó que tenía el pelo del lomo erizado, las orejas aplastadas hacia atrás y la cola le temblaba. Evidentemente el gato le había despertado a propósito; tan pronto como tuvo consciencia de esto, dejó a 'Smoke' sobre el brazo del sillón y, poniéndose en pie de un golpe, se giró rápidamente para volver el rostro hacia la habitación vacía que quedaba a su espalda. Por algún curioso instinto, echó los brazos adelante en actitud defensiva, como para repeler algo que amenazaba su seguridad. Sin embargo, no se veía nada. Sólo sombras brumosas que se desplazaban lentamente por el aire de acá para allá con una ligera cadencia.

Los últimos vestigios de sueño habían desaparecido y ahora su mente estaba alerta. Aumentó la intensidad de la lámpara y escrutó a su alrededor. Enseguida se dio cuenta de dos cosas: una, que aunque 'Smoke' estaba excitado, se trataba de una excitación *placentera*, y otra, que el collie había desaparecido de la alfombra. Se había ido arrastrando hasta el rincón de la pared más alejado de la ventana y vigilaba la habitación con unos ojos completamente abiertos en los que se dejaba entrever una sensación de alarma.

Hubo algo en la conducta del perro que a Silence le pareció muy extraño, por lo que, después de llamarle por su nombre, se acercó a acariciarle. 'Flame' se puso en pie, meneó la cola y se dirigió hacia la alfombra con lentitud emitiendo un sonido grave que era mitad gruñido, mitad gañido. Había algo que le turbaba, y cuando su amo se disponía a tranquilizarle, su atención fue desviada de repente hacia las travesuras de su otro compañero cuadrúpedo, el gato.

Y lo que vio le llenó de asombro.

'Smoke' había saltado al suelo desde el respaldo del sillón y ahora estaba en medio de la alfombra, donde, con la cola tiesa y las patas estiradas como palos, se movía sin cesar adelante y atrás en un espacio reducido, emitiendo mientras lo hacía esos curiosos sonidos guturales de

placer que sólo un animal de la especie felina utiliza cuando necesita expresar un sentimiento de felicidad suprema. La rigidez de sus patas y el arqueamiento de la espalda le daban una apariencia más grande de lo normal, y en su semblante negro había una sonrisa de alegría beatífica. Sus ojos despedían un fulgor indescriptible: estaba en éxtasis.

Al final de cada recorrido se daba la vuelta rápidamente y reiniciaba su andadura, siguiendo con paso majestuoso la misma línea y ronroneando como un redoble de tambores amortiguado. Se comportaba como si se estuviera restregando contra los tobillos de alguien que permanecía invisible. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Silence mientras seguía allí de pie observando. Por fin su experimento empezaba a ponerse interesante.

Atrajo la atención del collie hacia la conducta de su compañero para descubrir si también él era consciente de algo que se erguía allí delante sobre la alfombra; el comportamiento del perro fue significativo y corroborante. Se acercó hasta las piernas de su amo y se detuvo junto a ellas sin atreverse a investigar desde más cerca. Silence le azuzo en vano; 'Flame' meneó la cola, gañió un instante y permaneció medio agazapado, mirando alternativamente hacia el gato y hacia su amo. Parecía estar a la vez confuso y asustado; el gañido fue hundiéndose en las profundidades de su garganta hasta transformarse en un espantoso ladrido como de furia recién despertada.

Entonces el doctor le llamó con un tono autoritario al que nunca había desobedecido; sin embargo, aunque el perro contestó dando un respingo, declinó acercarse. Probó a hacer unos cuantos movimientos, dio unos pequeños brincos como si le fueran a bañar, hizo amago de ladrar y empezó a correr de un lado a otro de la alfombra. Por el momento no parecía haber ninguna clase de miedo en su comportamiento sino que más bien se mostraba intranquilo y nervioso, y nada podría hacerle arrimarse al gato andariego. Una vez dio una vuelta completa a su alrededor, pero procurando siempre guardar las distancias; al final regresó junto a las piernas de su amo y se restregó con fuerza contra ellas. A 'Flame' no le gustaba la conducta del gato en absoluto: eso estaba perfectamente claro.

John Silence continuó observando con 'atención el comportamiento de 'Smoke' durante unos minutos, sin intervenir. Finalmente, llamó al animal por su nombre.

—'Smoke', fierecilla misteriosa, ¿qué demonios te pasa? —dijo en tono mimoso.

Aunque el gato levantó la vista hacia su amo y guiñó los ojos extasiado, se encontraba demasiado feliz como para detenerse. Silence volvió a llamarlo. Lo hizo varias veces, y después de cada una de ellas el animal le miraba con unos ojos brillantes, ebrios de un placer profundo, mientras abría y cerraba la boca, con el cuerpo estirado y rígido por la emoción. Sin embargo, no dejó de realizar ni por un instante sus cortos

trayectos de acá para allá.

El doctor estudió sus movimientos con exactitud: daba, según pudo ver, el mismo número de pasos cada vez, unos seis o siete, y, acto seguido se giraba y hacía el recorrido en sentido inverso. Siguiendo el dibujo de las grandes rosas de la alfombra, Silence pudo medir la distancia. El gato mantenía la misma dirección y caminaba sobre la misma línea. Se comportaba como si se estuviera restregando contra algo sólido. Sin lugar a dudas, en aquella parte de la alfombra había algo, invisible para el doctor, que alarmaba al perro y, sin embargo, al gato le causaba un placer indescriptible.

—¡Pero 'Smokie'! —gritó de nuevo— ¿Qué es lo que tanto te excita?

El gato volvió a dirigir la mirada hacia Silence por un breve instante, y después prosiguió su camino de ronda con una felicidad palpable y una entrega total. Mientras le contemplaba, el doctor fue consciente durante un segundo de que una ligera inquietud perturbaba las profundidades de su propio ser, concentrado hasta entonces en observar el curioso comportamiento de la misteriosa criatura que tenía ante él.

En su interior albergaba ahora una sensación completamente nueva que tenía que ver con el misterio de toda la raza felina y en especial de su representante más común: el gato doméstico. Estaba relacionada con su carácter reservado, su extraña frialdad, su astucia incalculable. ¡Qué tremendamente alejados de la comprensión humana quedaban los orígenes de sus actitudes siempre esquivas! Mientras observaba la indescriptible prestancia de aquella pequeña criatura que caminaba remilgadamente a lo largo de esa franja de la alfombra, coqueteando con poderes ocultos y quizá dando la bienvenida a algún temible visitante, en su corazón se despertó un sentimiento muy parecido al respeto. La indiferencia del animal respecto de la raza humana, su serena superioridad ante lo evidente, le impresionaron profundamente por su nuevo significado; tan remotos e inaccesibles parecían ser los propósitos secretos de su vida, tan extraños si se comparaban con la torpe franqueza de otros animales. La absoluta elegancia de su porte le hizo recordar las palabras del comedor de opio cuando decía que 'no existe ninguna dignidad perfecta que no esté añadida con lo misterioso'. De repente se dio cuenta de que la presencia del perro en aquella habitación embrujada y llena de bruma sobre la cima de Putney Hill era extraordinariamente bien acogida por su parte. Le agradaba sentir que la fiel personalidad de 'Flame' estaba a su lado. El tremendo gruñido que oyó a sus pies le resultó grato. Se alegró de oírlo. Aquel gato andariego le estaba poniendo nervioso.

Viendo que 'Smoke' no prestaba la más mínima atención a sus palabras, el doctor decidió pasar a la acción. ¿Se restregaría también contra sus piernas? Le cogería por sorpresa y lo comprobaría.

Dio un paso hacia adelante y se situó sobre la zona de la alfombra por la que el gato caminaba.

¡Pero ningún gato se deja sorprender! En el momento en que el doctor ocupó el espacio del Intruso, pisando con sus pies las rosas tejidas en su camino, 'Smoke' dejó de ronronear de repente y se sentó. Después levantó la cara y en sus ojos verdes apareció una mirada de lo más inocente. Se podría haber jurado que reía. Volvía a ser un perfecto pipiolo. En un segundo había recobrado sus sencillos modales domésticos y observaba al doctor de tal modo que Silence estuvo a punto de pensar que el comportamiento de 'Smoke' era normal, y que era su propia conducta excéntrica la que había que vigilar. La manera en que se había producido este cambio de un modo tan repentino y simple era perfecta.

—¡Eres un pequeño actor magnífico! —exclamó el doctor riendo sin ganas e inclinándose a acariciar su brillante lomo negro. Cuando el gato sintió que le rozaba la piel, se volvió de repente y emitió un bufido virulento al tiempo que asestaba un zarpazo en la mano del doctor con una pata. Luego, haciendo un rápido movimiento, salió disparado por la habitación como un rayo y un momento más tarde estaba sentado junto a las cortinas de la ventana, relamiéndose como si nada en el mundo le interesara más que la limpieza de sus mofletes y bigotes.

John Silence se irguió y, al darse cuenta de que la representación había terminado por el momento, suspiró profundamente. Entretanto el collie, que había contemplado con gran desaprobación todo lo ocurrido, se había vuelto a echar junto a la chimenea y había dejado de gruñir. A Silence le pareció como si hubiera entrado algo en la habitación mientras él estaba durmiendo, algo que tras asustar al perro y alborozar al gato, ahora se había vuelto a marchar, dejando la situación como estaba anteriormente. Fuera lo que fuese, aquello que había merecido todos los agasajos del felino se había retirado por el momento.

Se dio cuenta de ello de modo intuitivo. Evidentemente, 'Smoke' también lo había advertido, porque ahora se dignó a retroceder hasta la chimenea y saltó sobre las rodillas de su amo. El doctor Silence, paciente y resuelto, se entregó de nuevo a la lectura. Los animales volvieron a quedarse dormidos enseguida; el fuego ardía nuevamente con fuerza y la fría niebla exterior seguía entrando en la habitación por todos los resquicios o grietas que se lo permitían.

El silencio y la paz reinaron en aquella estancia durante un largo rato, y el doctor Silence aprovechó esta tranquilidad para anotar cuidadosamente lo que había ocurrido. Con objeto de conservarlo para casos posteriores, analizó de un modo exhaustivo lo que había observado, en especial lo relacionado con la actitud de los dos animales. Resulta imposible detallar aquí esas observaciones; además, tampoco serían inteligibles para un lector poco versado en el conocimiento de una región tan familiar para un especialista científicamente preparado como el doctor Silence. Según él, aquello estaba claro hasta cierto punto, y para resolver lo que faltaba había que seguir esperando y vigilar. Hasta el momento, al menos, era consciente de que mientras él descabezaba el sueño en la

silla, es decir, mientras su voluntad estaba adormecida, se había producido una intromisión por parte de lo que en un principio reconocía como una Fuerza muy activa, y que posteriormente podría verse obligado a considerar como algo más que una mera fuerza ciega, es decir, algo con una personalidad definida.

Hasta ahora a él no le había afectado en absoluto, pues sólo había actuado directamente sobre los organismos más simples de los animales. Había estimulado de un modo inteligente los centros nerviosos fundamentales de la vida psíquica del gato, suscitándole una mirada de felicidad instantánea (ampliando su conciencia del mismo modo que una droga o un estimulante amplía la de un ser humano); por el contrario, había asustado al perro, menos sensible, haciéndole sentir una vaga aprensión y malestar.

Su intervención repentina y su demostración de energía había servido para expulsar temporalmente a ese ser, aunque estaba convencido de que todavía permanecía cerca de él, si no espacialmente al menos en esencia (pues no faltaban indicios que así lo confirmaran mientras tomaba notas), y estaba, como si dijéramos reuniendo fuerzas para emprender un segundo ataque.

Además, intuía que las relaciones entre los (los animales habían sufrido un cambio sustancial: el gato había salido beneficiado en extremo, pues estaba lleno de confianza y muy seguro de sí mismo en cuanto a su mundo peculiar, mientras que 'Flame' había sido despertado por un ataque repentino que no comprendía y al que no sabía cómo responder. Aunque todavía no había llegado a sentir miedo, se mostraba desafiante y dispuesto a repeler el terror que adivinaba cercano. Ya no manifestaba un sentimiento de protección hacia el gato. 'Smoke' poseía la clave del asunto; y tanto él como 'Flame' lo sabían.

Mientras transcurrían los minutos, John Silence siguió allí sentado, en actitud vigilante, preguntándose cuánto tardaría en producirse el ataque y en qué momento dejaría de centrarse en los animales y se dirigiría directamente hacia él.

El libro yacía en el suelo a su lado y había terminado con sus anotaciones. Tenía una mano apoyada sobre la piel del gato y las patas delanteras del perro descansaban sobre sus pies: los tres reposaban plácidamente delante del fuego candente mientras el tiempo pasaba y el silencio se hacía más profundo a medida que se acercaba la medianoche.

Eran más de la una de la madrugada cuando el doctor Silence apagó la lámpara y encendió una vela dispuesto a subir a acostarse. En ese momento 'Smoke' se despertó y, tras emitir un profundo ronroneo, se quedó sentado. No se estiró, ni se lavó ni se dio la vuelta: sólo se puso a escuchar. Al contemplarle, el doctor se dio cuenta de que en la habitación se acababa de producir un cambio que era incapaz de definir. Había tenido lugar un repentino reajuste de las fuerzas que albergaban aquellas cuatro paredes, una nueva distribución de sus personalidades respectivas.

El equilibrio se había roto, la armonía anterior había desaparecido. 'Smoke', que era el más sensible de los barómetros, había sido el primero en notarlo, pero el perro tampoco tardó en advertirlo, porque al mirar hacia abajo Silence descubrió que 'Flame' había dejado de dormir. Estaba echado con los ojos completamente abiertos, y en ese preciso instante se sentó sobre sus ancas y empezó a gruñir.

El doctor Silence estaba cogiendo las cerillas para volver a encender la lámpara cuando oyó un ruido en la habitación que le hizo quedarse inmóvil. 'Smoke' saltó de sus rodillas y avanzó unos pasos sobre la alfombra. Entonces se detuvo y se quedó absorto; el doctor se incorporó para observar mejor.

Mientras se levantaba, el sonido se repitió; Silence se dio cuenta de que no procedía de la habitación, como había creído al principio, sino de afuera, y tampoco provenía de una sola dirección. Fue como si un torbellino se estrellara contra los cristales de las ventanas y al mismo tiempo algo se restregara contra la puerta por el lado del vestíbulo. 'Smoke' cruzó la alfombra meneando la cola y se sentó junto a la puerta. La influencia que había acabado con el equilibrio establecido en la habitación se había puesto en marcha a aquello que la originaba. Algo estaba a punto de ocurrir.

Por primera vez en aquella noche, Silence dudó; la imagen del estrecho pasillo del recibidor, lleno de niebla y desprovisto de las mínimas comodidades, le resultaba desagradable. Se dio cuenta de que se le ponía la carne de gallina. Sabía, claro está, que no era necesario abrir la puerta para que tuviera lugar la invasión que estaba a punto de producirse, pues ninguna puerta, ventana o cualquier otra barrera sólida supondría un obstáculo para impedir que aquello consiguiera entrar. Sin embargo, el hecho de abrir aquella puerta podría ser significativo y simbólico, e instintivamente lo evitó.

Pero sólo por un instante, ya que 'Smoke' le recordó con una mirada de impaciencia su intención inicial. Silence pasó por delante de la criatura allí sentada en actitud vigilante, y abrió decididamente la puerta de par en par.

Lo que ocurrió después, se desarrolló a la débil y titilante luz de la vela que había sobre la repisa de la chimenea.

A través de la puerta abierta se veía el vestíbulo, que aparecía en tinieblas y lleno de bruma. No se distinguía nada más que el perchero, las lanzas africanas como líneas oscuras sobre la pared y, debajo, una silla de madera con respaldo alto que se erguía con aspecto grotesco sobre el suelo encerado. Durante un momento la niebla pareció deslizarse y espesarse de un modo extraño; pero Silence atribuyó aquel hecho a su imaginación. La puerta se había abierto y no había nada.

No obstante, 'Smoke' pensaba de otra manera, y el profundo gruñido del collie desde la alfombra al fondo de la habitación parecía corroborar su opinión.

Orgullosa y serena, la gata se había vuelto a poner en pie y, tras acercarse hasta la puerta, estaba invitando a alguien a pasar a la habitación. Resultaba evidente. Iba de un lado a otro inclinando la cabecita con gran majestuosidad y manteniendo la cola rígida y enhiesta como si fuera un mástil. Se movía de acá para allá de un modo remilgado, mostrando signos de extrema satisfacción. Estaba en su elemento. Aceptaba la intromisión y parecía dar por hecho que sus compañeros, el doctor y el perro, también lo hacían.

El Intruso había regresado para lanzar un nuevo ataque.

El doctor Silence retrocedió lentamente y tomó posiciones sobre la alfombra procurando mantener concentrada toda su atención.

Advirtió que 'Flame' estaba inmóvil a su lado, mirando la habitación e inclinando la cabeza de un lado para otro con un curioso movimiento de balanceo. Tenía los ojos abiertos, el lomo muy estirado, el cuello y las mandíbulas proyectados hacia adelante y las patas en tensión, dispuestas para dar un salto. Aunque su actitud era violenta y estaba preparado para atacar o defenderse, se le notaba muy confundido e incluso un poco acobardado, pues el pelo del espinazo y de los costados se le había erizado como si una corriente de viento pasara a través de él. A la pálida luz de la chimenea parecía un gran lobo amarillento y silencioso, cuyos ojos despedían un fíjor penetrante y amenazador en grado sumo. Era 'Flame el terrible'.

'Smoke', entretanto, seguía avanzando desde la puerta hacia el centro de la habitación, acoplándose al paso lento de su invisible compañero. Tras recorrer un corto trecho, se detuvo y empezó a sonreír y a hacer guiños. Había un tono deliberadamente complaciente en su actitud, como si deseara realizar algún tipo de presentación entre el Intruso y su canino amigo y aliado. Sus modales eran de lo más refinados: ronroneaba, sonreía y dirigía la mirada de un modo persuasivo de uno a otro lado, dando pasos cortos, como de tanteo, primero en una dirección y luego en la otra. Siempre había existido un entendimiento perfecto entre ambos animales. Con toda seguridad 'Flame' apreciaría las intenciones de 'Smoke' y mostraría su avenencia.

Pero el viejo collie no se movió sino que, levantando el belfo hasta dejar ver las encías, enseñó los dientes y permaneció completamente inmóvil con los ojos fijos y los ijares palpitantes. El doctor siguió retrocediendo sin dejar de prestar atención al menor movimiento, y fue entonces cuando adivinó, por la actitud y el comportamiento del gato, que 'Smoke' no había invitado a entrar en la habitación a un único compañero sino a varios. El animal no paraba de moverse de un lado a otro y de levantar la vista cada rato. Pretendía convencer al perro para que se mostrara amigable con todos. El Intruso original había regresado con refuerzos. Al mismo tiempo, el doctor se dio cuenta de que el Intruso era algo más que una fuerza impersonal y destructiva que actuara ciegamente. Tenía una Personalidad, una gran personalidad. Y venía

acompañada por una hueste de otras personalidades, inferiores que ella en grado, pero de la misma clase.

Silence se hizo fuerte en un rincón junto a la repisa de la chimenea y esperó. Todo su ser estaba dispuesto para la defensa, pues ahora era plenamente consciente de que el ataque se había ampliado: debía estar alerta, ya que le afectaría a él tanto como a los animales. Aguzó la vista a través de la densa atmósfera de la habitación intentando descubrir lo que el perro y el gato veían; pero la luz que la vela despedía era débil y trémula, y sus ojos no pudieron distinguir nada. 'Smoke' se movía sigilosamente delante de él como una sombra; cuando volvía la cabeza sus ojos resplandecían, y aún seguía intentando con gestos insinuantes y un continuo ronroneo llevar a cabo las presentaciones pertinentes.

Pero todo fue en vano. 'Flame' se mantuvo clavado en su sitio, rígido como una estatua.

Transcurrieron algunos minutos, durante los que sólo se movió el gato. De pronto se produjo un cambio repentino. 'Flame' comenzó a retroceder hacia la pared. Meneaba la cabeza y a veces se volvía como queriendo morder algo detrás de él. Ellos avanzaban intentando rodearle. Su irritación fue aumentando a partir de ese momento, y al doctor le pareció que su enojo se iba transformando en un auténtico terror, que acabó por dominarle. El gruñido salvaje del animal se convirtió en un gañido quejumbroso; más de una vez intentó meterse entre las piernas de su amo buscando una vía de escape. Se esforzaba por huir de algo que le rodeaba por todas partes.

El terror de aquel luchador indomable impresionó al doctor enormemente, pero también le produjo una gran angustia e impaciencia: nunca antes había visto al perro mostrar signos de capitulación, y contemplarlo le apenaba. Sin embargo, sabía que 'Flame' no se rendiría con facilidad y comprendía la imposibilidad de calibrar de un modo apropiado los sentimientos del animal. Lo que pudiera estar viendo y sintiendo debía de ser ciertamente terrible y por ello no se le podía tildar de cobarde a la ligera. Se enfrentaba a un enemigo que le hacía temer por algo más que por su vida. El doctor le dirigió unas cuantas palabras de aliento y acarició su pelo erizado. Pero no tuvo mucho éxito. Al collie ya no le servía de nada ese tipo de consuelo, y el derrumbamiento del viejo animal se produjo inmediatamente después de esto.

Entretanto 'Smoke' permanecía más atrás contemplando el avance, pero sin intervenir en él. Sentado, satisfecho y en actitud expectante, pensaba que todo iba bien y de acuerdo con sus deseos.

Se dedicaba a escarbar en la alfombra con sus zarpas delanteras de un modo lento y laborioso, como si tuviera las patas metidas en melaza. El ruido que producían sus uñas al engancharse en los hilos era claramente perceptible. El animal seguía sonriendo mientras parpadeaba y ronroneaba.

De repente el collie emitió un ladrido seco y contundente, y saltó con

torpeza hacia un lado. Sus dientes desnudos describieron una línea blanca en la oscuridad de la habitación. Inmediatamente después se lanzó por entre las piernas de su amo, casi desequilibrándole, y salió disparado por la habitación, dándose golpetazos contra las paredes y los muebles. Aquel ladrido era significativo; el doctor lo había oído con anterioridad y sabía lo que quería decir: era el grito de un luchador en desventaja y significaba que el viejo animal había recobrado el coraje. Tal vez sólo fuera el coraje propio de la desesperación, pero de cualquier modo la lucha iba a ser tremenda. El doctor Silence lo comprendió y no se atrevió a intervenir. 'Flame' debía luchar contra sus enemigos a su manera.

El gato había oído aquel terrible ladrido y también lo había entendido. Era mucho más de lo que había esperado. Por entre las lóbregas sombras de aquella habitación embrujada los animales debieron de cruzar alguna secreta señal de peligro. 'Smoke' se puso en pie y miró repentinamente a su alrededor. Emitió un maullido lastimero y con un trote elegante se dirigió hacia las ventanas, donde la oscuridad era mayor. Descubrir cuál era su objetivo es algo que sólo podrían hacer aquellos que poseen la aguda inteligencia de los felinos. De cualquier forma, el pequeño bicho por fin se había puesto del lado de su amigo y ahora iba en serio.

En ese mismo momento el collie consiguió ganar la puerta. El doctor le vio precipitarse hacia el vestíbulo como un relámpago de luz amarillenta. Corrió por el suelo encerado y subió las escaleras a toda prisa, pero al segundo siguiente volvió a bajar por ellas como un rayo y acabó aterrizando entre tumbos, gañendo encogido y asustado. El doctor lo vio retirarse de nuevo a la habitación y arrastrarse junto a la pared hasta donde estaba el gato. ¿Estaba, pues, la escalera ocupada? ¿Se encontraban ellos también en el vestíbulo? ¿Estaba toda la casa atestada de arriba a abajo?

Tales pensamientos vinieron a añadirse al ya profundo malestar que el doctor sintió al ver el desconcierto del collie. A decir verdad, su propia desazón personal se había ido incrementando durante los últimos minutos y seguía aumentando cada vez más. Se dio cuenta de que su vitalidad iba disminuyendo progresivamente y de que el sería ahora el ataque dirigido contra él en vez de contra el abatido perro o el engatusado felino.

Los acontecimientos que estaban desarrollándose en esa pequeña casa de estilo moderno sobre la cima de Putney Hill, entre la medianoche y el amanecer, se sucedían de un modo tan rápido e imprevisible que el doctor Silence apenas era capaz de seguirlos y recordarlos. Aquella celeridad le pareció misteriosa y temible. A la luz de la vela, los movimientos del gato resultaban muy difíciles de columbrar sobre la alfombra oscura y, por otra parte, el propio doctor se encontraba tan fatigado y sorprendido que le fue prácticamente imposible observar con exactitud o recordar más tarde con precisión qué era lo que había visto o en qué orden habían tenido lugar los incidentes. Nunca pudo comprender

por qué defecto visual le pareció ver que el gato, primero, se había duplicado y, más tarde, multiplicado indefinidamente de tal modo que había al menos una docena de felinos correteando con sigilo por la habitación y saltando con suavidad sobre las sillas y mesas, como sombras que avanzaran desde la puerta abierta hasta el fondo de la habitación. Eran negros como el tizón y con unos brillantes ojos verdes que despedían fuego en todas direcciones. Parecía como si una veintena de espejos hubieran sido colocados con diversos ángulos sobre las paredes. Tampoco pudo comprender en ese momento por qué el tamaño de la habitación parecía haber aumentado tanto, y por qué se prolongaba por detrás de él, más allá de donde debería haber estado el límite de la pared. El ladrido del asustado y enfurecido collie le llegaba a veces desde la lejanía; el techo parecía haberse elevado muchísimo y gran parte del mobiliario se había transformado de un modo asombroso.

Todo le resultaba muy confuso, como si la pequeña habitación que había conocido se hubiera convertido en otra de dimensiones completamente diferente; la hueste de gatos y las extrañas distancias entre ellos le parecieron una visión incomprensible.

Pero estos cambios tuvieron lugar un poco más tarde; en ese momento su atención estaba tan centrada en observar el comportamiento de 'Smoke' y del collie que sólo los apreció de un modo subconsciente. La emoción, la trémula luz de la vela, la pena que sentía por el collie, y la distorsión que la niebla producía en la atmósfera eran los peores aliados para una observación atenta.

Al principio sólo se dio cuenta de que el perro no hacía más que repetir su tremendo ladrido de vez en cuando, lanzando tarascadas a diestro y siniestro hacia el aire o hacia el suelo. En una ocasión dio un salto adelante y empezó a atacar furiosamente con uñas y dientes, como si estuviera en el fragor de una pelea de lobos, pero al cabo de un minuto regresó apresuradamente buscando el refugio de la pared que quedaba tras él. Después de permanecer un rato echado e inmóvil, se agazapó en actitud de abalanzarse de nuevo contra algo, gruñendo espantosamente y describiendo semicírculos con la cabeza torcida. Mientras tanto, 'Smoke' no dejaba de maullar desde la ventana en tono quejumbroso como si quisiera atraer el ataque hacia sí mismo.

Daba la impresión de que la acometida de toda aquella trama horrorosa iba alejándose del perro para dirigirse sobre la persona del doctor. Tras dar un nuevo salto, el collie había vuelto a estrellarse contra un rincón, donde con gran rabia hizo suficiente ruido como para despertar a los muertos antes de ponerse a gemir y quedarse inmóvil. La aflicción del doctor empezaba a hacerse profunda e intolerable. No había dado ni un paso hacia adelante para ir en ayuda del animal cuando un velo más denso que la niebla cayó sobre la escena, envolviendo la habitación, las paredes, los animales y el fuego en una bruma oscura que también alcanzó a su propia mente. Su campo de visión era atravesado por formas

que reconocía por anteriores experimentos y a las que no daba la bienvenida. Su cerebro comenzó a inundarse de pensamientos atroces en los que sugerencias siniestras y malvadas hacían su presentación de un modo seductor. El hielo parecía haberse establecido en su corazón y su mente se estremecía. Comenzó a perder memoria de su identidad, de dónde estaba, de lo que debería hacer. Las bases de su fortaleza estaban minadas. Su voluntad parecía paralizada.

Y fue entonces cuando la habitación se llenó de esa horda de gatos, todos negros como el betún y con unos ojos que irradiaban fuego verde. Las dimensiones del lugar se habían alterado. El espacio era mucho mayor. El gañido del perro se oía a lo lejos, y a su alrededor pasaban los gatos a toda velocidad de acá para allá, practicando con sigilo sus vertiginosos e impetuosos juegos malvados y urdiendo la trama de su oscuro propósito sobre el suelo. Silence hizo un gran esfuerzo por sobreponerse y recordar las palabras que había utilizado con anterioridad en situaciones tan espantosas como ésta, a las que sus peligrosas prácticas le habían conducido en ocasiones; pero su mente y su memoria estaban envueltas por la neblina: se sentía aturdido y le faltaban las fuerzas. Las profundidades de su cerebro estaban demasiado ocupadas buscando una solución curativa como para salir al exterior.

Después sintió el hechizo, un fuerte hechizo lanzado sobre su imaginación por la poderosa personalidad que había detrás de aquel velo; aunque en ese momento no era muy consciente de ello pues, como suele ocurrir con todos los hechizos auténticos, era incapaz de descubrir dónde acababa la realidad y comenzaba lo imaginado. Estaba momentáneamente atrapado en la misma vorágine que había intentado seducir con malas artes al gato y llevarle a la destrucción, y amenazaba con acabar con el perro por medio del terror.

En ese instante se produjo un estampido en la chimenea, como si el viento retumbara al descender vertiginosamente por el conducto. Las ventanas crujieron. La vela parpadeó y se apagó. Una atmósfera glacial le envolvió con el frío de la muerte y una tremenda corriente de aire le pasó rozando por encima de la cabeza, como si el techo hubiera sido elevado hasta una altura imponente. Luego oyó cómo se cerraba la puerta a lo lejos. Se sintió desamparado, perdido en las profundidades de su alma. No obstante, se mantuvo firme y logró resistir mientras el punto culminante de la batalla se iba acercando cada vez más... Había entrado en el flujo de las fuerzas despertadas por Pender, y sabía que debía ofrecerles resistencia hasta el final o llegar a una conclusión que no era buena para ningún ser humano. Sentía que algo procedente del frío mundo del Más Allá le rondaba.

De repente, a través de aquel velo de bruma empezó a vislumbrar la Personalidad que había estado todo el rato dirigiendo la contienda. Sintió que una fuerza invadía su ser y le sacudía como una tempestad sacude las hojas de los árboles; frente a él, a la altura de la vista, surgió la

tremenda desolación de un enorme semblante oscuro, un rostro que aún en su decadencia resultaba terrible.

Era verdaderamente espantoso y desolador, y los signos de un espíritu maligno estaban presentes en todas sus facciones desgarradas. Los ojos, el rostro y el pelo de aquella visión quedaban a su misma altura, por lo que durante un buen rato no pudo distinguirlos y evaluarlos apropiadamente; dos seres, un hombre y una mujer, se miraban directamente a la cara y al fondo del corazón.

John Silence, un alma de buenas y abnegadas intenciones, plantaba cara a una mujer descarnada y misteriosa cuyos motivos eran de la más pura maldad y cuyo espíritu estaba de parte de los Poderes de la Oscuridad.

Fue ese desenlace el que conmocionó la profundidad del poder que Silence tenía en su interior y empezó a envolverle su propia personalidad. Fue consciente del esfuerzo que tuvo que hacer; sin embargo no le pareció sobrehumano, pues había reconocido la naturaleza del poder de su oponente y había invocado al bien que tenía dentro de sí para recibirlo y dominarlo. Las fuerzas alojadas en su interior se agitaron y alteraron en respuesta a su llamada. Al principio no parecían estar tan disueltas como de costumbre, ya que bajo el influjo del hechizo habían sido diabólicamente adormecidas, pero al final se despertaron, surgiendo desde esa naturaleza espiritual interna que, con tanto tiempo y esfuerzo, había aprendido a devolver a la vida. Y el poder y la confianza retornaron con ellas. Comenzó a respirar profunda y regularmente y, al mismo tiempo, a absorber las fuerzas adversas y a sacar provecho de ellas. Al dejar de oponer resistencia y permitir que la corriente maligna fluyera con libertad por su interior, utilizaba el poder proporcionado por su adversario e incrementaba enormemente el suyo.

Silence conocía esta alquimia espiritual. Sabía que, en último término, la fuerza es una y sólo una; lo que la convierte en buena o mala es la intención que hay en ella, y la suya era completamente altruista. Asimismo, sabía (siempre que no estuviera privado de su autodomínio) cómo absorber esas malvadas radiaciones ajenas en su interior y transformarlas en buenos propósitos de un modo mágico. Como sus intenciones eran puras y su alma intrépida, no podían hacerle ningún daño.

De esa forma permaneció inmerso en ese flujo perverso sintiéndose inconscientemente atraído por Pender y desviando el curso de sus pensamientos hacia él. Al pasar a través del filtro purificador de su altruismo esas energías no podían más que aumentar su experiencia, su conocimiento y por tanto su poder. A medida que recuperaba el dominio de sí mismo, ese propósito se iba realizando paulatinamente, aunque mientras ocurría Silence no dejaba de estremecerse.

Con todo, la lucha fue dura y, a pesar del aire gélido, el sudor le corría por el rostro. Lentamente, aquel semblante oscuro y horroroso fue

desvaneciéndose; el hechizo cesó, las paredes y el techo recuperaron sus proporciones, las formas se disiparon en la niebla y el remolino de sombras felinas que correteaban apresuradamente desapareció por donde había venido.

Al recuperar la consciencia de su propia identidad, John Silence recobró el control de su fuerza de voluntad. Con voz grave y modulada empezó a pronunciar unos sonidos rítmicos que fueron resonando por el aire como un mar embravecido, inundando la habitación de unas poderosas armonizaciones vibratorias en cuyo tono creciente se sumergieron todas las irregularidades de las vibraciones inferiores. Al mismo tiempo realizó ciertos signos, gestos y movimientos. Durante varios minutos continuó pronunciando esas palabras hasta que por fin aquel volumen sonoro invadió toda la habitación y dominó todas las manifestaciones que se oponían a él.

Además de conocer la alquimia espiritual que transmutaba las fuerzas del mal elevándolas a canales superiores, Silence comprendía, gracias a un estudio prolongado, el empleo oculto del sonido y su efecto directo sobre la región plástica en la que los poderes de los espíritus malignos urdían sus funestos propósitos. La armonía, por tanto, quedó restaurada, primero en su propia alma, y después en la habitación y en todos sus ocupantes.

El primero en reconocerlo después de él fue el viejo perro, que seguía echado en una esquina. 'Flame' empezó a emitir unos susurros de placer, esos característicos sonidos entre gruñidos y refunfuños que hacen los perros cuando recobran la confianza del amo. El doctor Silence oyó también el golpeteo de la cola del collie contra el suelo. Ambos sonidos provocaron un sentimiento de profundo afecto en el corazón de Silence y le proporcionaron una ligera idea de las agonías por las que aquella muda criatura debía de haber pasado.

Después, desde la oscuridad que había junto a la ventana, un ronroneo penetrante anunció el retorno del gato a su estado normal. 'Smoke' avanzó por la alfombra. Parecía muy contento consigo mismo y sonreía con una expresión de extrema inocencia. No era una sombra, sino un gato auténtico, lleno de su acostumbrada y perfecta seguridad. Andaba muy remilgadamente, con una dignidad imponente que recordaba la majestad de sus antepasados egipcios. Sus ojos ya no emitían destellos; sólo brillaban firmemente. No irradiaban excitación sino sabiduría. Se le veía ansioso por enmendar las travesuras a las que se había entregado inconscientemente debido a su naturaleza sensible y eléctrica.

Sin dejar de emitir su agudo ronroneo se acercó hasta su amo y se restregó con fuerza contra sus piernas. Luego se sentó sobre las patas traseras y rozó con las delanteras las rodillas del doctor mirándole a la cara en tono de súplica. Entonces volvió la vista hacia el rincón en el que estaba tumbado el collie meneando la cola débil y lastimosamente.

John Silence comprendió. Se inclinó y acarició la piel de aquella criatura, advirtiéndole la línea de brillantes chispas azuladas que acompañaban el movimiento de su mano por el lomo. Acto seguido avanzaron juntos hacia la esquina en la que se encontraba el perro.

'Smoke' llegó primero y aproximó el morro suavemente al hocico de su amigo, ronroneando mientras se frotaba contra él y emitía unos suaves sonidos de afecto con la garganta. El doctor encendió la vela y la acercó. Vio al collie echado junto a la pared; estaba agotado y todavía le asomaba espuma por la boca. La cola y los ojos respondieron al oír a su amo, pero evidentemente se encontraba débil y rendido. 'Smoke' continuó restregándose contra sus mejillas, hocico y ojos, colocándose incluso sobre su lomo u jugueteando con su espeso pelo amarillento. 'Flame' replicaba de vez en cuando con pequeños lametones, la mayor parte de los cuales se perdían en el camino.

El doctor Silence intuyó que algo irreparable había sucedido y se le encogió el corazón. Acarició aquel apreciado cuerpo, buscando magulladuras o huesos rotos, pero no encontró ninguno. Le ofreció la comida y la leche que quedaba, pero el animal derramó el plato con torpeza y desparramó la comida entre sus patas, por lo que el doctor Silence tuvo que darle de comer con sus propias manos. Durante todo ese rato 'Smoke' no dejó de maullar en tono lastimero.

John Silence empezó a comprender. Se dirigió al extremo más alejado de la habitación y llamó al perro.

—¡'Flame', viejo amigo! ¡Ven aquí!

En cualquier otro momento el perro se habría acercado hasta él en un instante, ladrando y dando grandes saltos. En esta ocasión, se levantó lentamente y con dificultad, y echó a correr meneando la cola con energía. Primero chocó con una silla y después se estrelló contra una mesa. 'Smoke' corría a su lado haciendo todo lo posible por guiarle. Pero no sirvió de nada. El doctor Silence tuvo que cogerle con sus propios brazos y llevarle como a un niño. Estaba completamente ciego.

III

Una semana más tarde John Silence visitó al escritor en su nueva casa y lo encontró muy recuperado y entregado de nuevo a sus relatos. La mirada asustada había desaparecido de sus ojos y parecía alegre y confiado.

—¿Ha recobrado el sentido del humor? —dijo el doctor sonriendo tan pronto como se acomodaron en la habitación que daba al jardín.

—No he tenido el más mínimo problema desde que abandoné aquella horrible casa —replicó Pender agradecido—; y todo gracias a usted...

El doctor le interrumpió con un gesto.

—Olvídese de eso —dijo—; ya hablaremos más adelante de sus

nuevos planes y de mi proyecto para librarle de la casa y ayudarle a establecerse en otro sitio. Evidentemente habrá que derribarla, pues no es conveniente que la habite ninguna persona sensible: cualquier otro inquilino podría verse afectado del mismo modo que usted. Sin embargo, creo que el mal ha desaparecido por ahora.

Entonces contó al asombrado escritor algunas de sus experiencias con los animales.

—No pretendo comprenderlo —dijo Pender una vez acabada la relación—, pero mi mujer y yo nos sentimos completamente aliviados al vernos libres de todo aquello. Sólo quiero decirle que me gustaría saber algo de la historia de la casa. Cuando la alquilamos hace seis meses no oí ni una palabra en contra de ella.

El doctor Silence sacó del bolsillo unos papeles mecanografiados.

—Puedo satisfacer su curiosidad en cierto modo —observó pasando la vista sobre las hojas y volviendo a guardárselas en el bolsillo de su chaqueta—; según las investigaciones llevadas a cabo por mi secretario he podido comprobar cierta información obtenida durante el trance hipnótico de un 'medium' que me ayuda en estos casos. El anterior ocupante, que le tenía hechizado parece haber sido una mujer de vida y carácter singularmente cruel, responsable de una serie de crímenes que conmovieron a toda Inglaterra y sólo fueron descubiertos por pura casualidad. Fue ahorcada en el año 1798, pero no habitó en esa casa sino en otra mucho más grande levantada en el solar que ocupa la actual y que en aquella época no estaba en Londres sino en el campo. Era una persona inteligente, con una voluntad poderosa y decidida, y una audacia consumada; estoy convencido de que se valía de los recursos más bajos de la magia para conseguir sus fines. Todo esto sirve para explicar la virulencia de su ataque sobre usted y el por qué todavía era capaz de continuar realizando, tras su muerte, las prácticas perversas que constituyeron su principal propósito en vida.

—Usted cree que tras la muerte un alma puede dirigir conscientemente... —comenzó a decir el escritor.

—Como le dije antes, creo que las fuerzas de una personalidad poderosa pueden perdurar tras la muerte siguiendo la línea trazada por el impulso original —repuso el doctor—; los pensamientos y los propósitos enérgicos pueden continuar reaccionando en cerebros convenientemente preparados mucho después de que sus creadores hayan desaparecido.

»Si supiera usted algo de magia —prosiguió—, sabría que el pensamiento es dinámico y capaz de invocar formas e imágenes que pueden existir durante cientos de años. No muy lejos del mundo de la vida humana, hay otro mundo en el que flotan los desechos e intenciones de todos los siglos, el limbo de los cuerpos de los muertos; se trata de un mundo densamente poblado, lleno de horrores y espantos de todas clases, que a veces puede ser devuelto a la vida por medio de la voluntad de un manipulador entrenado, de una mente versada en las prácticas más

bajas de la magia. Estoy convencido de que esa mujer comprendía ese tráfago vil y de que las fuerzas que ella puso en movimiento durante su vida se han ido acumulando desde entonces; y habrían seguido haciéndolo si no hubieran sido atraídas por usted y después descargadas y satisfechas a través de mí.

»Cualquier cosa podría haber provocado el ataque, pues, aparte de las drogas, existen ciertas emociones violentas, ciertas disposiciones del alma, ciertos ardores del espíritu, si se pueden llamar así, que abren directamente el espacio interior a un conocimiento de ese mundo astral que acabo de mencionar. En su caso, dio la casualidad de que fue una potente droga la que lo produjo.

»Pero dígame —añadió tras una pausa, entregando al perplejo escritor un dibujo a lápiz de aquel semblante oscuro que se le había aparecido durante la noche que pasó en Putney Hill—, ¿reconoce usted este rostro?

Pender, sorprendido, contempló el dibujo atentamente. Al verlo se estremeció un poco.

—Sin duda —dijo—, es el rostro que yo siempre intentaba dibujar: oscuro, con una boca y una mandíbula grandes, y el ojo caído. Esa es la mujer.

En ese momento el doctor Silence sacó de entre las hojas de su libro de notas un antiguo grabado de la misma persona, desenterrada de los archivos del Newgate Calendar¹ por su secretario. El grabado y el dibujo mostraban dos aspectos diferentes del mismo semblante horroroso. Los dos hombres los compararon durante unos instantes sin decir palabra.

—Debo dar gracias a Dios por las limitaciones de nuestros sentidos —dijo Pender suspirando—; la clarividencia permanente debe ser una aflicción muy seria.

—Sí que lo es —replicó el doctor Silence—; si todo el mundo que hoy en día pretende ser clarividente realmente lo fuera, las estadísticas de suicidios y casos de locura serían, mucho más altas de lo que son. No es sorprendente —añadió— que su sentido del humor se haya visto nublado, con unas fuerzas mentales como las de aquel monstruo mortal que intentaba utilizar su cerebro para propasarse. Ha pasado por una aventura interesante, Mr. Felix Pender, y permítame que le diga que ha salido usted muy bien parado.

El escritor estaba a punto de mostrarle de nuevo su agradecimiento cuando unos arañazos en la puerta hicieron que el doctor se pusiera en pie rápidamente.

—Es hora de marcharme. Dejé al perro en la entrada, pero supongo...

Antes de que tuviera tiempo de abrir la puerta, ésta cedió a la presión ejercida desde el otro lado y se abrió de par en par para dejar

¹ Antigua publicación que contenía informes acerca de los prisioneros reclusos en Newgate, famosa prisión londinense derribada en 1902 -N del T.

entrar a un gran collie de pelo amarillento. El perro, meneando la cola y moviendo con satisfacción todo su cuerpo, cruzó la habitación y dio un salto intentando poner las patas sobre el pecho de su amo. Aquellos ojos ancianos rebosaban alegría y felicidad, pues de nuevo brillaban como la luz del día.

EL CAMPAMENTO DEL PERRO

I

Islas de todos los tamaños y formas, se extienden al Norte de Estocolmo por centenares, y el pequeño barco de vapor que recorre sus intrincados laberintos en verano, hace sentirse al viajero en una especie de estado semisalvaje, mientras observa las marcas de la brújula, al alcanzar el final de su camino, en Waxholm. Pero es a partir de Waxholm cuando comienzan las verdaderas islas, cuando, de algún modo, el paisaje se vuelve más agreste, recorriendo la costa en su curso irregular de cientos de millas de embriagadores parajes desiertos; y fue en el mismísimo corazón de esta deliciosa confusión donde plantaríamos nuestras tiendas para las vacaciones de verano. Una verdadera selva de islas se extendían a nuestro alrededor: desde el simple botón de roca que conformaba un islote aislado, hasta la montañosa extensión de una milla cuadrada, densamente arbolada, y rodeada por altos arrecifes; a menudo tan cercanas unas a otras que sólo una delgada línea de agua, no más ancha que una carretera, corría entre ellas; o, en ocasiones, tan distanciadas entre sí, que estaban separadas por millas de mar abierto.

Aunque las islas más grandes contenían granjas y estaciones de pesca, la gran mayoría no estaban habitadas. Alfombradas con musgo y helechos, sus orillas mostraban una serie de fisuras y barrancos y pequeñas bahías arenosas, con extensiones de espléndidos bosques de pinos que descendían casi hasta el borde del agua y conducían la mirada a través de desconocidas profundidades de sombras y misterios hasta el interior del corazón del bosque primitivo.

En concreto, las islas en las que habíamos acampado, (tras haber pagado una suma en alquiler a un comerciante de Estocolmo), yacían juntas en un pintoresco grupo, lejos del alcance del barco de vapor, siendo una de ellas un mero islote, con un cuasi—feérico grupo de arbustos, y las otras dos, auténticos monstruos rodeados de montañas, que se alzaban sobre el mar cubiertas por enormes bosques. La cuarta, que habíamos seleccionado por contener en su interior una pequeña laguna apropiada para echar el ancla, bañarse, hacer noche, y lo que fuera, será adecuadamente descrita según avance la historia; pero, tras haber pagado aquel alquiler, podríamos igualmente haber dispuesto nuestras tiendas en cualquier otra de las centenares de islas que se agrupaban a nuestro alrededor, tan densamente como un enjambre de abejas.

Era la hora del ocaso, una tarde de julio; el aire era claro como el cristal, y el mar de un azul cobalto, cuando abandonamos el barco de vapor en las fronteras de la civilización y navegamos más allá con mapas,

brújulas, y provisiones en dirección al pequeño grupo de islotes en el Skagird, que iba a ser nuestro hogar durante los siguientes dos meses. El bote y mi canoa canadiense viajaban con nosotros a bordo, junto con tiendas y útiles cuidadosamente empaquetados; y cuando la cima de una montaña se interpuso ocultando el vapor y el Hotel Waxholm, nos dimos cuenta por primera vez del horror de los trenes y las casas que quedaban detrás nuestro, la fiebre del hombre y las ciudades, lo enfermizo de las calles y los espacios cerrados. Lo indómito se abría ante nosotros en todas direcciones, y consultábamos tan a menudo el mapa y las brújulas que nos abstraímos incluso más, y nuestro avance se hizo encantadoramente lento. Nos llevó, de hecho, dos días enteros encontrar nuestro destino, y los campamentos que levantamos por el camino eran tan fascinantes que nos resultó difícil abandonarlos y partir, pues cada isla parecía más deseable que la anterior, y sobre todas ellas descansaba una suerte de hechizo de paz encantada, alejada del tumulto del mundo, y con la libertad de los espacios abiertos y desolados.

Y pese a todos los emplazamientos de belleza natural que he contemplado y en los que he vivido, la mayoría permanecen en mi mente únicamente como una mezcla de recuerdos de su aspecto, y un mapa de cómo eran, a vista de pájaro; pero aquel lugar en concreto, lo recuerdo con inusual nitidez, debido a los extraños acontecimientos que allí tuvieron lugar, y también, creo yo, debido a que todo aquello en lo que tomaba parte John Silence, tenía el hábito de fijarse en la mente, y permanecer allí de un modo vívido.

De todos modos, en aquel momento, el Dr. Silence no formaba parte del grupo. Algún caso privado en el interior de Hungría reclamaba su atención, y no fue hasta más tarde... el 15 de agosto para ser exactos... que acordamos reunirnos en Berlín y regresar juntos a Londres para nuestros trabajos de invierno. De cualquier modo, él conocía más o menos bien a todos los miembros de la expedición, y durante aquel tercer día, mientras navegábamos por el estrecho arroyo hasta la laguna, y contemplábamos la montaña circular llena de árboles bañada en el oro y carmesí del atardecer, las últimas palabras que me dirigió al salir de Londres, por alguna extraña razón, regresaron nítidamente a mi memoria, y recordé la curiosa impresión profética que me produjo escucharlas:

—Disfruta de tus vacaciones, y almacena toda las energías que puedas, —me había dicho mientras el tren partía de la Estación Victoria—; y nos encontraremos el día 15 en Berlín, a menos que me mandes llamar antes.

Y en aquel instante, las palabras regresaron a mí con tanta claridad, que aún me parecía escucharlas con su voz: "A menos que me mandes llamar antes"; y regresaron, con más fuerza, y con un significado que yo

estaba muy lejos de comprender, pero que tocaba algo en las profundidades de mi mente, una vaga sensación de aprensión, como si formara parte de una profecía.

En ese instante, en la laguna, sopló el viento de aquella tarde de julio, abriéndose paso a través del cinturón de árboles; y todos nosotros nos asomamos por la borda, sin aliento ante la belleza de este primer vistazo a nuestra isla, hablando con voces apagadas sobre el mejor lugar para desembarcar, la profundidad del agua, el lugar más seguro para echar el ancla, dónde poner las tiendas, el punto más adecuado para las hogueras, y una docena de cosas importantes que hay que concretar cuando uno se dispone a levantar un hogar en un emplazamiento agreste.

Y durante aquella agotadora hora de descarga antes de oscurecer, las almas de mis compañeros adoptaron la tarea de mostrarse a sí mismas vívidamente ante mí, y presentarse a sí mismas con franqueza.

En realidad, supongo que nuestro grupo no era demasiado singular. En nuestra vida convencional, en casa, habrían parecido ciertamente bastante ordinarios, pero de repente, mientras cruzábamos las puertas de lo salvaje, les percibí con mucha más nitidez que antes, con sus caracteres carentes de la atmósfera de los hombres y sus ciudades. Un cambio absoluto de hábitat, a menudo ofrece una extraordinaria nueva visión de la gente que uno cree conocer bien; les hace presentar otras facetas de sus personalidades. Me pareció contemplar a mi grupo, casi como a otra gente... gente que aún no había podido conocer adecuadamente, gente que había abandonado toda apariencia, y que ahora se mostraban como realmente eran. Y todos ellos parecían decir: "Ahora me verás tal como soy. Me verás sin ropas, en esta vida salvaje y primitiva. Sin todas las máscaras y velos que he dejado atrás, entre los hombres. De modo que, ¡Cuidado con las sorpresas!"

El Reverendo Timothy Maloney me ayudó a levantar las tiendas; la larga práctica hizo el proceso sencillo, y mientras clavaba las estacas y anudaba las cuerdas, sin su chaqueta, y con su alzacuellos abierto, resultaba imposible evitar la conclusión de que estaba hecho más para la vida de explorador, que para la iglesia. Tenía cincuenta años, y era musculoso, de ojos azules y corazón enérgico; y abordaba su parte en las tareas, y la de otros, sin rechistar. Daba gusto ver el modo en que manejaba el hacha, cortando las ramitas de los bastidores de las tiendas, y comprobar cómo sus ojos juzgaban que el suelo se hallara plano y sin pendientes.

Criado en su juventud en el seno de una familia acomodada, había volcado su mente en una especie de creencias ortodoxas, haciendo los honores en la pequeña iglesia local con una energía que le hacía a uno pensar en un maquinista chino; y sólo hasta hace unos pocos años no se resignó a una vida más reposada, tomando a su cargo la tutela de gente joven, para formarles, con vistas a superar sus respectivos exámenes.

Aquello encajaba mejor con él. Y también le permitía calmar su pasión por el hechizo de la "vida salvaje", y pasar los meses de verano de la mayoría de los años en emplazamientos naturales de una parte u otra del mundo, llevando consigo a sus jóvenes pupilos para así combinar sus "enseñanzas" con el aire puro.

Su mujer solía acompañarle, y no había duda de que disfrutaba esos viajes, pues poseía, aunque en menor grado, la misma alegría por lo salvaje que a él le caracterizaba. La única diferencia era que mientras él lo veía como algo real, ella lo contemplaba como un interludio. Mientras él acampaba con todo su corazón y toda su mente, ella jugaba a acampar con su cuerpo y sus ropas. De todos modos, demostraba ser una espléndida compañera, y al observarla cocinar afanosamente sobre la hoguera que habíamos encendido entre unas piedras, uno comprendía que ponía su corazón en la tarea, y que cada pequeño detalle la hacía muy feliz.

La Señora Maloney de casa, que se cobijaba del sol y que pensaba que el mundo se había construido en seis días, era una mujer; pero la Señora Maloney que permanecía con los brazos extendidos sobre el humo de una hoguera de leña bajo un bosque de pinos, era otra muy distinta; y Peter Sangree, el pupilo Canadiense, con su pálida piel, y su delicada — aunque no débil — figura, permanecía junto a ella mostrando un contraste muy poco favorecedor, mientras pelaba patatas y fileteaba el beicon con sus delgados dedos blancos que parecían más adecuados para sujetar una pluma, que un cuchillo. Ella le daba órdenes como a un esclavo, y él, además, obedecía con salvaje placer, pues a pesar de su general apariencia de debilidad, estaba tan feliz como el resto por estar en el campamento.

Pero más que cualquier otro miembro del grupo, Joan Maloney, la hija, era la única que parecía formar parte del paisaje, de un modo natural y genuino; la que pertenecía a aquel lugar del mismo modo que los árboles y el musgo, y las rocas grises que descendían hasta el agua. Pues ahora se hallaba en su emplazamiento correcto y natural, una criatura de lo salvaje, una gitana en su hogar.

A cualquiera con un ojo un poco agudo, esto habría sido más o menos evidente, pero para mí, que la había conocido durante todos y cada uno de sus veintidos años de vida, y estaba familiarizado con las súbitas abstracciones de su carácter arcáico y primitivo, resultaba pasmosamente claro. Tras verla allí, parecía imposible imaginarla de nuevo en la civilización. Perdí todo recuerdo sobre su aspecto en la ciudad. La memoria se había, de algún modo, evaporado. Esta delgada criatura que había ante mí, rezumando toda la gracia de la vida del bosque, ágil, autosuficiente, eficaz, soplando sobre el fuego de rodillas, o asando los alimentos tras un denso velo de humo, de repente parecía ser el único modo en el que uno podía verla. Aquí estaba en su casa; en Londres volvería a ser alguien oculto tras sus ropas, una muñeca artificial

muy vestidita, y controlada por férreos horarios, con sólo una porción de su vida. Aquí estaba viva del todo.

Olvidé incluso cómo solía vestir, igual que olvidaría todo aquello que vestía a un árbol concreto, o las marcas de los troncos que rodeaban el campamento. Parecía tan salvaje, tan natural e indómita como todo lo que componía la escena, y más de lo que yo pueda decir.

Decididamente, no era hermosa. Era delgada, pellejuda, de pelo oscuro, y en su constitución poseía una gran fuerza física. Poseía, además, algo de la fuerza y el arrojo vigoroso de un hombre; en ocasiones era tempestuosa y pronta a apasionados arrebatos, que asustaban a su madre, e intrigaban a su afable padre por su violencia, aunque al mismo tiempo la admiraban por ello. Parecía una pagana, con un encantador rastro de arcáica hermosura pagana en su rostro y ojos oscuros. Pese a tener un carácter peculiar y difícil, hacía gala de una gran generosidad y coraje que la hacían adorable.

En la vida de la ciudad, parecía siempre estar atrapada, aburrida, como un demonio enjaulado, con una ansiosa expresión en sus ojos, como si en cualquier momento temiera ser apresada. Pero todo aquello había desaparecido en esta amplia soledad. Lejos de todas aquellas limitaciones que la atrapaban, mostraba lo mejor de sí misma; y mientras la observaba moverse alrededor del Campamento, repentinamente me percaté de que estaba pensando en ella como en una criatura salvaje que acabara de obtener su libertad y estuviera probando sus músculos.

Peter Sangree, desde luego, se fijó en ella al momento. Pero ella se encontraba tan obviamente lejos de su alcance, y parecía tan capaz de cuidarse a sí misma, que pensé que sus padres no pensarían demasiado en el asunto, y que él mismo la adoraba a una respetuosa distancia, manteniendo un admirable control sobre su pasión en todos los aspectos salvo en uno; pues a su edad, los ojos son difíciles de dominar, y la ávida, casi devoradora, expresión que mostraban a menudo, probablemente le era desconocida incluso a él. Él, mejor que cualquiera, comprendía que se había enamorado de alguien demasiado difícil de atrapar, de algo que le arrastraba al mismo borde de la vida, y casi más allá. Era, sin duda, un secreto, y un terrible gozo para él, aquella adoración apasionada desde la lejanía; solo que pienso que sufría mucho más de lo nadie pudiera suponer, y que su carga de vitalidad era debida, en gran medida, al constante flujo de ansias no satisfechas que continuamente se agitaban en su cuerpo y alma. Más aún, me parecía, ahora que les veía juntos por primera vez, que había en ellos algo innombrable... una cierta y elusiva cualidad de algún tipo... que les señalaba como pertenecientes al mismo mundo, y que aunque la chica le ignorara, se hallaba secretamente, quizás sin saberlo, ligada por algún atributo muy profundo en su propia naturaleza, a alguna cualidad igualmente profunda en él.

Este era el grupo con el que acampé por vez primera, en el que

habría de ser nuestro campamento durante dos meses, en la isla del Mar Baltico. Otras figuras aparecían en escena de vez en cuando; en ocasiones algún pupilo, en ocasiones otro, se nos unían y pasaban unas cuatro horas al día en la tienda del clérigo, pero sólo vinieron por cortos periodos, y se fueron sin dejar mucho rastro en mi memoria, y ciertamente no jugaron un papel importante en lo que ocurriría más adelante.

El tiempo nos favoreció aquella noche, de modo que al ocaso las tiendas estaban levantadas, los botes descargados, una provisión de leña recolectada y apilada en montones, y los candiles colgados a nuestro alrededor, listos para iluminarnos desde los árboles. Sangree, además, había dispuesto compactos montones de hojas y flores balsámicas para los lechos de las mujeres, y había limpiado pequeñas sendas que conducían desde sus tiendas a la hoguera central. Todo estaba preparado para el caso en que hubiera mal tiempo. Fue un reconfortante refrigerio, y muy bien cocinado, el que nos sentamos a comer bajo las estrellas, y, según el clérigo, la única comida digna de probarse que habíamos tomado desde que salimos de Londres una semana antes.

La profunda soledad, tras el rugido de los barcos de vapor, los trenes, y los turistas, resultaba impresionante, pues mientras yacíamos alrededor del fuego, no había sonido alguno excepto el débil suspiro de los pinos y el suave lamer de las olas en la orilla y contra el casco del barco en la laguna. La fantasmal silueta de sus velas blancas era visible sólo a través de los árboles, balanceándose en su tranquilo punto de anclaje, con su velamen agitándose suavemente contra el mástil. Más allá se alzaban las formas azules y borrosas de otras islas flotando en la noche, y desde los grandes espacios que nos rodeaban, llegaba el murmullo del mar y el suave respirar de los grandes árboles. Los aromas de lo agreste... aromas del viento y la tierra, de los árboles y el agua, limpios, vigorosos, y poderosos.... eran los verdaderos olores de un mundo virgen no hollado por el hombre, más penetrantes y más sutilmente intoxicadores que cualquier otro perfume en el mundo entero. ¡Ah!.... ¡Y fuertemente peligrosos, también, sin duda, para algunas naturalezas!

—¡Ahhh! —suspiró el clérigo con un indescriptible gesto de satisfacción y alivio—. Aquí hay libertad, y sitio para cuidar el cuerpo y la mente. Aquí uno puede trabajar, descansar y jugar. Aquí uno puede sentirse vivo y absorber algo de las fuerzas de la tierra, que nunca recorren la distancia hasta las ciudades. ¡Por San Jorge, voy a construir aquí un campamento permanente y volveré cuando me llegue la hora de morir!

El buen hombre estaba dando rienda suelta a su placer de hallarse ante aquel paisaje. Decía lo mismo todos los años, y lo decía a menudo.

Pero más o menos expresaba los sentimientos superficiales de todos nosotros. Y cuando, un poco más tarde, se giró hacia su mujer para pasarle las patatas fritas, y descubrió que estaba roncando, con la espalda contra un árbol, emitió un gruñido de contento ante aquella vista y le echó una sábana por encima, como si para ella fuera la cosa más natural del mundo quedarse dormida después de la cena, y entonces regresó a su posición original, fumando su pipa con gran satisfacción.

Y yo, fumando también, yacía tendido, luchando contra el más delicioso sueño imaginable, mientras mis ojos se movían del fuego a las estrellas, mirando de vez en cuando la leña ardiente, y luego, de nuevo al grupo que me rodeaba. El Reverendo Timothy no tardó en apagar su pipa y sucumbir como su mujer había hecho, pues había trabajado duro y comido bien. Sangree, también fumando, se inclinaba contra un árbol con su mirada fija en la chica, con un ansia profunda en su rostro que no era capaz de ocultar, y que realmente me preocupó. Y la misma Joan, con los ojos muy abiertos, alerta, impregnados con la fuerza del lugar, evidentemente embargada por la magia de encontrarse a sí misma entre todas aquellas cosas que su alma reconocía como "el hogar"; se sentaba rígida ante el fuego, con su mente recorriendo los espacios, y la sangre bullendo en su corazón. Se hallaba tan ignorante de la mirada del Canadiense como del hecho de que sus padres se habían dormido. Más parecía ser un árbol, o algo que había crecido en aquella isla, que una chica de nuestro siglo; y cuando le hablé en susurros y le sugerí un recorrido de investigación, se levantó y me miró como si hubiera escuchado una voz en sueños.

Sangree se levantó y se unió a nosotros; y sin despertar a los demás, fuimos, los tres, por la orilla de la isla, dirigiéndonos al embarcadero. Ante nosotros, el agua yacía como la de un lago antes de ser coloreado por el alba. El aire era puro y aromático, transportando el olor de las boscosas islas que se alzaban a nuestro alrededor en el oscuro aire. Diminutas olas barrían lentamente la arena. El mar estaba cubierto de estrellas, y por todas partes respiraba y latía la belleza de la noche de verano en el norte. Debo confesar que pronto perdí toda consciencia de las presencias humanas que me acompañaban, y no me extrañaría que a Joan le ocurriera también. Sólo Sangree se sentía de otro modo, supongo, pues le oímos cantar; y me da la sensación de que absorbió toda aquella maravilla, y la pasión de aquel paisaje en su sollozante corazón, y que su dolor le pareció insignificante ante la visión de una belleza tan incomparable como incomprensible.

El chapoteo de un pez que saltaba sobre el agua, rompió el hechizo.

—En este momento, me gustaría que tuviéramos la canoa, —remarcó Joan—; podríamos remar hasta las demás islas.

—Desde luego, —dije yo—; esperad aquí e iré a por ella, —y me estaba girando para rehacer el camino en la oscuridad cuando me detuvo

con una voz que no daba lugar a error.

—No; Mr. Sangree nos la traerá. Esperaremos aquí, y haremos ruido para guiarle.

El Canadiense partió al momento, pues ella sólo tenía que exponer sus deseos para que él la obedeciera.

—No te acerques demasiado al borde del agua, por si hay rocas sueltas, —le grité mientras se iba—, y dirígete a la derecha de la laguna. Es el camino más corto, según el mapa.

Mi voz viajó por las tranquilas aguas y despertó ecos en las distantes islas, que regresaron a nosotros como gente que nos llamara en la distancia. Sólo había unas treinta o cuarenta yardas sobre el risco y de descenso hasta el otro lado de la laguna, donde estaban los botes, pero había una buena milla de costa para rodear en la oscuridad hasta donde esperábamos. Le escuchamos alejarse entre las ramas, y luego los sonidos cesaron cuando alcanzó la cima del risco y descendió al otro lado, hasta la hoguera.

—No quería quedarme sola aquí, con él, —dijo la chica, con voz baja y solemne—. Siempre estoy temiendo que él vaya a hacer o decir algo... —dudó por un momento, mirando rápidamente sobre su hombro hacia el risco por el que acababa de desaparecer...— algo que acabe por ser desagradable. —Se detuvo abruptamente.

—¡Pero si estás asustada, Joan! —Exclamé con genuina sorpresa—. Eso es algo nuevo en tu carácter. Ya creía que no existía el ser humano que pudiera asustarte. —Entonces me percaté de repente, de que estaba hablando en serio... buscando mi ayuda, de algún modo... y al momento abandoné mi actitud maliciosa—. Creo que ya está bastante lejos de aquí, Joan, —añadí gravemente—. Debes ser amable con él, no importa lo que sientas. Está enormemente colado por tí.

—Lo sé, pero no puedo hacer nada, —susurró, rompiendo el silencio con su voz—; hay algo en él que... que me da escalofríos y me preocupa.

—Pero, pobre hombre, no es culpa suya si es delicado y en ocasiones parezca la misma muerte, —me reí suavemente, tomando la defensa de un inocente miembro de mi propio sexo.

—Ah, pero no es eso a lo que me refiero, —respondió rápidamente—; es algo que siento en él, algo en su alma, algo que él no sabe de sí mismo, pero que puede emerger si nos hallamos juntos. Y siento que me atañe de un modo tremendo. Agita lo que hay de salvaje en mí... muy profundamente... oh, pero que muy profundamente,... y al mismo tiempo me asusta.

—Supongo que sus pensamientos están siempre centrados en tí, —le dije—, pero es buena gente y...

—Si, si, —me interrumpió impaciente—, Ya sé que puedo confiar del todo en él. Es gentil y singularmente inocente. Pero hay algo más que...— Se detuvo de nuevo, escuchando con atención. Luego se acercó a mí en la oscuridad, susurrando...— Ya sabe, Mr. Hubbard, que en ocasiones mis

intuiciones me avisan con demasiada fuerza como para ser ignoradas. Oh, si, no necesita decirme de nuevo que es muy difícil distinguir entre el capricho y la intuición. Ya sé todo eso. Pero también sé que hay algo en lo más profundo del alma de ese hombre, que llama a algo en las profundidades de la mía. Y en estos momentos me asusta, porque no tengo modo de saber lo que es; y sé, lo sé, que algún día él hará algo que... que arrastrará mi vida al límite... —Se rió quedamente por lo extraño de su propia descripción.

Me volví para mirarla más de cerca, pero la oscuridad era demasiado grande como para distinguir su rostro. Había una intensidad en su voz, casi una pasión contenida, que me tomó completamente por sorpresa.

—No tiene sentido, Joan, —dije yo, con cierta severidad—; le conoces bien. Ha estado con tu padre durante meses.

—Pero eso fue en Londres; y aquí arriba es diferente... me refiero a que siento que va a ser diferente. La vida en un lugar como este, barre por completo las restricciones de la vida artificial de la ciudad. Yo lo sé; oh, sé muy bien lo que estoy diciendo. Yo misma me siento liberada en lugar como este; la rigidez de la naturaleza de uno mismo, comienza a aflojarse y a fluir. ¡Seguro que entiendes a qué me refiero!

—Desde luego que lo comprendo, —respondí, aunque no deseaba animarla en su actual línea de razonamiento—, y es una gran experiencia... para una breve temporada. Pero estás agotada, Joan, como el resto de nosotros. Unos pocos días respirando este aire y quedarás libre de todos esos miedos que mencionas.

Entonces, tras un momento de silencio, asentí, sintiendo que acabaría echando de menos sus confidencias si continuaba tratándola como a una cría...

—Creo que quizás, la verdadera explicación es que te da pena que te ame, y al mismo tiempo sientes esa repulsión que el animal fuerte, vigoroso siente hacia lo que es débil y tímido. Si viniera a tí con bravura y te agarrara de la garganta, gritando que estaba dispuesto a obligarte a amarle... bien, entonces no le tendrías ningún miedo. Sabrías exactamente cómo tratar con él. ¿No será algo de eso?

La chica no contestó, y cuando tomé su mano, noté que estaba fría, y temblaba un poco.

—No es el amor lo que me asusta, —dijo con cierto apresuramiento, pues en aquel instante escuchamos el golpear de un remo en el agua—, es algo en su misma alma, que me aterroriza de un modo, que nunca me habían aterrorizado antes,... y que me fascina. En la ciudad casi ni era consciente de su presencia. Pero desde el momento en que abandonamos la civilización, comenzó a hacerse notar. Parece tan... tan real aquí arriba.

Me aterroriza quedarme a solas con él. Me hace sentir como si algo fuera a emerger, a abrirse camino... que él hará algo... o que yo haré algo... no sé exactamente el qué; probablemente,... pero me gustaría desfogarme y gritar...

—¡Joan!

—No se alarme, —rió ligeramente—; no haré ninguna tontería, pero deseaba contarle mis sentimientos en caso de que necesitara su ayuda. Cuando tengo intuiciones tan fuertes como ésta, nunca me equivoco; solo que no sé exactamente qué quieren decir.

—De cualquier modo, deberás aguantar aún un mes, —le dije con una voz que intentaba aparentar seguridad, pues sus maneras habían, de algún modo, cambiado mi sorpresa en una súbita sensación de alarma—. Sangree sólo se quedará un mes, ya lo sabes. Y, de cualquier modo, tú también eres un poquito rara, así que deberías ser un poco más generosa con otros bichos raros, —finalicé, con una risa forzada.

Aplicó a mi mano una súbita presión.

—De todos modos, me alegra habérselo contado, —dijo rápidamente, casi sin aliento, pues la canoa estaba ya muy cerca, rompiendo el silencio como un fantasma a nuestros pies—, y también me alegro de que esté aquí, —añadió, mientras descendía hasta el agua, a encontrarse con él.

Relevé a Sangree con los remos y me acoplé en el apretado asiento, situando a la chica entre nosotros, para poder vigilarles a ambos con sólo observar sus siluetas contra el mar y las estrellas. Sobre las intuiciones de cierta gente... usualmente mujeres y niños, debo confesarlo... he sentido siempre un gran respeto, que las más de las veces no ha sido justificado por la experiencia; y en aquellos instantes me asaltó una curiosa emoción, con las palabras de la chica permaneciendo aún vívidamente en mi consciencia. De algún modo —me expliqué a mí mismo — el hecho era que la chica, agotada por la fatiga de muchos días de viaje, había sufrido una fuerte reacción de alguna clase ante el imponente y desolado escenario, y puede que además, posiblemente, hubiera sido afectada por mi misma experiencia de observar a los miembros del grupo bajo una nueva luz... y el Canadiense, siendo en parte un extraño, la había hecho reaccionar de un modo más claro que el resto de nosotros. Pero, al mismo tiempo, sentí que era bastante posible que ella hubiera notado algún sutil enlace entre su personalidad y la de él, alguna cualidad que hasta el momento había ignorado y que la rutina de la ciudad había mantenido oculta. La única cosa que parecía difícil de explicar era el temor del que había hablado, y que yo esperaba que los efectos de la vida campestre y el ejercicio, acabarían por suprimir de un modo natural, conforme pasara el tiempo.

Rodeamos la isla sin cruzar palabra. Era todo demasiado hermoso como para hablar. Los árboles descendían casi hasta la orilla y los rozábamos al pasar. Vimos sus delicadas copas oscuras, ligeramente

arqueadas, con espléndida dignidad, como para observarnos, olvidando por un momento que las estrellas quedaban atrapadas en su almacén de hojas. Al oeste, en el cielo, aún quedaban restos del dorado atardecer, y contemplamos la agreste visión del horizonte, densamente poblado de bosques y montañas, llegándonos al corazón, como el motivo de una sinfonía, y embriagando nuestra mente con su belleza... todas aquellas islas de alrededor, se alzaban sobre el agua como nubes bajas, y al igual que ellas, parecían difuminarse silenciosamente en la brumosa noche. Escuchábamos el musical "drip—drip" del remo, y el suave susurro de las olas en la orilla; y entonces, de repente, nos hallamos de nuevo a la entrada de la laguna, habiendo cerrado por completo el circuito de nuestro hogar.

El Reverendo Timothy se había despertado, y canturreaba para sí; y el sonido de su voz, mientras avanzábamos por las últimas cincuenta yardas de agua, era agradable de escuchar e indudablemente dichoso. Vimos el resplandor del fuego ante los árboles del risco, y sus sombras moviéndose mientras echaba más leña.

—¡Ya estáis aquí! —nos llamó en voz baja—. ¡Bien hallados! Habéis estado viendo el paisaje nocturno, ¿eh? ¡Genial! Pues tu madre sigue dormida, Joan.

Su afable risa flotó a través del agua; no había estado en absoluto preocupado por nuestra ausencia, pues los excursionistas veteranos no se alarman fácilmente.

—Ahora, recordad, —continuó, tras haberle contado ante el fuego los detalles de nuestro viaje, y después de que Mrs. Maloney preguntara por cuarta vez dónde estaba su tienda y si la entrada daba al este o al sur—, deberemos turnarnos para preparar el desayuno, y uno de los hombres deberá estar listo al amanecer para ir disponiéndolo. Hubbard, ¡Haz las cosas de la mañana tal como yo las haga!.

—Haré lo que pueda, —le dije, riéndome de su desconfianza, pues sabía que le encantaba tomar las gachas chamuscadas—. Y hazte a la idea de no carbonizarlo, como hiciste en todas las benditas ocasiones, el año pasado en el Volga, —añadí a modo de recordatorio.

Tras la quinta interrupción por parte de Mrs. Maloney ante la puerta de su tienda, y su subsiguiente observación de que ya eran más de las nueve de la noche, nos dispusimos a encender las linternas y a apagar la hoguera, por seguridad.

Pero antes de separarnos para pasar la noche, el clérigo tuvo tiempo de realizar un pequeño ritual de los suyos, y ninguno de nosotros fue capaz de negárselo. Siempre hacía aquello. Era una costumbre de sus días en el púlpito. Nos miró de uno en uno, con su rostro grave y severo, sus manos elevadas a las estrellas y sus ojos abriéndose y cerrándose con

momentánea concentración. Ofreció entonces una breve y casi inaudible oración, agradeciendo al Cielo por haber llegado a salvo a nuestro destino, rogando buen tiempo, que no se dieran accidentes o enfermedades, y que hubiera buena pesca y fuertes vientos para navegar.

Y entonces, de un modo inesperado... nadie supo exactamente por qué... finalizó con una abrupta petición sobre que a nada ni nadie del Reino de las Sombras se le permitiera hollar nuestra paz, y que nada malvado pudiera acercarse a molestarnos por la noche.

Y mientras soltaba aquellas sorprendentes últimas palabras, tan extrañamente distintas a sus finales habituales, ocurrió que levanté la vista y dejé que mis ojos vagaran por el grupo que se reunía alrededor del agonizante fuego. Y ciertamente, me pareció que el rostro de Sangree mostraba una súbita y visible alteración. Se hallaba mirando a Joan, y mientras lo hacía, el cambio tuvo lugar, como una sombra, y se fue. Hube de reconocer, a mi pesar, que una emoción extrañamente concentrada, potente, contenida, había invadido su expresión, usualmente tan débil y relajada. Pero fue algo tan rápido como un meteoro, y al mirar su rostro por segunda vez, era normal, y se hallaba mirando a algún punto entre los árboles.

Y Joan, por fortuna, no le había visto, con su cabeza inclinada y sus ojos ligeramente cerrados mientras su padre rezaba.

"Lo cierto es que la chica tiene una gran imaginación," pensé, medio riéndome, mientras encendía las linternas, "si sus pensamientos pueden afectar a los míos de esa manera"; y entonces, tras darnos las buenas noches, tuve ocasión de dedicarle unas cuantas vigorosas palabras de aliento, y de acompañarla hasta su tienda para poder tener la seguridad de que podría encontrarla con rapidez en la noche, en caso de que algo ocurriera. Sagaz como era, la chica comprendió y me lo agradeció, y lo último que escuché mientras me dirigía a las tiendas de los hombres fue a Mrs. Maloney quejándose de que había escarabajos en su tienda, y la risa de Joan mientras acudía a ayudarla a sacarlos.

Media hora más tarde, la isla estaba tan silenciosa como una tumba, a excepción de las voces del viento, que susurraba desde el mar. Las tres tiendas de los hombres se alzaban, como blancos centinelas, en un lado del risco; en el otro, medio ocultas por algunos birches, cuyas hojas susurraban al ser acariciadas por el viento, las tiendas de las mujeres, forradas de un fantasmal gris, se apiñaban cercanas para su mutuo cobijo y protección. Habría unas cincuenta yardas de suelo irregular, roca gris, musgo y líquen, entre unas y otras; y sobre todo, se alzaban la cortina de la noche y los imponentes y susurrantes vientos de los bosques de Escandinavia.

Y por último, justo antes de dejarme llevar por esa poderosa ola que le arrastra a uno suavemente a las profundidades del olvido, escuché de nuevo las palabras de John Silence mientras el tren salía de la Estación

Victoria; y mediante alguna conexión sutil que me alcanzó en el mismo umbral de la consciencia, apareció simultáneamente en mis pensamientos el recuerdo de las confidencias de la chica, y su preocupación. Y mediante algún embrujo de los sueños que me aguardaban, ambos parecieron mezclarse en aquel instante; pero antes de que pudiera analizar el por qué de aquel hecho, se hundieron lejos de la vista, y me hallé más allá de cualquier recuerdo.

"A menos que me mandes llamar antes."

II

En cuanto a si la puerta de la tienda de Mrs. Maloney daba al sur o al este, creo que nunca llegó a descubrirlo, pues es bastante cierto que siempre dormía con las telas herméticamente cerradas; lo único que sé es que mi pequeña "cinco por siete, de pura seda" estaba orientada al este, pues a la mañana siguiente, el sol, brillando como sólo puede brillar en tierras salvajes, me despertó temprano, y un momento más tarde, tras una breve carrera sobre el suave musgo y un salto al vacío desde la cornisa de granito, me hallaba nadando en el agua más clara que imaginarse pueda.

Eran pasadas las cuatro, y el sol comenzaba a revelar un extenso panorama de islas azules, que conducían hasta mar abierto y a Finlandia. Más cerca, se alzaban las boscosas cúpulas de nuestra propiedad, aún nublada y poblada de humeantes senderos de agonizante niebla; parecía tan fresca como si fuera la mañana del "sexto día de la creación" de Mrs. Maloney y acabara de salir, limpia y brillante, de las manos del Gran Arquitecto.

En los espacios abiertos el suelo estaba cubierto de rocío, y desde el mar soplaba una fresca y salada brisa, que atravesaba los árboles, haciendo temblar las ramas en una atmósfera de resplandeciente plata. La blancura de las tiendas brillaba al recibir los primeros rayos del sol. Más abajo, yacía la laguna, aún soñando en la noche de verano; en el mar abierto, los peces saltaban afanosamente, enviando musicales ondas hasta la orilla; y en el aire pesaba la magia del silencio del alba, imposible de explicar.

Encendí la hoguera para que una hora más tarde, el clérigo pudiera disponer de unas buenas brasas para preparar sus gachas de avena, y entonces me dispuse a realizar un exámen de la isla; no había avanzado ni una docena de yardas cuando ví una figura que aparecía un poco delante mío, donde la luz del sol descendía en un estanque entre los árboles.

Era Joan. Se había levantado hacía ya una hora, según me dijo, y se había bañado antes de que las últimas estrellas abandonaran el cielo. Al

momentó comprobé que el nuevo espíritu de esta solitaria región había penetrado en ella, haciendo desvanecerse los miedos de la noche, pues su rostro era como el de una feliz criatura de lo agreste, y sus ojos brillaban sin mácula. Estaba descalza, y su flotante cabello mostraba gotas de rocío recién caídas de las ramas. Obviamente había vuelto a su ser.

—He estado recorriendo la isla, —anunció risueña—, y hay dos cosas a tener en cuenta.

—Me fío de tu juicio, Joan. ¿Cuales son?

—No hay vida animal, y no hay... agua.

—Suele ir unido, —le dije—. Los animales no se establecen en una roca como esta, a menos que haya una fuente en ella.

Y mientras me guiaba de un lugar a otro, contenta y excitada, saltando ágilmente de una roca a otra, me alegró notar que mis primeras impresiones resultaban ser correctas. No hizo referencia alguna a nuestra conversación de la pasada noche. El nuevo espíritu había reemplazado al viejo. No quedaba lugar en su corazón para el miedo o la ansiedad; y la Naturaleza la había renovado.

La isla, según comprobamos, ocupaba unos tres cuartos de milla de parte a parte; estaba construida con forma circular, o mejor, de amplia herradura, con una abertura de veinte pies en la boca de la laguna. Los árboles de Pinos la cubrían densamente, aunque aquí y allá había plateados remiendos de birch, sauces llorones, y considerables colonias de arbustos de moras y frambuesas salvajes. Los dos extremos de la herradura formaban amplias losas de suave granito, que bajaba hasta el mar, formando peligrosos arrecifes justo bajo la superficie, pero el resto de la isla se alzaba en una elevación de catorce pies, que en ambos lados bajaba hasta el agua de un modo escalonado, a lo largo de unas cien yardas de anchura.

La orilla exterior estaba plagada de innumerables calas, bahías y playas arenosas, con algunas cavernas aquí y allí, y pequeños acantilados contra los que el mar rompía con truenos y espuma. Pero la orilla interior, la orilla de la laguna, era baja y regular, y tan bien protegida por la muralla de árboles que se extendía por el risco, que ninguna tormenta podría hacer pasar algo más que un poco de agua por sus arenosas fronteras. Una paz eterna reinaba allí.

En una de las otras islas, a unos pocos cientos de yardas de distancia —pues el resto del grupo durmió hasta tarde aquella mañana, y aprovechamos para usar la canoa— descubrimos un manantial de agua pura, que carecía de la dureza de la del Báltico, y resolviendo así el más importante problema del campamento; a continuación, procedimos a abordar el segundo... la pesca. Y en media hora nos dispusimos a regresar, pues el hecho de almacenar y limpiar más pescado del que pueda ser almacenado y comido en un día, no es una ocupación sabia para excursionistas veteranos.

Al desembarcar, a eso de las seis, escuchamos al clérigo cantando

como solía hacer, y vimos a su mujer y a Sangree saliendo de sus tiendas, a la luz del sol, vestidos ambos de un modo que suprimía finalmente todo recuerdo de las calles y la civilización.

—Han sido los duendes los que han encendido el fuego para mí, —gritó Maloney, del modo más natural y sintiéndose en casa con su vieja bata de franela e interrumpiendo su canturreo a la mitad—, de modo que las gachas se están haciendo... y esta vez no se quemarán.

Narramos el descubrimiento del agua y la captura del pescado.

—¡Bien! ¡Excelente! —gritó—. Tomaremos el primer desayuno decente que he tenido en todo el año. Sangree, no tardes en limpiarlos, y la Contramaestre.....

—...Los freirá en un momento, —rió la voz de Mrs. Maloney, apareciendo en escena llevando la parrilla, calzada con sandalias y con un jersey azul. Su marido siempre la llamaba "la Contramaestre" en el campamento, ya que una de sus tareas, entre otras muchas, era la de llamar a todos para la comida.

—Y en cuanto a tí, Joan, —continuó el hombre, feliz—, parece que seas el Espíritu de la Isla, con musgo en tu cabello y el viento en tus ojos, y el sol y las estrellas mezclados en tu rostro. —La miró con placentera admiración—. Aquí, Sangree, toma estos doce, son unos buenos ejemplares, los más grandes. ¡Y los tendremos untados en mantequilla en menos tiempo del que tardes en decir "Isla del Mar Báltico"!

Observé al Canadiense mientras se movía despacio para limpiar el pescado. Sus ojos bebían en la belleza de la chica, y una oleada de apasionado regocijo, casi febril, pasó por su rostro, expresando el éxtasis de su sincera adoración más que cualquier otra cosa. Quizás estaba pensando en que aún le quedaban tres semanas de contemplar esa visión ante sus ojos; quizás estaba pensando en sus sueños de esa noche. No sabría decirlo. Pero noté la curiosa mezcla de ansia y felicidad en sus ojos, y la fuerza de esa impresión espoleó mi curiosidad. Algo en su rostro atrajo mi mirado por un segundo, algo en su intensidad. El hecho de que tan tímida y gentil personalidad pudiera albergar una pasión tan viril, requería una explicación.

Pero la impresión fue momentánea, pues aquel primer desayuno en el campamento no me permitió prestar atención a otras cosas, y me atrevería a jurar que aquellas gachas, el té, el "bollo de pan" sueco, y los pescados fritos, aromatizados con tiras de beicon, fueron la mejor comida que se comiera aquel día en todo el mundo.

El primer día de sol en un nuevo campamento es siempre muy ajetreado, y pronto nos sumergimos en la rutina de la que dependía, en gran medida, nuestra comodidad. Alrededor del fuego de cocinar, bastante mejorado con piedras de la orilla, construimos un alto cenador, consistente en un tejadillo formado por vigas de madera, y su cubierta forrada de musgo y líquenes, sujetos por piedras, y en el interior, rodeando el fuego, construimos asientos bajos de madera, para poder

sentarnos en torno al fuego incluso en caso de lluvia, y poder comer tranquilos. También se delinearon caminos de tienda a tienda, a las zonas de aseo y al embarcadero, y se marcó una línea divisoria entre las tiendas de los hombres y las de las mujeres. Se partió leña, se quitaron los tocones y los troncos muertos, se colgaron hamacas, y las tiendas se fortalecieron. En una palabra, se estableció el campamento, y las tareas fueron asignadas y aceptadas como si esperáramos vivir en esta isla del Báltico durante los años venideros, y cada pequeño detalle sobre la vida en común fuera importante.

Más aún, mientras el campamento cobraba entidad, aquel sentido de comunidad fue desarrollándose, probando que éramos un grupo compacto, y no meramente unos seres humanos aislados que se disponían a vivir durante un tiempo en tiendas, en una isla desierta. Todos nosotros nos sumergimos de pleno en la rutina. Sangree, como por selección natural, se hizo cargo de limpiar el pescado y cortar la leña en cantidades suficientes para un día entero. Y lo hacía bien. La palangana de agua nunca permanecía sin un pescado dentro, limpio y desescamado, listo para ser cocinado para quien tuviera hambre; la hoguera nocturna nunca se extinguió por falta de combustible que arrojar, sin necesidad de ir a buscar más.

Y Timothy, una vez reverendo, capturaba el pescado y talaba los árboles. También tomó a su cargo la responsabilidad del mantenimiento del barco, y se implicó hasta tal punto que no había nada en el pequeño cutter que requiriera arreglarse. Y cuando, por algún motivo, su presencia era requerida, el primer lugar donde buscarle era... en el barco; y era allí, además, donde usualmente se le hallaba, reparando lonas, velamen y cabos, y cantando mientras lo hacía.

Tampoco se descuidó la "lectura"; pues la mayoría de las mañanas llegaban sonidos de voces serias desde el interior de la tienda blanca a través de la extensión de arbustos, que significaban que Sangree, su tutor, y cualquier otro alumno que se hallara con el grupo esos días, estaban inmersos en la "Historia de los Clásicos".

Y mientras Mrs. Maloney, también por selección natural, tomó a su cargo la limpieza y la cocina, las coladas y la supervisión general de nuestras rudas comodidades, y también se hizo maestra en el peculiar uso del megáfono, con el que nos convocaba para comer, y que transportaba su voz, fácilmente, de un extremo a otro de la isla; y en sus horas de ocio, esbozaba los paisajes que nos rodeaban en un block de dibujo, con toda la honestidad y la devoción de su alma determinada, pero poco receptiva.

Joan, mientras tanto, Joan, elusiva y salvaje criatura, se convirtió no sé exactamente en qué. Trabajaba mucho en el campamento, aunque parecía no tener asignada ninguna tarea concreta. Estaba en todas partes en todo momento. En ocasiones dormía en su tienda, y en ocasiones bajo las estrellas con su saco de dormir. Conocía cada pulgada de la isla y

aparecía en los lugares donde menos se la esperaba... pues siempre rondaba de un lado a otro, leyendo sus libros en apartadas esquinas, haciendo pequeñas fogatas en días nublados para "complacer a los dioses," y encontrando siempre nuevos estanques en los que pescar, bañándose y nadando día y noche en las aguas cálidas y sin olas de la laguna, como un pez en un gran tanque. Paseaba descalza y con las pantorrillas al descubierto, con el pelo suelto y el pantalón remangado hasta las rodillas, y si alguna vez un ser humano se transformó en una alegre criatura salvaje en el transcurso de una sola semana, Joan Maloney era ciertamente, ese ser humano. Se asilvestró.

Además, se hallaba hasta tal punto poseída por el fuerte espíritu del lugar, que los pequeños miedos humanos que había mostrado de tan extraño modo a nuestra llegada, parecieron esfumarse por completo. Tal como esperaba, no hizo referencia alguna a nuestra conversación de la primera noche. Sangree no la dedicaba especiales atenciones, y después de todo, pasaban muy poco tiempo juntos. Su comportamiento era perfecto en ese sentido, y yo, por mi parte, apenas volví a pensar en el asunto. Joan solía ser presa de fuertes sensaciones, de uno u otro tipo, y esta había sido una de ellas. Afortunadamente para la felicidad de todos, se había evaporado ante el espíritu del trabajo, la vida activa y la profunda alegría que reinaba en la isla. Todos nos sentíamos intensamente vivos y en paz.

Mientras tanto, el efecto de la vida en el campo comenzó a notarse. Supone siempre una prueba de carácter, y sus resultados, tarde o temprano, son infalibles, pues actúan sobre el alma con tanta rapidez y seguridad como el baño de reactivo sobre un negativo de fotografía. Rápidamente, tiene lugar un reajuste de las fuerzas de la personalidad; algunas partes de dicha personalidad se van a dormir, mientras otras se despiertan: pero el primer cambio que acarrea la vida salvaje es que las porciones artificiales del carácter se van desprendiendo una tras otra, como piel muerta. Las actitudes y poses que en la ciudad parecían genuinas, aquí se evaporan. La mente, como el cuerpo, rápidamente se vuelve dura, sencilla, sin complejidades. Y en un campamento tan primitivo y cercano a la naturaleza como era el nuestro, estos efectos se hicieron visibles con más rapidez.

Por supuesto que, algunas personas que suelen decir maravillas de la vida sencilla cuando se encuentran lejos y a salvo, se traicionan a sí mismos al hallarse en un campamento, buscando continuamente los estímulos artificiales de la civilización que añoran. Algunos se aburren al poco tiempo; algunos se hacen perezosos; algunos revelan al animal que llevan dentro, de las manera más inesperadas; y algunos, gente selecta, se encuentran a gusto, y son felices.

Y, en nuestro pequeño grupo, todos podíamos preciarnos de pertenecer a la última categoría, según íbamos observando el efecto general. Solo que, además, se dieron algunos otros cambios, que

variaban con cada individuo, todos ellos interesantes de analizar.

Tan sólo llevábamos una o dos semanas allí, cuando aquellos cambios se hicieron más marcados, aunque este es el momento, creo yo, para hablar de ellos. Pues por mi parte, y no teniendo otra tarea más que disfrutar de unas bien ganadas vacaciones, solía cargar mi canoa con mantas y provisiones, y aventurarme en viajes de exploración entre las islas, por espacio de varios días; y fue a mi regreso del primero de aquellos viajes... cuando redescubrí al grupo, por decirlo así... y aquellos cambios se presentaron por vez primera, vívidamente ante mí, y de alguna manera particular me produjeron una impresión bastante curiosa.

En una palabra: en aquel momento, mientras todos ellos se habían vuelto más agrestes, de un modo natural, Sangree, según me pareció, se había vuelto mucho más agreste, de un modo que sólo puedo calificar de antinaturalmente agreste. Me hacía pensar en un salvaje.

Para empezar, su mera apariencia física había cambiado inmensamente, y el tono tostado de sus mejillas, los ojos brillantes de absoluta salud, y el aire general de vigor y robustez que habían reemplazado a su acostumbrada laxitud y timidez, le habían cambiado tanto que difícilmente parecía tratarse del mismo hombre. Su voz, además, era más profunda y sus maneras denotaban, por primera vez, una gran confianza en sí mismo. Ahora tenía algunos visos de apostura, o al menos de cierto aire de virilidad que no disminuían su valía a los ojos del sexo opuesto.

Todo esto, desde luego, era bastante natural, e incluso bienvenido. Pero además de este cambio físico, que sin duda también se había dado en el resto de nosotros, había una sutil nota en su personalidad que percibí con cierto grado de sorpresa, casi rayante en el shock.

Y otras dos cosas... cuando vino a recibirme y a arrastrar la canoa... saltaron a mi mente, intactas, como conectadas de algún modo que en aquel momento no podía definir... primero, la curiosa opinión que sobre él tenía Joan; y segundo, aquella expresión furtiva que había captado en su rostro mientras Maloney rezaba su extraña oración para una protección especial del Cielo.

Su delicada apostura y maneras... por llamarlo de un modo suave... que siempre habían sido una característica definitoria de aquel hombre, habían sido reemplazadas por algo que le hacía mucho más vigoroso y decidido, capaz de eludir cualquier análisis. El cambio que más hondamente me impresionó no resulta fácil de explicar. Los demás... el canturreante Maloney, la determinada "Contramaestre", y Joan, aquel fascinante híbrido entre ondina y salamandra... todos mostraban los efectos de la vida cercana a la naturaleza; pero en su caso el cambio era perfectamente natural y el que habría de esperarse, mientras que con Peter Sangree, el Canadiense, resultaba algo inusual e inesperado.

Es imposible de explicar la manera en que fue llegando a mi mente la impresión de que algo en él le había vuelto salvaje, pues esa, más o

menos, es la impresión que me daba. Realmente no es que pareciera menos civilizado, o que su carácter hubiera sufrido alguna alteración definitiva, pero sí que había algo en él, durmiente hasta el momento, que había despertado a la vida. Alguna cualidad, hasta ahora latente... al menos para nosotros, que, después de todo, sólo le conocíamos ligeramente... que había comenzado a funcionar y había asomado a la superficie de su ser.

Y mientras tanto, no era sino bastante natural que mi mente continuara el proceso intuitivo y relacionara el hecho de que John Silence, poseedor de peculiares facultades, y la chica, de acuerdo también a su temperamento particularmente receptivo, podían, cada uno de una manera distinta, haber adivinado esta cualidad latente en su alma, y temido su posterior manifestación.

Ahora, mirando hacia atrás a esta penosa aventura, me parece igualmente natural que el mismo proceso, llevado a su lógica conclusión, hubiera despertado en mí algún profundo instinto que, completamente alejado de mi voluntad, me hubiera obligado poderosa y persistentemente a estar alerta en todo momento. De manera que la personalidad de Sangree no se apartaba nunca de mis pensamientos, y me encontraba a todas horas analizando y buscando una explicación, que tardaba demasiado en llegar.

—Debo declarar, Hubbard, que estás tan bronceado como un aborígen, y que incluso pareces uno de ellos, —se rió Maloney.

—Puedo devolverte el cumplido, —fue mi respuesta, mientras nos agrupábamos alrededor de la marmita de té para intercambiar noticias y comparar notas.

Y más tarde, en el almuerzo, me asombró observar que el distinguido tutor, antaño clérigo, no daba cuenta de su comida con tanta "distinción" como hacía en casa... sino que la devoraba; y Mrs. Maloney comía más y, como mínimo, con menos mesura, de lo acostumbrado en la selecta atmósfera de su comedor inglés; y que mientras Joan atacaba su plato con verdadera ansia, Sangree, el Canadiense, mordisqueaba y engullía el suyo, riendo y mascullando todo el rato, haciéndome pensar con secreto asombro en un animal desnutrido en su primera comida. Mientras, según sus observaciones sobre mí, juzgué que también había cambiado, volviéndome tan agreste como el resto.

El cambio se mostraba de este modo, y de un centenar de pequeñas maneras, difíciles de definir con detalle, pero que demostraban... no ya el efecto de vivir una vida primitiva, sino, digamos..., que los métodos más directos y poco refinados acababan por prevalecer. Pues durante todo el día nos hallábamos inmersos en los elementos... viento, agua, sol... y al igual que el cuerpo se hace insensible al frío, abandonando toda ropa innecesaria, la mente se fortalece y abandona muchos de los disfraces

requeridos por las convenciones de la civilización.

Y cada uno de nosotros, de acuerdo a su temperamento y carácter, desarrolló los instintos vitales que le eran naturales, indómitos, y, en cierto modo... salvajes.

III

Y así, ocurrió que permanecí con el grupo de la isla, posponiendo día tras día mi segundo viaje de exploración; y me pareció que aquel lejano instinto mío de vigilar a Sangree era realmente la causa de mi demora.

Durante unos diez días más, la vida en el campamento continuó de su delicioso modo habitual, bendecida por un perfecto tiempo de verano, abundancia de pesca, buen viento para navegar, y noches cálidas y tranquilas. La interesada oración de Maloney había sido favorablemente recibida. Nada nos molestó. Ni siquiera había ruidos nocturnos de animales, para alterar el descanso de Mrs. Maloney; pues en anteriores campamentos, a menudo había mostrado una peculiar aflicción al escuchar a los puercoespines arrastrarse por las inmediaciones, o a las ardillas, arrojando piñas por la mañana temprano, produciendo sonidos de truenos en miniatura sobre la cubierta de su tienda. Pero en esta isla no sólo no había ardillas, sino que no había ni ratones. Creo que dos sapos y una pequeña e inofensiva serpiente eran las únicas criaturas vivientes que habían sido descubiertas durante los primeros días. Y aquellos dos sapos, con toda probabilidad, no eran dos, sino que eran el mismo, en dos sitios diferentes.

Entonces, de repente, legó el terror que cambió por completo el aspecto del lugar... el devastador terror.

Llegó, al principio, suavemente, pero desde el comienzo me hizo percatarme de la incómoda soledad de nuestra situación, nuestro remoto aislamiento en aquella selva de mar y roca, y cómo las islas de este océano sin mareas, yacían a nuestro alrededor como la vanguardia de un vasto ejército sitiador. Su entrada, como ya he dicho, fue suave; de hecho, difícil de notar para la mayoría de nosotros: singularmente poco dramática. Pero lo cierto es que en la vida real, ese es a menudo el modo en que las situaciones amenazantes se ciernen sobre nosotros, sin perturbar al corazón casi hasta el último minuto, y subyugándolo entonces con un súbito estallido de horror. Pues era la costumbre, en el desayuno, escuchar pacientemente mientras cada uno, en turnos, relataba las triviales aventuras de la noche... cómo habían dormido, si el viento había golpeado su tienda, si la araña de la piedra en el risco se había movido, si habían escuchado al sapo, y esas cosas... y aquella mañana en particular, Joan, en medio de una pequeña pausa, anunció algo novelescamamente:

—Esta noche he escuchado el aullido de un perro, —dijo, y pasó la

mano por las raíces de su cabello cuando estallamos en risotadas. Pues la idea de que hubiera un perro en aquella isla olvidada que sólo podía mantener a una serpiente y dos sapos, era indudablemente hilarante; y recuerdo que Maloney, medio inclinado sobre su cerdo a la brasa, acompañó el anuncio declarando por su parte, que él había escuchado a una "tortuga báltica" en la laguna, y la expresión de frenética alarma de su mujer, antes de echarse a reír, la hicieron callar.

Pero a la mañana siguiente Joan repitió la historia, con un detalle adicional, y muy convincente.

—Me han despertado sonidos como de gruñidos, —dijo ella—, y he escuchado claramente cómo algo olfateaba bajo mi tienda, y el sonido de garras arrastrándose.

—¡Oh, Timothy! ¿Podría ser un puercoespín? —exclamó la Contramaestre con desmayo, olvidando que Suecia no era Canadá.

Pero la voz de la chica me había sonado de otra manera, y levantando la vista comprobé que su padre y Sangree la observaban duramente. También ellos comprendían que estaba preocupada, y les había impactado el tono serio de su voz.

—¡Tonterías, Joan! Siempre estás soñando con otras cosas salvajes, —dijo su padre un poco impacientemente.

—No hay animal alguno, de ningún tamaño en toda la isla, —añadió Sangree con expresión intrigada. No apartaba sus ojos del rostro de la joven.

—Pero nada impide que alguno venga nadando, —añadí casualmente, pues, de algún modo, una cierta sensación incómoda y poco agradable comenzaba a aparecer en la charla y en sus pausas—. Un ciervo, por ejemplo, podría fácilmente arribar en la noche y echar un vistazo....

—¡O un oso! —musitó la "Contramaestre", con tan impresionada mirada que todos nos alegramos de reír.

Pero Joan no se rió. En lugar de eso, se levantó de un salto y nos dijo que la siguiéramos.

—Allí, —dijo, señalando al suelo de su tienda, en el lado más alejado de la de su madre—; hay marcas cerca de mi cabeza. Podéis verlas vosotros mismos.

Sencillamente, las vimos. El musgo y el liquen —pues casi no se veía la tierra— habían sido arañados por garras. Debía haber sido un animal del tamaño de un perro grande, a juzgar por las marcas. Permanecimos en fila, mirando.

—Cerca de mi cabeza, —repitió la chica, mirándonos. Su rostro, según noté, estaba muy pálido, y sus labios parecieron temblar por un instante. Entonces tragó saliva... y soltó un torrente de lágrimas.

Todo el asunto se nos había echado encima en el breve lapso de unos pocos minutos, y con una curiosa sensación de inevitabilidad, y más aún, como si todo ello hubiera sido cuidadosamente planeado en todo

momento, y nada hubiera podido detenerlo. Todo se había, de algún modo, originado antes... en realidad había ocurrido antes, como suele pasar con las sensaciones extrañas; parecía ser el movimiento que daba comienzo a un extraño y ominoso drama, que yo estaba seguro que se disponía a tener lugar. Algo importante iba a ocurrir.

Pues aquella siniestra sensación de desastre inminente se había hecho sentir desde el mismo comienzo, y una atmósfera de preocupación y desmayo, imperó en el campamento de ese momento en adelante.

Aparté a Sangree a un lado y me aparté, mientras Maloney llevaba a la desconsolada chica a su tienda, y su mujer les seguía, enérgica y muy impresionada.

Y así, de un modo tan poco dramático, fue como el terror del que he hablado, comenzó a invadir nuestro campamento, y, aún pareciendo trivial y poco importante, cada pequeño detalle de aquella escena introductoria se halla fotografiado en mi mente con despiadada precisión y minuciosidad. Ocurrió exactamente como se ha descrito. Aquel fue, exactamente, el lenguaje empleado. Lo veo, escrito ante mi en blanco y negro. Y veo también los rostros de todos los implicados, con su repentina y desagradable señal de alarma donde antes había paz. El terror se había mostrado, por decirlo así, en un primer contacto hacia nosotros y había tocado nuestros corazones de un modo horrible y directo. Y a partir de aquel momento, el campamento cambió.

Sangree en particular, se hallaba visiblemente abatido. No podía asumir el ver a la chica en ese estado, y escuchar sus sollozos era más de lo que podía soportar. La sensación de que no tenía derecho a protegerla le hería profundamente, y pude ver que estaba deseando hacer algo por ayudarla, lo cual me hizo apreciarle. Su expresión decía claramente que estaba dispuesto a destrozar en mil pedazos a cualquiera que estuviese dispuesto a tocar un solo cabello de la cabeza de la muchacha.

Encendimos nuestras pipas y caminamos en silencio hacia las tiendas de los hombres, y fue su curiosa expresión Canadiense "iGee whiz!" la que atrajo mi atención hacia otro descubrimiento.

—La bestia también ha estado escarvando alrededor de mi tienda, —gritó, mientras señalaba unas marcas similares cercanas a la puerta y yo me inclinaba para examinarlas mejor. Permanecimos en silencioso asombro durante algunos minutos.

—Solo que yo duermo como los muertos, —añadió, levantándose del suelo—, y supongo que por eso no escuché nada.

Seguimos el rastro de marcas desde la boca de su tienda en línea directa hasta la de la chica, pero no vimos, en ninguna otra parte del campamento, rastro alguno del extraño visitante. El ciervo, perro, o lo que fuera que nos había favorecido con dos visitas nocturnas, había concentrado su atención en aquellas dos tiendas. Y, después de todo, no había nada de especial en aquellas visitas por parte de un animal desconocido, pues aunque nuestra isla estaba desprovista de vida,

estábamos en el corazón de una tierra agreste, y en tierra firme y en las islas más grandes, debía de haber una miríada de criaturas cuadrúpedas, y no era necesario nadar demasiado para alcanzarnos. En cualquier otro lugar no habría causado el momentáneo interés... es decir, un interés de aquel tipo. En nuestros campamentos en Canadá, los osos rondaban todas las noches cerca de las bolsas de provisiones, los puercoespines no dejaban de arañar incesantemente, y las ardillas saltaban sobre todo.

—Mi hija está agotada, esa es la verdad, —explicó Maloney tras haberse unido a nosotros y examinado las marcas de garras—. Ha estado hiperactiva ultimamente, y ya sabéis que la vida del campamento siempre la excita bastante. Es bastante natural. Será mejor que no le digamos nada. —Calló un momento mientras llenaba su pipa con mi bolsa de tabaco, y el modo descuidado en que lo hizo, dejando caer visiblemente, multitud de preciadas hebras sobre el suelo, contradijo la calma de su sencillo lenguaje—. Podrías llevártela a pescar unos días, Hubbard, como a un grumete; difícilmente podría pasar el día en el cutter. Quizás podríais ir en tu canoa, a visitar alguna de las otras islas ¿No?

Y a la hora del almuerzo la nube había pasado tan súbitamente, y tan sospechosamente, como había venido.

Más tarde, en la canoa, mientras regresábamos al campamento tras la jornada de pesca, intentando mantener apartado aquel incidente de nuestras mentes, la muchacha me habló, de nuevo, de un modo que tocó de nuevo esa nota de siniestra alarma... esa nota que permanecería con nosotros hasta que, finalmente, John Silence llegó con su abrumadora presencia para apagarla; si, y que aún se mantuvo un poco tras venir él.

—Me da vergüenza pedirle esto, —me dijo Joan abruptamente, mientras ramaba en dirección al campamento, con su pelo agitado por el viento—, y también me avergüenza haber llorado esta mañana, y que, realmente no sabría decirle por qué lo hice; pero, Mr. Hubbard, desearía que me prometiera que no salga a una de sus largas expediciones... justo ahora. Se lo ruego. —Me habló con tal interés que se olvidó de la canoa, y el viento nos golpeó de lado, balanceándonos peligrosamente—. De verdad que he intentado no llegar a pedirle esto, —añadió, estabilizando de nuevo la canoa—, pero, sencillamente, no soy capaz de ayudarme a mí misma.

Era toda una petición, y supongo que mi vacilación fue evidente; pues ella continuó antes de que pudiera contestarla, y su intensa expresión de súplica me impresionó profundamente.

—Sólo por otras dos semanas...

—Mr. Sangree se irá en poco más de una semana, —dijo, viendo al momento a dónde quería llegar, pero sin saber si animarla o no.

—Si yo supiera que usted estaría en la isla hasta entonces, —me dijo, con su rostro empalideciendo por momentos, y su voz temblando un poco—, me sentiría mucho más feliz.

La miré fijamente, esperando a que acabara.

—Y más segura, —añadió casi en un susurro—; es decir... especialmente... de noche.

—¿Más segura, Joan? —Repetí, pensando que nunca había visto en sus ojos una expresión tan tierna y suave. Asintió con la cabeza, sin apartar sus ojos de mi rostro.

Realmente era difícil negarse a ello, fuera cual fuera mi opinión al respecto, pues de algún modo comprendí que me lo decía por alguna buena razón, que no era capaz de expresar con palabras.

—Más feliz... y más segura, —dijo gravemente, haciendo girar peligrosamente la canoa mientras se inclinaba en el asiento para escuchar mejor mi respuesta. Quizás, después de todo, lo más sabio era aceptar su petición y hacer hincapié en ello, intentando mitigar su ansiedad evitando hablar de sus causas.

—De acuerdo, Joan, bicho raro; lo prometo, —y al instante observé alivio en su rostro, y la sonrisa que iluminó sus ojos, como un amanecer, me hizo sentir que, aunque el mundo y yo mismo lo desconocíamos, era capaz, después de todo, de realizar considerables sacrificios.

—Pero ya sabes que no hay nada de lo que tener miedo, —añadí severamente; y miró mi rostro con esa sonrisa que ponen las mujeres cuando saben en su fuero interno que les estás diciendo una tontería, pero no desean decírtelo.

—Tu no tienes miedo, ya lo sé, —observó tranquilamente.

—Claro que no; ¿por qué habría de tenerlo?

—Bueno, si me hace este favor ahora, yo... no volveré a pedirle ninguna tontería más en toda mi vida, —dijo agradecida.

—Tienes mi promesa, —fue todo cuanto pude decir.

Volvió a dirigir la canoa hacia la laguna, que se hallaba ya a un cuarto de milla, y remó rápidamente; pero un minuto o dos más tarde, se detuvo de nuevo y me miró escrutadoramente, con el remo entre los brazos.

—No ha escuchado nada durante la noche ¿No? —preguntó.

—Nunca escucho nada por las noches, —contesté escuetamente—, desde el momento en que acuesto hasta el momento de levantarme.

—¿Y aquel horrible aullido, por ejemplo, —continuó, decidida a desahogarse—, lejano al principio y luego más cerca, y deteniéndose justo a las afueras del campamento?

—La verdad es que no.

—Porque a veces casi creo que lo he soñado.

—Lo más seguro es que así sea, —fue mi poco comprensiva respuesta.

—¿Entonces no cree que a lo mejor mi padre también lo haya oído?

—No. Si fuera así, me lo habría dicho.

Aquello pareció relajar un poco su mente. —Sé que mi madre no lo oyó—, añadió, como hablando para sí, —pues nunca... oye nada.

Dos noches después de esta conversación, me desperté de un profundo sueño, escuchando sonidos de gritos. La voz era realmente horrible, rompiendo la paz y el silencio con su agudo clamor.

En menos de diez segundos me hallaba medio vestido y fuera de mi tienda. El grito se había detenido abruptamente, pero supe de donde venía, y corrí tan rápido como me permitía la oscuridad, hacia la zona de las mujeres, y al acercarme escuché sonidos de sollozos contenidos. Era la voz de Joan. Y justo al acercarme ví a Mrs. Maloney, ligerísimamente ataviada, alumbrando con una linterna.

En el mismo instante, otras voces se hicieron audibles, y Timothy Maloney llegó, sin aliento, medio desnudo, y llevando otra linterna, que antes había estado colgada de un árbol. Comenzaba a despuntar el alba, y una fresca brisa soplaba desde el mar. El cielo estaba cubierto por densas nubes negras.

La escena de confusión puede ser mejor imaginada que descrita. Preguntas con voces asustadas, cruzaron el aire, apagando el sonido de fondo de los sollozos reprimidos. En pocas palabras... la tienda de seda de Joan había sido atacada, y la chica se hallaba en un estado próximo a la histeria. Pese a todo, se había tranquilizado por nuestra ruidosa presencia,... pues era de corazón valeroso,... se dirigió a nosotros e intentó explicar lo que había ocurrido; y sus desgarradas palabras, pronunciadas allí, en la frontera entre la noche y la mañana, sobre aquel risco de una isla salvaje, resultaron curiosamente emocionantes e inquietantemente convincentes.

—Algo me tocó y yo me desperté, —dijo sencillamente, pero con una voz aún rota por el terror—, algo presionaba contra la tienda; lo sentía contra la lona. Sentí cómo olisqueaba y escarbaba como la otra vez, y noté que la tienda cedía un poco, como cuando recibe una ráfaga de viento. Oí su respiración... muy baja y profunda... y entonces, de repente, se notó un fuerte golpe, y la lona se desgarró, abriéndose cerca de mi cara.

Al instante había salido fuera por el agujero de la tienda y había gritado con toda su voz, pensando que la criatura había llegado a introducirse en la tienda. Pero no se veía nada, declaró, y no escuchó ni el más débil sonido del animal escabulléndose en la oscuridad. Aquel breve resumen pareció ejercer un efecto paralizante sobre todos nosotros, mientras escuchábamos. Aún puedo ver al desvelado grupo de aquel día, el viento soplando sobre el cabello de las mujeres, Maloney adelantando la cabeza para escuchar mejor, y su mujer, con la boca abierta y conteniendo la respiración, inclinada sobre un pino.

—Vayamos al cenador y encendamos un fuego, —dije yo—; eso es lo primero, —pues todos temblábamos de frío por nuestras escasas vestimentas. Y en ese momento llegó Sangree, envuelto en una manta y llevando su arma; aún estaba medio dormido.

—El perro otra vez, —explicó Maloney brevemente, anticipándose a

su pregunta—; estuvo en la tienda de Joan. Y esta vez la ha rasgado, ¡Por Dios!. Ya es hora de que hagamos algo. —continuó murmurando para sí mismo, de un modo confuso.

Sangree empuñó su arma paseó su mirada rápidamente por la oscuridad circundante. Vi brillar sus ojos ante el resplandor de las parpadeantes linternas. Hizo un movimiento, como si estuviera deseoso de salir a cazar... y matar.

Entonces su mirada descendió sobre la destrozada tienda de Joan, en el suelo; ocultó el rostro entre sus manos, y apareció en sus rasgos una expresión de ira que los transformó. En aquel momento habría sido capaz de enfrentarse a una docena de leones con un bastón de viaje, y de nuevo le aprecié, por la fuerza de su enfado, su autocontrol, y su devoción sin esperanza.

Pero le hice desistir de lanzarse a una caza inútil y a ciegas.

—Ven y ayúdame a encender el fuego, Sangree, —le dije, ansioso también por apartar a la chica de nuestra presencia; y unos pocos minutos más tarde, las brasas aún ardientes por el fuego de la noche anterior, habían prendido en la madera seca, y se produjo una llama que nos calentó, además de iluminar los árboles de los alrededores en un radio de veinte yardas.

—No he oído nada, —susurró—; ¿Qué diablos piensan que es? Seguramente... ino puede ser tan solo un perro!

—Eso ya lo averiguaremos, —dije, mientras los demás se acercaban al reconfortante calor—; lo primero que hay que hacer es un fuego tan grande como podamos.

Joan estaba ya más calmada, y su madre se había vestido con unos atuendos más cálidos y menos "milagrosos".

Y mientras permanecían hablando en voz baja, Maloney y yo nos retiramos a examinar la tienda. Había bastante poco que ver, pero lo poco que había no daba lugar a error. Algún animal había escarbado en el suelo a la entrada de su tienda, y con un poderoso golpe de zarpa... una zarpa claramente provista de buenas garras... había hendido la lona de seda, dejándola abierta. Había un agujero lo bastante grande como para introducir por él un puño y un brazo.

—Esto no puede ir más lejos, —dijo Maloney alterado—. Organizaremos una cacería al momento; ahora mismo.

Regresamos hacia el fuego; Maloney hablaba obsesivamente sobre su propuesta cacería.

—No hay nada como una acción rápida para desvanecer la alarma, —me susurró al oído; y entonces se volvió al resto del grupo.

—Peinaremos la isla de principio a fin, y lo haremos al momento, —dijo excitado—; eso es lo que haremos. La bestia no puede estar lejos. Y la Contramaestre y Joan vendrán también, porque no podemos dejarlas aquí solas. Hubbard, tu recorrerás la orilla derecha, y tu, Sangree, la izquierda, y yo iré por enmedio con las mujeres. De este modo podremos

extendernos por el risco, y nada que sea más grande que un conejo tendrá posibilidades de escapar. —Me pareció que se hallaba extraordinariamente excitado. Por supuesto que, cualquier cosa que afectara a Joan le influía prodigiosamente—. Id a por vuestras armas, y comenzaremos el rastreo ahora mismo, —gritó. Encendió otra linterna, y le acercó una a Joan y otra a su mujer; y mientras corría a buscar mi arma, pude escuchar cómo cantaba para sí, en medio de todo aquel barullo.

Mientras tanto, el amanecer se nos echaba encima, haciendo que las resplandientes linternas fueran inútiles. El viento, además, aumentó, y escuché a los árboles agitarse en lo alto y a las olas romper en la bahía con incesante clamor. En la laguna, el barco se agitaba, chapoteando, y los rescoldos del fuego que habíamos encendido, se apagaron, provocando una amplia nube de humo.

Nos situamos en los extremos de la isla, midiendo cuidadosamente las distancias, y entonces comenzamos a avanzar. Nadie hablaba. Sangree y yo, con las armas amartilladas, patrullamos las líneas de las orillas, a la vista, unos de otros, y a una distancia suficiente para hablar. Fue un paseo tenso y lento, y hubo muchas falsas alarmas, pero tras algo más de media hora, alcanzamos el extremo opuesto, completando el tour, y sin haber visto ni tan siquiera una ardilla. Ciertamente, no había ninguna otra criatura viviente en aquella isla, excepto nosotros.

—¡Ya sé lo que es! —gritó Maloney, mirando a la vaga extensión de mar gris, y hablando con el aire de un hombre que acaba de hacer un descubrimiento—; es un perro de una de las granjas de las islas más grandes... —señaló hacia el mar, donde el archipiélago se hacía más denso— ...y se escapó y se ha vuelto salvaje. Nuestro fuego y nuestras voces le atraieron, y lo más probable es que esté medio muerto de hambre, además de salvaje, ¡la pobre bestia!

Nadie dijo nada en respuesta, y comenzó a canturrear bajo, para sí mismo.

El punto en el que nos hallábamos... un grupo de temblorosos vagabundos... daba a los más anchos canales, que conducían hasta el mar abierto y a Finlandia. Al fin había amanecido, desapacible y gris, y podíamos ver las rompientes olas, con sus iracundas crestas blancas. Las islas de alrededor se mostraban como oscuras masas en la distancia; y en el este, casi donde había señalado Maloney, el sol se elevaba, como un destello en el tormentoso y magnífico cielo dorado y rojo. Y contra este hermoso y terrible fondo, unas negras nubes, con las formas de fantásticos y legendarios animales, cambiaban con rapidez en sollozante vapor; y sobre ese día, tan solo he de cerrar los ojos para ver de nuevo aquella vívida y rápida procesión en el aire. A nuestro alrededor, los pinos se alzaban oscuros ante el cielo. Era un amanecer tormentoso. La lluvia, de hecho, acababa de empezar a caer, con gruesas gotas.

Nos volvimos, como por instinto común, y, sin hablar, regresamos lentamente al campamento, con Maloney barruntando sus canciones,

Sangree delante, con su arma, preparado para disparar en el instante en que notara algo, y las mujeres rezagadas, detrás, junto conmigo y las ya extinguidas linternas.

¡Así que sólo era un perro!

Realmente, era de lo más singular cuando uno reflexionaba con serenidad sobre todo ello. Los eventos, según dicen los ocultistas, poseen alma, o al menos ese conglomerado vital debido a las emociones y pensamientos de todos los implicados, de modo que dichas ciudades, e incluso sus tierras, poseen grandes formas astrales que pueden hacerse visibles al ojo humano; y, ciertamente, allí, el alma de aquel rastreo... aquel vano, desesperado, futil rastreo... flotaba a nuestro alrededor... riéndose.

Todos nosotros escuchábamos esa risa, y todos nosotros hacíamos lo posible por amortiguar el sonido, o al menos por ignorarlo.

Todos nosotros hablábamos a la vez, en voz queda, y con exagerada decisión, intentando obviamente decir algo plausible contra lo extraño del caso, pretendiendo explicar de un modo natural que un animal podría haber logrado esconderse de nosotros, o nadado a otra isla antes de que hubiéramos podido iluminar su rastro. Pues todos nosotros hablábamos de ese "rastro" como si en verdad existiera, aunque no teníamos absolutamente nada excepto las simples marcas de zarpas en las tiendas de Joan y el Canadiense. De hecho, excepto por estas marcas y el rasgado de la tienda, creo que habría sido bastante posible ignorar la existencia de esta bestia intrusa entre nosotros.

Y fue allí, bajo aquel tormentoso amanecer, mientras nos resguardábamos en el cenador de madera de la insistente lluvia, ya empapados y bastante excitados... fue allí, en medio de aquella confusión de voces y explicaciones, que... con gran fuerza... el espectro de algo horrible se alzó, y permaneció junto a nosotros. Hacía que todas nuestras explicaciones parecieran infantiles e inciertas; la falsa relación fue expuesta al instante. Los ojos intercambiaron rápidas y ansiosas miradas, inquisitivas y expresando desmayo. Había una sensación general de asombro, de emergente incomodidad, y de alteración. La alarma se reflejaba en nuestras cejas. Temblábamos.

Entonces, de repente, mientras nos mirábamos a la cara los unos a los otros, llegó un silencio largo y poco bienvenido, en el que lo que acababa de suceder se estableció en nuestros corazones.

Y, sin hablar de nuevo, o intentar más explicaciones, Maloney se aprestó bruscamente a mezclar las gachas para un desayuno temprano; Sangree para limpiar el pescado; y yo mismo a cortar leña y atender el fuego; Joan y su madre fueron a cambiarse sus mojadas ropas; y, lo más significativo de todo, a preparar la tienda de su madre para poder compartirla entre las dos.

Cada uno se centró en su tarea, pero de un modo hosco, desganado y silencioso; y esta nueva sensación, esta sombra de terror e

intranquilidad, se alzaba invisible a lado de cada uno de nosotros.

"Si al menos hubiéramos encontrado algún rastro del perro", era el pensamiento dominante en la mente de todos.

Pero en el campamento, donde cada uno es consciente de la importancia de la contribución individual al confort y bienestar de todos, la mente recupera el ritmo rápidamente y se pone en marcha.

Durante el día, un día de lluvia densa e incesante, nos quedamos más o menos en nuestras tiendas, y aunque había signos de misteriosas conferencias entre los tres miembros de la familia Maloney, pensé que lo mejor era dejarles a solas, descabezar un sueño y pensar. Y, ciertamente, lo hice, pues cuando Maloney vino a decirme que su mujer nos invitaba a un "té" especial en su tienda, tuvo que despertarme y sacudirme antes de que me percatara de su presencia.

Y a la hora del almuerzo nos hallábamos más o menos animados, y casi joviales. Únicamente, noté que parecía cundir algo que se podría definir como "saltar a la primera," y que el mero caer de una hoja o el chapoteo de un pez en la laguna, era suficiente para ponernos en guardia, y mirar por encima del hombro. Los silencios eran raros en nuestra conversación, y no permitimos que el fuego se hiciera más débil ni por un instante. El viento y la lluvia habían cesado, pero el goteo de las ramas aún imitaba perfectamente a un chispear. En particular, Maloney estaba alerta y vigilante, contando una serie de historias en las que el elemento humorístico era especialmente grande. Además, se situó junto a mí, después de que Sangree se fuera a dormir, y mientras yo me servía un vaso de templado ponche sueco, hizo una cosa que nunca le había visto hacer... se sirvió otro para él, y luego me pidió que le alumbrara hasta llegar a su tienda. No hablamos por el camino, pero sentí que se alegraba por mi compañía.

Regresé solo al cenador, y durante un largo rato, mientras el fuego crepitaba, permanecí sentado, fumando pensativo. No sabía el motivo; pero por una parte no tenía ningún sueño, y por otra, una idea estaba tomando forma en mi mente, y necesitaba el confort del tabaco y un buen fuego, para desarrollarla. Me apoyé contra una esquina de los asientos del cenador, escuchando susurrar al viento y el incesante gotear de los árboles. Era, además, una noche tranquila, y el mar y la laguna se hallaban en calma. Recuerdo que fui consciente, peculiarmente consciente, del sinfín de islas desoladas que nos rodeaban en la oscuridad, y de que éramos el único signo de humanidad en un entorno maravillosamente salvaje.

Pero aquel, creo yo, fue el único síntoma que llegó a alertar mis resistentes nervios, y, ciertamente no fue lo suficientemente alarmante como para destruir mi paz mental. Ocurriría, sin embargo, una cosa que turbaría mi paz, pues justo cuando me disponía a marcharme, mientras aplastaba los últimos rescoldos del fuego, me pareció ver, observándome cerca del final del murete del cenador de madera, una forma oscura y

sombría que bien podía haber sido... que de hecho, recordaba intensamente... al cuerpo de un gran animal. Y en medio de aquello, dos brillantes ojos centellearon por un instante. Pero un segundo más tarde me percaté de que era la mera proyección de una masa de musgo y liquen en el murete del cenador, y los ojos un par de chispas errantes que habían saltado al aplastar yo las agonizantes cenizas. Por otra parte, resultaba bastante fácil imaginar ver un animal moviéndose de aquí para allá entre los árboles, mientras andaba el camino hasta la tienda. Evidentemente, las sombras me engañaban.

Y aunque ya era más de la una de la noche, la luz de Maloney aún estaba encendida, pues ví brillar su blanca tienda entre los pinos.

Fue, de todos modos, en ese corto espacio entre la consciencia y el sueño... ese momento en el que el cuerpo está en reposo y las voces de esa región sumergida dicen en ocasiones la verdad... cuando la idea que había estado madurando hasta el momento, llegó a ser una auténtica decisión. Había decidido mandar un aviso al Dr. Silence. Pues, asombrándome de repente por haber estado tan ciego hasta el momento, llegué a la incómoda convicción de que algo amenazador nos acechaba en aquella isla, y que la seguridad de al menos uno de nosotros estaba amenazada por algo monstruoso e impío, demasiado horrible para ser contemplado. Y, recordando de nuevo aquellas últimas palabras que escuché mientras el tren partía del andén, comprendí que el Dr. Silence se encontraría listo para acudir.

"A menos que me mandes a buscar antes," me había dicho.

De repente, me encontré completamente despierto. Era imposible decir qué me había despertado, pero no fue un proceso gradual, puesto que salté de un sueño profundo a la más absoluta alerta en un breve instante.

Había, evidentemente, dormido durante algo más de una hora, pues la noche se había aclarado, las estrellas coronaban el cielo y una pálida media luna se sumergía en el mar, arrojando una luz espectral entre los árboles.

Salí al exterior para oler el aire y me puse en tensión. Me asaltó la curiosa impresión de que algo iba mal en el campamento, y al mirar a la tienda de Sangree, a unos veinte pies de distancia, observé que se movía. De modo que también él estaba despierto y en vela, pensé mientras contemplaba los abultamientos a los lados de la lona, mientras se movía en su interior.

La tela de la puerta se movió hacia fuera. Estaba saliendo, como yo mismo, a oler el aire; y no me sorprendió, pues aquella dulzura, tras la lluvia, era embriagadora. Salió a cuatro patas, tal como yo había hecho. Ví una cabeza asomar por el borde de la tienda.

Y entonces observé que no se trataba de Sangree, en modo alguno. Era un animal. Y en aquel instante me percaté de algo más... era El

Animal; y su sola presencia, por alguna inenarrable razón, resultaba absolutamente maléfica.

Un grito, que no fui capaz de reprimir, escapó de mi garganta, y la criatura se giró al instante y me miró con sus enormes ojos. A punto estuve de desplomarme sobre el suelo, pues todas las fuerza escaparon de mi cuerpo, con un escalofrío. Algo había en aquella criatura, que me tocó con un terror paralizante.

Si la mente no requiere más de una décima de segundo para formar una impresión, creo que permanecí allí, patidifuso durante varios segundos mientras agarraba con fuerza las sogas de la tienda para sujetarme, y seguía mirando. Muchas y muy vívidas impresiones destellaron en mi mente, pero ninguna de ellas acabó en acción, pues en aquel instante mi temor era que la bestia pudiera, en cualquier momento, saltar en mi dirección e ir a por mí. Sin embargo, en lugar de ello, y tras lo que pareció un vasto periodo, giró lentamente los ojos que observaban mi rostro, emitió un sonido bajo y gutural, y salió al exterior.

Entonces, por primera vez, le ví enteramente, y noté dos cosas: era del tamaño de un perro enorme, pero al mismo tiempo era enteramente distinto a cualquier animal que hubiera visto nunca. Además, la cualidad que tanto me había impresionado al principio por ser maléfica, no era más que su singular y original extrañeza. Aunque pueda sonar estúpido e imposible, ya que no tengo prueba alguna que ofrecer, sólo puedo decir que el animal me pareció... no ser real.

Pero todo esto pasó por mi mente en un destello, de un modo casi subconsciente, y antes de que tuviera tiempo de comprobar mis impresiones, o incluso verificarlas adecuadamente; realicé un movimiento involuntario, agarrando y soltando la tensa soga con mi mano, de manera que vibró y sonó como una cuerda de banjo, y en aquel instante la criatura dobló la esquina de la tienda de Sangree y se perdió en la oscuridad.

Entonces, claro está, recuperé de algún modo el uso de mis sentidos, y me percaté de una sola cosa: ¡Había estado dentro de su tienda!

Me lancé al exterior, alcancé la puerta tras una media docena de zancadas, y miré el interior. El Canadiense, ¡gracias a Dios! yacía sobre su lecho de ramitas. Su brazo estaba extendido apuntando al exterior, con el puño fuertemente apretado, y el cuerpo poseía una apariencia de inusual rigidez que resultaba alarmante. En su rostro se percibía una expresión de esfuerzo, de esfuerzo casi doloroso, al menos según me permitía ver la débil luz, y su sueño parecía ser muy profundo. Pensé que parecía tan stiff, tan antinaturalmente stiff, y, además, de un modo indefinible, parecía más pequeño... como hundido.

Intenté despertarle llamándole numerosas veces, pero lo hice en vano. Entonces decidí zarandearle, y me había acercado a él para hacerlo vigorosamente, cuando me llegó un sonido de pisadas que se acercaban suavemente hacia mi lado, y sentí cómo un flujo de caliente aliento

quemaba mi nuca mientras me detenía. Me giré en redondo. La puerta de la tienda estaba a oscuras, y algo penetró an silencio. Sentí el roce de un cuerpo áspero y velludo pasando a mi lado, y supe que el animal había regresado. Parecía estar avanzando entre Sangree y yo... de hecho, avanzar en dirección a Sangree, pues su oscuro cuerpo le ocultó momentáneamente de mi vista, y en aquel instante, mi alma enfermó de cobardía con un horror que se alzaba desde las mismísimas profundidades de la vida, y amenazaba mi existencia en su misma fuente.

La criatura pareció, de algún modo, fundirse en su interior, casi como si perteneciese a él y fuera una parte de sí, pero en el mismo instante... aquel instante de extraordinaria confusión y terror en mi mente... pareció pasar de largo a su lado, y, de una manera completamente inexplicable, se desvaneció. Y el Canadiense se despertó, y se incorporó de un salto.

—¡Rápido estúpido! —Le grité, excitado—, la bestia ha estado en tu tienda, aquí, ante tu misma garganta, mientras dormías como un muerto. ¡Arriba, hombre! ¡Agarra tu arma! Sólo hace un segundo que ha desaparecido de al lado de tu cabeza. ¡Rápido! ¡Joan....!

Y de algún modo, el hecho de que estuviera allí, ahora completamente despierto, corroboraba mis propias convicciones internas de que no se trataba de un animal, sino de alguna anómala y aterradora forma de vida que sobrepasaba mis profundos conocimientos, sobre la que había leído muchos escritos, pero con la que hasta el momento no había llegado a cruzarme.

Se levantó en un santiamén, y salimos. Estaba muy pálido, y temblaba. Buscamos con urgencia, casi febrilmente, pero sólo encontramos unas pisadas de zarpas que se comenzaban en la puerta de su propia tienda, y cruzaban el musgo hasta la de las mujeres. Y al ver las señales de pisadas cerca de la tienda de Mrs. Maloney, donde Joan dormía ahora, le dominó una furia absoluta.

—¿Sabe lo que es esa bestia, Hubbard? —susurró, soltando el aliento—; es un condenado lobo, eso es lo que es... un lobo perdido en estas islas, y muerto de hambre... desesperado. ¡Que Dios me ayude, eso creo que es!

Dijo un montón de tontería mientras estaba en aquel estado. Declaró que dormiría por el Día y se sentaría a vigilar todas las noches, hasta que lo hubiera matado. Una vez más, su ira se ganó mi admiración; pero me encargué de alejarle, antes de que pudiera hacer el suficiente ruido como para despertar a todo el campamento.

—Tengo un plan mejor que ese, —le dije, observando su rostro con atención—. No creo que esto sea nada con lo que seamos capaces de tratar. Voy a mandar un recado al único hombre que sé que podrá ayudarnos. Viajaremos a Waxholm esta misma mañana y le enviaremos un telegrama.

Sangree me observó con una expresión curiosa, mientras la furia se extinguía de su rostro reemplazada por una mirada nueva, de alarma.

—John Silence, —dije—, sabrá....

—¿Cree que es algo... de ESA clase? —musitó.

—Estoy seguro de ello.

Hubo una pausa momentánea.

—Eso es peor, mucho peor que cualquier cosa material, —dijo, empalideciendo visiblemente. Miró de mi rostro al cielo, y entonces añadió con repentina resolución—. Vamos; la brisa se está levantando. Partamos ahora mismo. Desde allí podrá telefonear a Estocolmo y conseguir enviar el telegrama sin demora.

Le mandé a preparar el bote, y aproveché la oportunidad para correr a despertar a Maloney. Dormía con sueño ligero, y se incorporó en el momento que metí la cabeza en su tienda.

Le resumí lo que había visto, y mostró tan poca sorpresa que me encontré preguntándome a mi mismo, por primera vez, cuánto sería lo que él había visto, pero se había guardado de contar al resto de nosotros.

Accedió a mi plan sin dudar un momento, y con mis últimas palabras, acordamos dejar que su mujer e hija pensaran que el gran doctor psíquico venía únicamente como visitante casual, y no por interés profesional.

Y así, tras cargar a bordo los útiles, mantas y provisiones, Sangree y yo navegamos hacia el exterior de la laguna quince minutos más tarde, poniendo rumbo, con una buena brisa, hacia Waxholm y el límite de la civilización.

IV

Aunque nada referente a John Silence me tomaba, por decirlo de algún modo, por sorpresa, resultó ciertamente inesperado encontrar una carta desde Estocolmo esperándome en Waxholm. "He concluído mis asuntos en Hungría," había escrito, "y estaré aquí unos diez días. No dudes en mandarme llamar si lo necesitaras. Si me telefoneas cualquier mañana desde Waxholm, podré tomar el vapor de la mañana."

Mis años de interacción con él estaba llenos de "coincidencias" de esta índole, y aunque jamás se dignó a explicarlas, mencionando algún tipo de sistema mágico de comunicación con mi mente, nunca he dudado de que, en realidad existía algún secreto método telepático con el cual se enteraba de mis circunstancias y con el que juzgaba el grado de necesidad en el que me hallaba. Y que aquel poder era independiente del tiempo, en el sentido de que era capaz de ver en el futuro, era algo que siempre me pareció ser igualmente real.

Sangree se hallaba tan aliviado como yo, y esa misma tarde, una hora antes del ocaso, le recibimos a la llegada del pequeño barco de vapor, y le llevamos en la luz vacilante hasta el campamento que habíamos preparado en una isla vecina, con el fin de partir hacia el otro

campamento con las primeras luces del día siguiente.

—Ahora, —dijo tras acabar el almuerzo y mientras fumábamos alrededor de la hoguera—, dejadme escuchar vuestra historia. —Nos miró a los dos, sonriendo.

—Cuénteselo, Mr. Hubbard, —interrumpió Sangree abruptamente, y se apartó para limpiar las brasas, aunque no lo suficiente como para no poder escuchar. Y mientras vertía el agua caliente, y restregaba los delgados platos con musgo y arena, mi voz, sin sufrir interrupción alguna por parte del Dr. Silence, narró durante la siguiente media hora, el mejor resumen de que fui capaz, de todo lo que había ocurrido hasta el momento.

Mi oyente yacía en el otro extremo de la hoguera, con su rostro medio oculto por un gran sombrero; en ocasiones me miraba inquisitivamente, cuando algún punto necesitaba más detalle, pero no emitió palabra alguna hasta que concluí, y su actitud durante toda la exposición de los hechos, fue grave y atenta. Unicamente el silbido del aire sobre las ramas de los pinos llenó mis pausas; la oscuridad había descendido sobre el mar, y las estrellas emergieron por millares, y en el momento de acabar mi relato, la luna se había elevado, bañando de plata el escenario. Y entonces, por la expresión de su rostro y de sus ojos, supe con certeza que el doctor había estado escuchando algo que esperaba oír, aunque no hubiera llegado a anticipar todos los detalles.

—Has hecho bien en mandarme a buscar, —dijo en voz muy baja, con una mirada cómplice muy significativa cuando terminó—; muy bien, —...y durante un rápido segundo su mirada se posó en Sangree,...— pues con lo que nos enfrentamos aquí, es nada menos que con un Hombre Lobo... algo bastante poco común, me alegra decir, pero casi siempre muy triste, y en ocasiones muy terrible.

Salté como si hubiera recibido un disparo, aunque al segundo siguiente me avergonzó mi falta de autocontrol; pues aquella breve conclusión, que confirmaba mis peores sospechas, me convenció más de la gravedad de la aventura, que cualquier acumulación de preguntas o explicaciones. Parecía estrechar el círculo a nuestro alrededor, cerrando una puerta en algún lugar, que nos encerraba junto con el animal y el horror, y echando la llave. Fuera lo que fuera, ahora teníamos que hacerle frente, y encararlo.

—¿Nadie ha resultado herido hasta el momento? —preguntó en voz baja, pero con un tono de preocupación que hacía pensar en graves posibilidades.

—¡Cielo Santo, no! —gritó el Canadiense, arrojando los trapos al suelo y acercándose al círculo de la hoguera—. Seguramente no hay duda de que esa pobre bestia muerta de hambre no podría dañar a nadie, ¿O no?

Su cabello cayó desordenado sobre su frente, y hubo un brillo en sus ojos que no era debido al reflejo del fuego. Sus palabras me hicieron

girarme hacia él. Nos reimos un poco... una risa forzada.

—De hecho, no confío en ello, —dijo tranquilamente el Dr. Silence—. Pero ¿Qué es lo que te hace pensar que esa criatura esté muerta de hambre? —Realizó la pregunta con sus ojos fijos en el rostro del otro. Aquella simple pregunta me confirmaba lo que yo había supuesto, y esperé la respuesta con un ligero y excitado temblor.

Sangree dudó un momento, como si la pregunta le hubiera tomado por sorpresa. Pero hizo frente a la mirada del doctor sin vacilación alguna a través de la hoguera, y con absoluta honestidad.

—En realidad, —comentó, tras encogerse de hombros—, no sabría decirle. La frase pareció salir por sí sola. Desde el principio he sentido que aquello sentía dolor y... hambre, aunque el motivo de sentir esto nunca se me había ocurrido hasta que no me lo ha preguntado.

—Entonces, en realidad sabes bastante poco sobre el asunto ¿No? —dijo el otro, con una repentina dulzura en su voz.

—Nada más que eso, —replicó Sangree, mirándole con una expresión extrañada que era inequívocamente genuina—. De hecho, nada en absoluto, realmente, —añadió, como única explicación.

—Eso me alegra, —escuché murmurar al doctor bajo su aliento, pero tan bajo que sólo yo pude captar las palabras, y Sangree no llegó a escucharlas, como evidentemente había deseado el doctor.

—Y ahora, —anunció, poniéndose de pie y estremeciéndose de un modo característico, como para sacudirse el horror y el misterio—, pospongamos los problemas hasta mañana y disfrutemos del viento, el mar y las estrellas. Hasta hace bien poco, he estado viviendo en la atmósfera de multitud de gente, y me da la sensación de que necesito limpiarme. Propongo nadar un rato y acostarnos. ¿Quién me secunda?— Y dos minutos más tarde, todos nosotros nos lanzamos desde el bote a las frescas y profundas aguas, que reflejaban un millar de lunas mientras las pequeñas olas rompían contra nosotros en incontables gotitas.

Dormimos en los sacos a cielo abierto, Sangree y yo a ambos extremos, y nos levantamos antes del alba, para aprovechar la brisa del amanecer. Ayudados por este temprano comienzo, al medio día nos hallábamos a mitad de camino, y entonces el viento aumentó su intensidad, de modo que avanzamos a buena velocidad. Por entre el millar de islas, navegando por sus estrechos canales, perdíamos el viento, y al salir de nuevo a mar abierto, debíamos aprovechar, navegando a toda velocidad bajo un cielo cálido y sin nubes, adentrándonos en el mismísimo corazón de aquellos parajes salvajes y desolados.

—Un lugar realmente agreste, —gritó el Dr. Silence desde su asiento en la proa, donde se encargaba de la vela trasera. Se había quitado el sombrero, sus cabellos se agitaban al aire, y su anguloso y bronceado rostro le daba un toque oriental. Al poco rato, fue relevado por Sangree, y avanzó por la cubierta para poder hablar conmigo.

—Una región maravillosa, todo este mundo de islas, —dijo, haciendo

un gesto ondulante con la mano, en dirección al paisaje que recorriamos —, pero ¿No te da la sensación de que le falta algo?

—Es... difícil de decir, —respondí, tras reflexionar un momento—. Posee una superficial y brillante belleza, sin... —dudé, buscando la palabra deseada.

John Silence asintió con la cabeza aprobatoriamente.

—Exacto, —dijo—. Ese toque pintoresco de un escenario que no es real, que no está vivo. Es como un paisaje pintado por un pintor con buena técnica, pero sin verdadera imaginación. Sin alma... esa es la palabra que buscabas.

—Sí, algo así, —le respondí, observando cómo el viento hinchaba las velas—. No tanto como muerto, pero sí, sin alma. Eso es.

—Desde luego, —continuó con una voz calculada, según me pareció, para no ser oída por nuestro compañero de la proa—, vivir mucho tiempo en un lugar como este... mucho tiempo y en soledad... podría acarrear algunos extraños cambios en algunos hombres.

De repente me dí cuenta de que estaba hablando con algún propósito y agudicé el oído.

—Aquí no hay vida. Estas islas son meras rocas muertas, desperdigadas en medio del mar... no es una tierra viva; y no hay nada realmente vivo en ella. Incluso el mar, este reposado mar sin mareas, con un agua que no es ni fresca ni salada, está muerto. Es, en su totalidad, una hermosa imagen de la vida, pero desprovista del verdadero corazón y alma de la vida. A un hombre con deseos demasiado fuertes, que viniera aquí y viviera en contacto con la naturaleza, le podrían ocurrir cosas extrañas.

—Voltéala un poco, —Le grité a Sangree, que había comenzado a acercarse—. El viento comienza a amainar y necesitaremos aprovechar cualquier ráfaga de aire.

Retrocedió a la proa, y el Dr. Silence continuó...

—Quiero decir que, aquí, una larga estancia podría conducir al deterioro, a la degeneración. El lugar se halla desprovisto por completo de influencias humanas, de cualquier asociación humana con la historia, el bien o el mal. Este entorno jamás ha llegado a despertar a la vida; aún sueña su sueño primitivo.

—Con el tiempo, —añadí yo—, ¿te refieres a que un hombre que viviera aquí podría volverse brutal?

—Las pasiones se desatarían, el egoísmo se haría supremo, los instintos despertarían, y probablemente se volverían salvajes.

—Pero....

—En otros lugares igual de agrestes, algunos parajes de Italia, por ejemplo, donde existan otras influencias moderadoras, eso no ocurriría. El carácter se asilvestraría, incluso salvaje en cierto sentido, pero sería un salvajismo humano que uno podría comprender y con el que sería capaz de tratar. Pero aquí, en un lugar tan duro como este, todo sería de otra

guisa. —Habló con lentitud, sopesando cuidadosamente sus palabras.

Le miré con multitud de preguntas en mis ojos, y emití un prudente grito a Sangree para que permaneciera en la proa del barco, lejos de la conversación.

—En primer lugar habría insensibilidad al dolor, e indiferencia a los derechos de los demás. Luego el alma se tornaría salvaje, no a causa de las pasiones humanas, o con entusiasmo alguno, sino descendiendo agonizantemente hasta un tipo de salvajismo frío, primitivo, sin emociones... hasta volverse como el paisaje, sin alma.

—¿Y dices que un hombre de fuertes pasiones podría cambiar?

—Sin ser avisado de ello, si; se volvería un salvaje, sus instintos y deseos se volverían animales. Y si... —bajó la voz y se giró un momento hacia la proa, y entonces continuó, del modo más mesurado...— si poseyera una salud delicada alguna otra causa que le predispusiera a ello, su Doble... ya sabes a qué me refiero, por supuesto... su Cuerpo etéreo del Deseo, o cuerpo astral, como algunos lo llaman... esa parte en la que residen las emociones, las pasiones y los deseos... y si este, como digo, estuviera por algún motivo de constitución, vagamente unido a su organismo psíquico, bien podría tener lugar una proyección ocasional...

Sangree se acercó a nosotros con el rostro encendido, pero si su rubor era debido al viento y el sol, o a habernos escuchado, no sabría decirlo. En mi sorpresa, solté el timón y el cutter se inclinó peligrosamente, a causa del viento y el cambio de dirección, poniéndonos casi en peligro de escorar. Sangree no dijo nada, pero mientras retrocedía y regresaba a la vela de la proa, mi compañero encontró un momento para añadir a su inacabada frase, unas palabras, demasiado bajas para cualquiera excepto para mí...

—Enteramente desconocida incluso para él mismo, pese a todo.

Enderezó el barco y sonrió, y entonces Sangree extendió el mapa y explicó exactamente dónde estábamos. A lo lejos, en el horizonte, mediando una amplia extensión de mar abierto, se alzaba un azulado conjunto de islas, entre las que se hallaba nuestro hogar de forma de luna, al amparo de la bahía de la laguna. Una hora con ese viento nos llevaría allí con comodidad, y mientras el Dr. Silence y Sangree comenzaban a conversar, me senté y ponderé las extrañas sugerencias que acababa de instalar en mi mente, concernientes al "Doble," y la posible forma que podría asumir al disociarse temporalmente del cuerpo físico.

Ellos dos se mantuvieron charlando durante todo el viaje a casa, y John Silence se mostró tan gentil y comprensivo como una mujer. No pude escuchar mucho de lo que hablaban, pues el viento aumentaba en ocasiones con la fuerza de un huracán, y el timón y las velas absorbieron mi atención; pero pude ver que Sangree estaba alegre y complacido, y parecía estar confiando revelaciones íntimas a su compañero del modo en que lo hacía la mayoría de la gente... cuando John Silence deseaba que

así lo hicieran.

Pero mientras me sentaba a atender el velamen fui súbitamente consciente del verdadero propósito del comentario de Sangree acerca del animal, y me vino a la mente con todo su significado. Pues su reconocimiento de que sabía que sentía dolor y hambre era en realidad, ni más ni menos que una revelación de su yo más profundo. Poseía la naturaleza de una confesión. Estaba hablando de algo que él sabía positivamente, algo que estaba más allá de las preguntas o argumentos, algo que tenía que ver directamente consigo mismo. "Pobre bestia muerta de hambre" la había llamado, con unas palabras que habían "salido por sí solas," y no había habido la más ligera evidencia de que deseara explicarlas. Había hablado instintivamente... de corazón, y como hablando de sí mismo.

Y media hora antes del ocaso navegamos por la estrecha abertura de la laguna y vimos el humo de la hoguera de la cena, elevándose aquí y allí entre los árboles, y las figuras de Joan y la "Contramaestre" que descendían al embarcadero para recibirnos.

V

Todo cambió desde el momento en que John Silence puso el pie en aquella isla; fue como el efecto producido tras haber llamado a un gran doctor, a un gran árbitro de la vida y de la muerte, para consultarle. La sensación de gravedad se incrementó un ciento por ciento. Incluso los objetos inanimados adoptaron sutiles alteraciones, como preparándose para la aventura... aquella desierta porción de mar, con sus centenares de islas deshabitadas... se tornó, de algún modo, más sombría. Un elemento que resultaba misterioso, y en cierto modo descorazonador, se arrastraba sin ser notado en la severidad de aquella roca gris de oscuro bosque de pinos, apagando el resplandor del sol y del mar.

Yo, al menos, salí ganando con el cambio, pues todo mi ser se elevó, de algún modo, un grado más alto, volviéndome avispado y alerta. Las figuras del fondo del escenario se movían poco a poco hacia la luz... listas para la inevitable acción. En pocas palabras, la llegada de este hombre intensificó el asunto.

Y, cuando miro hacia atrás en el tiempo hasta la época en que ocurrió todo esto, ahora veo con claridad que mi amigo tenía ya una muy nítida idea del significado de todo aquello, desde el mismo comienzo. Cuánto era lo que sabía, merced a sus extraños y divinos poderes, es imposible decirlo, pero desde el momento en que entró en escena y asimiló en su interior la situación reinante, encontró, indudablemente, la verdadera solución al enigma y no tuvo necesidad alguna de hacer preguntas. Y fue esa certeza la que le rodeó de una cierta atmósfera de poder, que hacía que todos le miráramos instintivamente; pues no daba

pasos de tanteo ni movimientos en falso, y mientras el resto de nosotros errábamos, él se dirigía directo al climax del asunto. Pues era, de hecho, un verdadero sanador de almas.

Ahora puedo descifrar en su comportamiento una buena estrategia, que en su momento me intrigó; pues aunque yo suponía vagamente la solución, no tenía ni idea de cómo llegaría hasta ella. Y las conversaciones que puedo reproducir así lo atestiguan, pues, de acuerdo a mis hábitos invariables, anoté todo cuanto decía.

A Mrs. Maloney, atolondrada y deslumbrada; a Joan, alarmada, y algo intrigada; y al clérigo, que se movía según la inquietud de su hija, apartándose de sus habituales emociones templadas, Silence les dió el mejor tratamiento posible del mejor modo posible, y obró con tanta sencillez y facilidad que lo hizo parecer natural y espontáneo. Pues dominó a la Contramaestre, haciéndose cargo de su ignorancia con infinita paciencia; observaba a Joan, admirando su coraje e interesándose de un modo pleno por su seguridad; y al Reverendo Timothy le tranquilizó y confortó, mientras conseguía su obediencia implícita, ganándose su confianza, y conduciéndole gradualmente a la comprensión de los hechos que se disponían a acontecer.

Y en cuanto a Sangree... con él su astucia fue más sabiamente calculada... aparentaba no prestarle atención, pero interiormente era el objeto de su incesante y más concentrado escrutinio. Bajo la guisa de aparente indiferencia, su mente mantenía al Canadiense bajo una constante observación.

Hubo una sensación incómoda en el campamento aquella tarde y ninguno de nosotros se quedó alrededor de la hoguera, como era lo habitual tras el almuerzo. Sangree y yo nos entretuvimos en parchear la tienda rasgada para nuestro invitado y en encontrar piedras pesadas para sujetar las cuerdas, pues el Dr. Silence insistía en colocarla en el punto más alto del risco de la isla, justo en la parte más rocosa, desprovista de tierra y por tanto de arbustos. El lugar, además, se hallaba a medio camino entre las tiendas de los hombres y las de las mujeres, y, desde luego, disfrutaba de la más completa vista del campamento.

—Así, si apareciera vuestro perro, —dijo con sencillez—, podré capturarlo mientras pasa por aquí.

El viento había disminuido junto a la luz del sol y un inusual bochorno inundó la isla, haciendo que el sueño resultara más pesado, y por la mañana preparamos un tardío desayuno, frotándonos los ojos y bostezando. El frío viento del norte había dado paso al cálido viento del sur, que en ocasiones aparecía en el Báltico sosegado y aromático, trayendo consigo las relajantes sensaciones que producían enervación y atontamiento.

Y puede que esa fuera la razón por la cual, al principio, fui incapaz de notar que ocurría algo inusual, y el motivo por el que me hallaba menos alerta de lo normal; pues no fue hasta después del desayuno que me

percaté del silencio de nuestro pequeño grupo, descubriendo además que Joan aún no había hecho acto de presencia. Y entonces, en un destello, la última pesadez del sueño se desvaneció y ví que Maloney estaba pálido y preocupado y que su mujer no podía sostener un plato sin temblar.

Mis deseos de preguntar fueron abortados por una rápida mirada del Dr. Silence, y de repente comprendí, de algún vago modo, que estaban esperando a que Sangree se fuese. Cómo se me ocurrió dicha idea, no sabría decirlo, pero aquella intuición pronto quedó probada, pues en el momento en que se retiró a su tienda, Maloney me miró y comenzó a hablar en voz baja.

—Has dormido, pese a todo, —medio susurró.

—¿Pese a qué? —Pregunté, súbitamente excitado ante el conocimiento de que algo terrible había ocurrido.

—No le avisamos por temor a despertar a todo el campamento, —continuó, aunque con "todo el campamento" se refería a Sangree. —Fue justo antes del alba cuando me despertaron los gritos.

—¿El perro otra vez? —Pregunté, con un curioso palpito en el corazón.

—Fue directo al interior de la tienda, —continuó, hablando apasionadamente pero en voz muy baja—, y despertó a mi mujer al pasar por encima suyo. Entonces ella se percató de que Joan forcejeaba a su lado. Y, ¡Por Dios! La bestia había arañado su brazo; tenía desgarrada la piel de todo el brazo, y sangraba.

—¿Joan herida? —Mascullé.

—Es sólo un rasguño... esta vez, —añadió John Silence, hablando por primera vez—; está sufriendo más por el shock y el miedo, que por las verdaderas heridas.

—¿No es providencial que el doctor estuviera aquí? —dijo Mrs. Maloney, mirando como ya nunca jamás pudiera volver a conocer el reposo—. Creo que las dos podíamos haber muerto.

—Ha sido un milagro que pudiérais escapar, —dijo Maloney, con su voz del púlpito saliendo a relucir por su emoción—. Pero, desde luego, no podemos arriesgarnos a otro... debemos levantar el campamento y partir de aquí al momento...

—Sólo el pobre Mr. Sangree debe permanecer ignorante de lo que ha sucedido. Está tan apegado a Joan y se preocuparía tanto, —añadió distraídamente la Contramaestre, mirando los alrededores con verdadero pavor.

—Quizás sea aconsejable que el señor Sangree no sepa lo que ha ocurrido, —dijo el Dr. Silence con bastante autoridad—, pero creo, por la seguridad de todos los implicados, que será mejor que no abandonemos la isla justo ahora. —Habló con gran decisión y Maloney le miró, escuchando las palabras con gran atención—. Si acceden a permanecer aquí unos pocos días más, no me cabe duda de que podremos ponerle fin a las atenciones de nuestro extraño visitante, e incidentalmente

tendremos oportunidad de observar un fenómeno de lo más singular e interesante...

—¡Cómo! —masculó la señora Maloney—, ¿Un fenómeno?... ¿Quiere decir que sabe de qué se trata?

—Estoy bastante seguro de saber lo que es, —replicó en voz baja, pues escuchamos acercarse los pasos de Sangree—, aunque de lo que no estoy tan seguro es del mejor modo de abordarlo. Pero en cualquier caso, no sería sabio marcharse tan precipitadamente...

—Oh, Timothy, ¿No pensará que es un diablo...? —gritó la Contramaestre con una voz que incluso el Canadiense pudo oír.

—En mi opinión, —continuó John Silence, mirándonos al clérigo y a mi, —es un caso de licantropía moderna, con otras complicaciones que podrían...— dejó la frase sin terminar, pues Mrs. Maloney se levantó de un salto y y corrió aterrada a su tienda, como si hubiera escuchado una cosa aún peor, y en aquel momento, Sangree apareció a la vista, doblando la esquina del cenador.

—Hay pisadas en torno a la entrada de mi tienda, —dijo excitado—. El animal ha vuelto a estar aquí esta noche. Dr. Silence, debería venir y verlas usted mismo. Quedan impresas en el musgo como las huellas en la nieve.

Pero avanzado el día, mientras Sangree había salido con la canoa para conseguir pescado cerca de las islas más grandes, y Joan yacía aún, vendada y descansando, en su tienda, el Dr. Silence nos llamó a mí y al tutor y nos propuso dar un paseo hasta la losa de granito del otro extremo de la isla. Mrs. Maloney se sentó al lado de su hija, y se dedicó a alternar sus labores de enfermera y de pintora.

—La dejamos a cargo de todo, —dijo el doctor con una sonrisa que intentaba infundir ánimos—, y si nos requiere para el almuerzo, o para cualquier otra cosa, el megáfono nos avisará allá donde estemos.

Pues, a pesar de que el aire se hallaba cargado de extrañas emociones, todos nosotros hablábamos con tranquilidad y naturalidad, como llevados por un deseo profundo de evitar emociones innecesarias.

—Estaré alerta, —dijo muy dispuesta la Contramaestre—, y mientras tanto, mi trabajo me confortará. —Estaba ocupada con el boceto que había comenzado el día después de nuestra llegada—. Pues hasta un árbol, —añadió orgullosamente, señalando el pequeño dibujo—, es un símbolo de lo divino, y el pensar en ello me hace sentir más segura. —Observamos por un instante aquel garabato, que más parecía el síntoma de una enfermedad que un símbolo de lo divino... y entonces comenzamos nuestra marcha por el sendero que rodeaba la laguna.

Al llegar al final del camino, encendimos una pequeña hoguera y nos sentamos alrededor, a la sombra de un gran tocón. Maloney dejó de repente de murmurar y se volvió a su compañero.

—¿Y qué opina de todo esto? —preguntó bruscamente.

—En primer lugar, —replicó John Silence, poniéndose cómodo contra

la roca—, este animal es de origen humano; indudablemente, es licantropía.

Sus palabras tuvieron el efecto de un bombazo. Maloney escuchaba como si le hubieran golpeado.

—Me deja usted completamente atónito, —dijo, sentándose más cerca y mirándole con atención.

—Quizás, —replicó el otro—, pero si me escucha por unos breves instantes, puede que al final se halle usted menos atónito... o más. Dependerá de cuánto sepa usted. Permítame ir un poco más lejos, y decirle que ha subestimado, o calculado mal, los efectos de esta vida salvaje y primitiva sobre todos ustedes.

—¿De qué manera? —preguntó el clérigo, algo quisquilloso.

—Es una medicina muy fuerte para cualquier habitante de la ciudad, y para alguno de ustedes ha resultado demasiado fuerte. Uno de ustedes se ha embrutecido. —Remarcó esas últimas palabras con un especial énfasis—. Se ha vuelto salvaje, —añadió, mirándonos a ambos.

Ninguno de los dos encontró nada con qué contestarle.

—Decir que el bruto ha despertado en un hombre no siempre es una simple metáfora, —continuó.

—¡Desde luego que no!

—Pero, en el sentido al que me refiero, podría tener un significado literal y muy terrible, —siguió el Dr. Silence—. Ancestrales instintos con los que nadie soñaría, ni siquiera su poseedor, podrían salir a flote....

—El atavismo difícilmente explicaría un rugiente animal con garras y colmillos, y con instintos sanguinarios, —interrumpió Maloney con impaciencia.

—Usted mismo ha elegido el término, —continuó el doctor amablemente—, no yo, y es un buen ejemplo de una palabra que indica un resultado mientras analiza el proceso; pero la explicación de esta bestia que acecha en su isla y ataca a su hija, es de un significado mucho más profundo que las meras tendencias atávicas, o el regreso a los orígenes animales, que es lo que supongo que tiene usted en mente.

—Está usted hablando de licantropía, —dijo Maloney, mostrándose inquieto y evidentemente ansioso por llegar a los hechos concretos—; Creo haber escuchado esa palabra en ocasiones, pero en realidad... realmente... no tiene mucho significado hoy en día ¿No es así? Aquellas supersticiones de la época medieval difícilmente podrían...

Me miró con su rostro encendido por el rubor, y la expresión de asombro y desesperación podrían haberme hecho partirme de risa si la situación hubiera sido bien distinta. La risa, de todos modos, no se alejó de mi mente hasta el momento en que escuché al Dr. Silence mientras sugería cuidadosamente al clérigo la verdadera explicación que gradualmente, había ido formándose también en mi propia mente.

—Aunque los hombre de la Edad Media puedan haber exagerado esa idea, eso ahora nos importa poco, —dijo con calma—, pues estamos cara

a cara con un moderno ejemplo de algo que, se lo aseguro, ha sido siempre un hecho profundo. Por el momento, dejemos aparte los nombres de todos los particulares relacionados en el asunto, y consideremos ciertas posibilidades.

Estuvimos completamente de acuerdo en eso. No había necesidad alguna de hablar de Sangree, o de algún otro, hasta que supiéramos un poco más.

—El hecho fundamental de este curiosísimo caso, —continuó—, es que el 'Doble' de un hombre...

—¿Se refiere usted al cuerpo astral? Algo he oído de eso, desde luego, —interrumpió Maloney con expresión de triunfo.

—Sin duda, —dijo el otro sonriendo—, sin duda que algo ha oído;... que ese Doble, o cuerpo fluídico de un hombre, como iba diciendo, posee el poder, bajo ciertas condiciones, de proyectarse a sí mismo y hacerse visible a los demás. Cierta entrenamiento lo haría posible, y también ciertas drogas; alguna enfermedad, además, que devore el cuerpo puede producir temporalmente el resultado que la muerte produce permanentemente, y hacer salir esta parte interna del ser humano, haciéndola visible a la vista de los demás.

Todos nosotros, por supuesto, sabemos más o menos, algo esto, hoy en día; pero lo que no es tan generalmente conocido, y tampoco es probable que sea creído por nadie que no lo presencie, es que este cuerpo fluídico puede, bajo ciertas condiciones, asumir formas distintas de la humana, y que dichas otras formas pueden ser determinadas por los deseos y pensamientos dominantes del individuo. Pues este Doble, o cuerpo astral si quiere llamarlo así, es realmente el asiento de las pasiones, emociones y deseos en la economía psíquica. Es el Cuerpo de la Pasión; y, al proyectarse a sí mismo, puede, a menudo, asumir una forma que dé expresión al deseo gobernante que lo ha moldeado; pues se compone de una materia tan tenue que se adapta con facilidad al molde de los pensamientos y deseos.

—Le sigo perfectamente, —dijo Maloney, mirando como si se hallara cuidando del fuego en otro lugar y cantando.

—Y existen algunas personas con una constitución tal, —continuó el doctor incrementando su seriedad—, que su cuerpo fluídico se encuentra vagamente asociado con el físico, personas de salud delicada, aunque a menudo de fuertes deseos y pasiones; y en dichas personas sería fácil para el Doble el disociarse de su sistema durante un sueño profundo, y, espoleado por un deseo que le consuma, asumir una forma animal y buscar la satisfacción de dicho deseo.

Allí, a plena luz del día, ví como Maloney se acercaba deliberadamente a la hoguera y arrojaba un leño al fuego. Miramos las ardientes brasas, y luego nos miramos, mientras escuchábamos la voz del Dr. Silence como entremezclada con el ulular del viento que nos rodeaba, y el golpeteo de las pequeñas olas.

—Para exponer un ejemplo concreto, —continuó—; supongamos a un hombre joven, con la delicada constitución de la que he hablado, que desarrolla una fuerte atracción hacia una mujer joven, pese a percibir que no es correspondido, y que es lo bastante hombre como para reprimir la manifestación exterior de su afecto. En semejante caso, suponiendo que su Doble pudiera ser proyectado con facilidad, toda la represión de su amor a la luz del día, se añadiría a la intensa fuerza de su deseo cuando yaciera en sueño profundo, sin poder controlar su voluntad, y su cuerpo fluídico podría tomar el aspecto de un monstruo o forma animal, y se haría visible a los demás. Y, si su devoción fuera como la de un perro en su fidelidad, aunque contuviera en su interior el fuego de una fiera pasión, bien podría asumir la forma de una criatura que pareciera ser mitad perro, mitad lobo...

—¿Se refiere a un hombre lobo? —gritó Maloney, con los labios pálidos, mientras escuchaba.

John Silence alzó la mano apaciguadoramente. —Un hombre lobo, dijo—, es un verdadero hecho psíquico de profundo significado, no importa lo absurdamente que pueda haber sido exagerado por las imaginaciones de los campesinos supersticiosos en la era de la oscuridad; pues un hombre lobo no es más que los instintos salvajes y posiblemente sanguinarios de un hombre apasionado, que cruzan el mundo en su cuerpo fluídico, su cuerpo de la pasión, su cuerpo del deseo. Y como en el caso que nos ocupa, él puede no saberlo...

—Entonces ¿No tiene por qué ser algo deliberado? —inquirió rápidamente Maloney con gesto de alivio.

—... Difícilmente, y aunque lo fuera. Son los deseos que se mantienen controlados en el sueño y que hallan una vía de escape. Todos aquellos que poseían este fenómeno, fueron, en todas las razas salvajes reconocidos y temidos, llamándolos 'Wehr Wolf,' pero hoy en día son bastante raros. Y se están volviendo más raros aún, pues el mundo se está volviendo más suave y civilizado, las emociones se ha vuelto refinadas, los deseos más sutiles, y muy pocos hombres tienen en su interior el suficiente salvajismo como para generar impulsos de tan intensa fuerza, y ciertamente, no para proyectarla con forma animal.

—¡Dios mío! —exclamó el clérigo casi sin aliento, y su excitación aumentó—, entonces creo que debo decirles... aquello se me reveló como una confidencia... que Sangree posee una mezcla de sangre salvaje... de antepasados pieles rojas...

—Regresemos a nuestra suposición sobre un hombre como el que he descrito, —le detuvo el doctor tranquilamente—, e imaginemos que posee en sus venas una mezcla de sangre salvaje; y que además, es completamente ignorante de su amenazador desdoblamiento físico y psíquico; e imaginemos que de repente se encuentra a sí mismo llevando una vida primitiva junto con el objeto de sus deseos; con el resultado de que la veta de indómito salvaje que corre por su sangre...

—Indio piel roja, por ejemplo, —apuntó Maloney.

—Indio piel roja, perfecto, —concedió el doctor—; el resultado, como digo, de que su vena salvaje se despierte y resurja a una vida apasionada. ¿Y entonces qué?

Miró fijamente a Timothy Maloney, y el clérigo le respondió con una mirada similar.

—Una vida agreste como la que han llevado ustedes en esta isla, por ejemplo, podría despertar rápidamente sus instintos salvajes... sus instintos enterrados... y con resultados profundamente inquietantes.

—¿Quieres decir que su Cuerpo Sutil, o como le llames, podría levantarse automáticamente durante el sueño profundo y buscar al objeto de su deseo? —dije yo, acudiendo en ayuda de Maloney, que parecía tener dificultad para encontrar las palabras adecuadas.

—Precisamente;...aunque el deseo del hombre fuera de naturaleza enteramente no-maléfica... puro y sano en todos los sentidos...

—¡Ah! —escuché mascullar al clérigo.

—El deseo del amante por la unión se volvería brutal, salvaje, saliendo al exterior de un modo primitivo, indómito, quiero decir, —continuó el doctor, haciendo lo posible por resultar claro ante una mente limitada por el conocimiento y el pensamiento convencional;— pero recuerden que el deseo que lo posee, puede ser fácilmente importunado, y, prisionero en esta forma animal del Cuerpo Sutil que actúa como su vehículo, podría llegar al extremo de hacer pedazos a todo lo que se interponga, hasta alcanzar el corazón del objeto amado y poseerlo. "Au fond", no es más que la aspiración de la unión, como ya dije... el espléndido y perfectamente limpio deseo de absorber completamente en su interior... —Se detuvo por un instante y miró a Maloney a los ojos—. De bañarse en la sangre del corazón de aquella a la que se desea, —añadió con grave énfasis.

El fuego crepitó y chasqueó, y me hizo dar un respingo, pero Maloney encontró alivio en un genuino estremecimiento, y le ví girar la cabeza y mirar alrededor, desde el mar hasta los árboles. El viento se calmó justo en ese instante, y las palabras del doctor se escucharon nítidas contra el silencio.

—Entonces ¿Hasta podría matar? —indagó el clérigo con voz apagada y con una pequeña risa forzada, como protestando ante lo que le sonaba tan espantoso.

—En última instancia, podría matar, —repitió el Dr. Silence. Luego, tras otra pausa, durante la cual, claramente, debatió consigo mismo sobre cuánto sería apropiado revelar a su audiencia, continuó—: Y si el Doble no consiguiera regresar a su cuerpo físico, dicho cuerpo físico despertaría como un imbécil... un idiota... o quizás nunca despertara del todo.

Maloney se incorporó y recuperó el uso de su lengua.

—Quiera usted decir que si esa cosa fluída animal, o lo que sea, no fuera capaz de regresar, el hombre nunca despertaría —inquirió con voz

temblorosa.

—Podría morir, —replicó el otro con calma. Una extraña sensación cruzó el aire a nuestro alrededor.

—Entonces, ¿No sería esa la mejor manera de curar al loco... al bruto...? —tronó el clérigo, medio poniéndose de pie.

—Ciertamente, sería una forma cómoda de asesinato, e imposible de probar, —fue la severa réplica, pronunciada con tanta calma como si fuera una opinión sobre el tiempo.

Maloney se impresionó visiblemente, y yo miré la leña que ardía en la hoguera y reprimí un escalofrío.

—La mayor parte de la vida de un hombre... de sus fuerzas vitales... se separa junto con ese Doble, —continuó el Dr. Silence, tras considerar el asunto unos instantes—, así como una considerable porción del verdadero cuerpo físico. De modo que el cuerpo físico que permanece en el durmiente, está desprovisto, no sólo de fuerza, sino también de materia. Podría verlo diminuto, arrugado, encogido, como el cuerpo de un medium materialista en medio de una sesión. Y aún diría más, cualquier marca o herida inflingida sobre su Doble aparecería exactamente reproducida, mediante un fenómeno de repercusión, sobre el encogido cuerpo físico que yaciera en trance...

—¿Dice que cualquier herida hecha a uno de ellos, aparecería reproducida en el otro? —repitió Maloney, creciendo de nuevo su excitación.

—Indudablemente, —replicó el otro con calma—; pues en todo momento existe una continua conexión entre el cuerpo físico y el Doble... una conexión material, aunque de una materia excesivamente atenuada, posiblemente etérea. La herida viajaría, por así decirlo, de uno al otro, y si esta conexión se rompiera, el resultado sería la muerte.

—La muerte, —se repitió Maloney—, ¡muerte! —Miró nuestros rostros con ansiedad, mientras sus pensamientos, evidentemente, comenzaban a aclararse.

—¿Y su solidez? —preguntó interesado, tras una pausa general—; Este rasgar de tiendas y carne; su aullido, y las huellas de zarpas... ¿Quiere decir que el Doble...?

—¿Que si posee suficiente entidad material del cuerpo yaciente como para producir resultados físicos? ¡Ciertamente! —explicó el doctor—. Aunque explicar en este momento semejantes problemas relativos a la materia sería algo tan complicado como explicar cómo el pensamiento de una madre puede romper los huesos de su hijo no nato.

El Dr. Silence señaló al mar, y Maloney, mirando salvajemente alrededor, se envaró violentamente. Vi una canoa, con Sangree en el asiento, que comenzaba a aparecer a la vista en el punto más alejado. No llevaba sombrero, y su rostro bronceado, por primera vez, me pareció... creo que a todos nosotros... como si fuera el rostro de otro hombre completamente distinto. Parecía un salvaje. Entonces, se irguió en la

canoa para realizar un giro con el remo, y a todos nos pareció ser un Indio. Me fijé en la expresión de su cara, que yo había visto ya, una o dos veces, concretamente en aquella ocasión de la oración nocturna, y un involuntario escalofrío recorrió mi espina dorsal.

En aquel mismo instante, se giró y nos vió sentados ante la hoguera, y su rostro se partió en una sonrisa, en la que sus dientes brillaron blancos ante el sol. Parecía estar en su elemento, y resultaba atractivo. Nos gritó algo acerca del pescado, y poco después se perdió de vista en la laguna. Durante un rato, ninguno de nosotros dijo una palabra.

—¿Y la cura? —aventuró Maloney por fin.

—No puede reprimirse esta fuerza salvaje, —replicó el Dr. Silence—, pero sí redirigirla mejor, y proporcionarle otras metas. Esa es la solución a todos estos problemas de fuerza acumulada, pues esta fuerza es una representación material del talento, y debería ser incrementada y estimulada, no separándola del cuerpo mediante la muerte, sino haciéndole alcanzar lugares más elevados. La mejor cura, y la más rápida, —continuó, hablando con mucha suavidad, y con una mano en el brazo del clérigo—, es guiarle hacia su objetivo, demostrarle que dicho objeto no es necesariamente hostil... para permitirle descansar donde... —Se detuvo bruscamente, y los ojos de ambos hombres se encontraron en una sencilla mirada, llena de comprensión.

—¿Joan? —exclamó Maloney, casi sin aliento.

—¡Joan! —replicó John Silence.

Todos nos acostamos pronto. El día había sido inusualmente cálido, y tras el ocaso, una curiosa brisa descendió sobre la isla. No se escuchaba nada, a excepción de ese débil y fantasmal siseo que está inseparablemente asociado a cualquier bosque de pinos, hasta en el día más tranquilo... un sonido bajo, paseante, como el viento poseyera cabellos, y los arrastrara por el mundo.

Con el súbito enfriarse de la atmósfera, comenzó a formarse una bruma marina. Apareció como manchas aisladas sobre el agua, y luego dichas manchas se unieron, tomaron forma, y un muro blanco avanzó hacia nosotros.

No corría ni una brizna de aire; el horizonte se alzaba plácido como metal inmóvil; el mar parecía una balsa de aceite. El paisaje entero parecía estar como sujeto por un enorme peso, invisible en el aire; y las llamas de nuestra hoguera... la más grande que habíamos hecho nunca... se alzaban hacia el cielo, como la torre de una iglesia.

Al seguir al resto del grupo hacia las tiendas, tras haber asegurado los rescoldos del fuego, la avanzadilla de la niebla comenzó a arrastrarse lentamente entre los árboles, como brazos blancos abriéndose camino. Mezclados con el humo, se percibían los olores del musgo, la savia y las hojas de pino, y el peculiar aroma del Báltico, medio salado, medio estancado, como el olor de un estuario en aguas bajas.

Resulta difícil decir por qué me pareció que aquella profunda quietud enmascaraba una intensa actividad; quizás porque todas las cosas puras sugieren su opuesto, de modo que me alarmó aquel posible contraste de furiosa energía, pues era como moverse a través de la profunda pausa que precedía a una tormenta, y yo temía que el sonido de una respiración agitada o el mover de una piedra, podría transformar la escena entera, desencadenando una especie de tumultuoso movimiento. En realidad, sin duda alguna, algo había, además de mis sobrecargados nervios.

No había más opciones para elegir excepto desvestirse e irse a dormir, o desvestirse y tomar un baño. Algo en mi interior se hallaba alerta y expectante. Me senté en mi tienda y esperé. Y al final de una media hora de esperar de aquel modo, mi espera se vió justificada, pues la tela de la tienda se agitó, y una parte se tensó, como si se hubiera tocado una de las cuerdas que la mantenían sujeta al suelo. John Silence entró.

El efecto de su tranquila aparición fue singular y profético: era justo como esa energía que yacía al lado de esta quietud, y que me había arrastrado al borde de la acción. Aquello, sin duda, era un mero producto de mi propia mente, y no tenía otra justificación; pues la presencia de John Silence siempre sugería la cercana posibilidad de acción vigorosa, y de hecho, al entrar, únicamente hizo un saludo con la cabeza y un gesto muy significativo.

Se sentó en una esquina de mi saco de dormir, y le acerqué un extremo de la manta, para que pudiera taparse las piernas. Cerró la lona de la tienda tras entrar en ella y se puso cómodo, pero acababa de hacerlo cuando la tela tembló por segunda vez, y apareció Maloney.

—¿Sentados en la oscuridad? —dijo medio a propósito, metiendo la cabeza en la tienda y colgando la linterna en el bastidor de la entrada—. Sólo venía buscando fuego para mi pipa. Supongo que....

Miró alrededor, captó la mirada del Dr. Silence, y se detuvo. Devolvió su pipa al bolsillo y comenzó a murmurar suavemente... aquella melodía que solía murmurar siempre por lo bajo, que yo conocía tan bien y que había llegado a odiar.

El Dr. Silence salió al exterior, abrió la linterna y apagó la luz.

—Hablen bajo, —nos dijo—, y no enciendan cerillas. Escuchen los sonidos y movimientos del campamento, y esténse listos para seguirme a la menor indicación. —Había la suficiente luz como para distinguir nuestras caras con facilidad, y vi que Maloney nos miraba a ambos con desesperación—. ¿Está dormido todo el campamento? —preguntó el doctor con un susurro.

—Sangree sí que lo está, —replicó el clérigo con voz igualmente baja. —Las mujeres no sabría decirle, aunque creo que estarán acostadas.

—Mejor así. —Y luego añadió—: Me gustaría que la niebla se aclarara un poco y dejara pasar la luz de la luna; más tarde... podríamos necesitarla.

—Creo que se está levantando, —contestó Maloney con susurros—. Aunque aún tapa las copas de los árboles.

No sabría decir porqué resultaba tan emocionante aquel intercambio de información. Probablemente, la rápida adaptación de Maloney a las sugerencias del doctor tenía algo que ver con ello; pues su rápida obediencia, ciertamente me impresionó bastante. Pero, incluso sin aquella ligera obediencia, resultaba claro que todos reconocíamos la gravedad de la ocasión, y comprendíamos que el sueño era inviable y que la labor de vigilancia era necesaria aquella noche.

—Infórmenme, —repitió una vez más John Silence—, del menor sonido, y no hagan nada precipitadamente.

Se acercó a la entrada de la tienda y levantó la lona, sujetándola contra la esquina para poder ver el exterior. Maloney dejó de murmurar y comenzó a forzar la respiración a través de sus dientes, produciendo una especie de débil siseo, amenazando con tararear un pupurrí de himnos eclesiásticos y canciones populares.

Entonces la tienda tembló como si alguien la hubiera tocado.

—Es el viento, que se está levantando, —susurró el clérigo, y abrió la lona de la entrada al máximo posible. Una bocanada de aire frío penetró en la tienda, haciéndonos tiritar, y con ella llegaron los sonidos del mar, mientras las primeras olas comenzaban a levantarse y batir suavemente sobre la orilla—. Viene del norte, —añadió, y contestando a su voz nos llegó un largo susurro que parecía venir de la isla entera, mientras los árboles suspiraban su respuesta—. Ahora la niebla comenzará a moverse un poco. Ahora sí que se podría navegar bien.

—¡Ssshhh! —dijo el Dr. Silence, pues la voz de Maloney había dejado de ser un susurro, y nos acomodamos para otro largo periodo de espera y vigilancia, roto únicamente por el ocasional golpear de los hombros contra la tela de la tienda cuando cambiábamos de postura, y por el sonido cada vez más fuerte de las olas rompiendo en el otro extremo de la isla. Y sobre todo ello, se escuchaba el murmullo del viento, acariciando las copas de los árboles como una gran arpa, y un débil golpeteo sobre la tienda mientras caían gotas desde las ramas.

Llevábamos así sentados alrededor de una hora, y Maloney y yo estábamos haciendo lo imposible para mantenernos despiertos, cuando de repente el Dr. Silence se incorporó y miró al exterior. Al siguiente minuto se había ido.

Libre de aquella presencia dominante, el clérigo acercó su rostro al mío.

—Yo no me tomaría muy en serio todo este asunto de la vigilancia, —susurró—, aunque Silence no se enteraría si me fuera a acostar como los demás; me comentó que estando aquí prevendría cualquier cosa que pudiera ocurrir si no lo hacía.

—Él sabe, —fue mi breve respuesta.

—No, si de eso no cabe duda alguna, —me susurró—; es todo ese

asunto del 'Doble', como él lo llama, o ese ser de obsesión, como lo describe la Biblia. Pero que es malo, sea lo que sea, y yo tengo mi Winchester ya cargado allí fuera, y también me he traído esto. —Agitó una Biblia de bolsillo ante mis narices. En una época de su vida, aquella había sido su inseparable compañera.

—Una de esas cosas es inofensiva y la otra es peligrosa, —repliqué con decisión, consciente de mi deseo de reír, y dejarle que eligiera cual era cual—. Será más seguro que obedezcamos a nuestro líder...

—No estaba pensando en mi seguridad, —me interrumpió tajante—; solo que, si algo le ocurriera a Joan esta noche, dispararé primero... ¡y rezaré después!

Maloney devolvió el libro a su bolsillo, y miró al exterior por la entrada.

—¡En el nombre del diablo! ¡Me pregunto qué estará haciendo en este momento! —añadió—; paseando alrededor de la tienda de Sangree y haciendo gestos. Qué sensación más rara dá el verle aparecer y desaparecer en la niebla.

—Confíe en él y espere, —le dije rápidamente, pues el doctor ya caminaba de vuelta a nosotros—. Recuerde que él posee el conocimiento, y sabe muy bien lo que hace. He estado a su lado en casos mucho peores que este.

Maloney retrocedió mientras el Dr. Silence oscurecía la entrada y se detenía para acceder a la tienda.

—Su sueño es muy profundo, —susurró, sentándose de nuevo cerca de la puerta. —Está en un estado semi-cataléptico, y el Doble puede ser liberado en cualquier momento. Pero he tomado medidas para aprisionarle en la tienda, y no podrá salir de allí hasta que yo se lo permita. Estén alerta por si hay signos de movimiento. —Entonces miró a Maloney con dureza—. Pero nada de violencia, ni de disparos, recuérdelo Mr. Maloney, a menos que desee un asesinato sobre su conciencia. Cualquier cosa que se le hace al Doble, actúa por repercusión sobre el cuerpo físico. Será mejor que saque los cartuchos del arma.

Su voz era severa. El clérigo salió, y le escuché vaciar la recámara de su rifle. Al regresar, se sentó más cerca de la entrada que antes, y desde aquel momento hasta que abandonamos la tienda, no apartó los ojos de la figura del Dr. Silence, silueteada allí, contra el cielo y la lona.

Y, mientras tanto, se levantó una brisa sobre el mar, partiendo la bruma en tentáculos y claros, cruzando a través suya como un ente vivo.

Debía ser pasada la media noche cuando un sonido bajo y retumbante atrajo mi atención; aunque al principio, mi sentido del oído se hallaba tan embotado que me resultaba imposible localizarlo exactamente, e imaginé que sería el atronador sonido de salvas de artillería, que llegaba a nosotros por el mar, transportado por el viento. Entonces Maloney, agarrando mi brazo e inclinándose hacia delante, me recordó de algún modo la situación en la que nos hallábamos, y al

segundo siguiente me percaté de que el sonido provenía de algún lugar a tan sólo unos metros de distancia.

—La tienda de Sangree, —exclamó con un susurro bajo y aterrado.

Asomé mi cabeza por la esquina de la tienda, pero al principio, el efecto de la niebla resultaba tan confuso, que cada retazo de aire blanco que se desplazaba con el viento me parecía una tienda que se moviera, y hasta un par de segundos más tarde no descubrí la zona correcta donde mirar. Entonces ví que se agitaba entera, y los lados, tensándose tanto como permitía la sujección de las sogas, eran la causa del sonido retumbante que había escuchado. Algo que estaba vivo se agitaba frenéticamente en el interior, presionando contra la tensa lona de una manera que hacía pensar en un huracán golpeando los muros y ventanas de una habitación. La tienda temblaba y se revolvía.

—¡Por Júpiter, está intentando salir! —musitó el clérigo, poniéndose de pie y girándose hacia el lugar donde yacía su rifle descargado. También yo me levanté de un salto, incapaz de saber qué propósito tenía en mente, pero ansioso de prepararme para lo que fuera. John Silence, sin embargo, estaba ante nosotros dos, y su figura se interponía, bloqueando la entrada de la tienda. Y hubo una cualidad en su voz al minuto siguiente, cuando comenzó a hablar, que llevó al instante a nuestras mentes a un estado de calmada obediencia.

—Primero... la tienda de las mujeres,—dijo en voz baja, mirando fijamente a Maloney—, y si necesitamos su ayuda, le llamaremos.

El clérigo no necesitaba que se lo repitieran. Pasó a toda prisa a mi lado y estaba fuera en un instante. Evidentemente, obraba bajo una intensa excitación. Le observé mientras avanzaba silenciosamente sobre el rocoso suelo, lanzando una larga mirada a la tienda que se movía, y desapareciendo poco después entre los flotantes jirones de niebla.

El Dr. Silence se giró hacia mí.

—¿Has oído esas pisadas hará una media hora? —preguntó significativamente.

—No he oído nada.

—Eran extraordinariamente suaves... casi como los pasos inaudibles de una criatura salvaje al acecho. Pero ahora, sígueme de cerca, —y añadió—, pues no tenemos tiempo que perder si deseamos salvar a ese pobre hombre de su aflicción, y conducir a su Doble licántropo a su descanso. Y, a menos que esté muy equivocado —...me miró a través de la oscuridad, susurrando con la mayor claridad...— Joan y Sangree están absolutamente hechos el uno para el otro. Y creo que ella también lo sabe... al igual que él.

Mi cabeza flotaba mientras le escuchaba, pero al mismo tiempo, algo se aclaró en mi mente y ví que él estaba en lo cierto. Aunque era todo tan extraño e increíble, tan alejado de los hechos comunes de la vida, tal como los conoce la gente común; y más de una vez se me ocurrió, como en un destello, que la escena entera... la gente, las palabras, las tiendas,

y todo lo demás... eran ilusiones que de algún modo habían sido creadas por la intensa excitación de mi propia mente, y que de repente, la bruma marina se aclararía, y el mundo volvería a ser normal de nuevo.

El aire frío del mar laceró nuestras mejillas al abandonar la cerrada atmósfera de la pequeña tienda. El suspirar de los árboles, las olas rompiendo contra las rocas y los tentáculos y jirones de niebla a nuestro alrededor, parecieron crear la momentánea ilusión de que la isla entera se había desprendido del lecho marino, y flotaba en el mar a la deriva, como una enorme balsa.

El doctor se desplazaba delante mío, rápido y silencioso; se dirigía derecho a la tienda del Canadiense, donde los lados aún se agitaban y temblaban, como si una criatura de siniestra vida cabalgara y saltara impacientemente en su interior. A poca distancia de la puerta, se detuvo y alzó una mano para detenerme. Estábamos, seguramente, a una docena de pasos de distancia.

—Antes de que lo expulse, podrás ver por tí mismo, —me dijo—, que la realidad del hombre lobo está más allá de toda duda. La materia que lo compone está, desde luego, excesivamente atenuada, pero tú eres un poco clarividente... y aunque no sea lo bastante denso para la visión normal, tú verás algo.

Añadió algo más que no pude captar. El hecho era que la curiosa atmósfera, fuerte y vibrante, que rodeaba su persona, confundía de algún modo mis sentidos. Era el resultado, claro está, de su intensa concentración y fuerza mental, y alcanzaba a todo el campamento y a todas las personas que lo poblaban. Y mientras observaba agitarse la lona y escuchaba el sonido de su interior, agradecí dicha fuerza de corazón. Pues resultaba bastante tranquilizadora.

A espaldas de la tienda de Sangree se alzaba un delgado grupo de pinos, pero al frente y a los lados el suelo estaba relativamente despejado. La tienda se hallaba muy abierta, y cualquier animal ordinario podría haber salido al exterior sin el menor problema. El Dr. Silence avanzó unos pasos, mostrando un evidente cuidado en no avanzar más allá de un cierto límite, y entonces se detuvo y me hizo señas para que hiciera lo mismo. Y mirando sobre sus hombros, ví que el interior brillaba débilmente ante la luz espectral reflejada por la niebla, y que la confusa mancha sobre las hojas balsámicas y las mantas debía de ser Sangree; mientras que sobre él, a su alrededor, moviéndose de arriba a abajo, se alzaba la oscura mole de "Algo" a cuatro patas, con un afilado hocico y orejas en punta claramente visibles contra los lados de la tienda, y un brillo ocasional de ojos fieros y blancos colmillos.

Contuve la respiración y me mantuve completamente inmóvil, interior y exteriormente, por miedo, supongo, a que la criatura fuera consciente de mi presencia; pero la intranquilidad que sentía iba más allá de la mera preocupación por mi seguridad personal, o del hecho de estar observando algo tan increíblemente activo y real.

Era intensamente consciente de la terrible calamidad psíquica que implicaba. El hecho de que Sangree yaciera confinado en aquel reducido espacio con aquella especie de proyección monstruosa de sí mismo... que estaba allí tendido en un sueño cataléptico, del todo inconsciente de aquella cosa que se alimentaba de su propia vida y energías... añadían un enfermizo toque de horror a la escena. De todos los casos de John Silence... y hubo muchos, y a menudo terribles... ninguna otra aflicción psíquica, antes o después, me impresionó nunca tan convincentemente con la patética futilidad de la personalidad humana, con su naturaleza etérea, y con las alarmantes posibilidades de sus transformaciones.

—Ven, —me susurró, tras haber estado observando durante varios minutos los frenéticos esfuerzos de aquello por escapar del círculo de pensamiento y voluntad que lo mantenían prisionero—, alejémonos un poco mientras lo libero.

Retrocedimos una docena de yardas, o así. Era como la escena de algún juego imposible, o de alguna macabra y opresiva pesadilla de la cual acabaría despertando para hallar las mantas apiladas sobre mi pecho. Mediante un sistema indudablemente mental, pero que, en mi confusión y excitación, fui incapaz de comprender, el doctor cumplió su propósito, y al minuto siguiente le escuché decir entre dientes:

—¡Está libre! ¡Atención!

En aquel mismo instante, un súbito resplandor se alzó del mar sobre la niebla, formando un haz sobre el cielo y la luna; macabro y antinatural, como el efecto de un foco, descendió con un brillo momentáneo sobre la puerta de la tienda de Sangree, y percibí que algo se había movido hacia delante desde la negrura del interior y permanecía claramente definido en el umbral. Y, en el mismo instante, la tienda cesó de agitarse y quedó inmóvil.

Allí, en la entrada, había un animal, con el cuello y la cabeza adelantados, su hocico apuntando a la noche, todo su cuerpo adoptando esa actitud de intensa rigidez que precede al salto a la libertad, a la carrera anterior al ataque. Parecía tener el tamaño de un calf, más delgado que un mastín, aunque bastante más robusto que un lobo, y podría jurar que ví el pelaje se erizaba sobre su espalda. Entonces, su labio superior se elevó lentamente, y observé la blancura de sus dientes.

Seguramente ningún ser humano ha visto jamás lo que yo ví durante los siguientes minutos. Y cuanto más fijamente observaba, más clara aparecía la asombrosa y monstruosa aparición. Pues, después de todo, se trataba de Sangree... aunque no era del todo Sangree. Era el cráneo y la cara de un animal, pero también era el rostro de Sangree: la cara de un perro salvaje, un lobo, pero también su rostro. Los ojos eran más intensos, más estrechos, más fieros, aunque eran sus ojos... sus ojos embrutecidos; los dientes eran más largos, más blancos, más afilados... pero eran sus dientes, sus dientes cruelmente aumentados; la expresión era ardiente, terrible, exultante... pero era su propia expresión, pero

llevada al límite del salvajismo... su expresión tal y como yo la había captado en más de una ocasión, pero ahora dominante, completamente liberada de las ataduras humanas, con el enloquecido lamento de un alma hambrienta y atormentada. Era el alma de Sangree, el largamente reprimido y profundamente enamorado Sangree, expresado en su sencillo e intenso deseo... absolutamente puro y absolutamente maravilloso.

Y, al mismo tiempo, tuve la sensación de que todo era una ilusión. De repente recordé los extraordinarios cambios que el rostro humano puede adoptar en ciertas patologías mentales, cuando cambia de la melancolía al frenesí; y recordé los efectos del hachís, que muestra la envoltura humana en forma de pájaro, o del animal al que se aproxima más el carácter; y por un momento atribuí aquella mezcla de la cara de Sangree con un lobo, a alguna especie de ilusión similar de los sentidos. ¡Debía estar loco, alucinado! ¡Soñaba! La excitación del día, y aquella débil luz de las estrellas, junto a la hechizante niebla se habían combinado para engañarme. Había sido asombrosamente dispuesto mediante alguna falsa brujería de los sentidos. Todo aquello era absurdo y fantástico; ya pasaría.

Y entonces, sonando a través de aquel océano de confusión mental, como una campana en medio de la niebla, me llegó la voz de John Silence, devolviéndome a la consciencia y a la realidad que estábamos viviendo...

—¡Sangree... en su Doble!

Y cuando miré de nuevo, más calmado, ví que, de hecho, era sencillamente la cara del Canadiense, pero su cara transformada en animal, aunque mezclada con la expresión de bruto, había una mirada curiosamente patética, como la que se ve en ocasiones en los tristes ojos de un perro,... la cara de un animal dotada con vívidos rasgos humanos.

El doctor le llamó entre dientes, suavemente...

—¡Sangree! ¡Sangree, pobre afligida criatura! ¿Me reconoces? ¿Puedes comprender lo que estás haciendo en tu 'Cuerpo del Deseo'?

Por primera vez desde su aparición la criatura se movió. Sus orejas se levantaron y apoyó el peso de su cuerpo sobre las patas traseras. Entonces, elevando su cabeza y hocico hacia el cielo, abrió sus grandes mandíbulas y emitió un prolongado aullido de dolor.

Pero, al escuchar aquel aullido elevándose hacia el cielo, mi garganta se quedó sin respiración y me pareció que mi corazón hubiera dejado de latir; pues, aunque el sonido era enteramente animal, era, al mismo tiempo, enteramente humano. Y más aún, era el grito que tan a menudo se había escuchado en los Estados del Oeste Americano, donde los Indios aún peleaban, cazaban y acechaban... ¡Era el grito de un Piel Roja!

—¡La sangre India! —susurró Silence, cuando así su brazo para sostenerme—; el grito ancestral.

Y aquel grito desgarrado, aquella rota voz humana, mezclada con el salvaje aullido de la brutal bestia, perforó directamente mi corazón y tocó

algo en él que ni la música, ni la voz, tierna o apasionada, de un hombre, mujer o niño habían tocado antes, o posteriormente, en toda mi vida. Hizo eco en la niebla y en los árboles, y se perdió en algún lugar del mar. Y una parte de mí... una más profunda que el mero acto de escuchar intensamente... se fue con dicho sonido, y por algunos instantes perdí la noción de cuanto me rodeaba y me sentí absolutamente absorbido en el dolor de una criatura afín.

De nuevo, la voz de John Silence me hizo volver en mí.

—¡Escucha! —dijo en voz baja—. ¡Escucha!

Su tono de voz pareció refrescar mi mente. Permanecemos escuchando, codo con codo.

A lo lejos, en la isla, sonando débilmente a través de los árboles y la maleza, respondió un grito similar. Gorgejante, aunque maravillosamente musical, sacudiendo el corazón con una singular dulzura salvaje que desafiaba cualquier descripción; lo escuchamos alzarse y extinguirse en el aire de la noche.

—Es al otro lado de la laguna, —gritó el Dr. Silence, pero en esta ocasión a plena voz, sin mostrar precaución alguna—. ¡Es Joan! ¡Le está respondiendo!

De nuevo, el maravilloso grito se alzó y cayó, y en aquel mismo instante el animal bajó su cabeza, y, hocico en tierra, se lanzó a una veloz carrera que le llevó al interior de la niebla y fuera de nuestra vista, como si fuera un objeto arrastrado por el viento.

El doctor avanzó rápidamente hasta la puerta de la tienda de Sangree, y, pisándole los talones, miré hacia dentro y obtuve una momentánea visión del pequeño y encogido cuerpo que yacía sobre el lecho de ramitas, medio tapado por las mantas... la jaula de la cual, la mayor parte de la vida, y no poco de la auténtica sustancia corpórea, habían escapado hasta esa otra forma de vida y energía, el cuerpo de la pasión y el deseo.

Mediante otros rápidos e incalculables procesos que en mi estado de aprendiz poco avanzado, fallé en determinar, el Dr. Silence volvió a cerrar el círculo alrededor de la tienda y el cuerpo.

—Ahora no puede regresar hasta que no se lo permita, —dijo, y al segundo siguiente desaparecía a toda velocidad por los árboles, conmigo siguiéndole de cerca. Ya antes había experimentado la habilidad de mi compañero para correr rápidamente a través de un bosque denso, y ahora resultó evidentemente probado su poder para ver en la oscuridad. Pues, una vez que abandonamos el claro que rodeaba las tiendas, los árboles parecieron absorber toda la luz que aún había, y yo comprendí aquella especial sensibilidad que según se dice desarrollan los ciegos... el sentido de los obstáculos.

Y en dos ocasiones, mientras corríamos, escuchamos el sonido de aquel espantoso aullido acercándose más y más hacia el débil grito de respuesta, proveniente del punto de la isla hacia el cual nos dirigíamos.

Entonces, de repente, los árboles se terminaron, y emergimos, sudando y sin aliento, sobre el hito rocoso donde la losa de granito caía hacia el mar. Fue como pasar a la claridad del pleno día.

Y allí, claramente definida contra el cielo y el mar, se alzaba a figura de un ser humano. Era Joan. Al momento ví que había algo en su apariencia que resultaba singular e inusual, pero sólo cuando nos acercamos más pude reconocer qué lo causaba. Pues mientras los labios sonreían de un modo que iluminaba el rostro entero de una felicidad que nunca antes le había visto, los ojos se hallaban fijos en una mirada ciega, vacía, como si estuvieran sin vida y hechos de cristal. Tuve el impulso de dirigirme hacia ella, pero el Dr. Silence me agarró al instante, haciéndome retroceder.

—No, —gritó—, ¡No la despiertes!

—¿Qué quieres decir? —repliqué en voz baja, apartando el brazo.

—Está dormida. Es sonámbula. El shock podría dañarla permanentemente.

Me volví y le miré fijamente a la cara. Estaba absolutamente tranquilo. Comencé a comprender un poco más, captando, supongo yo, algo de sus fuertes pensamientos.

—¿Te refieres a que camina en sueños?

Asintió.

—Ha venido a encontrarse con él. Desde el principio debe haberla atraído... irresistiblemente.

—Pero ¿y la tienda cortada y el rasguño del brazo?

—Cuando no fue capaz de dormir de un modo lo bastante profundo como para entrar en el trance sonámbulo, él la echó de menos... fue instintivamente y con toda inocencia a buscarla... con el resultado, claro está, de que ella se despertó y quedó aterrorizada...

—Entonces, en el fondo de su corazón ¿se aman? —pregunté finalmente.

John Silence sonrió con su habitual sonrisa inescrutable.

—Profundamente, —respondió—, y de un modo tan sencillo como sólo las almas primitivas pueden amar. Si ambos se dieran cuenta de ello en sus estado normal de vigilia, su Doble cesaría estas excursiones nocturnas. Estaría curado, y descansaría.

Aquellas palabras acababan de salir de sus labios, cuando escuchamos un sonido de ramas quebradas a nuestra izquierda, y al instante siguiente, la densa maleza se abrió en su parte más oscura, y de ella saltó la veloz figura de un animal a pleno galope. El sonido de pisadas era casi inaudible, pero en aquel absoluto silencio, escuché la pesada respiración capté el siseo de las hojas bajas al rozar su costado. Fue directo hacia Joan... y mientras avanzaba, la chica levantó su cabeza y se giró para recibirle. Y en el mismo instante, una canoa que había estado deslizándose silenciosa y sin ser observada por la orilla interna de la laguna, emergió de las sombras y quedó definida sobre el agua con una

figura en su mitad. Era Maloney.

Sólo un poco más tarde me percaté de que éramos invisibles para él, allá donde estábamos, junto al oscuro fondo de árboles; veía claramente las figuras de Joan y del animal, pero no al Dr. Silence ni a mí, que permanecíamos detrás de ellos. Se puso de pie sobre la canoa y extendió su brazo derecho. Ví brillar algo en su mano.

—Quédate quieta, Joan, muchacha, podrías salir herida, —gritó; su voz resonó horriblemente a través del profundo silencio, y en el mismo instante se dejó escuchar un estampido de pistola, acompañado de fuego y humo, y la figura del animal, tras un tremendo salto en el aire, regresó a las sombras y desapareció en la noche y en la niebla. Entonces, al instante, Joan abrió sus ojos, miró aturdida a su alrededor, y presionando sus manos contra su corazón, lanzó un grito y cayó justo a mis brazos, pues acababa de adelantarme para sujetarla a tiempo.

Y un grito de respuesta sonó a través de la laguna... débil, dolorido, patético. Venía de la tienda de Sangree.

—¡Estúpido! —Gritó el Dr. Silence—, ¡Le ha herido! —y antes de que pudiéramos movernos o hacernos a la idea de la situación, ya había cruzado con la canoa, la mitad de la distancia que nos separaba.

Algún tipo de impropio similar salió también de mis labios, como un torrente... si bien no puedo recordar las palabras exactas... pero maldije a aquel hombre por su desobediencia e intenté acomodar confortablemente a la chica en el suelo. Pero el clérigo era más práctico. Al momento se hallaba a mi lado, tapándola con su abrigo y mojando de agua su rostro.

—De todos modos, no es a Joan a quién he matado, —le oí musitar mientras ella se giraba, abría los ojos y sonreía débilmente—. Juro que la bala fue certera.

Joan le miró; aún estaba aturdida y embelesada, y aún creía estar con su compañero de trance. La extraña lucidez de los sonámbulos aún pendía de su mente y su cerebro, aunque aparentemente sólo pareciera estar confundida y desorientada.

—¿Dónde se ha ido? Desapareció tan bruscamente, gritando que le habían herido, —preguntó, mirando a su padre como si no le reconociera—. Y si le han hecho algo a él... me lo han hecho a má también... porque para mí es más que....

Sus palabras se hicieron más y más débiles mientras regresaba lentamente a su estado normal, y entonces se detuvo del todo, como dándose cuenta de que había sido sorprendida revelando sus secretos.

Durante el camino de regreso, mientras la llevábamos con cuidado a través de los árboles, la muchacha sonrió y murmuró el nombre de Sangree, preguntando si estaba herido, hasta que al final me quedó claro que el alma salvaje de uno había llamado al alma salvaje de la otra, y en las más recónditas profundidades de su ser, la llamada había sido recibida y comprendida. John Silence tenía razón. En el abismo de su corazón,

demasiado profundo para darse cuenta de ello, la muchacha le amaba, y le había amado desde del principio. Una vez que su consciencia normal, ya despierta, reconociera el hecho, podrían saltar el uno hacia el otro como llamas gemelas, y la aflicción de él llegaría a su fin; su intenso deseo sería satisfecho; estaría curado.

Al llegar a la tienda de Sangree, el Dr. Silence y yo nos sentamos por el resto de la noche... aquella extraordinaria y hechizante noche que nos había mostrado tan extrañas imágenes tanto de un nuevo cielo como de un nuevo infierno... pues el Canadiense tosía sobre su lecho de ramitas balsámicas, con una gran fiebre en la sangre; y sobre cada mejilla, mostraba una oscura y curiosa contusión, aparentemente muy dolorosa, a pesar de que la piel no estaba perforada y no había signos exteriores visibles de sangre.

—Ya lo ves, Maloney fue certero, —me susurró el Dr. Silence una vez que el clérigo se hubo retirado a su tienda, y hubimos acostado a Joan junto a su madre, quien, por cierto, no se había despertado ni una sola vez—. La bala debió de cruzar limpiamente por el rostro, pues ambas mejillas están manchadas. Llevará esas marcas toda su vida... se harán más pequeñas, pero siempre estarán allí. Esas de ahí, son las cicatrices más curiosas del mundo, las transferidas por repercusión del Doble herido. Permanecerán visibles hasta justo antes de su muerte, y entonces, con el abandono del cuerpo sutil, desaparecerán finalmente.

Sus palabras se mezclaron en mi aturdida mente con los suspiros del atormentado durmiente, y el grito del viento en torno a la tienda. Nada parecía paralizar mis poderes de deducción, tanto como aquellas manchas gemelas de misterioso significado sobre el rostro que había ante mí.

Muy curiosa, además, fue la rapidez y facilidad con la que el campamento se resignó de nuevo al sueño y el silencio, como si el telón de un teatro hubiera descendido de repente sobre la acción, dándola por terminada; y nada contribuyó tan vívidamente a la sensación de que había sido el espectador de alguna clase de drama visionario, como la dramática naturaleza del cambio en la actitud de la muchacha.

Aunque, de hecho, el cambio no había sido tan súbito y revolucionario como parecía. Bajo la superficie, en aquellas regiones más remotas de la consciencia donde las emociones, desconocidas para sus poseedores, maduran secretamente, posponiendo su brusca revelación a algún abrupto climax psicológico, allí... no había duda alguna de que el amor de Joan hacia el Canadiense había estado creciendo lenta e irresistiblemente durante todo el tiempo. Y ahora había emergido a la superficie, de modo que ella era capaz de reconocerlo; eso era todo.

Y siempre me pareció que la presencia de John Silence, tan poderosa, tan calmadamente eficaz, produjo el efecto, por llamarlo de algún modo, de un casamentero psíquico, acelerando incalculablemente la unión de aquellos dos amantes "salvajes". Pues aquel súbito despertar que había ocurrido en el climax psicológico del asunto, requirió que se

revelaran las apasionadas emociones que se hallaban contenidas y acumuladas. Un profundo conocimiento había salido a la superficie y se había transferido a la consciencia ordinaria de la muchacha, y en aquel choque, la colisión de las personalidades la había hecho temblar profundamente, y le había mostrado la verdad, más allá de toda posibilidad de duda.

—Ahora duerme tranquilo, —dijo el doctor, interrumpiendo mis reflexiones—. Si te quedas aquí, vigilándole un momento, iré a la tienda de Maloney y le ayudaré a ordenar sus pensamientos. —Sonrió, pensando en dicha "ordenación de pensamientos"—. Nunca acabó de comprender del todo cómo una herida infringida al Doble podía transferirse al cuerpo físico, pero al menos puedo persuadirle de que cuanto menos hable y 'explique' mañana, mucho antes se calmarán las aguas, volviendo a su curso original de paz y tranquilidad.

Se alejó tranquilamente, y con su ausencia, Sangree, que dormía profundamente, se giró, gimiendo de dolor por su herida en la cara.

Y fue en la plácida hora justo antes del alba, cuando todas las islas se hallaban aún difuminadas, el viento y el mar aún dormían, y las estrellas eran visibles a través de la agonizante niebla, cuando una figura se deslizó silenciosamente por el risco y alcanzó la entrada de la tienda, en la que yo velaba al convaleciente, antes de que pudiera percatarme de su presencia. La lona se levantó cautelosamente unas pocas pulgadas y apareció... Joan.

En aquel mismo instante, Sangree se despertó y se sentó sobre su lecho de ramas. La reconoció antes de que yo pudiera decir una sola palabra, y emitió un grito apagado. Era una mezcla de dolor y alegría, y en aquella ocasión, completamente humano.

Y la muchacha no se hallaba caminando en sueños, sino plenamente consciente de lo que hacía. Y únicamente fui capaz de sujetarle, arropándole de nuevo.

—¡Joan, Joan! —gritó él, y al momento ella le respondió.

—Estoy aquí... a partir de ahora estaré siempre contigo, —y entonces pasó a mi lado y se abrazó a su pecho.

—Sabía que al final vendrías a mí, —le oí susurrar.

—Era demasiado grande para que lo comprendiera al principio, —murmuró ella—, y durante mucho tiempo estuve asustada....

—¡Pero ahora no! —gritó en voz más baja—; ya no tienes miedo de... de nada que haya en mi interior....

—No temo nada, —sollozó ella—, nada, inada!

La conduje de nuevo al exterior. Me miró fijamente al rostro, con los ojos brillantes y con todo su ser transformado. De algún modo intuitivo, probablemente remanente del sonambulismo, ella sabía, o suponía tanto como yo.

—Será mejor que mañana hables con John Silence, —le dije con gentileza, conduciéndola de vuelta a su propia tienda—. Él lo entiende

todo.

La dejé ante la puerta de su tienda, y me alejé lentamente para retomar de nuevo mi labor de vigilancia con el Canadiense; en aquel instante, ví los primeros rayos de luz del amanecer, brillando en el borroso horizonte marino junto a las distantes islas.

Y, como para enfatizar la eterna conexión entre comedia y tragedia, dos pequeños detalles resaltaron en la escena y me impresionaron con tal viveza que aún hoy los recuerdo. Pues en la tienda en cuya entrada acababa de dejar a Joan, ahora radiante con su nueva felicidad, llegó claramente hasta mis oídos el grotesco sonido de los pesados ronquidos de la "Contramaestre", indiferente a todas las cosas habidas en el Cielo y el Infierno; y de la tienda de Maloney, en cuyo interior brillaba una linterna, llegó hasta mí, a través de los árboles, la monótona subida y bajada del tono de una voz humana que, más allá de toda duda, se trataba del sonido de un hombre rezando a su Dios.

UNA VÍCTIMA DEL ESPACIO SUPERIOR

I

—Un hombre extraordinario lo espera, señor —dijo el hombre nuevo.

—¿Por qué extraordinario? —preguntó el doctor Silence, deslizado la punta de sus dedos a través de su barba castaña. Sus ojos centellaron con placer.—¿Por qué extraordinario, Baker? —repitió alentadoramente, dándose cuenta de la expresión perpleja en los ojos del hombre.

—Es tan...tan flaco señor. Casi no podía verlo...al principio. Estuvo dentro de la casa antes que pudiera preguntarle su nombre —acordándose de las ordenes estrictas.

—¿Y quién lo trajo hasta acá?

—Vino solo, señor, en un cabriolé cerrado. Me apartó antes de que yo pudiera decir algo....sin hacer ningún ruido, no que yo pudiera oír. Parecía moverse muy suavemente...

El hombre se detuvo obviamente avergonzado, como si ya hubiese dicho suficiente para arriesgar su nueva situación, pero tratando de mostrar que recordaba las instrucciones y advertencias que había recibido respecto a la admisión de extraños sin una acreditación apropiada.

—¿Y dónde está ese caballero ahora? —preguntó el doctor Silence, apartándose para ocultar su diversión.

—No podría decirlo exactamente, señor. Lo dejé esperando en el vestíbulo...

El doctor lo miró agudamente.

—¿Y por qué en el vestíbulo? ¿Por qué no en la salita de espera? —fijó sus ojos penetrantes pero amables sobre el rostro del hombre—. ¿Te asustó? —preguntó rápidamente.

—Creo que lo hizo, señor, si puedo decirlo de esa manera. Me parecía perderlo de vista, como si.... —balbuceó, evidentemente convencido de que hasta el momento se había ganado su despido—. Entró de forma tan extraña, tal como el viento helado —agregó llanamente, llevando la atención a sus tacones y mirando a su amo directo a la cara.

El doctor tomó nota internamente de la descripción vacilante del hombre; estaba satisfecho de que la sutil evidencia de intuición que lo había inducido a contratar a Baker no había fallado del todo al primer intento. El doctor Silence buscaba esta cualidad en todos sus asistentes, desde el secretario hasta el hombre del servicio, y aunque esto lo rodeaba de un personal algo particular, los inconvenientes estaban más que compensados en su totalidad por sus destellos ocasionales de perspicacia.

—Así que el caballero te hizo sentir extraño, ¿no es cierto?

—Creo que así fue, señor —repitió el hombre impasiblemente.

— ¿Y no trae ninguna clase de presentación para mí...ninguna carta o

algo así?...-preguntó el doctor con fingida sorpresa, como si supiera lo que vendría.

—Pido sus disculpas, señor —dijo, tremendamente perturbado— el caballero me entregó esto para usted.

Era la nota de un perspicaz amigo, quien hasta el momento jamás le había mandado un caso que no fuera vitalmente interesante desde un punto de vista u otro.

"Por favor reciba al portador de esta nota" —decía el breve mensaje —, "aunque dudo que incluso usted pueda hacer algo para ayudarlo"

John Silence se detuvo por un momento, como para atrapar de la mente del escritor todo lo que se encontraba detrás de las breves palabras de la carta. Luego observó a su sirviente con una expresión más seria de la que hasta el momento había mostrado.

—Regresa y encuentra a este caballero —dijo— y dirígelo al estudio verde. No contestes a sus preguntas, o hables más de lo realmente necesario; pero Barker, ten pensamientos amables, serviciales, compasivos, tan fuertemente como te sea posible. Recuerda lo que te dije cuando te contraté, acerca de la importancia de los pensamientos. Pon curiosidad en tu mente, y piensa amablemente, compasivamente, afectuosamente, si es que puedes.

Sonrió, y Barker, quien había recuperado su compostura frente a la presencia del doctor, se inclinó silenciosamente y salió.

Había dos salas de recepción distintas en la casa del doctor Silence. Una, pensada para las personas que creían necesitar ayuda espiritual cuando realmente eran sólo candidatos para el manicomio; tenía paredes acolchadas, y estaba bien aprovisionada con varios artilugios escondidos para enfrentar y superar cualquier violencia súbita. Sin embargo, raramente era utilizada. La otra, pensada para la recepción de genuinos casos de congoja espiritual y aflicciones extraordinarias de naturaleza psíquica, estaba enteramente tapizada y amueblada en un tranquilizante y profundo verde, calculado para inducir serenidad y descanso en la mente. Y ésta era la habitación donde el doctor Silence entrevistaba a la mayoría de sus casos "raros", y a la cual había ordenado a Baker traer a su actual visitante.

Para comenzar, la silla en la cual el paciente se sentaba, estaba clavada al suelo, pues su inmovilidad tendía a impartir esta misma excelente característica al ocupante. Invariablemente, los pacientes se iban excitando al hablar de sí mismos, y su entusiasmo tendía a confundir sus pensamientos y exagerar su lenguaje. La inmovilidad de la silla ayudaba a contrarrestar esto. Luego de repetidos esfuerzos por arrastrarla hacia adelante, o de empujarla hacia atrás, terminaban por resignarse a quedarse sentados quietos. Y a la futilidad de la impaciencia seguía un estado mental más tranquilo.

Sobre el suelo, y a intervalos en la pared inmediatamente detrás, habían ciertos botoncitos verdes, prácticamente invisibles, los cuales al

ser presionados permitían la emanación invisible de un narcótico tranquilizante y persuasivo que rodeaba al ocupante de la silla. El efecto sobre el excitado paciente era rápido, admirable e inocuo. Más aún, el estudio estaba provisto de un secreto ojo-espía; pues a John Silence le gustaba, cuando era posible, observar el rostro de su paciente antes de asumir la máscara que los rasgos de la expresión humana llevan invariablemente en presencia de otra persona. Un hombre sentado solo tiene una expresión psíquica; y esta expresión es el hombre en sí mismo. Desaparece en el momento en que otra persona se le une. Y el doctor Silence a menudo aprendía más de unos pocos momentos de secreta observación de un rostro que en largas horas de conversación con su dueño, posteriormente.

Un paso muy liviano, casi danzarín, siguió las pesadas zancadas de Baker hacia la habitación verde, y un momento después llegó el hombre anunciando que el caballero estaba esperando. Aún estaba pálido y sus gestos nerviosos.

—No te preocupes, Baker —dijo el doctor amablemente—; si no fueras intuitivo el hombre no te hubiera causado ningún efecto. Sólo necesitas entrenamiento y desarrollo. Y cuando hayas aprendido a interpretar mejor estos sentimientos y sensaciones, no sentirás miedo, sino sólo una gran compasión.

—Sí, señor; ¡Gracias Señor!. Y Barker hizo una reverencia e hizo su escape, mientras el doctor Silence, una divertida sonrisa acechando en las comisuras de su boca, se dirigió silenciosamente a lo largo del pasaje, hacia abajo, y puso su ojo en el agujero espía en la puerta del estudio verde.

Este agujero espía estaba emplazado de tal manera que comandaba una visión de casi la habitación entera, y, mirando a través de él, el doctor vio un sombrero, guantes y un paraguas sobre una silla junto a la mesa, pero buscó en principio en vano a su dueño.

Ambas ventanas estaban cerradas y un fuego vigoroso ardía en el hogar. Había varios signos —signos inteligibles, por lo menos para un alma profundamente intuitiva— que la habitación estaba ocupada, sin embargo, hasta a donde a seres humanos se refiere, parecía innegablemente vacía. Nadie estaba sentado en las sillas; nadie estaba parado en la esterilla frente al fuego; no había ni siquiera un signo de que un paciente estuviera en algún lugar cerca de la pared, examinando la reproducción de Böcklin —como suelen hacer los pacientes tan frecuentemente cuando pensaban que estaban solos— y por lo mismo, difíciles de avistar desde el agujero. Llanamente hablando, no había nadie en la habitación. Estaba desocupada.

Sin embargo, el doctor Silence estaba completamente conciente de que un ser humano se encontraba en la habitación. Su sistema sensorial nunca fallaba en darle a conocer la proximidad de un ser real o irreal. Incluso en la oscuridad podía definirlo. Y ahora supo fehacientemente que

su paciente, el paciente que había alarmado a Barker, y había viajado por el corredor con ese paso danzarín, estaba en alguna parte escondido entre las cuatro paredes que eran dominadas desde su ojo espía. También se dio cuenta —y esto era de lo más inusual— que este individuo al que quería observar sabía que estaba siendo vigilado. Y, más aún, que el mismo extraño, a su vez, también estaba observando. De hecho, era él, el doctor, el que estaba siendo observado —y por un observador tan agudo y entrenado como él mismo.

Un indicio del verdadero estado del caso comenzó a caer sobre él, y estaba a punto de entrar —de hecho su mano ya tocaba la manilla de la puerta— cuando su ojo, aún adherido al agujero, detectó un movimiento. En una posición directamente opuesta, entre él y la chimenea, algo se agitó. Observó muy atentamente y se aseguró de no estar equivocado. Un objeto sobre la mesa —era un vaso azul— desapareció de la vista. Pasó fuera de la visión junto con la porción de mármol de la mesa, sobre la que reposaba. Luego, aquella parte del fuego, hogar y guardafuego de bronce inmediatamente debajo, se desvaneció completamente, como si una tajada hubiera sido limpiamente sacada de ellos.

En ese momento, el doctor Silence comprendió que algo entre él y aquellos objetos lentamente comenzaba a existir, algo que los escondía y obstruía a su visión al insertarse a sí mismo en la línea de visión entre ellos y él mismo.

Tranquilamente esperó por resultados posteriores antes de entrar.

Al principio vio una delgada y perpendicular línea que se trazaba por encima de la altura del reloj y continuaba hacia abajo hasta que alcanzaba el lanudo felpudo de la chimenea. La línea se hizo más ancha, ampliándose, haciéndose sólida. No era una sombra; era algo con sustancia. Se iba definiendo más y más. Luego, repentinamente, en la punta de la línea, al nivel de la cara del reloj, vio un pequeño disco luminoso contemplándolo resueltamente. Era un ojo humano, mirando fijamente al suyo, presionado allí contra el agujero. Y brillaba con inteligencia. El doctor Silence contuvo su respiración por un momento —y nuevamente lo observó.

Luego, como alguien saliendo de una profunda oscuridad hacia la luz, vio la figura de un hombre deslizarse a la vista, una cara blancuzca siguiendo al ojo, y la línea perpendicular que al principio había visto ensancharse y desarrollarse hasta la completa figura de un ser humano. Era el paciente. Aparentemente había estado ahí, parado frente al fuego todo el tiempo. Un segundo ojo siguió al primero, y ambos miraban fijamente al ojo espía, gravemente concentrados, sin embargo, con un leve destello de humor y diversión que le hicieron imposible al doctor mantener su posición por más tiempo.

Abrió la puerta y entró rápidamente. Al hacerlo notó por primera vez el sonido de una banda alemana que entraba ruidosamente a través de

los ventiladores abiertos. De alguna forma intuitiva, inexplicable, la música se conectaba con el paciente al que estaba a punto de entrevistar. Esta suerte de presagio no le era desconocida. Siempre se explicaba a sí mismo más tarde.

Vio que el hombre era de mediana edad y de apariencia ordinaria; de hecho, tan ordinaria, que era difícil de describir —su única particularidad era su extrema delgadez. Unas agradables vibraciones —eso es, buenas— emanaban de su atmósfera y encontraron al doctor Silence mientras avanzaba a saludarlo, sin embargo, eran vibraciones vivientes llenas de corrientes y descargas que traicionaban la perturbada y desordenada condición de su mente y su cerebro. Evidentemente había algo absolutamente fuera de lo usual en el estado de sus pensamientos. Pero, aunque extraño, no era del todo perturbador; no era la impresión que la quebrada y violenta atmósfera del loco produce sobre la mente. El doctor Silence se dio cuenta en un destello que allí había un caso de absorbente interés que podría requerir de todo sus poderes para ser abordado apropiadamente.

—Lo estaba observando a través de mi pequeño ojo mágico, como notó —comenzó, con una agradable sonrisa, avanzando para darle la mano—. A veces lo encuentro de gran ayuda....

Pero el paciente lo interrumpió inmediatamente. Su voz era apurada y tenía extraños y estridentes cambios, quebrándose de agudo a grave de forma inesperada. En un momento tronaba, en el otro casi chirriaba.

—Comprendo sin que me explique —interrumpió rápidamente—. De esa forma obtiene la verdadera nota de un hombre, cuando no se siente observado. Lo apoyo completamente. Sólo que en mi caso, me temo que vio muy poco. Mi caso, como por supuesto usted comprende, doctor Silence, es extremadamente peculiar, incómodamente peculiar. De hecho, Sir Williams me aseguró que....

—Mi amigo lo ha mandado a verme —el doctor interrumpió seriamente, con una suave nota de autoridad—, y eso es suficiente. Por favor siéntese, señor

—Mudge...Racine Mudge —replicó el otro.

—Tome esta cómoda silla, señor Mudge —dirigiéndole hacia la silla arreglada—, y cuénteme acerca de su condición en sus propias palabras y a su propio paso. Mi día entero está a su disposición si así lo requiere.

El señor Mudge se dirigió hacia la silla en cuestión y luego dudó.

—Prométame que no usará los botones narcóticos —dijo, antes de sentarse—. No los necesito. Además, debo mencionar que cualquier cosa que usted piense intensamente alcanzará mi mente. Esto es, aparentemente, parte de mi peculiar caso—. Se sentó con un suspiro y arregló sus delgadas piernas y cuerpo hasta alcanzar una posición cómoda. Evidentemente era muy sensible a los pensamientos de los otros, ya que la imagen de los botones verdes había entrado solamente por un segundo a la mente del doctor, mientras que el otro lo captó

instantáneamente. El doctor Silence notó además, que el señor Mudge se aferraba fuertemente con ambas manos a los brazos de la silla.

—Casi estoy feliz de que la silla esté clavada al suelo —recalcó, mientras se establecía más cómodamente—. Me favorece admirablemente. El hecho es... y esto es mi caso en una cáscara de nuez... lo cual es todo lo que un doctor de su maravilloso desarrollo requiere... el hecho es, doctor Silence, que soy una víctima del Espacio Superior. Eso es lo que sucede conmigo... ¡Espacio Superior!

Ambos se miraron el uno al otro por un momento, en silencio, el pequeño paciente sujetándose fuertemente a los brazos de la silla que le "favorecían admirablemente", y mirando hacia arriba con ojos fijos, su atmósfera temblando por las ondas de alguna actividad desconocida; mientras que el doctor sonreía amable y compasivamente, y ponía su mente lo más lejos posible, dentro de la condición mental del otro.

—Espacio Superior -repetía el señor Mudge- eso es lo que es. Ahora, ¿piensa usted que puede ayudarme con eso?

Hubo una pausa durante la cual los ojos de los hombres buscaron fijamente bajo la superficie de sus respectivas personalidades. Entonces el doctor Silence habló.

—Estoy completamente seguro de que puedo ayudar -respondió serenamente- la compasión siempre debe ayudar, y el sufrimiento siempre llama a mi compasión. Veo que usted ha sufrido cruelmente. Debe contarme todo sobre su caso, y cuando escuche los pasos graduales por los cuales usted ha llegado a este extraño estado, no tengo duda que puedo ser de ayuda para usted.

Acercó la silla junto a su interlocutor y posó su mano sobre su hombro por un momento. Todo su ser irradiaba bondad, inteligencia, deseo de ayudar.

—Por ejemplo -prosiguió- estoy seguro de que fue el resultado de algo más que la coincidencia que usted se familiarizara con los terrores de lo que usted llama Espacio Superior; pues espacio superior no es sólo una medida externa. Es, por cierto, un estado espiritual, una condición espiritual, un desarrollo interno, y uno que debemos reconocer como anormal, pues se encuentra más allá del alcance de nuestros sentidos en la presente etapa de evolución. El Espacio Superior es un estado místico.

—¡Oh! -exclamó el otro, frotándose sus manos de pájaro con satisfacción-, ¡qué alivio para mí hablar con alguien que pueda comprender! Por supuesto, lo que dice usted es la absoluta verdad. Y tiene razón de que no fue la pura casualidad la que me condujo a mi actual condición, sin embargo fue un estudio prolongado y deliberado. Pero es la suerte, en un sentido, la que la gobierna. Me refiero a que, mi entrada a la condición de espacio superior parece depender sobre la suerte de ésta y aquélla circunstancia. -Suspiró y se detuvo por un momento—. De hecho-continuó- el mero sonido de esa banda alemana me disparó. No es que toda la música lo haga, sino que ciertos sonidos,

ciertas vibraciones me elevan de tono hasta alcanzar el nivel requerido, me disparan. La música de Wagner siempre lo hace, y aquella banda debe haber estado tocando una fuga de Wagner. Pero ya llegaré a todo eso más adelante. Pero primero -sonrió modestamente- debo pedirle que retire a su hombre del ojo espía.

II

John Silence miró sobresaltado, pues el señor Mudge estaba de espaldas a la puerta, y no había ningún espejo. Vio el ojo café de Barker pegado al pequeño círculo de vidrio, y cruzó la habitación sin hablar y de golpe bajó la negra persiana provista para ese propósito, y luego oyó a Barker alejarse arrastrando los pies por el pasadizo.

—Ahora —continuó el pequeño hombre en la silla—, puedo continuar. Usted ha logrado ponerme completamente cómodo, y siento que podría contarle mi caso completo sin vergüenza o reserva. Usted entenderá. Pero deberá ser paciente conmigo si me extiendo en detalles que para usted ya son familiares... detalles del espacio superior, o sea... si parezco estúpido tratando de describir cosas que trascienden el poder del lenguaje y son realmente por lo mismo, indescriptibles.

—Mi querido amigo —añadió el otro calmadamente—, eso no necesita decirlo. Conocer el espacio superior es una experiencia que desafía cualquier descripción, y uno se ve obligado a hacer uso de símbolos más o menos inteligibles. Pero, por favor, proceda. Sus intensos pensamientos me dirán más que sus vacilantes palabras.

Un inmenso suspiro de alivio le llegó desde la pequeña figura media perdida en las profundidades de la silla. Aquella afinidad inteligente encontrándolo a medio camino era una experiencia nueva, y al instante tocó su corazón. Se reclinó hacia atrás, relajando su fuerte asidero de los brazos, y comenzó en su voz delgada y escamosa.

—Mi madre era francesa y mi padre un barquero de Essex —dijo abruptamente—. De ahí mi nombre... Racine y Mudge. Mi padre murió aún antes de que lo viera. Mi madre heredó dinero de sus parientes de Bordeaux, y cuando murió, poco después, fui dejado solo con riquezas y una extraña libertad. No tenía cuidadores, fiduciarios, hermanas, hermanos, o cualquier conexión en el mundo que me cuidara. De esta forma, crecí absolutamente sin educación. Todo esto fue en mi beneficio; no aprendí nada de esa basura engañosa que se enseña en los colegios, así que no tenía nada que desaprender cuando desperté a mi amor verdadero... las matemáticas, matemáticas superiores y geometría superior. Sin embargo, parecía conocerlas instintivamente. Era como el recuerdo de algo que había estudiado profundamente antes; los principios estaban en mi sangre, y simplemente corrían a través de las etapas ordinarias, y más allá, y luego hice lo mismo con la geometría. Luego,

cuando leía los libros de estas materias, comprendía cuán ligero y fielmente el conocimiento había retornado a mí. Simplemente era memoria. Era simplemente recolectar los recuerdos de lo que había sabido antes, en una existencia previa y no requería de libros para enseñarme.

En su creciente entusiasmo, el señor Mudge trataba de arrastrar la silla hacia delante, algo más cerca de su oyente, y luego sonreía débilmente al resignarse instantáneamente a su inmovilidad, y se sumergía nuevamente al relato de su extraña "enfermedad".

—Las audaces especulaciones de Bolilla, las sorprendentes teorías de Gauss... que a través de un punto más de una línea podía ser trazada paralela a la línea dada; la posibilidad de que los ángulos de un triángulo fueran en conjunto mayor que dos ángulos rectos, si es que eran dibujadas sobre inmensas curvaturas... las intuiciones de Beltrami y Lobatchewsky... a través de todas estas me apresuré y emergí, jadeante pero insatisfecho, sobre el límite de mi... mundo, mis posibilidades de espacio superior... en una palabra, imi enfermedad!

—Cómo llegué hasta allí —retomó luego de una breve pausa, durante la cual pareció haber estado esperando un sonido que se acercaba—, es más que lo que puedo poner en palabras inteligibles. Sólo puedo esperar dejar su mente con una comprensión intuitiva de la posibilidad de lo que digo.

—Aquí, sin embargo, se introdujo un cambio. En este punto ya no estaba absorbiendo los frutos de los estudios que había realizado anteriormente; era el comienzo de nuevos esfuerzos por aprender por primera vez, y tenía que ir lenta y laboriosamente a través de un trabajo terrible. Aquí busqué en las teorías y especulaciones de otros. Sin embargo, los libros eran muy pocos y muy espaciados, y, con la excepción de un hombre, un "soñador", como el mundo lo llamaba... cuya audacia y penetrante intuición me sorprendieron y me encantaron más allá de toda descripción, no encontré a nadie que me guiara o ayudara.

—Por supuesto que usted, doctor Silence, comprende algo de hacia dónde me estoy dirigiendo con estas titubeantes palabras, aunque no pueda quizá todavía adivinar a qué profundidades de dolor me llevó mi nuevo conocimiento, ni por qué una relación con una nueva dimensión del espacio pudo resultar una fuente de misterio y terror.

El señor Mudge, recordando que la silla no se movería, hizo lo mejor que pudo en su deseo de acercarse al hombre atento que lo encaraba, y se inclinó hacia adelante sobre el borde mismo de los cojines, cruzando sus piernas y gesticulando con ambas manos como mirando esta región del nuevo espacio que estaba intentando describir, y pudiera en cualquier momento saltar dentro de él desde el borde de la silla y perderse de vista. John Silence, separado de él por tres ases, se mantenía con los ojos fijos sobre la pálida cara de enfrente, reparando en cada palabra y gesto con una profunda atención.

—Esta habitación donde estamos sentados, doctor Silence, tiene un lado abierto al espacio... al espacio superior. Una caja cerrada sólo parece cerrada. Existe una entrada y una salida de una burbuja de jabón, sin romper la membrana.

—No me dice nada nuevo —interpuso gentilmente el doctor.

—Por lo tanto, si el espacio superior existe y nuestro mundo limita con él y se encuentra parcialmente en él, necesariamente se concluye que nosotros sólo vemos porciones de los objetos. Jamás vemos su forma real y completa. Vemos tres dimensiones, pero no la cuarta. La nueva dirección se encuentra escondida para nosotros, y cuando sostengo este libro y muevo mi mano alrededor de él, no he hecho realmente el circuito completo. Sólo percibimos aquellas porciones de cualquier objeto que exista en nuestras tres dimensiones, el resto se nos escapa. Sin embargo, una vez aprendido a ver en espacio superior, todos los objetos aparecerán como realmente son. ¡Sólo que por lo mismo serán difícilmente reconocibles!

Ahora puede comenzar a comprender hacia dónde me dirijo

—Comienzo a comprender algo de lo que usted debe haber sufrido —observó conciliadoramente el doctor— puesto que yo mismo viví experimentos similares, sólo que me detuve justo a tiempo....

—Usted es el único hombre en el mundo que me puede comprender, y compadecer —exclamó el señor Mudge, asiendo su mano y sosteniéndola fuertemente mientras hablaba. La silla clavada prevenía mayores entusiasmos.

—Bueno —continuó luego de una pausa momentánea- me procuré con los implementos y los cubos de colores para la experimentación práctica, y seguí las instrucciones cuidadosamente hasta que llegué a una concepción imaginaria del espacio en cuatro dimensiones. Al tesaracto, la figura cuyas fronteras son cubos, lo conocía de memoria. Me refiero a que lo conocía y lo veía mentalmente, pues mi ojo, por supuesto, jamás podría admitir una nueva medida, ni podrían mis manos o mis pies manejarla.

—De esta forma, al menos —agregó, haciendo una mueca de desagrado— pensé que había llegado a la etapa en la que podía imaginar en una nueva dimensión. Era capaz de concebir la forma de una nueva figura que es intrínsecamente diferente a todo lo que conocemos... la forma del tesaracto. Podía percibir en cuatro dimensiones. De esta forma, cuando observaba un cubo, podía ver todos sus lados al instante. Su área superior no estaba reducida, ni su lado más distante ni la base invisible. Veía el todo plano, por así decirlo. Más aún, también veía su contenido... su interior.

—¿No fue usted capaz de entrar a este nuevo mundo? —interrumpió el doctor Silence.

—No entonces. Sólo era capaz de concebir intuitivamente cómo sería y cómo debería realmente verse. Más tarde, cuando me deslicé allí y vi

los objetos en su completitud, ilimitados por la insuficiencia de nuestras pobres tres medidas, casi estuve a punto de perder mi vida. Pues usted sabe, el espacio no se detiene en una única nueva dimensión, la cuarta. Se extiende a todas las nuevas posibles, y debemos imaginarlo como conteniendo un número infinito de nuevas dimensiones. En otras palabras, no hay un espacio, sino sólo una condición. Pero, mientras tanto, he llegado a comprender el extraño hecho de que los objetos en nuestro mundo normal se nos presentan sólo parcialmente.

El señor Mudge se adelantó aún más en la silla balanceándose peligrosamente en el mismo borde de ésta.

—Desde este punto de partida —retomó— comencé mis estudios y experimentos, y los continué por años. Tenía dinero, y no tenía amigos. Vivía en soledad y experimentaba. Mi intelecto, por supuesto, tenía poco espacio en el trabajo, pues intelectualmente era impensable. Nunca se había visto más claramente demostrada la limitación de la mera razón. Fue místicamente, intuitivamente, espiritualmente como empecé a avanzar. Y lo que aprendí, sabía e hice, es imposible de poner en palabras, pues describen experiencias que trascienden las experiencias de los hombres. Son sólo algunos de los resultados —los que usted llamaría los síntomas de mi enfermedad— los que puedo entregarle, e incluso estos pueden muchas veces parecer contradicciones absurdas y paradojas imposibles.

Sólo puedo decirle, doctor Silence —repentinamente sus maneras se volvieron graves— que a veces he llegado a una posición en que todos los grandes misterios del mundo se tornaron comprensibles para mí, y comprendí lo que en los libros de Yoga llaman "La Gran Herejía de la Separatividad"; porqué los grandes maestros han urgido la necesidad de que el hombre ame a su prójimo como a sí mismo; cómo los hombres son realmente uno; y porqué la pérdida absoluta de uno mismo es necesaria para la salvación y el descubrimiento de la vida verdadera del alma.

Se detuvo un instante y tomó aliento.

—Sus especulaciones fueron las mías hace mucho tiempo atrás —dijo el doctor tranquilamente—. Me doy completamente cuenta de la fuerza de sus palabras. Sin duda los hombres no están del todo separados... en el sentido que ellos imaginan.

—Todo lo referente a este espacio aún más elevado sólo lo concebía oscuramente, por supuesto, —prosiguió el otro, elevando nuevamente su voz a tirones—; pero lo que me sucedió fue el accidente más insignificante... un desastre simple... de, oh, Dios, ¿cómo decirlo?...

Balbuceó y mostró evidentes signos de ansiedad.

—Simplemente fue esto —retomó con súbita prisa en sus palabras—, que, accidentalmente, como resultado de mis años de experimentación, un día me deslicé corporalmente hacia el próximo mundo, el mundo de las cuatro dimensiones, sin saber precisamente cómo había llegado allí, o cómo podría regresar. Descubrí que mi cuerpo ordinario en tres

dimensiones, no era más que una expresión... una proyección parcial... ¡de mi cuerpo superior en cuatro dimensiones!

Ahora comprenderá lo que mencioné hace un rato en nuestra conversación, cuando hablé del azar. No puedo controlar mi entrada o salida. Algunas personas, algunas atmósferas humanas, ciertas fuerzas errantes, pensamientos, incluso deseos... la radiación de ciertas combinaciones de colores, y sobretodo, las vibraciones de ciertos tipos de música, me arrojan a un estado que sólo puedo describir como una vibración interna, terrorífica e intensa... ¡y repentinamente me disparo! ¡Lejos, en dirección de todos los ángulos rectos de nuestras direcciones conocidas! ¡Lejos, en la dirección que toma un cubo cuando comienza a trazar los contornos de una nueva figura, el tesaracto! ¡Lejos, hacia mi espacio superior, intenso y semi-divino! ¡Lejos, dentro de mí mismo, dentro del mundo de las cuatro dimensiones!

Quedó sin aliento y se dejó caer en las profundidades de la silla inmóvil.

—Y allí —murmuró, su voz surgiendo de entre los cojines— allí debo quedarme hasta que dichas vibraciones cesen, o hasta que hagan algo, que no puedo encontrar las palabras para describir de forma apropiada o inteligible para usted, y entonces, de repente, estoy de vuelta nuevamente. Primero, desaparezco. Luego reaparezco. Sólo que —suspiró — no puedo controlar mi entrada ni mi salida.

—Perfecto —exclamó el doctor Silence—, y por eso hace unos pocos....

—Por eso hace pocos momentos —interrumpió el señor Mudge, quitándole las palabras de la boca—, me encontré ido, y luego me vio retornar. La música de esa funesta banda Alemana me empujó. Sus intensos pensamientos sobre mí me trajeron de vuelta... cuando la banda hubo terminado su Wagner. Lo vi aproximarse al agujero y vi más tarde la intención de Barker de hacer lo mismo. Para mí ningún interior está oculto. Yo veo dentro. Cuando estoy en ese estado los contenidos de su mente, así como los de su cuerpo, están abiertos a mí como el día. ¡OH Dios, oh Dios, oh Dios!

El señor Mudge se detuvo y enjuagó su frente. Un ligero estremecimiento recorrió la superficie de su pequeño cuerpo, como el viento sobre el pastizal. Aún se aferraba fuertemente a los brazos de la silla.

—Al principio —continuó—, mis nuevas experiencias eran tan gráficamente interesantes que no me sentí alarmado. No había espacio para eso. El miedo vino poco después.

—¿Entonces, usted realmente penetró en ese estado, lo suficientemente lejos como para experienciarse a sí mismo como una parte normal de él? —preguntó el doctor, acercándose, profundamente interesado.

El señor Mudge asintió con su rostro sudoroso como respuesta.

—Lo hice —murmuró—, indudablemente lo hice. Ya llegaré a eso. Comenzó primero por la noche, cuando me di cuenta que el sueño no se acompañaba de la pérdida de conciencia...

—El espíritu, por supuesto, nunca duerme. Sólo el cuerpo se vuelve inconciente —agregó John Silence.

—Sí, sabemos eso... teóricamente. Durante la noche, por supuesto, el espíritu se encuentra activo en alguna otra parte, y nosotros no conservamos recuerdos acerca del dónde ni del cómo, porque simplemente el cerebro se queda atrás y no recibe ningún registro. Pero me di cuenta que, mientras me mantenía conciente, también retenía la memoria. Había alcanzado el estado de conciencia continua, pues en las noches, con los primeros signos de somnolencia, entraba *nolens volens* al mundo de cuatro dimensiones.

Durante un tiempo esto sucedía frecuentemente, y no podía controlarlo; aunque más tarde descubrí un modo de regularlo mejor. Aparentemente el sueño es innecesario para el cuerpo superior... el tetradimensional. Sí, posiblemente. Sin embargo, hubiera preferido infinitamente el sueño insulso al conocimiento. Puesto que, incapaz de controlar mis movimientos, vagaba de allá para acá, atraído, debido a mi desarrollo parcial y prematura llegada, hacia partes de este nuevo mundo que me alarmaban más y más. Era la horrible desolación y el flujo de un mundo monstruoso, tan absolutamente distinto a todo lo que conocemos y vemos, que ni siquiera puedo dar una pista de la naturaleza de las visiones y objetos y seres en él. Más que eso, no puedo ni siquiera recordarlos. No puedo imaginármelos ahora ni para mí mismo, sino que sólo puedo evocar los recuerdos de la impresión que dejaron sobre mí, el horror y el devastador terror de todo eso. Estar en varios lugares a la vez, por ejemplo...

—Perfectamente —interrumpió John Silence, dándose cuenta del aumento de excitación del otro—, comprendo exactamente. Pero ahora, por favor, cuénteme algo más de este temor que experimentaba, y cómo lo afectó.

—No es desaparecer y reaparecer per se lo que me afecta —continuó el señor Mudge—, tanto como otras cosas. Es ver a la gente y los objetos en su extraña completitud, en sus formas reales y completas, eso es lo angustiante. Me he introducido a un mundo de monstruos. Caballos, perros, gatos, a todos los quería; personas, árboles, niños; todo lo que había considerado hermoso en la vida... todo, desde el rostro humano hasta una catedral... se me aparecía en un aspecto y forma diferente a todo lo que había conocido antes. En vez de ver su forma parcial en tres dimensiones, las veía completas... en cuatro. Tal vez no pueda explicarle por qué esto sería terrible, pero le aseguro que así es. Escuchar la voz humana proveniente de esta novedosa apariencia que difícilmente reconocía como un cuerpo humano, es espantoso, simplemente espantoso. Poder ver en el interior de todo y todos es una forma de

discernimiento particularmente angustiosa. Estar tan confundido geográficamente como para encontrarme en un momento en el Polo Norte, y al siguiente en Claphan Junction... o posiblemente en ambos sitios a la vez..., es absurdamente terrorífico. Su imaginación le suministrará prontamente otros detalles sin multiplicar yo ahora mis experiencias. Pero usted no tiene idea lo que todo esto significa, y cómo sufro.

El señor Mudge interrumpió su jadeante recuento y se reclinó en la silla. Aún se aferraba fuertemente a los brazos como si pudieran mantenerlo en el mundo de la cordura y las tres dimensiones, y sólo una que otra vez soltaba su mano izquierda para enjuagar su rostro. Se veía muy delgado y pálido y extrañamente insubstancial, y observaba a su alrededor como si mirara a este otro espacio, sobre el cual había estado hablando.

John Silence también se sentía animado. Había escuchado cada palabra y había tomado muchas notas. La presencia de este hombre producía un efecto vivificante sobre él. Parecía como si el señor Mudge aún llevara consigo algo de aquella intensa condición del espacio superior que había estado describiendo. De cualquier forma, el doctor Silence había avanzado por sí mismo lo suficientemente lejos para darse cuenta que las visiones de esta extraordinaria y pequeña persona, tenían una base de verdad en su origen.

III

Luego de una pausa que se prolongó por minutos, cruzó la habitación y abrió un cajón de su librero, sacando un pequeño libro de cubierta roja. Tenía un candado, y sacó una llave de su bolsillo y procedió a abrir las cubiertas. El brillo en los ojos del señor Mudge no lo dejó ni por un solo segundo.

—Señor Mudge —dijo por fin—, casi me parece una lástima curarlo. Usted está camino a descubrir grandes cosas. Aunque pudiera perder la vida en este proceso... me refiero a la vida acá, en el mundo de las tres dimensiones... no perdería, por lo mismo, nada de gran valor... perdone mi aparente rudeza, lo sé... pero podría ganar algo que es infinitamente superior. Su sufrimiento, por supuesto, se encuentra en el hecho de que usted alterna entre dos mundos y no está nunca completamente en uno u otro. Además, me atrevo a imaginar, aunque no puedo estar seguro de esto a través de ningún experimento personal, que usted incluso ha penetrado aquí y allá a un espacio de más de cuatro dimensiones, y de esta forma, ha experimentado el terror al que se refiere.

El sudoroso hijo del barquero de Essex y de una mujer de Normandía inclinó su cabeza varias veces asintiendo, pero no pronunció ninguna palabra como respuesta.

—Alguna extraña predisposición psíquica, que data sin duda de alguna de sus vidas pasadas, ha favorecido el desarrollo de su "enfermedad"; y el hecho de que usted no haya tenido un entrenamiento normal en la escuela o la universidad, que no esté guiado por el pobre intelecto hacia el *culs-de-sac*, falsamente llamado conocimiento, ha causado su excesivamente rápido movimiento a lo largo de las líneas directas de la experiencia interna. Nada del conocimiento que ha presagiado ha venido a usted a través de los sentidos, por cierto.

El señor Mudge, sentado en su silla inamovible, comenzó a estremecerse débilmente. Nuevamente pareció como si una brisa pasara sobre su superficie y como si de nuevo lo pusiera curiosamente en movimiento, como una pradera.

—Usted habla solamente para ganar tiempo —dijo con voz presurosa y titubeante—. Este pensamiento en voz alta nos demora. Vislumbro hacia dónde se dirige, por favor, apresúrese, porque algo va a suceder. Nuevamente una banda se aproxima por la calle, y si interpretan...si interpretan Wagner....saldré disparado en un destello.

—Precisamente. Seré rápido. Me dirigía al punto de cómo llevar a cabo su cura. Esta es la manera: simplemente debe aprender a bloquear las entradas... prevenir que los centros actúen.

—¡Es verdad, absolutamente verdad! —exclamó el hombrecito, evadiendo las profundidades de la silla—. ¿Pero cómo, en nombre del espacio, cómo puede eso lograrse?

—Mediante la concentración. Todos estos centros se encuentran dentro de usted, a pesar de que sean causas exteriores como el color, la música y otros elementos, los que lo guían hacia ellos. No puede esperar destruir estos elementos externos, sin embargo, una vez que las entradas están bloqueadas, le guiarán sólo hacia murallas de ladrillo y canales clausurados. No será capaz de encontrar el camino nuevamente.

—¡Rápido, rápido! —gritaba la figura que se sacudía sobre la silla—. ¿Cómo se lleva a cabo esta concentración?

—Este librito —continuó calmadamente el doctor Silence—, le explicará la manera. —Dio unos golpecitos sobre la cubierta—. Ahora, déjeme leerle algunas simples instrucciones y usted nunca más volverá a entrar al estado de espacio superior. Los accesos estarán bloqueados efectivamente.

El señor Mudge se irguió de golpe en su silla para escuchar, y John Silence aclaró su garganta y comenzó a leer lentamente, en un tono de voz muy claro.

Mas antes de que hubiera pronunciado una docena de palabras, algo pasó. El sonido de la música de la calle penetró en la habitación a través de los ventiladores, ya que una banda había comenzado a tocar en en callejón de los establos, en la parte trasera de la casa... era la Marcha del Tannhäuser. Puede parecer muy extraño que una banda alemana aparezca dos veces dentro del lapso de una hora, en los mismos

callejones y tocara Wagner, sin embargo, ese era el caso.

El señor Racine Mudge la oyó. Lanzó un grito agudo y chirriante y nerviosamente enroscó sus brazos alrededor de la silla. Una mirada que daba pena y que no estaba lejos de las lágrimas se extendió sobre su pálido rostro. Grises sombras lo siguieron... el gris del miedo. Comenzó a luchar convulsionadamente.

—¡Sujéteme firme! ¡Atrápeme! Por el amor de Dios, ¡manténgame aquí! Ya estoy en camino. ¡Oh, es espantoso! —gritó en tonos de angustia, su voz tan delgada como un junco.

El doctor Silence se precipitó hacia adelante para atraparlo, sin embargo, en un destello, antes de que pudiera cubrir el espacio entre ellos, el señor Racine Mudge, gritando y luchando, pareció dispararse hacia lo invisible. Desapareció como una flecha lanzada por un arco a una velocidad infinita, y su voz ya no resonaba en el aire externo, sino que de alguna curiosa manera, parecía hacerse audible a través de las profundidades del ser del propio doctor. Era casi como un débil cántico en su cabeza, como la voz de un sueño, una voz de visiones e irrealidad.

—¡Alcohol, alcohol! —gritaba débilmente, a la distancia— ¡deme alcohol! Es la manera más rápida. ¡Alcohol, antes de que esté fuera de alcance!

El doctor, acostumbrado a las decisiones rápidas y acciones aún más rápidas, recordó que había una botella de brandy sobre la mesa, y en menos de un segundo la había cogido y la sostenía hacia el espacio sobre la silla, recientemente ocupado por un visible Mudge. Pero, frente a sus propios ojos, y mucho antes de que pudiera abrir la tapa metálica, vio que el contenido del frasco cerrado se hundía y disminuía como si alguien estuviera bebiendo su licor con violencia y avidez.

—¡Gracias! ¡Suficiente! ¡Espanta las vibraciones! —exclamó la voccita en su interior, mientras retiraba el frasco y lo restablecía sobre la mesa. Comprendió que la actual condición de un lado de la botella estaba abierta al espacio y que él podía beber sin remover la tapa. Difícilmente hubiera podido obtener una prueba más interesante acerca de lo que había estado escuchando, descrito en tal detalle.

Pero al momento siguiente... casi parecía que al mismo tiempo... , la banda alemana se detuvo a la mitad de su tonada... ¡y ahí estaba el señor Mudge, de regreso nuevamente en su silla, resollando y jadeando!

—¡Rápido! —chilló— ¡detenga a la banda! ¡Envíelos lejos! ¡Sujéteme! ¡Bloquee las entradas! ¡Bloquee las entradas! ¡Deme el libro rojo! ¡iiiOh, oh, oh-h-h-h!!!!

La música había comenzado nuevamente. Sólo había sido una interrupción momentánea. La Marcha del Tannhäuser había comenzado nuevamente, esta vez a un ritmo tremendo que la hacía sonar como un rápido paso doble, como si los instrumentos tocaran contra el tiempo.

Sin embargo, la breve interrupción dio al doctor Silence un momento para reunir sus pensamientos disgregados, y antes de que la banda hubiera

llegado a la mitad del compás, se había precipitado sobre la silla y sujetaba al señor Racine Mudge, la pequeña víctima del espacio superior, en un abrazo de hierro. Sus brazos rodearon su diminuta persona, tomando al mismo tiempo una buena parte de la silla. Si bien no era un hombre grande, pareció sofocar por completo a Mudge.

Sin embargo, incluso mientras actuaba de esta manera, sintiendo la agitación bajo suyo, comenzó a deshacerse y a deslizarse como el aire o el agua. De algún modo, la madera del brazo de la silla se desenredaba de entre sus propios brazos y los del señor Mudge. Se llevó a cabo el fenómeno conocido como el paso de la materia a través de la materia. El hombrecito parecía estar realmente fundido con el ser del otro. El doctor Silence sólo pudo ver la cara por debajo suyo. Se arrugó y se volvió gris como debido a un gran esfuerzo interno. Oyó la delgada y fina voz clamando en su oído: "¡Bloquee las entradas, bloquee las entradas!. Y luego....pero, ¿cómo en el mundo describir aquello que es indescriptible?

John Silence se paró para observar. Racine Mudge, su rostro distorsionado más allá de todo reconocimiento, estaba haciendo un maravilloso movimiento hacia adentro, como si se contrajera sobre sí mismo. Se volvió como un embudo, como agua en un remolineante torbellino, y luego pareció quebrarse como se quiebra un reflejo y se divide, en la distorsión de un espejo convexo. No se movió ni hacia adelante ni hacia atrás, ni hacia la izquierda ni a la derecha, ni arriba ni abajo. Pero se fue. Se fue completamente. Simplemente se esfumó de la vista, como un proyectil desvaneciéndose.

¡Todo menos una pierna! El doctor Silence sólo tuvo el tiempo y la presencia de mente para sujetar el tobillo izquierdo y la bota del desaparecido, y a esto se aferró durante algunos segundos como a la torva muerte. Sin embargo, todo el tiempo supo que era algo estúpido e inútil.

El pie estaba en su control por un momento, y al siguiente parecía... esta era la única manera que podía describirlo... estar dentro de su propia piel y huesos, y al mismo tiempo fuera de su mano y en todo su alrededor. De alguna manera sorprendente, parecía estar mezclada con su propia carne y sangre. Luego se había ido, y él se encontraba asiendo fuertemente sólo una corriente de aire tibio.

—¡Ido! ¡Ido! ¡Ido! —gritaba una débil y susurrante voz en algún lugar dentro de su propia conciencia—. ¡Perdido! ¡Perdido! ¡Perdido! —repetía, haciéndose cada vez más débil hasta que finalmente se desvaneció en la nada, y los últimos signos del señor Racine Mudge se desvanecieron con ella.

John Silence cerró su libro rojo y lo repuso en el gabinete, el cual aseguró con un clic, y cuando Barker acudió al campanileo, le preguntó si el señor Mudge había dejado una tarjeta sobre la mesa. Aparentemente lo había hecho, y cuando el sirviente regresó con ella el doctor Silence leyó la dirección y tomó nota de ella. Era en el norte de Londres.

—El señor Mudge se ha ido —le dijo tranquilamente a Barker, notando su expresión de alarma.

—No se ha llevado su zombbrero consigo, señor.

—El señor Mudge no necesita un sombrero donde se encuentra ahora —continuó el doctor, agachándose para atizar el fuego—. Pero podría regresar por él...

—¿Y el paraguas, señor?

—Y el paraguas.

—Si me lo permite, señor, él no salió por mi camino —tartamudeó el sorprendido sirviente, su curiosidad superando el nerviosismo.

—El señor Mudge tiene sus propias maneras de ir y venir, y las prefiere. Si llega a regresar por la puerta en cualquier momento, recuerda traérmelo inmediatamente, y se amable y gentil con él y no le hagas preguntas. Además, Barker, recuerda pensar agradablemente, compasivamente, afectuosamente en él mientras se encuentra ausente. El señor Mudge es un caballero que sufre mucho.

Barker hizo una reverencia y salió de la habitación de espaldas, jadeando y palpando dentro de su cuello con tres dedos de una mano, muy calientes.

Fue dos días después cuando trajo un telegrama al estudio. El doctor Silence lo abrió y leyó lo siguiente:

"Bombay. Recién deslizado fuera nuevamente. A salvo. Entradas bloqueadas. Mil gracias. Dirección Cooks, Londres." MUDGE.

El doctor Silence levantó la mirada y vio a Barker mirándolo perplejamente. Se le ocurrió que de alguna manera conocía el contenido del telegrama.

—Haga un paquete con las cosas del señor Mudge —dijo brevemente —, y envíalas a Thomas Cook e Hijos, Ludgate Circus. Y envíalas allí en exactamente un mes a partir de hoy, marcada "Para ser reclamada".

—Sí, señor —dijo Baker, abandonado la sala con un suspiro profundo y echando una rápida mirada al papelero, donde su amo había tirado el papel color rosa.

LA NEMESIS DE FUEGO

I

Por algún motivo que jamás conseguí averiguar, John Silence siempre hacía lo posible por conservar el compartimento para él solo; y mientras el tren realizaba un recorrido de unas dos horas seguidas antes de la primera parada, había un amplio margen de tiempo para exponer los preliminares del caso. Me había telefoneado esa misma mañana, e incluso a través de las incontables millas de cable telefónico, había notado en su voz la excitación de una incalculable aventura.

—Como si fuera una visita ordinaria al campo, —comentó, en respuesta a una pregunta mía—; y no olvides traer tu arma.

—Con cartuchos vacíos, supongo ¿No? —pues conocía sus rígidos principios con respecto a tomar una vida, y suponía que las armas eran meramente para algún obvio propósito de aparentar seguridad.

Entonces, me agradeció que viniera, mencionó el tren, colgó el receptor, y me dejó, vibrando con excitación anticipada, para hacer el equipaje. Pues el honor de acompañar al Dr. John Silence en uno de sus grandes casos era lo que muchos habrían considerado un raro honor... y muy arriesgado. Ciertamente la aventura prometía toda clase de posibilidades, y de ese modo llegué a Waterloo con los sentimientos de un hombre que está a punto de embarcarse en alguna arriesgada y peculiar misión, en la cual los peligros que esperaba sortear no serían los peligros ordinarios de la vida, sino otros, de un carácter secreto muy difíciles de nombrar y aún más difíciles de abordar.

—Manor House es un nombre que suena muy bien, —me contó mientras nos sentamos, con los pies en alto y listos para charlar—, pero creo que es poco más que una casa de campo un poco crecida en la desolada tierra más allá de D....., y su propietario, el Coronel Wragge, un soldado retirado aficionado a los libros, vive allí prácticamente solo, tengo entendido, con su hermana mayor inválida. De modo que no cuentes con una visita emocionante, a menos que el caso resulte tener algo de interés.

—¿De qué trata el asunto?

Como única respuesta, me acercó una carta con el sello de "*Privado*." Estaba fechada hace una semana, y firmada como "*Sinceramente suyo, Horace Wragge*."

—Ya ves, oyó hablar de mí al Capitán Anderson, —explicó el doctor con modestia, a pesar de que su fama era conocida en el mundo entero—; seguro que recuerdas aquel caso de obsesión por la India...

Leí la carta. El por qué había sido sellada como privada era algo que

resultaba difícil entender. Era muy concisa, directa y al grano. Hacía referencia al Capitán Anderson como modo de presentación, y entonces indicaba con bastante sencillez que el autor de la nota necesitaba un tipo peculiar de ayuda y solicitaba una entrevista personal... una entrevista matinal, ya que le era imposible estar ausente de la casa por la noche. La misiva era orgullosa hasta el punto de la brusquedad, y sería difícil explicar cómo me sugirió la impresión de un hombre fuerte, sobrecogido y perplejo. Quizás la parquedad de palabras, y el aura de misterio en todo el asunto, tuvieron algo que ver con ello; y la referencia al caso Anderson, cuyo horror aún permanecía fresco en mi memoria, posiblemente despertó el sentimiento de algo bastante ominoso y alarmante. Pero, fuera cual fuera la causa, no había duda de que una impresión de serio peligro se dejaba notar en aquel papel blanco con aquellas pocas líneas de firme escritura, y el espíritu de una profunda inquietud se leía entre líneas, alcanzando la mente sin ninguna forma visible de expresión.

—¿Y qué ocurrió al verle...? —Pregunté, devolviéndole la carta mientras el tren traqueteaba ruidosamente al alcanzar el cruce de Clapham.

—No le he visto, —fue su respuesta—. La mente del hombre estaba cargada hasta los topes cuando escribió esto; llena de vívidas imágenes mentales. Notarás la ausencia de descripciones. Pues bien, la psicometría podría ser de aplicación en este caso, y esta hoja de papel que tocó con su mano, es suficiente como para transmitir a otra mente... una mente sensible y compasiva... claras imágenes mentales del asunto a tratar. Creo tener una somera idea general de su problema.

—Entonces ¿Puede que haya emoción, después de todo?

John Silence aguardó un momento antes de contestar.

—Hay algo muy serio en este asunto,—dijo al fin, gravemente—. Alguien... posiblemente no se trate de él mismo,... ha estado jugando con tipo muy peligroso de pólvora. De modo que... sí, tal como dices, puede que haya emoción.

—¿Y mis deberes? —Pregunté, con mi interés creciendo por momentos—. Recuerda que soy tu '*ayudante*.'

—Compórtate como un inteligente secretario confidencial. Obsérvalo todo, sin que parezca que lo haces. No digas nada... nada que signifique algo interesante. Estate presente en todas las entrevistas. Es posible que te necesite, ya que si mis impresiones son correctas, esto es...

Se interrumpió de repente.

—Pero aún no te voy a comentar mis impresiones, —continuó tras meditar un instante—. Tan sólo observa y escucha, según avance el caso. Fórmate tus propias impresiones y cultiva tus intuiciones. Desde luego, venimos como visitantes ordinarios, —añadió, con un guiño de un instante en su ojo—; de ahí las armas.

Aunque me desilusionó no escuchar más, reconocí la sabiduría de sus palabras y admití la poca validez que tendrían mis impresiones una vez

que hubiera escuchado la poderosa sugestión de las suyas. De igual modo, reflexioné que aquella intuición, unida al sentido del humor, resultaban de mayor utilidad al hombre que el hecho de doblar la mera cantidad de masa cerebral.

Aún así, tras haber apartado la carta, volvió a ofrecérmela, diciéndome que la pusiera contra mi frente por unos instantes y entonces le describiera cualquier imagen que me viniera a la mente de un modo espontáneo.

—No busques nada deliberadamente. Tan sólo imagínate que ves el interior de tus párpados, y espera a que aparezcan imágenes proyectadas en esa oscura pantalla.

Seguí sus instrucciones, dejando, en la medida de lo posible, mi mente en blanco. Pero no obtuve visión alguna. No ví nada excepto los puntos de luz que cruzan de un lado a otro como en los cambios de un caleidoscopio sobre la negrura. Una momentánea y curiosa sensación de calor, vino y se fue.

—¿Qué has... visto? —Me preguntó por fin.

—Nada, —Me obligué a admitir, decepcionado—; nada excepto los habituales destellos de luz que uno ve siempre. Solo que, quizás, eran más vívidos de lo usual.

No dijo nada a modo de réplica o comentario.

—Y se agrupaban aquí y allá, —continuó, con dolorido candor, pues había esperado ver las imágenes de las que él había hablado—, se agrupaban en globos y bolas redondas de fuego, y las líneas que destelleaban parecían en ocasiones, como triángulos y cruces... casi como figuras geométricas. Nada más.

Abrí los ojos de nuevo, y le devolví la carta.

—Sentí calor en la cabeza, —dije, sintiéndome un poco incómodo por no decir nada que pareciera interesarle. Pero la mirada de sus ojos atrajo al momento mi atención.

—Esa sensación de calor es importante, —dijo significativamente.

—Era ciertamente real, y bastante incómoda, —repliqué, esperando que me informara y explicara—. Había una distintiva sensación de calor... calor interno en algún sitio... de algún modo opresivo.

—Eso es interesante, —remarcó, volviendo a guardar la carta en su bolsillo, y acomodándose en una esquina con periódicos y libros. No se dignó a decir más, y yo sabía que era inútil intentar hacerle hablar. Siguiendo su ejemplo, me acomodé de igual guisa en mi esquina con las revistas. Pero cuando cerré los ojos de nuevo, esperando notar las luces centelleantes y la sensación de calor, no encontré nada, excepto la usual fantasmagoría de los eventos del día... rostros, escenas, recuerdos,... y como es lógico, me quedé dormido y entonces sí que no ví nada de ninguna clase.

Cuando descendimos del tren, tras un trayecto de seis horas, salimos

a una pequeña estación que se alzaba, sin árboles en un mundo de heno y arena; las tardías sombras de octubre proyectaban ya, su velo de sombras sobre el paisaje, y el sol casi se había ocultado de la vista, tras las peladas colinas. En un alto carro, con un caballo veloz, comenzamos nuestro trayecto por las ondulantes extensiones de una tierra abierta y severa; el aire puro golpeó nuestras mejillas y los aromas del pino y las hierbas silvestres se apreciaban con fuerza a nuestro alrededor. Contra el horizonte, se percibían débilmente unas montañas enormes, y el cochero señaló a un banco de distantes sombras a nuestra izquierda, explicándonos que el mar estaba allí. Ocasionales granjas de piedra, medio ocultas de la carretera tras frondosos árboles, y grandes graneros negros que parecían moverse a nuestro paso, eran los únicos signos humanos o civilizados que vimos, hasta que al final de unas cinco millas, las luces de la mansión centellearon ante nosotros, y nos sumergimos en un denso bosque de pinos que ocultaron por completo a Manor House hasta el mismo instante de llegar a ella.

El Coronel Wragge en persona salió a recibirnos al vestíbulo. Era el típico oficial de la armada que ha vivido el servicio, el servicio auténtico, y se ha encontrado a sí mismo en el proceso. Era alto y bien formado, ancho de hombros, pero serio como un sabueso, con ojos graves, casi severos, y un encanecido mostacho. Juzgué que tendría unos sesenta años, pero sus movimientos mostraban una reserva de energía y agilidad que contradecían esa edad. El rostro estaba lleno de carácter y resolución, el rostro de un hombre del cual depender, y sus directos ojos grises, según me pareció, mostraban un velo de perpleja ansiedad que no parecía intentar disimular.

La entera apariencia de aquel hombre, al momento revistió la aventura de gravedad e importancia. Un asunto que produjera a semejante hombre, un motivo serio de alarma, sentí que debía de ser algo real y genuino.

Su modo de hablar, sus maneras, mientras nos daba la bienvenida, eran, como en su carta, sencillas y sinceras. Poseía una naturaleza tan directa como una bala. Y así, mostró claramente su sorpresa al ver que el Dr. Silence no hubiera venido solo.

—Mi secretario confidencial, el señor Hubbard, —dijo el doctor, presentándome, y la fulminante mirada y el poderoso apretón de manos que recibí entonces, estaban bien calculados, recuerdo haber pensado, para dar la impresión de que no era un hombre con quien se pudiera jugar, y por tanto, su perplejidad debía provenir de una causa muy real y tangible. Y además, resultaba bastante obvio que sentía alivio al vernos. Su bienvenida era inequívocamente genuina.

Nos condujo hasta una sala, que era a la vez biblioteca y salón de fumar, y que se abría a un extremo del largo vestíbulo de ventanas bajas.

Manor House daba la impresión de ser una casa de campo arreglada y ennoblecida, sólida, antigua, confortable, y sin ningún tipo de pretensiones. Y eso era todo. Sólo el calor del lugar me pareció chocante y antinatural. Aquella sala, con el fuego ardiendo en la chimenea me pareció incómodamente cálida tras el largo paseo por el aire de la noche; aunque me pareció que en el vestíbulo mismo, y en toda la atmósfera de la casa, se respiraba un calor que difícilmente podía pertenecer a la bien cortada leña, o a las tuberías de aire y agua caliente. No era como el calor de un invernadero; era un calor opresivo que, de algún modo, parecía introducirse en la cabeza y en la mente. Produjo en mí, una curiosa sensación de incomodidad, que me hizo pensar en la sensación de calor que había emanado de la carta en el tren.

Le oí darle las gracias al Dr. Silence por haber venido; no hubo preámbulos, y el intercambio de cortesías fue algo de lo más conciso. Evidentemente, allí había un hombre que, al igual que mi compañero, amaba la acción más que la conversación. Sus maneras eran enérgicas y directas.

Le ví como en un destello: atónito, preocupado, arrastrado hasta un estado de alarma por algo que era incapaz de comprender; forzado a tratar con cosas que hubiera preferido ignorar, y haciéndolas frente con su seriedad perruna, e intentando no asumir que se sentía secretamente avergonzado por su incompetencia.

—Lo cierto es que no puedo ofrecerles demasiadas distracciones, aparte de mi propia compañía, y el extraño asunto que ha tenido lugar aquí, y que aún ocurre, —dijo, con una ligera inclinación de cabeza hacia mí, como modo de incluirme en su confidencia.

—Creo, Coronel Wragge, —replicó John Silence con decisión—, que ninguno encontraremos tiempo para aburrirnos. Supongo que tendremos las manos bien ocupadas.

Ambos hombres se miraron el uno al otro por espacio de unos segundos, y hubo una cierta cualidad indefinida en su silencio que, por vez primera me hizo concebir en mi mente una rápida pregunta; y me cuestioné un poco mi imprudencia al participar, sin haberlo reflexionado, en un gran caso de este incalculable doctor. Pero ninguna respuesta parecía valer, y rendirse era, desde luego, inconcebible. Las puertas se habían cerrado detrás mio, y el espíritu de la aventura asediaba ya mi mente con su avanzadilla de un millar de miedos y esperanzas.

Explicándonos que podía esperar hasta después de la cena para discutir asuntos más serios, y sin hacer referencia alguna a su hermana, nos guió escaleras arriba y nos mostró personalmente nuestras habitaciones; y justo cuando estaba terminando de vestirme, alguien llamó a mi puerta, y el Dr. Silence entró.

Siempre había sido lo que podría definirse como un hombre serio, de modo que hasta en ocasiones cómicas, uno podía sentir que él no perdía

nunca de vista la profunda gravedad de la vida, pero mientras cruzaba la sala hacia mí, capté la expresión de su rostro y comprendí de repente que se hallaba en su estado más grave y severo. Parecía casi preocupado. Dejé de pelearme con mi negra corbata de pajarita y le miré.

—Esto es serio, —dijo, hablando en voz baja—, más aún de lo que había imaginado. El control del Coronel Wragge sobre sus pensamientos confirma lo intuido en mi psicometría de la carta. He venido a avisarte de que te mantengas a mano y alerta... en general.

—¿Una Casa Encantada? —Pregunté, consciente de un distintivo escalofrío en mi espalda.

Pero él sonrió gravemente ante la pregunta.

—Más probablemente una Casa con una Forma de Vida Encantada, —respondió; y a sus ojos asomó una mirada que únicamente le había visto, cuando un alma humana se hallaba contra las cuerdas y él realizaba un prodigioso esfuerzo por rescatarla.

Estaba profundamente turbado.

—¿El Coronel Wragge... o su hermana? —Pregunté apresuradamente, pues el gong de la cena acababa de sonar.

—Ninguno de los dos, exactamente, —dijo desde la puerta—. Es algo mucho más antiguo, algo muy, muy remoto, de hecho. Esta cosa tiene que ver con las Edades, —a menos que me equivoque por completo—, las Edades sobre las que las nieblas del recuerdo permanecen inmóviles desde hace mucho tiempo...

Se acercó con presteza con un dedo sobre los labios, dedicándome una mirada particularmente inquisitiva.

—¿Has percibido ya algo... raro, aquí? —preguntó con un susurro—. Algo que, por ejemplo, no seas capaz de definir. Cuéntame, Hubbard, quiero conocer todas tus impresiones. Pueden ayudarme mucho.

Negué con la cabeza, evitando su mirada, pues había algo en sus ojos que me asustaba un poco. Pero puso tanto empeño que forcé a mi mente para que buscara.

—Nada aún, —repliqué sinceramente, deseando haber tenido alguna emoción real que confesar—; nada excepto el extraño calor del lugar.

Dió un pequeño salto en mi dirección.

—¡De nuevo el calor! ¡Eso es! —exclamó, como si le alegrara mi confirmación—. ¿Y cómo lo describirías? —preguntó rápidamente con una mano en el pomo de la puerta.

—No parece ser un calor físico ordinario, —le dije, rebuscando en mis pensamientos por un adjetivo.

—Es más que un calor mental, —me interrumpió—, una llama de pensamientos y deseos, una especie de febril calidez del espíritu. ¿Es algo así?

Admití que había descrito con exactitud mis sensaciones.

—¡Bien! —dijo mientras abría la puerta, y con un gesto indescriptible que combinaba un aviso para permanecer alerta con un signo de

aprobación por mi correcta intuición, se fue.

Me apresuré a seguirle, y los encontré a los dos esperándome junto al fuego.

—Deseaba prevenirles, —decía nuestro anfitrión cuando llegué—, de que mi hermana, a quien conocerán en la cena, no está al tanto del verdadero objeto de su visita. Su idea es que estamos interesados en la misma rama de estudios... el folklore... y que los estudios de ustedes les han llevado a consultarme sobre un particular. Como saben, acudirá a cenar en su silla de ruedas. Para ella, será un gran placer conocerles. Recibimos muy pocos visitantes.

De modo que al entrar en el comedor, estábamos preparados para hallar allí a Miss Wragge, ya colocada en su sitio, sentada en una especie de silla de ruedas. Era una ancianita vivaracha y encantadora, de expresión sonriente y ojos brillantes, que charló durante toda la cena con inagotable espontaneidad. Poseía ese tipo de rostro, fresco y delineado, que algunas personas conservan toda su vida, desde la cuna hasta la tumba; sus suaves mofletes eran blancos y rosados, y su cabello, aún oscuro, estaba dividido en dos brillantes mitades, a cada lado de una bien formada línea central. Llevaba gafas con montura de oro, y lucía al cuello un gran collar de jaspes verde que le daba un toque distinguido.

Su hermano y el Dr. Silence hablaron poco, de modo que la mayor parte de la conversación recayó en nosotros dos, y ella me narró una gran parte de la historia de aquel viejo caserón, la mayoría de la cual, mucho me temo que escuché sólo a medias.

—Y cuando Cromwell estuvo aquí, —se explayaba ella—, ocupó exactamente la misma habitación, escaleras arriba, que solía usar yo. Pero mi hermano piensa que es más seguro para mí, dormir en la planta baja, por si hubiera un incendio.

Aquella frase ha permanecido en mi memoria tan sólo debido al modo tan repentino en que su hermano la interrumpió y al instante cambió el tema de conversación. La temporal referencia al fuego parecía haberle incomodado, y a partir de entonces, fue él quien condujo la charla.

Resultaba difícil creer que aquella vivaz y animada vieja dama, que se sentaba a mi lado y parecía tomar tanto interés en los asuntos de la vida, estuviera prácticamente privada, por lo que pudimos comprender, del uso de sus extremidades inferiores, y que su entera existencia durante largos años, hubiera transcurrido entre el sofá, el lecho, y la silla de ruedas sobre la que charlaba con tanta naturalidad ante la mesa de la cena. No hizo referencia alguna a su minusvalía hasta que llegaron los postres, y entonces, haciendo sonar una campanilla, nos anunció que se disponía a dejarnos solos, "como el tiempo, sobre pies silenciosos," y entonces el mayordomo condujo su silla fuera de la estancia y la llevó a sus estancias en el otro extremo de la casa.

Y el resto no tardamos en abandonar también la estancia, pues Dr. Silence y yo mismo, estábamos bastante ansiosos por averiguar la naturaleza de nuestra misión, tal como nuestro anfitrión se disponía a denominarla. Nos guió por un largo pasillo hasta una habitación situada en el extremo de la casa, una habitación provista de puertas y ventanas dobles, según ví, robustamente construidas. Los libros cubrían las paredes a ambos lados, y un gran escritorio junto a la ventana se hallaba plagado de volúmenes, algunos abiertos, algunos cerrados, algunos mostrando tiras de papel colocadas entre sus hojas, y todos ellos mezclados en una catarata general de papeles y hojas sueltas.

—Mi Estudio y Cuarto de Trabajo, —explicó el Coronel Wragge, con un delicioso toque de orgullo inocente, como si fuera un estudiante aplicado. Acercó unos butacones para nosotros, cerca del fuego—. Aquí, —añadió significativamente—, estaremos a salvo de interrupciones y podremos hablar tranquilos.

Durante la cena, las maneras del doctor habían sido del todo naturales y espontáneas, aunque me resultaba imposible, conociéndole como le conocía, no darme cuenta de que estaba subconscientemente muy alerta y recibiendo ya, merced a la ultrasensible naturaleza de su mente, las más variadas y vívidas impresiones; y en este momento hubo algo en la gravedad de su rostro, así como en el tono significativo de las palabras del Coronel Wragge, y algo, también, en el hecho de que los tres nos hubiéramos recluido en su cámara privada, a punto de escuchar cosas probablemente extrañas, y ciertamente misteriosas... algo en todo aquello, tocó agudamente mi imaginación y tensó mis nervios. Tomando asiento en la butaca indicada por mi anfitrión, encendí mi cigarro y esperé a que se abriera el ataque, plenamente consciente de que ya estábamos demasiado inmersos en la aventura como para echarnos atrás, y preguntándome con cierta ansiedad hacia donde nos llevaría ésta.

Es difícil decir qué esperaba exactamente. Nada demasiado definido, supongo. Solo que el repentino cambio resultaba dramático. Hacía tan sólo unas pocas horas que la prosaica atmósfera de Piccadilly me rodeaba, y ahora me hallaba sentado en una cámara secreta de esta antigua y apartada mansión, esperando para escuchar una serie de hechos que posiblemente me provocarían un terror genuino. Pensé en el paisaje exterior, con sus escarpadas montañas, y las oscuras copas de los pinos susurrando ante el viento de la noche; recordé las singulares palabras de mi compañero, arriba, en mi alcoba, antes de la cena; y entonces me giré y noté con cuidado la severa contención del Coronel mientras nos miraba y encendía su gran cigarro negro antes de comenzar a hablar.

¡El umbral de una aventura!, reflexioné mientras aguardaba a las primeras palabras; dicho umbral es siempre el momento más emocionante... hasta que llega el climax.

Pero el Coronel Wragge dudó... mentalmente... largo tiempo, antes

de comenzar. Habló parcamente sobre nuestro viaje, el tiempo, la región, y otros tópicos comparativamente triviales, mientras rebuscaba en su mente alguna presentación apropiada para el asunto que ya estaba en la mente de todos nosotros. El hecho es que encontró que resultaba una materia difícil de abordar, y fue el Dr. Silence quien finalmente le mostró el camino.

—El Sr. Hubbard tomará unas cuantas notas cuando esté usted listo... espero que no le incomode, —sugirió—; De ese modo no tendré que dividir mi atención.

—Faltaría más,—dijo Wragge girándose para alcanzar alguna de las hojas sueltas del escritorio, y lanzándome una mirada. Creo que aún dudaba un poco—. El... hecho es, —dijo en tono de disculpa—, me preguntaba si sería necesario preocuparles tan pronto. La luz del día podría ser más adecuada para escuchar lo que tengo que contarles. Quiero decir, que quizás su sueño no se vería alterado...

—Aprecio su delicadeza, —respondió John Silence con su gentil sonrisa, tomando las riendas desde aquel momento—, pero ¡la verdad! ambos estamos inmunizados ante esas cosas. No hay nada, creo yo, que pueda evitar que durmamos, excepto... un aviso de incendio, o alguna otra catástrofe física de esa índole.

El Coronel Wragge levantó la mirada y le observó fijamente. Estoy seguro de que aquella referencia a un incendio había sido hecha con un propósito. Y ciertamente tuvo el efecto deseado de extirpar de nuestro anfitrión los últimos restos de duda.

—Perdónenme, —dijo—. Por supuesto, nada sé de sus métodos en esta clase de asuntos... así que, quizás, ¿Preferirían que comenzara de una vez y les diera una idea de la situación? —El Dr. Silence manifestó su acuerdo.

—Así podré ir tomando las precauciones adecuadas, —añadió tranquilamente.

El soldado le miró unos instantes, como si se le escapara el significado de esas palabras; pero no hizo ningún comentario y al momento se dispuso a abordar un asunto sobre el cual, evidentemente, habló con timidez y desgana.

—Todo esto se aparta tanto de lo habitual, —comenzó, expulsando nubes de humo de su cigarro, entre las palabras—, y hay tan poco que contar que posea una evidencia real, que es casi imposible hacerles una narración coherente del asunto. Es únicamente el efecto acumulativo de ciertos hechos lo que resulta tan... tan inquietante. —Elegió las palabras con cuidado, como determinado a no apartarse ni un cabello de la verdad.

—Llegué a este lugar hace veinte años, al fallecer mi hermano mayor, —continuó—, pero por entonces no podía permitirme vivir aquí. Mi hermana, a quien conocieron en la cena, cuidó de la casa para él, hasta el final, y durante todos estos años, mientras yo estaba de servicio, ella ha estado guardando el lugar... pues nunca llegamos a encontrar un

comprador satisfactorio... y no estábamos dispuestos a que la casa se convirtiera en una ruina. Yo mismo, tomé posesión de la casa, hace tan sólo un año.

—Mi hermano, —continuó tras una marcada pausa—, pasó también la mayor parte de su tiempo fuera. Era un viajero infatigable, y llenó la casa con objetos comprados por todo el mundo.

La lavandería... una pequeña edificación aislada más allá de las estancias de los criados... la convirtió en un pequeño museo. Las cosas y curiosidades de las que yo me he ido deshaciendo... allí coleccionan polvo, y a menudo se rompen... pero la lavandería la verán mañana.

El Coronel Wragge hablaba con tal deliberación y con tantas pausas que aquel comienzo le llevó bastante rato. Pero al llegar a aquel punto se detuvo del todo. Evidentemente, había algo que deseaba decirnos, y que le costaba un esfuerzo considerable. Por fin, miró tímidamente al rostro de mi compañero.

—¿Puedo preguntarle... es decir, si no le resulta extraño, —dijo, y una suerte de temblor se percibió en su voz y en sus maneras—, si ha notado alguna cosa del todo inusual... algo raro, desde que llegó a la casa?

El Dr. Silence respondió sin dudar un momento.

—Así es, —dijo—. Hay una curiosa sensación de calor en este lugar.

—¡Ah! —exclamó el otro, con un ligero sobresalto—. Lo ha notado. Este calor inconmensurable...

—Pero su causa, me atrevería a aventurar, no está en la misma casa... sino fuera de ella, —añadió el doctor, ante mi asombro.

El Coronel Wragge se levantó de su sillón y se giró para alcanzar un mapa que colgaba en el muro.

Me dió la impresión de que el movimiento había sido realizado con el deliberado propósito de ocultarnos su rostro.

—Creo que su diagnóstico es asombrosamente acertado, —dijo tras un momento, girándose de nuevo con el mapa en las manos—. Aunque, desde luego, no tengo ni idea de cómo ha podido suponer...

John Silence se encogió de hombros expresivamente.

—Es meramente una impresión,—dijo. —Si le presta atención a las impresiones, y no permite que se confundan con deducciones del intelecto, a menudo las encontrará sorprendentemente, increíblemente acertadas.

El Coronel Wragge regresó a su asiento e hizo descansar el mapa sobre sus rodillas. Su rostro estaba pensativo mientras retomó de nuevo, bruscamente, su relato.

—Al hacerme cargo de la posesión, —dijo, mirando alternativamente nuestros rostros—, me topé con un amasijo de relatos del tipo más extraordinario e imposible que hubiera escuchado jamás... historias que al principio abordé con asombrada indiferencia, pero que más tarde me ví

obligado a considerar seriamente, aunque sólo fuera por conservar a los criados. Dichas historias, tratan, creo yo, sobre el hecho de la muerte de mi hermano... y, de algún modo, aún pienso así.

Se inclinó hacia delante y alcanzó el mapa al Dr. Silence.

—Es un antiguo plano de la región, —explicó—, pero lo bastante detallado para nuestro propósito, y me gustaría que tomara nota de la posición de las plantaciones marcadas en él, especialmente las cercanas a la casa. Esta de aquí, —señaló un punto con su dedo—, se llama Plantación de los Doce Acres. Fue justo aquí, en el lado más cercano a la casa, donde mi hermano y el capataz hallaron la muerte.

Hablaba como un hombre forzado a reconocer hechos que deploraba, y que habría preferido dejar sin tocar... cosas que, personalmente, hubiera preferido considerar como ridículas, si tal cosa le fuera posible. Aquello hizo que sus palabras adquirieran un matiz particularmente dignificado e impresionante, y escuché con una creciente inquietud, con el fin de ayudar al doctor cuando, más tarde, me lo pidiera. Me parecía ser el espectador de algún drama de misterio, en el que en cualquier momento podía ser llamado a participar.

—Fue hace veinte años, —continuó el Coronel—, y se habló mucho sobre ello en aquellos tiempos, desafortunadamente; es bastante posible que hayan oído hablar del asunto. Stride, el capataz, era un hombre apasionado y de temperamento fuerte, aunque lamento decir que mi hermano también lo era, y las riñas entre ellos parecían ser frecuentes.

—No recuerdo el asunto, —dijo el doctor—. ¿Puedo preguntarle la causa de la muerte? —Algo en su voz me hizo aguzar el oído para la réplica.

—Se dice que el capataz falleció de asfixia. Y en la investigación posterior, los doctores determinaron que ambos hombres habían muerto al mismo tiempo.

—¿Y su hermano? —preguntó John Silence, notando la omisión, y escuchando atentamente.

—Igualmente misterioso, —dijo nuestro anfitrión, hablando en voz baja con esfuerzo—. Pero hay un detalle inquietante que creo que debería mencionar. Pues aquellos que vieron su rostro... yo, la verdad, no lo ví... y aunque Stride llevaba un arma, sus recámaras estaban sin vaciar... —balbuceó y dudó, confundido. Una vez más, de entre sus palabras, parecía emerger cierta sensación de terror. Se detuvo.

—Si, —dijo mi jefe, como buen oyente compasivo.

—El rostro de mi hermano, según dicen, parecía haber sido *carbonizado*. Como marcado por algo que quemaba... que ardía. Era, según me contaron, bastante espantoso. Los cuerpos fueron hallados yaciendo uno al lado del otro, con el rostro boca abajo, ambos en dirección contraria al bosque, como si ambos hubieran estado corriendo, y a no más de una docena de yardas del comienzo del bosque.

El Dr. Silence no hizo comentario alguno. Parecía estudiar el mapa

atentamente.

—Yo no ví su rostro, —repitió el otro; sus maneras, de algún modo, expresaban la sensación de pavor que procuraba esconder en su voz—, pero desafortunadamente, mi hermana sí lo hizo, y creo que su actual estado es debido enteramente al shock que aquello produjo sobre sus nervios. Nunca se refiere a ello, naturalmente, y me inclino a pensar que ese recuerdo se ha desvanecido piadosamente de su memoria. Pero en su momento, habló de aquello como de un rostro abrasado por las llamas... carbonizado.

John Silence levantó la vista del mapa, pero con el aire de uno que desea escuchar, no hablar, de manera que el Coronel Wragge continuó su narración. Continuaba en el sillón, con sus anchos hombros ocultando la mayor parte de la tapicería.

—Todas se centran en esa plantación en particular, me refiero a las historias. Es algo fácil de esperar, ya que la gente de aquí es tan supersticiosa como los campesinos irlandeses, y aunque realicé una o dos pruebas con ellos delante, para detener esos estúpidos rumores, no tuvieron efecto, y escucho nuevas versiones todas las semanas. Ya podrá imaginarse los pocos resultados que obtuve, cuando le diga que todos los empleados acabaron por marcharse. No los criados de la casa, pero sí los jornaleros que trabajaban en el exterior. Los capataces dimitieron uno tras otro, y ninguno de ellos me dió, para ello, una razón que yo pudiera aceptar; los forestales se negaban a entrar en el bosque, al igual que los ganaderos. Se decía en toda la región, que la Plantación de los Doce Acres era un lugar a evitar, de día o de noche.

—Llegó un punto, —continuó el Coronel, ahora más lanzado—, en el que sentí la necesidad de investigar por mi cuenta. No podía acabar con aquello, ignorándolo; de modo que en primer lugar, recopilé y analicé las historias. En cuanto al Bosque de los Doce Acres, que podrá ver en el mapa, llega hasta bastante cerca de la casa. Su límite inferior, si mira el mapa lo verá, toca casi el extremo de la valla negra, tal como le mostraré mañana, y su denso conjunto de pinos forma una adecuada protección para la casa contra el viento del este que sopla desde el mar. Y en los antiguos días, antes de que mi hermano interfiriera en ello y lo echara a perder, era uno de los mejores paisajes de toda la región.

—¿Y de qué forma, si puedo preguntarlo, tuvo lugar esa interferencia? —preguntó el Dr. Silence.

—En detalle, no sabría decirle, pues no lo sé... excepto que tengo entendido que era el motivo de sus frecuentes diferencias con el capataz; pero durante los dos últimos años de su vida, cuando dejó de viajar y se estableció aquí, adquirió un especial interés por ese bosque, y por alguna inexcusable razón, comenzó a construir un muro bajo de piedra a su alrededor. El muro nunca fue terminado, pero mañana podrá ver sus ruinas a plena luz del día.

—¿Y el resultado de sus investigaciones... es decir, esas historias? —

interrumpió el doctor, ansioso de que se ciñera a la narración.

—Si, ahora llegaré a eso, —dijo lentamente—, pero primero el bosque, pues este bosque del que tanto farfullan, no tiene, en realidad, absolutamente nada de particular. Es especialmente denso y frondoso, y se eleva hasta una zona más despejada en el centro, una especie de montículo en el que hay un círculo de grandes tocones... antiguas piedras drúidicas, tengo entendido. En otro lugar hay un pequeño estanque. No hay nada distintivo en ello que le pueda mencionar... es un bosque de pinos de lo más común, un bosque de pinos de lo más ordinario... solo que los árboles tienen unos troncos un poco enredados, al menos algunos de ellos, y es muy denso. Nada más.

—¿Y en cuanto a las historias? Bien, ninguna de ellas tiene que ver con mi pobre hermano, ni con el capataz, como a lo mejor se esperaban; y son todas de lo más raro... cosas raras, ya le digo, que la gente inventa o se imagina. Nunca entenderé cómo esas ideas pudieron llegar a entrar en la cabeza de la gente.

Se detuvo un instante para volver a encender su cigarro.

—No hay ningún sendero regular que lo atravesase, —continuó, expulsando el humo con fuerza—, pero los campos que lo rodean se usan continuamente, y uno de los jardineros cuya cabaña cae por allí, declaró haber visto a menudo, luces que se movían en la noche, y formas luminosas, como globos de fuego sobre las copas de los árboles, balanceándose y flotando, y emitiendo un siseo suave... la mayoría de ellos dicen eso, de hecho... y otro hombre vió formas que parecían moverse dentro y fuera de los árboles, cosas que no eran ni hombres ni animales, débilmente luminosas. Nadie ha llegado a ver formas humanas... siempre cosas extrañas, difusas, que no pueden describir apropiadamente. En ocasiones, el bosque entero se ilumina, y hay un tipo... aún está por aquí, y podrán verle... que dijo haber tenido una extraña experiencia... algo sobre que vió grandes estrellas en el suelo, alrededor del límite del bosque a intervalos regulares....

—¿Qué tipo de estrellas? —interrumpió vivamente John Silence, de un modo repentino que me sobresaltó.

—Oh, no sabría decirle; estrellas ordinarias, creo que dijo, solo que muy grandes, y aparentemente centelleaban, como si el suelo estuviera iluminado. Estaba demasiado asustado como para acercarse y examinarlo, y no volvió a verlo desde entonces.

Hizo una pausa y atizó el fuego, arrancando un agradable centelleo... agradable por su destello de luz, no ya por su calor. Aún persistía en la estancia aquella extraña sensación de calor, que resultaba opresivo, y bastante alejado de lo confortable.

—Desde luego, —continuó, acomodándose de nuevo en el sillón—, todo esto es algo bastante común... todo eso de ver luces y figuras en la noche. La mayoría de esta gente, bebe, y la imaginación y el terror pueden hacerles contar cualquier cosa. Pero algunos han visto cosas a

plena luz del día. Uno de los leñadores, un hombre sobrio y respetable, se dirigía a casa para el almuerzo, y jura que durante todo el trayecto por los bosques, fue seguido por algo que nunca se dejó ver, pero que se movía de un árbol a otro, manteniéndose siempre fuera de la vista, aunque lo bastante sólido como para hacer que las ramas se agitaran y que las hierbas del suelo crujieran. Y emitía un sonido, según declaró, pero realmente —...el orador se detuvo, y soltó una risa queda...— es demasiado absurdo....

—¡Por favor! —insistió el doctor—; siempre son esos pequeños detalles los que me dan las mejores pistas.

—...sonaba como si crepitara, según dijo, como una hoguera. Esas fueron sus palabras exactas: como el crepitar de una hoguera, —finalizó el soldado, volviendo a repetir su risa queda.

—Muy interesante, —observó gravemente el Dr. Silence—. Por favor, no omita nada.

—Sí, —continuó—, y fue poco después cuando comenzaron los fuegos... los fuegos en el bosque. Comenzaron misteriosamente, ardiendo en las zonas de hierba blanca que cubre la mayor parte de las áreas abiertas de la plantación. En realidad, nadie vió cómo comenzaban, pero muchos, yo entre ellos, hemos visto cómo ardían. Siempre son fuegos pequeños, y de forma circular; a cualquiera le parecería una hoguera de picnic. Mi capataz tiene una docena de explicaciones, desde rescoldos que vuelan desde las chimeneas, hasta el sol, enfocándose a través de una gota de rocío, pero ninguna de ellas, debo admitirlo, me convence lo más mínimo. Son de lo más singular, creo yo, de lo más singular, esos fuegos misteriosos, y me alegra decir que sólo se presentan a intervalos de tiempo bastante porlongados, y que nunca parecen prender del todo.

Pero el capataz tiene también otras historias raras que contar, y sobre cosas que se pueden verificar. Me contó que ninguna forma de vida, ni siquiera salvaje, entraba en la plantación; más aún, que no existía en ella, vida alguna. Ni siquiera pájaros anidando en los árboles, o volando entre sus sombras. Puso innumerables trampas, pero nunca llegó a cazar ni siquiera un conejo o una ardilla. Los animales evitan esa zona, y más de una vez ha encontrado criaturas muertas en los Límites del bosque, sin que mostraran signo alguno de qué les había matado.

Y más aún, me contó un extraordinario relato acerca de haber cazado a una suerte de criatura invisible en el campo, un día que salió con su escopeta. El perro, de repente, señaló algo en el campo, a sus pies, y entonces le dió caza, aullando como enloquecido. Persiguió a su presa imaginaria hasta los límites del bosque, y entonces lo siguió... una cosa que o había hecho nunca.

En el instante en que cruzó el límite... estaba muy oscuro, pese a ser a plena luz del día... comenzó a luchar del modo más frenético y aterrador. Según me comentó, estuvo a punto de intervenir. Y al fin, cuando el perro regresó, moviendo el rabo y cojeando, encontró algo

parecido a pelo blanco, colgando de sus mandíbulas, y vino a mostrármelo. Le cuento estos detalles por que....

—Son muy importantes, créame, —le detuvo el doctor—. ¿Y aún lo tiene, el pelo aquel? —preguntó.

—Desapareció de la manera más extraña, —explicó el Coronel—. Tenía un aspecto muy curioso, como el asbesto, y lo mandé analizar por el Químico local. Pero, o bien el hombre aquel no fue capaz de determinar su origen, o simplemente no le gustó el aspecto que tenía por la razón que fuera, pues me lo devolvió y me dijo que no era ni animal, ni vegetal, ni mineral, al menos por lo que había podido determinar, y que no deseaba tener nada que ver con aquello. Lo envolví en papel de estraza, pero una semana después, al abrir el paquete... ¡había desaparecido! Oh, las historias son sencillamente interminables. Podría contarles cientos del mismo tipo.

—¿Y qué hay de sus experiencias personales, Coronel Wragge? —preguntó gravemente John Silence, intentando mostrar en sus maneras el mayor interés y empatía posibles.

El soldado sufrió un casi imperceptible sobresalto. Parecía evidentemente incómodo.

—Nada, creo yo, —dijo lentamente—, nada... eerh... me gustaría dejarlo para más tarde. Es decir, nada que merezca la pena contar, al menos... por ahora.

Su boca se cerró con un chasquido. El Dr. Silence, tras esperar un poco para ver si añadía algo, no pareció presionarle en ese punto.

—Bien, —continuó, y aunque podía haber hablado con franqueza, pareció no atreverse—, este tipo de cosas ha continuado ocurriendo desde entonces, a intervalos. Por supuesto que, los rumores de este tipo se propagan como un reguero de pólvora, y la gente comenzó a cruzar la región para venir a ver el bosque, y hacerse ellos mismos una idea general. Los restos de trampas y avisos únicamente aumentaron su insistencia; y... a ver qué les parece esto, —se mofó—, ¡Cierta Sociedad Investigadora local llegó al extremo de escribir para solicitar permiso para que uno de sus miembros pasara una noche en el bosque! Petulantes estúpidos que no escribieron para marcharse; vinieron y se llevaron pedazos de corteza de los árboles, y se los entregaron a los clarividentes, que a su vez inventaron otra sarta de historias. Sencillamente, parecía no haber fin a todo aquello.

—De lo más incómodo e irritante, ya lo creo, —interpuso el doctor.

—Entonces, de repente, el fenómeno cesó tan misteriosamente como había comenzado, y el interés decayó. Los relatos se olvidaron. La gente encontró interés en alguna otra cosa. Todo aquello parecía haberse terminado. Fue a finales de julio. Puedo decírselo con exactitud porque he llevado un diario de más o menos todo lo que ha ocurrido.

—¡Ah!

—Pero ahora, bastante recientemente, en las últimas tres semanas,

todo ha vuelto a comenzar de nuevo con un... con una especie de ataque furioso, por decirlo así. Realmente se ha vuelto muy preocupante. Podrán imaginarse a qué me refiero, y el estado general del asunto, cuando les diga que la posibilidad de abandonar este lugar se me ha pasado por la cabeza

—¿Incendiarlos? —sugirió el Dr. Silence entre dientes, pero no tan bajo como para que el Coronel Wragge no le oyera.

—¡Por Júpiter, señor, me ha quitado usted las palabras de la boca! —exclamó aturdido el hombre, mirando de mí al doctor y del doctor a mí, y haciendo sonar las monedas de su bolsillo, como si de ese modo fuera a encontrar alguna explicación para los poderes divinos de mi amigo.

—Es sólo que lo estaba usted pensando muy intensamente, —dijo el doctor tranquilamente—, y sus pensamientos formaron una imagen en mi mente antes de que los exteriorizara. No es más que una mera lectura del pensamiento muy elemental.

Ví que su intención no era dejar perplejo al buen hombre, sino únicamente impresionarle con sus poderes para asegurarse su posterior obediencia.

—¡Buen Dios! No tenía ni idea.... —No terminó la frase y regresó de nuevo, abruptamente, a su narración.

—Aunque yo, concretamente, no ví nada, eso debo admitirlo, los relatos de los numerosos testigos presenciales hablan de algo parecido a líneas de luz, como delgados haces de fuego, moviéndose por el bosque, y en ocasiones chisporroteando, tal como haría una llama,... en dirección a esta casa. Allí, —explicó con una voz firme que me sobresaltó, señalando en el mapa con un grueso dedo—, donde el límite occidental de la plantación se acerca al extremo inferior de la valla a espaldas de la casa... donde se une con esas zonas oscuras, que son los arbustos de laurel que inundan la zona trasera... allí es donde se vieron las luces. Se desplazaron desde el bosque hasta los arbustos, e incluso llegaron a alcanzar la misma casa. Como cohetes silenciosos, los describió un hombre, rápidos como un relámpago e increíblemente brillantes.

—¿Y esa evidencia de la que hablaba?

—En realidad llegaron hasta los lados de la casa. Dejaron una marca carbonizada sobre los muros... los muros de la casa de la lavandería, en el otro extremo. Mañana podrá verlos. —Señaló al mapa para indicar el lugar, y luego se enderezó y miró en torno a la sala, como si hubiera dicho algo que nadie pudiera creer, y esperara una contradicción.

—Carbonizada... igual que las caras, —murmuró el doctor, mirándome significativamente.

—Si... carbonizada, —repitió el Coronel, siendo incapaz de terminar la frase debido a su emoción.

Hubo un silencio prolongado en la sala, durante el cual escuché el borboteo del aceite en la lámpara, el chasquido de los carbones ardiendo y el sonido de la pesada respiración de nuestro anfitrión. En mi espina

dorsal se arrastraban las más incómodas sensaciones, y me pregunté si le molestaría a mi compañero en caso de que durmiera en el sofá de su propia alcoba. Eran las ocho de noche, según observé en el reloj de la mesa. Habíamos cruzado la línea divisoria, y nos adentrábamos a buen ritmo en la aventura. El combate entre mi interés y mi miedo se agudizó. Pero, aunque hubiera sido posible echarse atrás, creo que aquel día habría ganado el interés.

—Tengo enemigos, claro está, —escuché que la ruda voz del Coronel rompía aquella pausa, —y he despedido a cierto número de empleados...

—No se trata de eso, —añadió brevemente John Silence.

—¿Cree usted que no? En cierto modo me alegro, y aún así... ese tipo de cosas, uno puede afrontarlas y tratar con ellas.....

Dejó sin acabar la frase, y miró al suelo con una expresión de firme severidad que delató un momentáneo arranque de carácter. Aquel hombre tan luchador aborrecía y detestaba, el hecho de pensar en un enemigo que no pudiera ver, y que le acechara. En aquel instante, se movió y fue a sentarse en la silla que había entre nosotros. Se le escapó algo parecido a un suspiro. El Dr. Silence no dijo nada.

—A mi hermana, claro está, la mantengo ignorante de todo este asunto, en la medida de lo posible, —dijo abstraidamente, como si hablara consigo mismo—. Pero aunque se enterara, no tardaría en encontrarle alguna explicación racional. Ojalá pudiera yo también encontrar alguna. Estoy seguro de que existe.

Se produjo entonces un intervalo en la conversación que resultó de lo más significativo. No pareció una auténtica pausa, ni el silencio pareció auténtico silencio, pues ambos hombres continuaban pensando con tal fuerza y rapidez que uno casi imaginaba sus pensamientos formando palabras en el aire de la habitación. Era algo más que una pequeña ilusión formada por la extraña emoción de todo cuanto había oído, pero lo que estimulaba mis nervios más que cualquier otra cosa, era el hecho evidente de que el doctor estaba, claramente, sobre la pista de un descubrimiento. Creo que en su mente, en aquel momento, había ya resuelto la naturaleza de este enigmático problema psíquico. Su rostro era como una máscara, y empleaba la más absoluta economía de palabras y gestos. Todas sus energías se dirigían hacia su interior, y mediante aquellos inexcrutables métodos y procesos, que dominaba merced a sus estudios y su infinita paciencia, estuve seguro de que ya se hallaba en lid contra las fuerzas que se ocultaban en aquel singular fenómeno, trazando sus profundos planes para arrastrarlas hacia la luz, y entonces enfrentarse a ellas.

El Coronel Wragge, mientras tanto, se hallaba más y más intranquilo. De vez en cuando, se giraba hacia mi compañero, como si estuviera a punto de hablar, pero siempre cambiaba de opinión en el último momento. En una ocasión, se levantó y abrió la puerta de repente,

aparentemente para comprobar que no hubiera nadie escuchando por la cerradura, pues desapareció un momento en el espacio entre ambas puertas, y entonces le escuché abrir la exterior. Permaneció allí durante algunos segundos y profirió un sonido, como si olfateara el aire a semejanza de un perro. Entonces, cerró cuidadosamente ambas puertas y regresó ante la chimenea. Una extraña excitación parecía invadirle. Evidentemente, estaba intentando hacerse a la idea de decir algo que no le resultaba fácil de contar. Y John Silence, tal como yo había juzgado, esperaba pacientemente a que pudiera elegir el modo y el momento adecuado para comunicárnoslo. Al fin, se volvió a nosotros, enderezando sus grandes hombros, y perceptiblemente incómodo.

El Dr. Silence le miró con empatía.

—Sus propias experiencias me serán de la mayor ayuda, —observó tranquilamente.

—El hecho es, —dijo el Coronel, hablando muy bajo—, que durante la pasada semana ha habido brotes de fuego en esta misma casa. Tres brotes separados... y todos ellos... en la alcoba de mi hermana.

—Si, —dijo el doctor, como si eso fuera exactamente lo que había esperado escuchar.

—Completamente inexplicables... todos ellos, —añadió el otro, y entonces se sentó. Comencé a comprender en parte el motivo de su excitación. Se estaba dando cuenta, al fin, de que la explicación "natural" que había urdido, se estaba volviendo imposible de mantener, y eso le molestaba. Le enfurecía.

—Afortunadamente, —continuó—, en todos los casos, ella estaba fuera, y no se enteró. Pero he dispuesto que ahora duerma en una alcoba de la planta baja.

—Una sabia precaución, —dijo sencillamente el doctor. Hizo una o dos preguntas. Los fuegos habían comenzado en las cortinas... en una ocasión en las de la ventana, y en otra, en las de la cama. La tercera vez, el humo había sido descubierto por la doncella, que venía a hacer la habitación, y se encontró con que las ropas de Miss Wragge que colgaban de las perchas, estaban prendiendo. El doctor escuchaba atentamente, pero no hacía comentario alguno.

—¿Y puede ahora decirme, —dijo al fin—, qué es lo que siente usted sobre todo esto?... ¿Cual es su impresión general?

—Me siento un poco estúpido al decirlo, —replicó el soldado, tras un momento de duda—, pero tengo exactamente la misma sensación que tenía cuando estaba en el servicio activo, durante mis Campañas en la India: igual que si la casa y todo lo que contiene, estuviera en estado de sitio; como si algún enemigo oculto estuviera acampado a nuestro alrededor... emboscado en algún lado. —Emitió una suave risa nerviosa—. Como si la próxima señal de humo fuera a precipitar el pánico absoluto... un pánico aterrador.

Me llegó la imagen de la noche ensombreciendo la casa, y de los

enredados pinos que había descrito, rodeándola, y ocultando a algún poderoso enemigo; y, observando la resuelta cara y figura del viejo soldado, forzado al fin a confesar, comprendí algo de lo que había pasado por su mente, antes de solicitar la ayuda de John Silence.

—Y mañana, a menos que me equivoque, es luna llena, —dijo de repente el doctor, vigilando el rostro del otro para observar el efecto de sus aparentemente descuidadas palabras.

El Coronel Wragge sufrió un sobresalto incontrolable, y su rostro, por vez primera, mostró un inequívoco pavor.

—¿Qué significa....? —comenzó, con un labio tembloroso.

—Sólo que estoy comenzando a ver la luz en este asunto extraordinario, —continuó el otro con calma—, y, si mi teoría es correcta, cada mes, cuando la luna está en su plenitud, debería incrementarse la actividad del fenómeno.

—No veo la conexión, —respondió el Coronel Wragge de un modo casi salvaje—, pero me atrevería a decir que en mi diario podrá comprobarlo. —Mostró la más atónita expresión que jamás he visto en una cara honesta, pero descartó esta corroboración adicional de una explicación que le dejaba perplejo.

—Debo confesar, —repitió—, que no veo la conexión.

—¿Y por qué debería de hacerlo? —dijo el doctor, con su primera risa de aquella noche. Se levantó y volvió a colgar el mapa en el muro—. Pero yo sí... porque estas cosas son mi especialidad... y permítame añadir que ya antes me he enfrentado a problemas que no son naturales, y que carecen de explicación natural. Es meramente una cuestión de lo que uno sabe... o está dispuesto a admitir.

El Coronel Wragge le miró con un nuevo y curioso respeto en su rostro. Pero sus sentimientos se habían relajado. Más aún, la risa del doctor y su cambio de actitud habían resultado un alivio para todos, rompiendo el hechizo de grave suspense que nos había envuelto. Todos nosotros nos levantamos, estiramos nuestras extremidades y paseamos un poco por la sala.

—Celebro mucho, Dr. Silence, si me permite decirlo, que esté usted aquí,—dijo sencillamente—, de hecho, lo celebro muchísimo. Y ahora, me temo que les he mantenido en vela hasta muy tarde, —me miró también a mí—, pues deben de estar fatigados, y deseosos de acostarse. Ya les he contado todo cuanto había que contar, —añadió—, y mañana deberán encontrarse con total libertad para tomar los pasos que estimen necesarios.

El final fue abrupto, aunque natural, pues nada quedaba ya por decir, y ninguno de aquellos dos hombres era de los que hablan por hablar.

Al salir al frío y oscuro vestíbulo, encendió nuestros candiles y nos condujo escaleras arriba. La casa descansaba en silencio, y todos dormían. Nos desplazamos con suavidad. Por las ventanas de las escaleras pudimos ver la luz de la luna, descendiendo sobre la llanura, y

resaltando sus profundas sombras. Los cercanos pinos eran visibles en la distancia, un muro de negrura impenetrable.

Nuestro anfitrión accedió un instante a nuestras habitaciones, para comprobar que no nos faltara nada. Señaló una fuerte sogá que se hallaba bajo la ventana, sujeta al muro por medio de una argolla de hierro. Evidentemente, había sido instalada recientemente.

—No creo que vayamos a necesitarla, —dijo el Dr. Silence con una sonrisa.

—Confío en que no, —contestó gravemente nuestro anfitrión—. Duermo muy cerca de ustedes, en esta misma planta, —susurró, señalando hacia su puerta—, y si ustedes... necesitaran cualquier cosa durante la noche, ya saben dónde encontrarme.

Nos deseó un sueño reposado y desapareció por el pasillo hacia su alcoba, apagando, al entrar en ella, el candil con su enorme y musculosa mano.

John Silence me detuvo un momento antes de que me fuera.

—¿Ya sabes lo que es? —pregunté, con una emoción que se imponía a mi cansancio.

—Sí, —me dijo—. Estoy casi seguro. ¿Y tú?

—Ni la más mínima idea.

Pareció decepcionado, ¡Pero ni la mitad de lo que yo lo estaba!

—Egipto, —susurró,

—¡Egipto!

II

No ocurrió nada que me molestara aquella noche... es decir, nada excepto una pesadilla en la cual el Coronel Wragge me daba caza entre delgadas llamaradas, y su hermana siempre evitaba que me escapara levantándose de repente de su silla... muerta. El profundo lamento de los perros me despertó una vez; debía ser justo antes del alba, pues ví la forma de la ventana recortándose contra la luz del cielo; creo que, también, hubo un destello de luz, un resplandor, mientras me daba la vuelta en el lecho. Y hacía mucho calor para ser octubre, un calor opresivo.

No fue hasta después de las once, que nuestro anfitrión sugirió salir con las armas, en lo que, según nos pareció, no era sino una excusa para su verdadero propósito. Personalmente, me alegré de salir al aire puro, pues la atmósfera de la casa estaba cargada de presentimientos. La sensación de un desastre inminente pendía sobre todos nosotros. El miedo inundaba los pasillos, y acechaba en las esquinas de todas las habitaciones. Era una casa encantada, pero encantada de verdad; no por la débil sombra de los muertos, sino por una definitiva aunque incalculable influencia que se hallaba activamente viva, y que era

peligrosa. Al menor aroma de humo, la casa entera se sobresaltaba. Un olor a quemado, estaba seguro de ello, paralizaría a todos sus habitantes. Pues los criados, aunque adecuadamente ignorantes merced a las órdenes no dictadas de su amo, mostraban también el temor común; y la incómoda incertidumbre, unida a esta especie de calculado e implacable espíritu de malignidad, provocaba una especie de sentimiento de fatalidad que imperaba no sólo en los muros, sino también en las mentes de la gente que vivía en su interior.

Tan sólo la brillante y agradable visión de la anciana Miss Wragge, mientras era transportada por la casa en su silenciosa silla, asintiendo y charlando con todo el que se encontraba, evitó que cayéramos enteramente en la depresión que gobernaba a la mayoría. La visión de aquella mujercita era como un rayo de luz solar a través de las profundidades de algún viejo bosque enfermo, y justo cuando salíamos la ví, mientras su sirviente la transportaba hacia el sol del patio trasero, y capté su saludable sonrisa mientras ella giraba la cabeza y nos deseaba un buen deporte.

La mañana era de las mejores de octubre. Los rayos del sol incidían sobre la hierba y las hojas, volviéndolas de un color rojo dorado. Los primeros mensajeros del frío que había de venir, se hallaban ya en el aire, un adelanto del invierno que se avecinaba. Y las amplias moreras que crecían por todas partes contra el cielo, como un mar purpúreo interrumpido por el gris ocasional de algunas rocas, se agitaban ante el fresco y perfumado viento del oeste. Y el puro sabor del mar se extendía por doquier, como el aroma principal, nacido quizás en los remolinos que gritaban y giraban en círculos en el aire.

Pero nuestro anfitrión no mostró interés alguno en aquella resplandeciente belleza, y no tenía en mente el mostrarnos los paisajes de sus tierras. Su mente estaba centrada en otra cosa, y por tanto, también la nuestra.

—Estas colinas llenas de moreras se extienden durante varias horas de paseo,—dijo, haciendo un ademán con la mano—; y por allí, a unas cuatro millas, —señalando en otra dirección—, está la bahía de S....., un entrante del mar, grande y pantanoso, y poblado por miríadas de aves marinas. En el otro lado de la casa están las plantaciones y los bosques de pinos. Pensé que podríamos llevar algunos perros e ir primero al Bosque de los Doce Acres, del cual les hablé la pasada noche. Está bastante cerca.

Encontramos a los perros en el establo, y yo recordé el profundo lamento de aquella noche, cuando un excelente mastín y dos gran Daneses saltaron para darnos la bienvenida. Singulares compañeros para las armas, pensé para mí, mientras caminábamos por los campos y las enormes criaturas saltaban y corrían a nuestro lado, olfateando el suelo.

La conversación fue escasa. El grave rostro de John Silence no

animaba a hablar. Esgrimía una expresión que yo conocía muy bien... aquella mirada de grave aislamiento, que significaba que todo su ser estaba profundamente concentrado y preocupado. Asustado, nunca había llegado a verle, pero a menudo mostraba ansiedad... y en esos momentos no podía evitar observarle... y, ahora, estaba ansioso.

—A la vuelta podrán ver la casita de la lavandería, —observó brevemente el Coronel Wragge, pues también él, parecía tener poco que decir—. A esa hora, llamaremos menos la atención.

Ni siquiera la chispeante belleza de la mañana pareció ser capaz de desvanecer los sentimientos de incómoda amenaza que acechaban en el fondo de nuestra mente, mientras avanzábamos.

Tras unos pocos minutos, un cúmulo de pinos ocultó la casa de nuestra vista, y nos encontramos en las inmediaciones de una plantación de coníferas densamente poblada. El Coronel Wragge se detuvo bruscamente, y, extrayendo un mapa de su bolsillo, explicó una vez más, muy resumidamente su posición con respecto a la casa. Nos mostró cómo se extendía hasta casi los muros de la casa de la lavandería... aunque por el momento estaba fuera de nuestra vista... y señaló a las ventanas de la alcoba de su hermana, donde habían tenido lugar los brotes de fuego. La habitación, ahora vacía, miraba directamente al bosque. Entonces, mirando a su alrededor con nerviosismo, y tras llamar a los perros, propuso que entráramos en la plantación y realizáramos los exámenes que creyéramos convenientes. A los perros, añadió, quizá podría persuadirseles para que nos acompañaran durante un trecho del camino... y los señaló, reunidos a sus pies... pero no estaba muy seguro de ello.

—Mucho me temo que ni los gritos ni el látigo podría hacer que fueran más lejos, —dijo—. Lo sé por experiencia.

—Si no tiene objeción, —replicó el Dr. Silence con decisión, y hablando casi por primera vez—, realizaremos a solas nuestro examen... El Sr. Hubbard y yo. Sería mejor así.

Su tono era absolutamente definitivo, y el Coronel accedió tan educadamente que incluso una persona menos intuitiva que yo, se habría percatado de que estaba genuinamente aliviado.

—Indudablemente, tendrán sus buenas razones, —dijo.

—Únicamente que deseo obtener mis impresiones sin alteración alguna. Esta delicada pista sobre la que estoy trabajando puede ser borrada muy fácilmente por los pensamientos de otra mente con ideas fuertemente preconcebidas.

—Perfectamente. Comprendo, —prosiguió el soldado, aunque con una expresión de contención que contradecía claramente sus palabras—. Entonces esperaré aquí con los perros; y le echaremos un vistazo a la lavandería en el camino de vuelta.

Me giré una vez para mirar, detrás mío, mientras rodeábamos el bajo muro de piedra construido por el anterior propietario, y ví su erguida y

soldadesca figura, bañada en un campo de luz solar, observándonos con una mirada curiosamente intensa. Había algo que me parecía incongruente, casi patético, en los esfuerzos de aquel hombre para encontrar todo tipo de explicaciones al misterioso asunto, y al mismo tiempo, tener en cuenta e investigar todas las posibilidades. Me saludó con la cabeza e hizo un gesto de despedida con la mano. Aquella imagen suya, de pie, ante la luz del sol con sus grandes perros, observándonos fijamente, permanece aún hoy, en mi memoria.

El Dr. Silence guió nuestros pasos por entre los enredados troncos, plantados muy cerca unos de otros siguiendo un diseño, y yo le seguí pegado a sus talones. En el instante que nos perdimos de vista, se giró y apoyó su escopeta contra las raíces de un gran árbol, y yo hice lo mismo.

—Difícilmente vamos a necesitar estas aborrecibles armas de asesino, —observó con una fugaz sonrisa.

—¿Entonces, estás seguro de tu pista? —Pregunté al momento, ardiendo de curiosidad, aunque temiendo traicionarme y que me considerara un estorbo. Sus propios métodos eran absolutamente sencillos y nada teatrales.

—Estoy seguro de mi pista, —respondió gravemente—. Y creo que hemos venido justo a tiempo. Lo sabrás en su momento. En cuanto a ahora mismo...conténtate con seguirme y observar. Y piensa; piensa intensamente. El soporte de tu mente me ayudará.

Su voz tenía esa tranquila autoridad que es capaz de hacer que los hombres se enfrenten a la muerte con una especie de felicidad y orgullo. En aquel instante, le habría seguido a cualquier parte. Al mismo tiempo, sus palabras transmitían una sensación de seria amenaza. Capté la presencia de su confianza; pero también, en aquella plena luz del día, sentí la alarma que dejaba traslucir.

—¿Aún sigues sin tener impresiones fuertes? —preguntó—. ¿No ha ocurrido nada por la noche, por ejemplo? ¿Ningún sueño vívido?

Me miró fijamente esperando mi respuesta; yo estaba alerta.

—Dormí casi sin interrupciones. Estaba tremendamente cansado, ya lo sabes, y, excepto por el opresivo calor....

—¡Bien! Aún notas el calor, entonces, —hablo para sí mismo, en lugar de esperando una respuesta—. ¿Y el resplandor? —añadió—, ese resplandor de un cielo despejado... ese destello... ¿Lo notaste?

Respondí sinceramente que pensaba haber visto un destello durante un instante de vigilia, y entonces atrajo mi atención sobre ciertos hechos, antes de que nos pusiéramos en marcha.

—Ya recuerdas la sensación de calor cuando te llevaste la carta a la frente en el tren; el calor general que reinaba en la casa la pasada tarde, y, como acabas de mencionar, por la noche. También has oído las historias del Coronel sobre las apariciones de fuego en este bosque y en la casa misma, y el modo en que su hermano y el capataz encontraron la

muerte hace veinte años.

Asentí, preguntándome qué diablos significaría todo aquello.

—¿Y no obtienes ninguna pista de todos esos hechos? —preguntó ligeramente sorprendido.

Escudriñé por cada esquina de mi mente e imaginación, buscando algún indicio sobre a qué se refería, pero me obligué a admitir ante él, que aún no entendía nada.

—No te preocupes, ya lo harás. Y ahora, —añadió—, daremos un paseo por el bosque, a ver qué encontramos.

Sus palabras me explicaban algo de su método. Debíamos mantener la mente alerta e informarnos el uno al otro de la más mínima impresión que cruzara por la galería de imágenes del pensamiento. Entonces, mientras comenzábamos a caminar, se volvió hacia mí con un último aviso.

—Y, para tu seguridad, —dijo gravemente—, imagínate ahora... y mientras dure el asunto, imagínate siempre, hasta que dejemos este lugar... imagina con todas tus fuerzas, que estás rodeado por una concha que te protege. Obsérvate a tí mismo en el interior de un envoltorio protector, y constrúyelo con la más intensa imaginación que puedas evocar. Invierte en ello toda la fuerza de tu pensamiento y voluntad. Cree, nítidamente, durante toda esta aventura, que semejante concha, construida por tus pensamientos, voluntad e imaginación, te envuelve completamente, y que nada puede atravesarla para atacar.

Hablaba con dramática convicción, mirándome con dureza, como para reforzar su significado, y entonces se movió hacia delante y comenzó a avanzar por la ruda y espesa hierba en dirección al bosque. Y mientras tanto, conocedor de la eficacia de sus remedios, procuré adoptarlos, empleando lo mejor de mis habilidades. Al momento, los árboles se cerraron sobre nosotros como la noche. Sus ramas se encontraban unas con otras en un continuo revoltijo, sus troncos se juntaban más y más, la vegetación del suelo se espesaba y multiplicaba.

Nuestras manos, nuestros pantalones, comenzaron a sufrir rasguños, y nuestros ojos se cubrieron de un fino polvo que hacía más difícil escrutar el colgante, complejo entramado de ramas y enredaderas. La áspera hierba blanca que arañaba nuestros zapatos como si fuera cuerda, crecía aquí y allá, en retales. Coronaba algunos pequeños montículos y rocas, que se alzaban como si fueran cabezas humanas, fantásticamente vestidas, y cubiertas, hasta llegar al suelo, con crestas de cabello muerto. Procuramos saltarlas o rodearlas. Era difícil abrirse camino, y me dí cuenta de que sería imposible de cruzar por la noche. Saltábamos, cuando era posible, de roca en roca, y parecía como si estuviéramos saltando sobre las cabezas en algún campo de batalla, y que aquella hierba muerta, blanca, ocultaba ojos que se giraban para vernos pasar.

Aquí y allá, el sol brillaba con vívidos puntos de luz blanca, iluminando la vista, sólo para resaltar, en contraste, la oscuridad de los

alrededores. Y en dos ocasiones pasamos por dos lugares en los que la hierba había ardido, dejando unas marcas oscuras y circulares y un anillo de cenizas. El Dr. Silence las señaló, pero sin hacer comentario alguno y sin detenerse, y al verlas se despertó en mí una singular conciencia de la amenaza que esperaba, fuera de nuestra vista, pero no muy lejos, en esta aventura.

Era un trabajo agotador, y muy pesado. Nos mantuvimos juntos. El calor, además, era extraordinario. Aunque no parecía el calor del cuerpo debido a un violento ejercicio, sino más bien un calor interno de la mente que tendía brillantes manos de fuego sobre el corazón y producía en el cerebro una especie de fuerte llamarada. Cuando mi compañero se percataba de haber avanzado demasiado, esperaba a que le alcanzara. El lugar había permanecido evidentemente sin tocar por la mano de ningún hombre, guardián, forestal o deportista, durante muchos años; y mis pensamientos, mientras avanzábamos dolorosamente, no eran muy diferentes al estado del bosque mismo... oscuros, confusos, llenos de embrujada maravilla y de la sombra del miedo.

A estas alturas, toda señal de campo abierto ante nosotros se había ocultado. Ni un sólo rayo de sol penetraba en la espesura. Parecía que estuviéramos en el corazón de algún bosque primigenio. Entonces, de repente, los arbustos, raíces y la enmarañada hierba se terminaron; los árboles se despejaron; y el suelo comenzó a inclinarse hacia arriba, hacia un gran montículo central. Habíamos llegado al centro de la plantación, y ante nosotros se alzaban las rotas piedras Druídicas que nuestro anfitrión había mencionado. Ascendimos con facilidad la pequeña colina, entre los troncos dispersos, y, descansado sobre uno de aquellos tocones envueltos en hiedra, miramos a nuestro alrededor a un espacio relativamente abierto, tan extenso, seguramente, como una pequeña plaza de Londres.

Pensando en las ceremonias y sacrificios que habría presenciado aquel rudo círculo de monolitos prehistóricos, miré el rostro de mi compañero con una pregunta no pronunciada. Pero leyó mis pensamientos y meneó la cabeza.

—Nuestro misterio no tiene nada que ver con estos símbolos de muerte, —dijo—, sino con algo quizás incluso más antiguo, y de otra tierra, además.

—¿Egipto? —Dije entre dientes, desesperadamente intrigado, pero recordando sus palabras a la puerta de mi alcoba.

Asintió. Mentalmente aún no me acababa de orientar, pero él parecía intensamente preocupado y no era momento para hacerle preguntas; así que mientras sus palabras circulaban por mi mente ininteligiblemente, miré a la escena que se alzaba ante mí, contento por la oportunidad de recobrar el aliento y algo de compostura. Pero casi no tuve tiempo de notar las enredadas y contorsionadas formas de muchos de los pinos que estaban cerca nuestro, cuando el Dr. Silence se inclinó y me tocó en el hombro. Señaló hacia abajo de la cuesta.

Y la mirada que ví en sus ojos agitó cada uno de los nervios de mi cuerpo. Una delgada, casi imperceptible columna de humo azul se elevaba entre los árboles a unas veinte yardas del comienzo del montículo. Pareció ascender más y más, y desapareció de la vista entre las enmarañadas ramas de arriba. Era escasamente más espeso que el humo de una pequeña rama ardiendo.

—¡Protégete! Imagina con fuerza tu caparazón protector, —susurró el doctor con dureza—, y sígueme de cerca.

Se levantó al instante y se movió rápidamente, cuesta abajo, en dirección al humo, y yo le seguí, temiendo quedarme solo. Escuché el suave crujir de nuestros pasos sobre las caídas agujas de los pinos. Por encima de su hombro, observé la delgada espiral azul, sin apartar ni un sola vez mis ojos de ella. No sabría describir la peculiar sensación de vago horror que me inspiró la visión de aquella forma de humo que delineaba su camino hacia arriba, por entre los oscuros árboles. Y la sensación de calor creciente mientras nos aproximábamos era extraordinaria. Era como caminar hacia un brillante aunque invisible fuego.

Al acercarnos más, su paso se fue haciendo más lento. Entonces se detuvo y señaló, y pude ver un pequeño círculo de hierba quemada en el suelo. Las raíces estaba ennegrecidas y humeaban, y desde el centro se alzaba aquella línea de humo claramente marcado, puro, azul. Entonces noté un movimiento en la atmósfera de nuestro entorno, como si el aire caliente se estuviera elevando y el aire fresco pugnara por ocupar su lugar: un pequeño foco de viento en aquella desolación. Por encima nuestro, las copas se agitaron y temblaron, justo en el lugar donde el humo desaparecía. Por otra parte, ni un solo árbol susurró, ni se escuchó sonido alguno. El bosque estaba silencioso como una tumba. Se me ocurrió la espantosa idea de que el curso de la naturaleza estaba a punto de cambiar si previo aviso, o que ya había cambiado un poco, que el cielo se derrumbaría, o que la superficie de la tierra se hundiría hacia dentro, como una burbuja estallada. Algo había, ciertamente, que alcanzaba la ciudadela de mi razón, causando temblores en su trono.

John Silence avanzó de nuevo. No podía ver su rostro, pero su actitud era claramente de resolución, de músculos y mente listos para una acción vigorosa. Estábamos a unos diez pies del círculo ennegrecido, cuando el humo, de repente, dejó de elevarse y desapareció. El rastro de la columna desapareció en el aire sobre nosotros, y al mismo instante me pareció que la sensación de calor se alejaba de mi rostro, y la sensación de movimiento del viento se esfumó. El tranquilo espíritu del frío octubre volvió a tomar el mando.

Codo con codo, avanzamos y examinamos el lugar. La hierba estaba humeando, y el suelo aún caliente. El círculo de tierra quemada tenía de un pie a pie y medio de diámetro. Parecía igual que una ordinaria hoguera de picnic. Me incliné cautelosamente hacia abajo, con el fin de mirar, pero al segundo pegué un respingo con un involuntario grito de alarma, pues,

mientras el doctor pateaba las cenizas para prevenir que prendieran, el sonido de un siseo se alzó de aquel lugar, como si hubiera golpeado a una criatura viva. Aquel siseo fue vagamente audible en el aire. Se movió más allá de nosotros, en dirección a la frondosa porción de bosque a un lado de nuestro campo, y en un segundo, el Dr. Silence se había apartado del fuego y comenzado la persecución. Y entonces comenzó la más extraordinaria caza de la invisibilidad que pudiera haber imaginado.

Iba aún más rápido que al principio, y, desde luego, era perfectamente obvio que seguía a algo. A juzgar por la posición de su cabeza, mantenía los ojos fijos a un cierto nivel... justo por encima de la altura de un hombre... y como consecuencia de ello, tropezó un par de veces debido a la rudeza del suelo. El sonido siseante se detuvo. No se escuchaba sonido alguno de ninguna clase, y qué era lo que veía para seguirle, es algo que no llego a comprender. Sólo sé que dejé a un lado lo mortal de aquella amenaza, y con una punzante curiosidad por ver lo que había que ver, le seguí tan rápido como pude, e incluso entonces tuve dificultades para mantener su ritmo.

Y, mientras avanzábamos, todas aquellas historias que nos había contado el Coronel bullían en mi cerebro, produciendo una curiosa sensación de risa asustada que se mantenía sujeta, únicamente por la visión de aquella grave y veloz figura que había ante mí. Pues John Silence en plena acción, me inspiraba una especie de adoración. Parecía tan diminuto entre aquellos gigantescos árboles enredados,... mientras que yo sabía que su propósito y sus conocimientos eran tan grandes, que incluso corriendo de aquella manera resultaba dignificado. El estar jugando a aquel peculiar y exagerado juego, junto con el hecho de que éramos dos hombres bailando sobre el filo de una posible tragedia, y la mezcla de las dos emociones en mi mente era algo a la vez grotesco y aterrador.

Nunca se dió la vuelta, durante aquella enloquecida cacería, sino que avanzó a toda velocidad, mientras yo resollaba tras de él, como si fuera una figura de una absurda pesadilla. Y, mientras corría, se me ocurrió que él había estado al tanto, en todo momento, a su tranquila manera interna, de muchas cosas que había preferido ocultar para analizarlas en secreto; había estado observando, esperando, planeando, desde el momento en que entramos en las sombras del bosque. Mediante algún concentrado proceso interno de su mente, dinámico, si no del todo mágico, había estado en contacto directo con la fuente de toda aquella aventura, con la misma esencia del verdadero misterio. Y ahora, las fuerzas se movían hacia el climax. Algo estaba a punto de suceder, algo importante, algo posiblemente amenazador. Cada nervio, cada sentido, cada gesto significativo de la figura que había ante mí, proclamaba aquel hecho con tanta seguridad como los cielos, el viento y el aspecto de la tierra le comunica a las aves el momento de migrar, o avisa a los animales de que el peligro acecha, y deben partir.

Al poco rato, alcanzamos la base del montículo y penetramos en la enmarañada vegetación que había entre nosotros y la luz del campo abierto. Allí, las dificultades de desplazarse velozmente se incrementaron un ciento por ciento. Había raíces que sortear, ramas bajas con las que agacharse, e incontables troncos caídos que bloqueaban el paso, haciéndolo imposible. Aunque el Dr. Silence no pareció detenerse o dudar. Continuó, corriendo, saltando, esquivando, arrastrándose, pero siempre en la misma dirección, siguiendo una pista clara. En dos ocasiones, tropecé y caí, y en ambos casos, al levantarme de nuevo, le ví delante mío, forzando la marcha, como un perro tras su presa. Y en ocasiones, como un sabueso, se detuvo y apuntó la cabeza... de un modo humano, psíquico,... y cada vez que señalaba con la cabeza a un punto, se escuchaba aquel vago siseo en el aire, sobre nosotros. El instinto de un rastreador infalible le poseía, y no cometía errores.

Al fin, abruptamente, conseguí alcanzarle, y comprobé que habíamos llegado a la orilla del estanque que el Coronel Wragge había mencionado en su resumen de la pasada noche. Era largo y estrecho, cubierto de agua marrón oscura, sobre la que los árboles se reflejaban débilmente. Ni una sola onda cruzaba su superficie.

—¡Observa! —me avisó mientras me acercaba a él—. Está a punto de cruzar. Se dispone a traicionarse a sí mismo. El agua es su enemigo natural, y veremos su dirección.

Y, mientras así hablaba, una delgada línea, como el rastro de una araña de agua, cruzó rápidamente por la brillante superficie; en el aire, justo encima, se alzaba una especie de haz espectral; e inmediatamente me percaté de un olor a quemado.

El Dr. Silence se volvió y me echó una mirada que me hizo pensar en un rayo. Comencé a temblar.

—¡Rápido! —gritó excitado—, ¡al sendero, de nuevo! Debemos rodearle. ¡Se dirige hacia la casa!

La alarma en su voz me aterrorizó bastante. Sin un sólo paso en falso, rodeé la frondosa orilla y me precipité de nuevos, tras sus pasos, en el enmarañado mar de raíces y troncos de árbol. Ahora nos hallábamos en medio de la zona densamente arbolada que rodeaba el límite exterior de la plantación, y el campo abierto estaba cerca; aunque la zona estaba tan oscura que no fue hasta un rato después que los primeros rayos de sol se hicieron visibles. El doctor, ahora, corría en zig-zag. Estaba siguiendo a algo que avanzaba a una velocidad bastante increíble, aunque había empezado, me pareció, a moverse más lentamente que antes.

—¡Rápido! —gritó—. ¡En la luz le perderemos!

Por mi parte, aún no veía nada, no oía nada, ni captaba sugerencia de pista alguna; pero aquel hombre, guiado por algún método interior de adivinación que parecía infalible, no daba vueltas erróneas, aunque cómo se libró de estrellarse de cabeza contra los árboles, es un misterio que aún no he coseguido desentrañar. Y entonces, con un súbito resplandor,

nos encontramos en el límite del bosque que conducía a campo abierto, con la brillante luz del sol en nuestros ojos.

—¡Demasiado tarde! —Le oí gritar, con una nota de angustia en su voz—. Ha salido... y, por Dios, ¡Se dirige hacia la casa!

Ví al Coronel, que continuaba en el campo con sus perros allí donde le habíamos dejado. Estaba medio sentado, observando el bosque, cuando nos oyó gritar, y se levantó como accionado por un resorte. John Silence pasó como una centella, diciéndole que nos siguiera.

—Perderemos la pista en la luz, —le escuché gritar mientras corría—. ¡Pero rápido! ¡Aún podemos llegar allí a tiempo!

Aquella salvaje carrera a campo abierto, con los perros siguiéndonos los talones, trotando y saltando, y el anciano Coronel a nuestro lado, corriendo como hubiera hecho por su vida,... ¿Los olvidaré alguna vez? Aunque sólo tenía vagas ideas del significado de todo aquello, puse lo mejor de mí en aquella carrera, y, siendo el más joven de los tres, alcancé la casa el primero, con cierta facilidad. Me detuve, resollando, y me giré para esperar a los demás. Pero, mientras me giraba, algo que se movía a poca distancia atrajo mi atención, y en aquel instante, juro que experimenté el más singular y sobrecogedor shock de sorpresa y terror que he conocido jamás, o que pueda concebir como posible.

Pues la puerta principal estaba abierta, y siendo tan estrecho el lateral de la casa, pude ver a través del vestíbulo, el comedor y más allá, hasta la parte trasera, y allí ví nada menos que a la figura de Miss Wragge... corriendo. Incluso a aquella distancia, estaba claro que me había visto, y se dirigía rápido hacia mí, corriendo con el paso frenético de una mujer poseída por el terror. Había recuperado el uso de sus piernas.

Su rostro estaba pálido y gris, como el de una muerta, pero su expresión general era de alborozo, pues su boca sonreía, y sus ojos, siempre resplandecientes, brillaban con la luz de una alegría salvaje que se parecía al júbilo de un niño, aunque resultaba singularmente inquietante. Y en aquel mismo segundo, mientras pasaba a mi lado para lanzarse en brazos de su hermano, olí de un modo inconfundible, un olor a quemado, y hasta el día de hoy, el aroma del humo y el fuego son capaces de llegar a ponerme enfermo, por el recuerdo de lo que viví.

Tras ella, además, venía su aterrorizada asistente, más madura que ella misma, y capaz de hablar... cosa que la anciana dama no parecía capaz de hacer... pero con un rostro bastante aterrorizado.

—Estábamos al sol, junto a los arbustos, —... balbuceó y gritó ante las distraídas preguntas del Coronel Wragge—,... Yo guiaba su silla, como siempre, cuando ella tembló y saltó... no lo sé exactamente... estaba demasiado asustada para ver... ¡Oh, Dios mío! saltó limpiamente de la silla... ¡y corrió! Sentimos una ráfaga de aire caliente desde el bosque, y ella ocultó su rostro y saltó. No emitió sonido alguno... no gritó, ni hizo ningún sonido. Tan sólo corrió.

Pero aquel horror de pesadilla, alcanzó su punto álgido unos pocos

minutos después, mientras aún me encontraba ante el vestíbulo, temporalmente privado del habla e incapaz de moverme; pues mientras el doctor, el Coronel y la asistente se hallaban a mitad de camino de la escalinata, ayudando a la débil mujercita a llegar a la intimidad de su alcoba, todos ellos formado un confuso grupo de oscuras figuras, sonó una voz a mi lado, y me volví para ver al mayordomo, con el rostro sofocado, y los ojos saliéndole de las órbitas.

—¡La lavandería está en llamas! —gritó—; ¡Han alcanzado el edificio de la lavandería!

Recuerdo aquella curiosa expresión "han alcanzado," y deseé reír, pero encontré que mi rostro estaba rígido e inflexible.

—El diablo nos ronda otra vez, ¡Que Dios nos ayude! —gritó, corriendo en círculos a mi alrededor y con la voz sofocada por el terror.

Y entonces, el grupo de las escaleras, se dispersó, como por el sonido de un disparo, y el Coronel y el Dr. Silence bajaron los escalones de tres en tres, dejando a la afligida Miss Wragge al cuidado de su única asistente.

Corrimos por el patio frontal, y en un momento estábamos dando la vuelta a la esquina de la casa, con el Coronel guiando el paso, Silence y yo pegados a sus talones, y el sobrecogido mayordomo bufando a cierta distancia, más atrás, mezclando cada vez más sus referencias a Dios y al diablo; y en el momento en que pasamos los establos y quedó ante nuestra vista el edificio de la lavandería, vimos un espantoso volumen de humo que salía por las ventanas, y a las asustadas criadas corriendo de acá para allá, gritando mientras corrían.

La llegada de su amo restauró el orden al instante, y aquel soldado retirado, quizás un pobre pensador, pero un hombre de acción bastante eficaz, se hizo cargo del asunto desde el principio. Lanzó órdenes como una catapulta, y, casi antes de que pudiera darme cuenta, estaban llevando cubos de agua y se había formado una fila de hombres y mujeres entre el edificio y la fuente del establo.

—Adentro, —escuché gritar a John Silence, y el Coronel le siguió a través de la puerta, mientras que yo me apresuraba a salir detrás de ellos, justo a tiempo de oírle añadir—, el humo es lo peor de todo. Creo que ni siquiera hay un verdadero fuego.

Y, ciertamente, no había fuego. El interior estaba lleno de humo, pero pronto se aclaró y no se llegó a usar un solo cubo contra el suelo o los muros. La atmósfera era sofocante, el calor terrorífico.

—Hay bastante poco que pueda arder aquí; es todo piedra, —exclamó el Coronel, tosiendo. Pero el doctor estaba señalando el recubrimiento de madera del gran caldero en el que se sumergía la ropa para lavar, y vimos que estaba requemado y humeante. Y cuando echamos sobre aquello, medio cubo de agua, borboteó y siseó, lanzando bocanadas de vapor. Acabaron por dispersarse, junto con el resto del humo, por la puerta y las ventanas abiertas, nos quedamos allí, los tres,

sobre el suelo de ladrillo, mirando hacia aquel punto y preguntándonos, cada uno a su manera, cómo era posible, en nombre de las leyes naturales, que aquel lugar hubiera llegado a arder o a emitir humo. Todos estábamos en silencio... yo mismo, por mi incapacidad y aturdimiento, el Coronel mostrando una de esas expresiones que lo dicen todo, sin necesidad de hablar, y John Silence enfrascado mentalmente en esta última manifestación de aquel profundo problema, que requería su concentración más que cualquier palabra.

Realmente no había nada que decir. Los hechos eran indiscutibles.

El Coronel Wragge fue el primero en hablar.

—Mi hermana, —dijo brevemente, y se movió. Ya en el patio, le escuché mandar a los criados que regresaran a sus quehaceres, con una voz excelentemente eficiente, reprendiendo a alguno que otro por haber encendido un fuego tan grande y haber permitido que el lugar se recalentara, y sin prestar atención a la temblorosa réplica de que no se había encendido fuego alguno en varios días. Luego despachó a un mensajero a caballo para buscar al doctor local.

Entonces, el Dr. Silence se volvió y me miró. El absoluto control que poseía, no sólo sobre su expresión externa de emociones o gestos, cambio de color, brillo de ojos, y todas esas cosas, sino, tal y como yo bien sabía, sobre el mismísimo nacimiento de su corazón, y esa máscara inexpresiva que era capaz de asumir a voluntad, hacían extremadamente difícil conocer, en un momento dado, que en su consciencia interior, se hallaba trabajando. Pero ahora, al volverse y mirarme, no mostró aquella expresión de esfinge, sino más bien el resplandeciente rostro triunfante de un hombre que ha resuelto un complicado y peñigroso problema, y encuentra el camino libre hacia la victoria.

—¿Qué piensas ahora? —preguntó tranquilamente, como si fuera el asunto más sencillo del mundo, y la ignorancia fuera imposible.

Tan sólo podía mirarle estúpidamente, y permanecer en silencio. Miró hacia abajo, a las chamuscadas marcas junto al caldero, y trazó una figura en el aire con su dedo. Pero me hallaba demasiado excitado, o demasiado mortificado, o incluso demasiado atónito, quizás, como para ver qué era lo que había delineado, o qué intentaba sugerir. Tan sólo podía continuar mirándole, sacudiendo mi perpleja cabeza.

—Un elemental del fuego, —gritó—, un elemental del fuego del tipo más poderoso y maligno...

—¿Un qué? —tronó la voz del Coronel Wragge a nuestro lado, tras haber regresado de repente.

—Es un elemental del fuego,— repitió el Dr. Silence con más calma, pero con una nota de triunfo en su voz que no era capaz de ocultar, —y un elemental del fuego muy encolerizado.

Al fin, comenzó a hacerse la luz en mi mente. Pero el Coronel... que nunca antes había oído aquel término, y que estaba a un paso de sentirse considerablemente abrumado, como hombre sencillo que era, ante todo

aquel misterio con el que no sabía enfrentarse... el Coronel permaneció allí, con la mirada más atónita que hubiera visto jamás en un semblante humano, y continuó rumiando, refunfuñando y observando.

—¿Y por qué, —comenzó, con un salvaje deseo de encontrar algo visible con lo que pudiera combatir—... por qué, por todos los infiernos....? —y entonces se detuvo, mientras John Silence se le acercaba y tomaba su brazo.

—Eso es, mi apreciado Coronel Wragge,—dijo amablemente, —ha dado usted con el "quid" de la cuestión. Ha preguntado 'Por qué.' Y ese es, precisamente, nuestro problema.— Mantuvo firmemente la mirada del soldado. —Y eso, además, creo yo, es algo que pronto sabremos. Venga, discutamos un plan de acción... puede que en esa habitación suya con dobles puertas.

La palabra "acción" le calmó un poco, y nos condujo, sin más dilación, de regreso a la casa, y por el largo pasillo de piedra, hasta la sala donde habíamos oído sus relatos la noche de nuestra llegada. Comprendí, por la mirada del doctor, que mi presencia no haría que la entrevista fuera más fácil para nuestro anfitrión, y subí las escaleras hacia mi alcoba... temblando.

Pero en la soledad de mi cuarto, los vívidos recuerdos de la última hora revivieron tan implacablemente que comencé a sentir que nunca en mi vida llegaría a olvidar la siniestra imagen de Miss Wragge corriendo... aquel macabro climax humano tras todo aquel misterio inhumano del bosque... y no me desagradó cuando un criado tocó a mi puerta y dijo que el Coronel Wragge estaría complacido si me unía a ellos en la pequeña sala de fumar.

—Creí que sería mejor que estuviera usted presente, —fue todo cuanto dijo el Coronel Wragge cuando entré en la sala.

Me senté en una silla de espaldas a la ventana. Faltaba aún una hora para el almuerzo, aunque me imaginé que las usuales divisiones del día difícilmente podían estar en nuestra mente en quel momento. La atmósfera de la habitación era, lo que yo llamaría eléctrica. El Coronel estaba ciertamente excitado; permanecía de espaldas al fuego, manoseando un cigarro negro sin encender, con el rostro tenso, y todo su ser obviamente preparado para la acción. Él odiaba este misterio. Era venenoso para su naturaleza, y ansiaba hacer frente a algo, cara a cara... algo con lo que pudiera combatir. El Dr. Silence, según noté a instante, estaba sentado ante al mapa de la región, que se hallaba extendido sobre una mesa. Supe por su expresión, el estado en que se hallaba su mente. Tenía ya, la clave del sunto, lo supe al momento, y se hallaba trabajando ante una gran presión. Reconoció mi presencia levantando la mirada, y el destello de sus ojos, que contrastaba con su quietud y compostura, me dijo mucho.

—Estaba a punto de exponer brevemente a nuestro anfitrión lo que considero la clave de todo este asunto, —dijo sin levantar la mirada—,

cuando me sugirió que debías de unirte a nosotros, para poder trabajar todos juntos.

Y, mientras me acomodaba en el asiento, me sorprendí a mí mismo preguntándome qué clase de cualidad habría en la calmada voz de aquel hombre tan inexpresivo, que le hacía parecer tan llena de poder, tan cargada con la extraña, viril personalidad de su autor, y que parecía inspirarnos su propia confianza, como mediante un proceso de radiación.

—El Sr. Hubbard, —continuó gravemente, volviéndose al soldado—, sabe algo acerca de mis métodos, y en más de una... er... situación interesante, ha probado ser de gran ayuda. Lo que ahora necesitamos... —y entonces se levantó bruscamente y ocupó su lugar junto al Coronel, mirándole fijamente—... son hombres con autocontrol, que estén seguros de sí mismos, cuyas mentes, en el momento crítico, emitan fuerzas positivas, en lugar de las inciertas e imprevisibles debidas a sentimientos negativos... debidas, por ejemplo, al miedo.

Miró de uno a otro. El Coronel Wragge apartó un poco, uno de sus pies, y se encogió de hombros; y yo me sentí culpable, pero no dije nada, consciente de que mi reserva latente de coraje estaba siendo deliberadamente atacada de frente. Me manejaba con la precisión de un reloj.

—De modo que, en el asunto que se acerca, —continuó nuestro líder, —cada uno de nosotros contribuirá con su parte de poder, para asegurar el éxito del plan.

—No me asusta nada a lo que pueda ver, —dijo con empaque el Coronel.

—Estoy preparado, —me escuché decir a mí mismo, como de un modo automático—, para cualquier cosa, —y luego añadí, sintiendo que la declaración era bastante insuficiente—, y para todo.

El Dr. Silence dejó el mapa y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, con ambas manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de caza. Una tremenda vitalidad emanaba de él. Yo no era capaz de apartar los ojos de aquella pequeña figura que se movía; pequeña, si,... y aún así, más parecía un gigante, planeando la destrucción de los mundos. Y su actitud era gentil, como siempre, casi susurrante, y sus palabras brotaban con calma, sin énfasis o emoción alguna. La mayoría de lo que dijo, iba dirigido, aunque no demasiado obviamente, al Coronel.

—La violencia de este ataque repentino, —dijo suavemente, paseando de un lado a otro de la librería, hasta el final de la sala—, es debida, desde luego, en parte al hecho de que esta noche la luna está en su plenitud... —aquí me miró por un momento—...y en parte al hecho de que todos nosotros nos hallamos concentrado en el asunto de un modo tan deliberado. Nuestras suposiciones, nuestra investigación, han manifestado una inusual actividad. Me refiero a la fuerza inteligente que está detrás de estas manifestaciones, se ha dado cuenta de que alguien

está intentando destruirlo. Y ahora está a la defensiva: más aún, "Eso" es agresivo.

—Pero 'Eso'... ¿Qué es 'Eso'? —comenzó el soldado, resoplando—. ¿Qué, en nombre de todo lo horrible, es un elemental del fuego?

—No puedo darle en este momento, —replicó el Dr. Silence, volviéndose a él, pero sin mostrar incomodo por la interrupción—, una lección de la naturaleza e historia de la magia; lo que sí puedo contarle, es que un Elemental es la fuerza activa que existe en los elementos,... ya sean tierra, aire, agua, o fuego,... es impersonal en su naturaleza esencial, pero puede ser enfocado, personificado, dotado de alma, por así decirlo, por aquellos que saben cómo hacerlo... por magos, si lo desea... para ciertos propósitos particulares, casi del mismo modo en que el vapor y la electricidad pueden ser dominados por el práctico hombre de nuestro siglo.

Por sí solas, estas ciegas energías elementales pueden conseguir bastante poco, pero gobernadas y dirigidas por una voluntad entrenada o por un poderoso manipulador pueden desarrollar potentes actividades para el bien o el mal. Son las bases de toda la magia, y ellos mismos son el motivo de que una magia sea 'negra' o 'blanca'; pueden ser los vehículos de maldiciones o de bendiciones, pues una maldición no es nada más que el pensamiento perpetuo de una voluntad violenta. Y en semejantes casos... casos como este... la consciente voluntad de la mente que está utilizando al elemental, permanece siempre detrás del fenómeno...

—Cree usted que mi hermano... —interrumpió el Coronel, algo molesto.

—No tiene nada en absoluto que ver con ello... directamente. El Elemental del Fuego que ha estado aquí, atormentándole a usted y a su gente, fue enviado con una misión mucho tiempo antes de vivir usted, o su familia, o sus antepasados, o incluso antes de que esta nación... a menos que esté muy equivocado... hubiera llegado a existir. Pasaremos a eso más tarde; tras el experimento que propongo realizar, podremos ser más positivos. Por el momento, tan sólo puedo decir que aquello con lo que nos enfrentamos ahora, no sólo es el mero fenómeno de un Fuego Agresor, sino también con la vengativa y encolerizada inteligencia que lo dirige por detrás del escenario... vengativa y encolerizada, —...repitió las palabras.

—Eso explica... —comenzó el Coronel Wragge, buscando furiosamente unas palabras que no era capaz de encontrar lo bastante rápidamente.

—Mucho, —dijo John Silence, con un gesto apaciguador.

Se detuvo un momento en medio de su paseo, y un profundo silencio se abatió sobre la pequeña habitación. A través de las ventanas, la luz del sol parecía ser menos brillante, la larga línea de oscuras montañas parecían menos amistosas, haciéndome pensar en una vasta ola que

ascendía hasta el cielo, y que se hallaba a punto de romper y envolvernos. Algo formidable se había arrastrado hasta el mundo que nos rodeaba. Pues, indudablemente, había un pensamiento inquietante, que producía tanto maravilla como terror, en la imagen que conjuraban sus palabras: la concepción de una voluntad humana alzando su mano inmortal, implacable y destructiva, y traspasando las edades, para atacar a los vivos y afligir al inocente.

—Pero ¿Cual es su objeto? —estalló el soldado, incapaz de contenerse por más tiempo—. ¿Porqué viene de esa plantación? ¿Y porqué habría de atacarnos a nosotros, o a quien fuera?

Las preguntas fluían de él como de un torrente.

—Todo a su debido tiempo, —contestó el doctor tranquilamente, tras dejar que se explayara durante algunos minutos—. Pero primero debo descubrir positivamente, qué, o quién, dirige a este Elemental del Fuego en particular. Y, para hacer tal cosa, primero deberemos —...hablaba con lenta deliberación—... intentar capturarlo... confinarle en un medio visible... limitar su esfera a una forma concreta.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó el soldado, soltando las palabras con genuina sorpresa.

—Pues sí, —continuó el otro con calma—; pues tras hacer tal cosa, creo que debemos poder liberarle del cometido que lo ata, devolverle a su condición normal de fuego latente, y también... —bajó la voz perceptiblemente— ...también descubrir el rostro y la forma del Ser que le da sustancia.

—¡El hombre tras el arma! —gritó el Coronel, comenzando a comprender algo, e inclinándose hacia delante, para no perderse una sola sílaba.

—Quiero decir que, en última instancia, antes de que regrese al estado de fuego potencial, probablemente asumirá el rostro y la figura de su Director, del hombre de saberes mágicos que originalmente le ató con sus encantamientos y le obligó a afrontar una misión que dura ya siglos.

El soldado se sentó y suspiró abiertamente, soltando el aire con fuerza; pero fue una voz muy débil la que formuló la siguiente pregunta.

—¿Y cómo propone usted hacerle visible? ¿Cómo podremos capturarlo y confinarle? ¿A qué se refiere, Dr. John Silence?

—Revistiéndole con los materiales de una forma. Mediante un sencillo proceso de materialización. Una vez limitado por las dimensiones, se volverá lento, pesado, visible. Entonces podremos disiparlo. El fuego invisible, ya lo ha visto, es peligroso e impredecible; atrapado en una forma, quizás podamos combatirlo. Debemos doblegarlo... hasta su muerte.

—¿Y cual es ese material? —preguntamos al unísono, aunque yo empezaba a suponerlo.

—No es agradable, pero sí efectivo, —fue la calmada respuesta—; las exhalaciones de sangre fresca, recién vertida.

—¡No será sangre humana! —gritó el Coronel Wragge, levantándose de su silla con una voz como una explosión. Creí que los ojos se le salían de las órbitas.

El rostro del Dr. Silence se relajó a su pesar, y su pequeña risa espontánea produjo un bienvenido, aunque momentáneo alivio.

—Los días de los sacrificios humanos, (eso espero), ya no volverán, —explicó—. La sangre animal servirá a nuestro propósito, y podemos realizar el experimento del modo menos desagradable posible. Lo único es que la sangre debe haber sido derramada recientemente y ser fuerte, con las emanaciones vitales que atraen a esta clase peculiar de criatura elemental. Quizás... quizás si algún cerdo de la granja estuviera listo para el mercado... —se giró para ocultar una sonrisa; pero el fugaz toque de la comedia no encontró eco en la mente de nuestro anfitrión, que no era capaz de comprender cómo podía cambiarse rápidamente de una emoción a otra. Evidentemente estaba debatiendo muchas cosas, laboriosamente, en su honesto cerebro. Pero, al final, la gravedad y la actitud científicamente desinteresada del doctor, cuya influencia sobre él eran aún bastante grandes, ganaron la partida, y acabó por mostrarse más calmado, y comentó brevemente, que creía que ese asunto podría arreglarse.

—Hay otros métodos, y menos desagradables, —continuó explicando el Dr. Silence—, pero todos requieren tiempo y preparación, y las cosas han ido ya demasiado lejos, en mi opinión, como para admitir demoras. Y el proceso no tiene por qué causarle incomodo: nos sentaremos alrededor del cuenco y aguardaremos resultados. Nada más. Las emanaciones de la sangre... las cuales, tal como dice Levi, son la primera encarnación del fluído universal... forman los materiales con los cuales, las criaturas de vida descarnada, los espíritus si así lo prefiere, pueden usar sobre sí mismos para adoptar una apariencia temporal. El proceso es muy antiguo, y supone los fundamentos de todo sacrificio de sangre. Era conocido por los sacerdotes de Baal, y es conocido por los modernos bailarines del éxtasis, que se realizan cortes para producir que los fantasmas bailen con ellos. Y aún el clarividente menos dotado podrá decirle que las formas que se ven en la vecindad de los mataderos, o cercanos a antiguos campos de batalla, son... bueno, sencillamente están más allá de toda descripción. No quiero decir con esto, —añadió, notando la incómoda intranquilidad de su anfitrión—, que algo en nuestro experimento en la lavandería tenga por qué resultar aterrador al aparecer, pues este caso parece comparativamente sencillo, y tan sólo es el vengativo carácter de la inteligencia que dirige a este Elemental del Fuego lo que causa ansiedad y provoca riesgos personales.

—Es curioso, —dijo el Coronel, con un súbito arranque de palabras, soltando un largo suspiro, como si hablara de cosas que le desagradaban en grado sumo—, pues durante mis años entre las Tribus de las Montañas, al Norte de la India, me encontré... me topé, personalmente...

con restos de sacrificios de sangre a ciertas deidades, que habían sido detenidos abruptamente, y toda clase de desastres habían tenido lugar hasta que se habían reanudado. Fuegos inexplicables en las chozas, (e incluso en las ropas) de los nativos... y... y admito que he leído, en el curso de mis estudios, —...hizo un gesto hacia sus libros y hacia la atestada mesa—,... acerca de cómo los Yezidis de Siria evocaban fantasmas, cortando sus cuerpos con cuchillos durante sus remolineantes danzas... enormes globos de fuego que adoptaban monstruosas y terribles formas... y recuerdo un informe en alguna parte, además, acerca de cómo las difusas formas y pálidos semblantes de los espectros, que se le aparecieron al Emperador Juliano, dijeron ser los verdaderos Inmortales, y le dijeron que reanudara los sacrificios de sangre 'pues dichos actos, desde el establecimiento del Cristianismo, habían ido menguando'...y que estos eran, en realidad, los fantasmas evocados por los ritos de sangre.

Tanto el Dr. Silence como yo mismo, escuchamos asombrados, pues aquella súbita oratoria era del todo inesperada, y denotaba mucho más conocimiento del que ninguno de los dos habríamos sospechado en el viejo soldado.

—Entonces, quizás también haya leído, —dijo el doctor—, cómo las Deidades Cósmicas de las razas salvajes, elementales en su naturaleza, se han mantenido vivas durante muchas eras por medio de estos ritos de sangre...

—No, —respondió—; eso es nuevo para mí.

—En cualquier caso, —añadió el Dr. Silence—, celebro que esté algo familiarizado con el asunto, pues podrá aportar más empatía, e incluso más ayuda, a nuestro experimento. Ya que, desde luego, en este caso, sólo necesitamos la sangre para tentar a la criatura para salga de su escondrijo y hacerle adoptar una forma...

—Creo que entiendo a qué se refiere. Y sólo había dudado, ahora mismo, —continuó, con sus palabras saliendo más lentamente, como si sintiera que ya había dicho demasiado—, porque deseaba estar completamente seguro de que no era mera curiosidad, sino la auténtica necesidad la que nos llevaba a este horrible experimento.

—Son su seguridad, su mansión, y su hermana, las que están en juego, —contestó el doctor—. Una vez que lo haya visto, espero descubrir de qué época viene este Elemental, y cual es su verdadero propósito.

El Coronel Wragge manifestó su aprobación arqueando una ceja.

—Y la luna nos ayudará, —dijo el otro—, pues se encontrará en su plenitud a primeras horas de la madrugada, y esta clase de ser elemental siempre es más activo en los periodos de plenilunio. De modo que, ya lo ve, la pista nos la dió su diario.

Y así fue acordado, finalmente. El Coronel Wragge nos proveería de los materiales para el experimento, y nos encontraríamos a medianoche.

Cómo podría él encontrarse a esas horas... pero eso era asunto suyo. Lo único que sabía era que ambos sabíamos que mantendría su palabra, y el hecho de que un cerdo muriera a medianoche, o de madrugada, era, después de todo, algo que afectaba sólo al sueño y el confort personal de su ejecutor.

—Esta noche, entonces, en la lavandería, —dijo finalmente el Dr. Silence, para zanjar la cuestión—; nosotros tres solos... y a medianoche, cuando la mansión duerma y estemos libres de cualquier interrupción.

Intercambió significativas miradas con nuestro anfitrión, quien, en aquel momento, había sido llamado por un criado, que le había comunicado que el doctor de la familia había llegado, y que estaba dispuesto a verle en los aposentos de su hermana.

John Silence desapareció durante el resto de la tarde. Yo tenía mis sospechas de que había realizado una visita en secreto a la plantación, y también al edificio de la lavandería; pero, de cualquier modo, no le ví en ningún momento, y mantuvo esa información estrictamente para sí. Se estaba preparando para la noche, eso estaba claro, pero la naturaleza de sus preparativos sólo podía suponerla. Hubo movimiento en su alcoba, según escuché, y un olor parecido al incienso alrededor de la puerta, y sabiendo como sabía, que mantenía algunos ritos como vehículos para sus energías, mis suposiciones, probablemente, no andaban muy lejos de la realidad.

También el Coronel Wragge permaneció ausente la mayor parte de la tarde, y, profundamente afligido, difícilmente abandonaba el lecho de su hermana, pero en respuesta a mi pregunta, cuando nos encontramos por un momento a la hora del té, me contó de ella que, aunque en ocasiones intentaba hablar, sus palabras eran incoherentes e histéricas, y que aún era incapaz de explicar la naturaleza de lo que había visto. El médico, según me dijo, temía que hubiera recuperado el uso de sus miembros, sólo para apartar esa información de su memoria, y quizás, incluso de su mente.

—Entonces la recuperación de sus piernas, confío en que pueda ser permanente, de todos modos, —aventuré, encontrando difícil saber cómo podía darle ánimos. Y me respondió con una curiosa risa queda—, Oh si; en cuanto a eso, no creo que haya ninguna duda.

Y fue debido a una mera casualidad, que escuché un fragmento de conversación... involuntariamente, desde luego... y que arrojó un poco de luz sobre el estado en el que se hallaba la anciana dama. Pues, mientras salía de mi habitación, ocurrió que el Coronel Wragge y su médico bajaban juntos las escaleras, y sus palabras flotaron hasta mis oídos antes de que pudiera darme a conocer con una tosecilla.

—Entonces debe usted hallar la manera, —decía el doctor con decisión—; pues no puedo más que insistir vehementemente en este punto... y a toda costa, debe ser mantenida en reposo. Esos intentos

suyos por salir, deben ser prevenidos... si fuera necesario, por la fuerza. Ese deseo suyo de visitar un bosque o cualquier otra cosa sobre la que habla, es algo, desde luego, de naturaleza histérica. Por el momento, no se lo debe permitir.

—Y no será permitido, —escuché que contestaba el soldado, mientras llegaban al vestíbulo.

—Algo ha impresionado su mente por algún motivo... —continuó el médico, como un medio evidente de intentar explicar aquella situación, y entonces la distancia hizo imposible que pudiera escuchar más.

Durante la cena, el Dr. Silence tampoco compareció, con la excusa pública de un dolor de cabeza, y aunque se envió comida a su alcoba, me inclino a creer que ni la tocó, sino que pasó todo el rato meditando. Nos retiramos temprano, esperando que el servicio hiciera lo mismo, y debo confesar que a las diez de la noche, tras dedicar a mi anfitrión un provisional "buenas noches", y acceder a mi alcoba para intentar prepararme mentalmente lo mejor que pudiera, me percaté, de un modo poco agradable, de que era una misión de lo más singular y formidable, aquel encuentro a medianoche en el edificio de la lavandería, y que había momentos en todas las aventuras de la vida, en las que un hombre sabio, o uno que conociera sus propias limitaciones, debía sólo a su dignidad el hecho de no escabullirse discretamente. Y, si no hubiera sido por el carácter de nuestro líder, yo, probablemente, me habría imaginado la mejor excusa que hubiera podido, y me habría quedado allí, durmiendo tranquilo, y esperando escuchar a la mañana siguiente, un relato de lo que había sucedido. Pero con un hombre como John Silence, semejante lapsus estaba fuera de toda discusión, y me senté ante mi chimenea, contando los minutos y haciendo todo lo que se ocurría para fortalecer mi resolución y endurecer mi voluntad hasta un punto en el que pudiera estar razonablemente seguro de que mi autocontrol podría soportar los ataques de los hombres, demonios, o elementales.

III

Cuarto de hora antes de la medianoche, envuelto en un pesado abrigo, y con pies sigilosos, me deslicé cautelosamente de mi cuarto y crucé el pasillo hasta las escaleras. Me detuve un momento, para escuchar, ante la puerta del doctor. Todo estaba en silencio; la casa estaba sumida en la oscuridad; no se veía luz alguna por debajo de las puertas; tan solo, al final del corredor, desde la dirección de la habitación de la enferma, llegaban débiles sonidos de risas y palabras incoherentes, que no eran precisamente el tipo de cosas que le ayudan a uno a reforzar la mente, sino a reprimir un escalofrío, de modo que me apresuré a alcanzar el vestíbulo y a cruzar la puerta principal, y sumergirme en la noche.

El aire era frío y limpio, perfumado con los aromas de la noche, y exquisitamente fresco; el millón entero de candiles que iluminaban el cielo, se hallaban encendidos, y una suave brisa se alzaba y decaía con lejanos suspiros sobre las copas de los pinos. Mi sangre se agitó por un momento, ante la majestuosidad de la noche, pues las espléndidas estrellas me daban coraje; pero al instante siguiente, mientras giraba la esquina de la casa, desplazándome con sigilo por el suelo de grava, mi espíritu se hundió de nuevo, ominosamente. Pues, en lo alto, sobre las siniestras hojas de la Plantación de los Doce Acres, ví el amarillento y agujereado disco de la media luna, alzándose en el este, mirando hacia abajo, como si una vasta Entidad viniera para observar el desarrollo de los acontecimientos. Vista a través de los distorsionadores vapores de la atmósfera de la tierra, su rostro parecía misteriosamente extraño, y su habitual expresión de benigno abandono parecía haber cambiado. Continué mi camino a la sombra del muro, intentando mirar al suelo.

El edificio de la lavandería, como ya he descrito, se alzaba junto a las otras dependencias, rodeado por arbustos de laurel, y el huerto estaba tan cercano a uno de sus lados, que los fuertes olores del abono y las verduras que crecían resultaban algo agobiantes. Las sombras de la plantación embrujada, ampliamente aumentadas por la emergente luna, llegaban hasta los mismos muros y cubrían las losas de pizarra del tejado con un manto oscuro. En aquel momento, mis sentidos se hallaban tan intensamente alerta, que creo que podría llenar un capítulo entero con los interminables pequeños detalles de las impresiones que recibía... sombras, olores, formas, sonidos... en el espacio de unos pocos segundos me encontré esperando ante la cerrada puerta de madera.

Entonces me percaté de que alguien se movía hacia mí a la luz de la luna, y la figura de John Silence, sin abrigo ni sombrero, vino a unírseme con rapidez y en total silencio. Sus ojos, según vi al instante, brillaban increíblemente, y la resplandeciente palidez de su rostro se hallaba tan marcada que difícilmente podía distinguir cuándo pasaba de estar bajo la luz de la luna hasta sumergirse en las sombras.

Se acercó sin decir palabra, haciéndome señas para que le siguiera, y entonces abrió la puerta, y entró.

El viciado aire del lugar, llegó hasta nosotros como desde una cripta subterránea; y el suelo de ladrillo y los muros encalados, manchados de humo, reflejaron el frío sobre nuestras caras. Directamente en frente nuestro, se abría la negra garganta de la amplia chimenea abierta, con las cenizas de la leña, aún apiladas y dispersas por la tierra, y a cada lado de las columnas ascendentes de la chimenea, se hallaban los profundos receptáculos que contenían los dos calderos gemelos para hervir la ropa. Sobre las tapas de dichos calderos había dos pequeñas lámparas de aceite, que emitían, en forma de sombras rojas, toda la luz que había, e inmediatamente en frente de la chimenea había una pequeña mesa circular con tres sillas a su alrededor. Por encima, las estrechas ventanas,

en lo alto de los muros, dejaban ver un vago conglomerado de leña partida, medio envuelta en las sombras, y luego venía la oscura bóveda del tejado. Insana y deprimente, pues ante la luz roja, ciertamente lo era, me recordó a alguna clase de convento abandonado, desprovisto de pila o púlpito, severo y desagradable, y no pude sino extrañarme por el contraste entre los usos normales a los que estaba destinado, y el extraño y medieval propósito que nos había llevado esta noche bajo su tejado.

Posiblemente, debió recorrerme un involuntario escalofrío, pues mi compañero se giró con una mirada de confianza para darme ánimos, y estaba tan completamente seguro de sí mismo que yo, al momento, me beneficié de su abundancia, y sentí que comenzaba a recuperar el coraje. Pues mirar sus ojos en presencia del peligro, era como encontrar una especie de faro mental, que me guiaba y protegía a lo largo del estrecho filo de la alarma.

—Estoy bastante listo, —susurré, girándome para escuchar cualquier pisada que se aproximara a nosotros. Asintió, manteniendo aún sus ojos en los míos. Nuestros susurros sonaban huecos mientras arrancaban ecos en la bóveda.

—Celebro que estés aquí, —me dijo—. No muchos habrían tenido el valor necesario. Mantén controlados tus pensamientos, e imagina que la concha protectora te rodea... que rodea todo tu ser interior.

—Estoy bien, —repetí, maldiciendo el castañeteo de mis dientes.

Asió mi mano y la estrechó, y el contacto pareció transmitirme algo de su suprema confianza. Los ojos y las manos de un hombre fuerte, pueden tocar el alma. Creo que intuía mis pensamientos, pues una fugaz sonrisa pareció asomar a las comisuras de su boca.

—Ya te sentirás más cómodo, —dijo en un tono bajo—, cuando se complete la cadena. Por supuesto, podemos contar con el Coronel. Recuerda, aunque, —añadió en modo de aviso—, quizás puede que sea controlado... poseído... cuando Eso llegue, pues no sabrá cómo resistirlo. ¡Y explicar estos asuntos a un hombre así...! —Se encogió de hombros expresivamente—. Pero tan sólo será algo temporal, y yo me encargaré de que nada le haga daño.

Miró en torno suyo, con aprobación, a los arreglos que se habían dispuesto.

—La luz roja, —dijo, indicando las lámparas veladas—, posee el menor índice de vibración. Las materializaciones suelen disiparse ante una luz fuerte... no se forman, o se mantienen juntas... en rápidas vibraciones.

Yo no estaba seguro de aprobar del todo aquella débil luz, pues incluso en la completa oscuridad existe algo protector... el conocimiento de que, posiblemente, uno no puede ser visto... y eso se acaba al existir una luz tenue, pero recuerdo haberme obligado a mí mismo a mantener alerta mis pensamientos, y evitar darles expresión.

Hubo pasos en el exterior, y la figura del Coronel Wragge apareció en

el umbral de la puerta. Aunque al entrar en la estancia, hizo un ruido considerable, ya que sus movimientos se hallaban entorpecidos por la carga que portaba, y vimos un gran cuenco amarillento colgado de su cuerpo, a un brazo de distancia, tapado con una tela blanca. Su rostro, según noté, estaba rígidamente inexpresivo. También él era dueño de sí mismo. Y, mientras pienso en aquel viejo soldado moviéndose a través de aquella larga serie de acontecimientos alarmantes, observando y listo para el ataque, desprovisto del necesario conocimiento, pero sin desfallecer, e incluso impresionado por el terrible shock del terror de su hermana, pero mostrando aún ese digno semblante que algunos mantienen aún en la víspera de la derrota, comprendo a qué se refería el Dr. Silence cuando le describió como un hombre "con el que se podía contar."

Creo que no había nada, aparte de la rigidez de sus severos rasgos, y cierto tono grisáceo en su piel, que traicionara el torbellino de las emociones que indudablemente bullían en su interior; y la calidad de aquellos dos hombres, cada uno a su manera, me agradaron tanto que, en el momento en que la puerta estuvo cerrada y hubimos intercambiado silenciosos saludos, salió a relucir todo el coraje latente que aún poseía en mi interior, y me sentí más seguro de mí mismo que en toda mi vida.

El Coronel Wragge situó cuidadosamente el cuenco en el centro de la mesa.

—Medianoche, —dijo quedamente, observando su reloj, y los tres avanzamos hacia nuestras sillas. Allí, en medio de aquel frío y silencioso lugar, nos sentamos, con el vil cuenco ante nosotros, y un delgado, casi imperceptible hilillo de vapor, alzándose al aire a través de la tapa de tela blanca, y desapareciendo hacia arriba en el momento en que pasaba más allá de la zona de luz roja y entraba en las profundas sombras que proyectaba el muro de la chimenea.

El doctor había indicado nuestros asientos respectivos, y me encontré sentado de espaldas a la puerta, y en frente del negro hogar de la chimenea. El Coronel estaba a mi izquierda, y el Dr. Silence a mi derecha, ambos con el rostro medio vuelto hacia mi, y el resto de la cara envuelta en sombras. De modo que dividimos la pequeña mesa en tres secciones, y reclinándonos en nuestras sillas, esperamos en silencio a cualquier acontecimiento.

Durante casi una hora, creo que no hubo ni el más mínimo sonido entre aquellas cuatro paredes, o bajo la plementería de aquel techo abovedado. Nuestro calzado no golpeteaba el áspero suelo, y nuestra respiración fue reducida hasta casi suprimirse; incluso el roce de nuestras ropas, cuando nos movíamos de cuando en cuando, resultaba inaudible. El silencio nos envolvía por completo... el silencio de la noche, de escuchar atentamente, el silencio de una embrujada espectación. Incluso el gorgoteo de las lámparas era demasiado suave como para ser escuchado, y si la luz misma, tuviera un sonido, no creo que hubiéramos

notado el plateado resplandor de la luz de la luna, mientras penetraba por las estrechas ventanas altas, y mostraba sobre el suelo las delicadas trazas de sus pálidas pisadas.

El Coronel Wragge y el doctor, e incluso yo mismo, permanecíamos así sentados, como figuras de piedra, sin hablar ni gesticular. Mis ojos se paseaban en un incesante viaje desde el cuenco a sus caras, y de sus caras al cuenco. Podrían haber sido máscaras, de todos modos, por las pocas señales de vida que mostraban; y la luz que humeaba del horrible contenido bajo la tela blanca, hacía ya tiempo que había dejado de ser visible.

En aquel momento, mientras la luna se elevaba, el viento se alzó con ella. Suspiraba sobre el tejado, como la más ligera de las brisas; se deslizaba suavemente en torno a los muros; hizo que el suelo de ladrillo bajo nuestros pies, pareciera hielo. Y entonces vi mentalmente el páramo desolado que fluía como un mar alrededor de la vieja casa, las solitarias montañas desprovistas de árboles, los cercanos arbustos, sombríos y misteriosos en la noche. Y también, en particular, vi la plantación, e imaginé que escuchaba los siniestros susurros que debían de estar sonando en las copas de los árboles mientras la brisa pasaba a través de las enredadas ramas. A nuestro lado, en las profundidades de la sala, los rayos de luna se cruzaban entre sí, formando un creciente entramado. Fue después de una hora de extenuante atención, —y me atrevería a juzgar que sería la una de la madrugada—, cuando los perros del establo comenzaron a aullar por primera vez, y vi que John Silence se movía de repente en su silla, y adoptaba una actitud de atención. Todas las fuerzas de mi Ser saltaron al instante en aguda vigilancia. El Coronel Wragge también se movió, aunque lentamente, y sin levantar los ojos de la mesa que tenía delante.

El doctor extendió el brazo, y retiró la tela blanca que tapaba el cuenco.

Puede que fuera mi imaginación la que me persuadió de que el resplandor rojo de las lámparas crecía débilmente y el aire sobre la mesa se hacía más denso. Había estado esperando algo durante tanto tiempo, que el movimiento de mis compañeros, y el retirar de la tela, bien pudieron causar la ilusión momentánea de que algo había cruzado en el aire ante mi rostro, tocando la piel de mis mejillas con un sedoso roce. Pero lo que ciertamente no fue una ilusión, fue que el Coronel miró hacia arriba en aquel mismo instante, y luego observó por encima del hombro, como si sus ojos siguieran los movimientos de algo que se movía de aquí para allá por toda la habitación, y entonces abotonó su gabán, ajustándose y sus ojos reflejaron, primero mi propia cara, y luego la del doctor. Y no fue ninguna ilusión, el hecho de que su cara pareciera, de algún modo, haberse oscurecido, como si hubiera sido velada por una sombra oscura. Vi que sus labios se tensaban, y su expresión se endurecía, se tornaba más grave, y entonces, como un destello, se me

ocurrió que, sin duda, aquel hombre no nos había contado sino una pequeña parte de las experiencias que había tenido en esa casa, y que había mucho más de lo que había sido capaz de revelar. De eso estaba seguro. El modo en que se giraba y miraba en torno suyo, denotaban una familiaridad con más cosas de las que nos había descrito. No era una mera señal de fuego, lo que él buscaba; era la visión de algo vivo, inteligente, algo capaz de evadirse a su escrutinio; era una persona. Era la búsqueda del Ser ancestral lo que parecía obsesionarle. Y el modo en que el Dr. Silence respondió a su mirada... aunque sólo fue un brillo de la más sutil simpatía... confirmó mi impresión.

—Ahora, debemos estar listos, —le escuché decir con un susurro, y comprendí que sus palabras eran intencionadas, que eran un aviso, y me abracé mentalmente a toda mi fuerza interior.

De modo que, entre que el Coronel Wragge se giraba para mirar a su alrededor, y que el doctor había confirmado mi impresión de que al fin estaban empezando a ocurrir cosas, tomé conciencia, del modo más singular, de que en aquel lugar había alguien, aparte de nosotros tres. Aquella nueva presencia había comenzado a manifestarse al alzarse el viento. El aullido de los perros, también parecía haberlo señalado. No sabría decir cómo es posible que uno se dé cuenta de que, súbitamente, un lugar vacío se ha vuelto... no vacío..., cuando la nueva presencia no es algo que pueda ser percibida por los sentidos; pues este reconocimiento de lo "invisible," así como el cambio del equilibrio de las fuerzas personales en un grupo humano, son algo indefinible, y más allá de toda prueba. Y aún así, es algo indudable. Y supe con absoluta certeza, que en un momento dado, la atmósfera contenida entre esas cuatro paredes se había cargado con la presencia de otros seres vivientes, además de nosotros. Y, al reflexionar, estoy convencido de que mis dos compañeros también lo sabían.

—Observen la luz, —dijo el doctor entre dientes, y entonces supe también que no había sido una ilusión de mi mente lo que había hecho que el aire pareciera más oscuro, y el modo en que se giró para observar el rostro de nuestro anfitrión envió una corriente de eléctrico asombro y escalofriante expectación a cada nervio de mi cuerpo. Aunque no fue terror lo que experimenté, sino más bien una especie de mareo mental, y una sensación como de estar suspendido a alguna remota y terrible altitud, en la que algunas cosas podrían ocurrir, y de hecho, estaban a punto de ocurrir, y que nunca antes se habían manifestado en presencia del hombre. El horror podía haber sido un ingrediente más, pero no era un horror dominante, y en ningún sentido un horror fantasmal.

Pensamientos extraños comenzaron a later en mi mente, como golpes de pequeños martillos, suaves pero persistentes, buscando ser admitidos; su imparable marea, comenzó a barrer los extremos más lejanos de mi mente, y la impronta de extrañas sensaciones comenzó a aparecer en las fronteras más remotas de mi consciencia. Fui consciente

de pensamientos, y de las fantasías de pensamientos, que nunca antes había sabido que existían. Aparecieron porciones de mi ser que nunca antes se habían mostrado, y cosas ancestrales e inexplicables emergieron a la superficie, indicándome que las siguiera. Me sentí como si estuviera a punto de volar, en algún inmenso escenario, en un espacio exterior, hasta el momento desconocido, incluso en los sueños. Y fue tan singular el resultado que produjo en mí, que me alegré extrañamente de anclar mi mente, así como mis ojos, sobre la dominante personalidad del doctor, que estaba a mi lado, pues allí, me dí cuenta, podría siempre apelar a las fuerzas de la cordura y la seguridad.

Con un vigoroso esfuerzo de voluntad, regresé a la escena que tenía lugar ante mí, e intenté enfocar mi atención, con severos pensamientos, sobre la mesa, y sobre las silenciosas figuras que se sentaban a su alrededor. Y entonces vi que se habían producido algunos cambios en el lugar en el que estábamos sentados.

Noté que las zonas del suelo que estaban iluminadas por la luz de la luna, se habían vuelto curiosamente oscuras; los rostros de mis compañeros no eran ya, tan visibles como antes; y la frente y las mejillas del Coronel Wragge brillaban por el sudor. Más tarde, me dí cuenta de que había tenido lugar un extraordinario cambio en la temperatura de la atmósfera. El creciente calor tenía un efecto dañino, no solo sobre el Coronel Wragge, sino también sobre todos nosotros. Era opresivo y antinatural. Tragamos saliva, tanto en sentido figurado, como en realidad.

—Usted es el primero en sentirlo, —dijo el Dr. Silence en voz baja, mirando al Coronel—. Tiene, por supuesto, una conexión más íntima....

El Coronel estaba temblando, y parecía estar en un considerable aprieto. Las rodillas le temblaban, hasta el punto que la agitación de sus pies se hizo audible. Incliné la cabeza para señalar que había escuchado al doctor, pero no le contestó. Creo que, incluso entonces, intentaba continuar siéndonos de utilidad. Supe al instante contra qué estaba luchando. Tal como me había avisado el Dr. Silence, estaba a punto de ser poseído, y se resistía salvajemente, aunque de un modo inútil.

Pero, mientras tanto, una curiosa y remolineante sensación de exaltación comenzó a embriagarme. El creciente calor me parecía delicioso, me transmitía la sensación de una intensa actividad, de pensamientos que cruzaban por la mente a toda velocidad, de vívidas imágenes en el cerebro, de fieros deseos y brillantes energías que vivían en todas las partes del cuerpo. No fuí consciente de ningún incomodo psíquico, como el que sentía el Coronel, sino sólo de una vaga sensación de que el calor, súbitamente podría hacerse mucho más intenso... y que yo podría ser consumido... de que tanto mi personalidad como mi cuerpo, podían ser reducidos hasta una llama de puro espíritu. Comencé a sentir la vida a una velocidad demasiado intensa. Era como si me aguardaran un millar de éxtasis...

—¡Atento! —susurró a mi oído la voz de John Silence, y levanté la

vista sobresaltado, para ver que el Coronel se había levantado de su silla.

También el doctor se levantó. Seguí su ejemplo, y por vez primera pude ver el interior del cuenco. Para mi asombro y horror, ví que el contenido estaba revuelto. La sangre estaba turbia por el movimiento.

El resto del experimento lo presenciamos de pie. Vino, además, de un modo curiosamente repentino. De cualquier modo, dejé de soñar despierto.

Jamás olvidaré la figura del Coronel Wragge, de pie ante mí, tieso e inmóvil, plantado sobre sus pies, mirando a su alrededor, atónito más allá de toda creencia, aunque lleno de una ira combativa. Limitado por los muros blancos, el resplandor rojo de las lámparas sobre sus brillantes mejillas, con sus ojos brillando en contraste a la mortal palidez de su piel, respirando ruidosamente y realizando convulsivos esfuerzos de cuerpo y de manos por mantenerse bajo control, con todo su ser absorbido por una lucha salvaje, aunque con nada que fuera visible... permaneció allí, inamovible contra la adversidad. Y aquel extraño contraste de su piel empalidecida y el rostro encendido, que yo nunca jamás había visto, y que confío en no volver a ver.

Pero lo que ha dejado una mayor impresión en mi memoria fue la negrura que entonces comenzó a arrastrarse por su cara, ocultando los rasgos, enterrando su perfil humano, y ocultándolo pulgada a pulgada de nuestra vista. Aquella fue la primera evidencia de que el proceso de materialización estaba en marcha. Su semblante desapareció. Me desplazé de un lado a otro para continuar manteniéndole ante mi vista, y fue entonces cuando comprendí que, hablando con propiedad, la oscuridad no estaba sobre el semblante del Coronel Wragge, sino que algo se había insertado entre él y yo, cubriendo así su rostro con el efecto de un oscuro velo. Algo que aparentemente se elevaba del suelo estaba pasando en el aire, lentamente, sobre la mesa y el cuenco. Y más aún, en el cuenco parecía haber bastante menos sangre que antes.

Y junto a este cambio en el aire frente a nosotros, se produjo, al mismo tiempo otro cambio, o eso creí percibir, en el rostro del soldado. Una mitad estaba girada hacia las lámparas de luz roja, mientras que la otra captaba la pálida iluminación de la luz de la luna que descendía desde las altas ventanas, de modo que era difícil estimar dicho cambio con certeza o detalle. Pero eso me pareció, mientras que los rasgos... ojos, nariz, boca... continuaban siendo los mismos, la vida que les daba forma había sufrido algún tipo de profunda transformación. La estampa de un nuevo poder se había deslizado en el rostro, dejando allí sus trazas... una expresión oscura, y de algún modo inexplicable, terrible.

Entonces, de repente, abrió la boca y habló, y el sonido de aquella voz cambiada, profunda y aún así musical, me dejó frío y consiguió que mi corazón latiera con incómoda rapidez. La Entidad, como la habíamos llamado antes, ya poseía el control de su mente, y usaba su boca.

—Veo ante mi rostro la oscuridad, una oscuridad como la de Egipto,

—dijeron los tonos de aquella voz desconocida que parecía medio suya, medio de otra persona—. Y desde esta oscuridad, ya vienen,... ya vienen.

Sufrió un desagradable escalofrío. El doctor se giró para mirarme por un instante, y entonces retomó su atención sobre la figura de nuestro anfitrión, y comprendí de una manera intuitiva que estaba allí para observar al más extraño locutor que se hubiera visto jamás... para observarlo y, si fuera necesario, para protegerlo.

—Está siendo controlado... poseído, —me susurró a través de las sombras. Su rostro mostraba una expresión de maravilla, mitad de triunfo, mitad de admiración.

Incluso mientras el Coronel Wragge hablaba, me pareció que aquella oscuridad visible comenzaba a incrementarse, emanando densamente desde el suelo del hogar, alzándose en sábanas y velos, nublando nuestros ojos y caras. Se alzaba desde abajo... una espantosa negrura que parecía beber de todas las radiaciones de luz del edificio, sin dejar nada en su lugar, excepto el espectro de un resplandor. Entonces, desde aquel emergente mar de sombras, apareció una luz pálida y espectral que se extendió gradualmente a nuestro alrededor, y en el corazón de dicha luz, ví fluctuar las formas del fuego. Y no eran, aquellas, formas humanas, ni de nada que pudiera reconocer como algo que viviera en nuestro mundo, sino líneas delimitadoras de fuego que trazaban globos, triángulos, cruces, y cuerpos luminosos de varias figuras geométricas. Aumentaban su brillo, se apagaban, y luego volvían a brillar de nuevo con un efecto casi de latido. Se movían rápidamente por el aire, de un lado a otro, subiendo y bajando, y en particular, cerca del Coronel, posándose a menudo en su cabeza y hombros, e incluso parecían posarse sobre él, como gigantescos insectos llameantes. Venían acompañados, además, por un débil sonido siseante... el mismo sonido que habíamos escuchado aquella tarde en la plantación.

—Los Elementales del Fuego que preceden a su Amo, —dijo el doctor en voz baja—. Estate preparado. —Y mientras aquella extraña imagen de las formas de fuego destelleaban y se apagaban alternativamente, y el siseo arrancaba débiles ecos sobre nuestras cabezas, escuchamos la terrible voz sonando a intervalos desde los labios del afligido soldado. Era una voz de poder, espléndida de alguna manera que no puedo describir, y con un cierto sentido de majestuosidad en sus cadencias, y, mientras lo escuchaba con mi corazón latiendo apresuradamente, llegué a pensar que era algo así como la ancestral voz del mismísimo Tiempo, que traía ecos de los inmensos corredores de piedra, desde las profundidades de vastos templos, desde el mismísimo corazón de las tumbas de montaña.

—He visto a mi divino Padre, Osiris, —tronó la enorme voz—. He cruzado por la negrura de la noche. He ardido en toda la tierra, ¡Y soy uno con las Deidades de las Estrellas!

Algo grandioso se reflejó en el rostro del soldado. Miraba fijamente ante él, aunque allí no había nada.

—Observa, —susurró el Dr. Silence a mi oído, y su susurro pareció venir desde muy lejos. De nuevo, la boca se abrió y la imponente voz volvió a romper el silencio.

—Thoth, —bramó—, ha desatado los vendajes de Set que amordazaban mi boca. He tomado mi lugar, entre los grandes vientos del Cielo.

Escuché el suave viento de la noche, con su aterradora voz de Eras Antiguas, suspirando alrededor de los muros y sobre el tejado.

—¡Escucha! —dijo el doctor a mi lado, y la voz atronadora continuaba...

—Me he ocultado en vosotras, Oh estrellas que nunca menguáis. ¡Recuerdo mi nombre... en... la... Casa... del... Fuego!

La voz cesó y el sonido se extinguió. Algo en el rostro y figura del Coronel Wragge se relajó, o eso creí. La terrible mirada se esfumó de su cara. La Entidad que le poseía se había ido.

—El Gran Ritual, —dijo a mi lado el Dr. Silence, en voz muy baja—, el Libro de los Muertos. Ahora está abandonándole. Pronto, la sangre formará un cuerpo.

El Coronel Wragge, que había permanecido completamente inmóvil todo aquel tiempo, tuvo un repentino espasmo, de modo que pensé que se iba a derrumbar,... y, excepto por el rápido soporte del brazo del doctor, probablemente habría caído, pues daba la sensación de que estuviera empezando a sufrir un colapso.

—Estoy ebrio con el vino de Osiris, —gritó,... y en esta ocasión pareció escucharse también su propia voz—... pero Horus, El que Vigila Eternamente, sigue mi camino... para... mi seguridad. —La voz titubeó y se detuvo, esfumándose en una especie de grito desmayado.

—Ahora, observa atentamente, —dijo el Dr. Silence, hablando suavemente—, ¡Pues tras el grito vendrá el Fuego! —Comencé a temblar involuntariamente; acababa de producirse, sin previo aviso, un espantoso cambio en el aire; mis piernas parecieron, ante mi peso, tan débiles como el papel, y hube de sujetarme, apoyándome sobre la mesa. El Coronel Wragge, por lo que ví, se inclinaba también hacia delante, con una especie de arqueo. Las formas de fuego se habían desvanecido por completo, pero su rostro estaba iluminado por las lámparas rojas y por la pálida y brillante luz de la luna, que parecía envolverle como una niebla.

Ambos observábamos el cuenco, ahora casi vacío; el Coronel se inclinaba tanto que temí que en cualquier instante perdiera el equilibrio y se desplomara sobre el cuenco de la mesa; y la sombra, que hasta el momento había estado en proceso de formación, al fin comenzó a asumir rasgos materiales en el aire, ante nosotros. Entonces, John Silence se desplazó velozmente hacia delante. Se situó entre nosotros y la sombra. Erguido, formidable, amo absoluto de la situación, le ví permanecer allí, con su rostro calmado y casi sonriente, y con fuego en sus ojos. Su influencia protectora era asombrosa e incalculable. Incluso la espantosa

sensación de amenaza que sentí al ver a la criatura cobrando vida y substancia ante nosotros, se redujo de algún modo, de modo que fui capaz de mantener los ojos clavados en el aire que había sobre el cuenco sin demasiado terror.

Pero mientras tomaba forma, alzándose de la nada, y haciéndose más definido y delimitado por momentos, un periodo de absoluto e increíble silencio se abatió sobre aquel lugar y todo lo que contenía. El susurro de las Eras pasadas, como el tranquilo centro en el corazón de un ciclón errante, descendió en la noche, y en aquel susurro, y en las emanaciones de la humeante sangre, apareció la forma del antiguo ser que había encomendado su misión al Elemental del Fuego. Crecía, se oscurecía y se solidificaba ante nuestros ojos. Parecía estar de pie sobre el suelo que había bajo la mesa, de modo que su parte inferior permaneció invisible, aunque veía su forma delineada sobre el aire, como si se fuera revelando lentamente, al levantar una cortina. Aparentemente, no parecía estar sujeto a las proporciones normales, sino que parecía crecer desde todas partes del espacio, voluminoso, aunque rápidamente condensado, pues ví sus colosales hombros, el cuello, la porción inferior de sus oscuras mandíbulas, la terrible boca, y luego los dientes y los labios... y, mientras el velo parecía alzarse sobre la tremenda cara... ví la nariz y los pómulos. En un momento, habría podido mirar directamente a sus ojos...

Pero lo que el Dr. Silence hizo en aquel momento fue tan inesperado, y me tomó tanto por sorpresa, que nunca he llegado a explicarme su naturaleza, y él nunca ha llegado a explicármelo con detalle. Emitió un extraño sonido, que denotaba una especie de orden... y, al hacerlo, caminó hacia delante y se interpuso entre mi y aquel rostro. La figura, que ya casi estaba completa, quedó, de este modo, oculta a mi visión... y según he pensado siempre, quedó oculta a propósito.

—¡El fuego! —gritó el doctor—. ¡El fuego! ¡Cuidado!

Hubo un súbito rugir de fuego desde la boca del cuenco, y por el espacio de un solo segundo, todo brilló, como a plena luz del día. Un cegador destello cruzó mi cara, y por un instante, hubo tal calor, que pareció que iban a consumirse mi piel, mi carne y hasta mis huesos. Entonces escuché pasos, y oí cómo el Coronel Wragge emitía un enorme grito, más salvaje que cualquier grito humano que haya escuchado jamás. El calor succionó todo el aire de mis pulmones en un instante, y la llamarada de luz, al desvanecerse, abandonó a mi vista ante la creciente y nueva oscuridad.

Cuando recuperé el uso de mis sentidos, un momento después, ví que el Coronel Wragge con un rostro mortecino y con su palidez extrañamente manchada, se había acercado a mí. El Dr. Silence permanecía a su lado, con una expresión de triunfo y éxito en sus ojos. Al minuto siguiente, el soldado intentó asirme con su mano. Entonces se quedó lacio, trastabilló, e, incapaz de sujetarse, cayó al suelo de ladrillo

con gran estrépito.

Tras desaparecer la pantalla de fuego, un viento barrió con furia el interior del edificio, como si fuera capaz de levantar el mismísimo tejado, pero se esfumó tan súbitamente como había venido. Y en la intensa calma que siguió a ello, vi que la forma se había desvanecido, y que el doctor se inclinaba sobre el Coronel Wragge, que estaba en el suelo, intentando incorporarse y sentarse.

—Luz, —dijo con calma—, más luz. Que se esfumen las sombras.

El Coronel Wragge se sentó mientras el resplandor de las lámparas descubiertas caía sobre su rostro. Estaba gris y macilento, aún acalorado, y había algo en sus ojos y en las comisuras de su boca que parecía sugerir que hubiera envejecido años en aquel breve lapso de tiempo. Y al mismo tiempo, la expresión de esfuerzo y ansiedad le habían abandonado. Parecía mostrar alivio.

—¡Se ha ido! —dijo, mirando al doctor de manera aturdida, e intentando ponerse en pie—. ¡Gracias a Dios! Al fin se ha ido. —Miró en torno suyo, por toda la lavandería, como para hacerse una idea de dónde estaba—. ¿Me controló... tomó posesión de mí? ¿Dije algún sinsentido? —preguntó atropelladamente—. Tras la llegada del calor, no recuerdo nada...

—Se sentirá usted mismo en unos pocos minutos, —dijo el doctor. Para mi infinito horror, ví que estaba ocultando disimuladamente unas oscuras quemaduras en su cara—. Nuestro experimento ha sido un éxito y... —me indicó con una mirada que ocultara el cuenco, permaneciendo entre mí y nuestro anfitrión, mientras yo me apresuraba a esconderlo bajo el caldero más cercano—. ...y ninguno de nosotros ha sufrido daño alguno,— finalizó.

—¿Y los fuegos? —preguntó, aún aturdido—, ¿Ya no habrá más fuegos?

—Se han disipado... en parte, al menos, —replicó el Dr. Silence con cautela.

—Y el hombre tras el arma, —continuó, dándose cuenta a medias, creo yo, de lo que estaba diciendo—; ¿Ha descubierto quién era?

—Se materializó una forma, —dijo el doctor brevemente—. Ahora sé a ciencia cierta cual era la inteligencia que lo dirigía.

El Coronel Wragge se apoyó en el suelo y se puso de pie. Las palabras aún no parecían tener para él, un significado claro. Pero sus recuerdos regresaban gradualmente, y estaba intentando juntar las piezas en un todo coherente. Tuvo un ligero escalofrío, pues el lugar se había quedado helado de repente. El aire estaba de nuevo vacío, si vida.

—Ahora mismo se sentirá bien, de nuevo,—dijo el Dr. Silence, con el tono de voz del que afirma algo rotundamente, y sin cuestionarlo.

—Gracias... a ambos, si. —Aspiró profundamente, sacudió la cara e incluso intentó sonreír. Me hizo pensar en un hombre que viene del campo de batalla con las llagas de la contienda aún abiertas, pero

ignorante de sus heridas. Entonces se giró gravemente hacia el doctor con una pregunta en sus ojos. Sus recuerdos habían regresado, y ya era él mismo, otra vez.

—Precisamente lo que esperaba, —dijo el doctor tranquilamente—; un Elemental de Fuego al que se le encomendó una misión en la época de Tebas, varios siglos antes de Jesucristo, y esta noche, por primera vez en todos estos miles de años, ha sido liberado del hechizo que originalmente lo ató.

Le miramos con asombro, y el Coronel Wragge abrió los labios para emitir unas palabras que se negaron a tomar forma.

—Y, si cavamos, —continuó significativamente, señalando al suelo, allí donde la negrura había comenzado a ascender—, encontraremos una conexión subterránea... un túnel, seguramente... que conduce al Bosque de los Doce Acres. Fue realizado por... su predecesor.

—¡Un túnel hecho por mi hermano! —musitó el soldado—. Pero entonces mi hermana lo sabría... ella vivía aquí con él—... Se detuvo de repente.

John Silence inclinó lentamente la cabeza.

—Eso creo yo, —dijo tranquilamente—. Su hermano, sin duda, estuvo tan atormentado como lo ha estado usted, —continuó tras una pausa en la que el Coronel Wragge pareció profundamente preocupado por ciertos pensamientos—, e intentó hallar la paz, enterrándolo en el bosque, y rodeando luego dicho bosque por un gran círculo mágico, con los encantamientos de las antiguas formulas. De modo que las estrellas que vió brillar aquel hombre...

—¿Pero enterrar el qué? —preguntó debilmente el soldado, caminando hacia atrás, para hallar soporte en el muro.

El Dr. Silence nos miró intensamente por un momento, antes de contestar. Creo que sopesaba en su mente cuanto debía contarnos ahora, y cuánto, al terminar del todo la investigación.

—La momia, —dijo suavemente, tras unos instantes—; la momia que su hermano arrebató del que había sido su lugar de reposo durante siglos, y que se trajo a casa... aquí.

El Coronel Wragge se dejó caer en una silla, escuchando sin aliento cada palabra. Se hallaba demasiado aturdido para hablar.

—La momia de alguna persona importante... un sacerdote, probablemente... protegido del expolio y otras molestias por la magia ceremonial del tiempo. Pues sabían cómo ligar a la momia, cómo atar junto a ella, en la tumba, a una fuerza elemental que actuaría, incluso después de muchas eras, sobre cualquiera que osara molestarla. En este caso, se trataba de un Elemental del Fuego. —El Dr. Silence cruzó la sala y fue apagando las lámparas una a una. No tenía nada más que decir por el momento. Siguiendo su ejemplo, acerqué la mesa al muro y le arrimé las sillas, y nuestro anfitrión, aún atónito y silencioso, le obedeció mecánicamente y se movió hacia la puerta. Nos deshicimos de todo

rastros del experimento, llevando de vuelta a la casa, para lavarlo, el cuenco vacío.

El aire era frío y fragante, mientras caminábamos hacia la casa, las estrellas comenzaban a ocultarse y una fresca brisa mañanera soplaba desde el este, allá donde el cielo comenzaba a iluminarse por el nuevo día. Eran más de las cinco.

Sigilosamente, entramos al vestíbulo principal y cerramos la puerta, y mientras subíamos las escaleras hacia nuestras habitaciones, el Coronel, mirándonos sobre su candil mientras nos deseaba buenas noches, susurró que, si estábamos dispuestos, podríamos empezar a cavar aquel mismo día.

Entonces, le ví dirigirse hacia la alcoba de su hermana, y desaparecer en la oscuridad.

IV

Pero ni siquiera las misteriosas referencias a la momia, o la perspectiva de una revelación al cavar, fueron capaces de mitigar la reacción que siguió a la intensa emoción de las últimas doce horas, y dormí el sueño de los muertos, sin sueños, ni nada que me molestara. Un toque en mi hombro me despertó, y ví que el Dr. Silence estaba junto a mi cama, vestido para salir.

—Ven, —me dijo—, es la hora del te. Has dormido casi una docena de horas.

Salté de la cama y me apresuré a asearme rápidamente, mientras mi compañero se sentaba y hablaba. Parecía fresco y descansado, y sus maneras eran incluso más tranquilas de lo habitual.

—El Coronel Wragge nos ha provisto de picos y palas. Vamos a salir a desenterrar esa momia al momento,—dijo—; y no hay razón por la que no podamos irnos en el tren de mañana por la mañana.

—Estoy listo para irme esta noche, si tu lo estás,—dije honestamente.

Pero el Dr. Silence sacudió la cabeza.

—Debo ver cómo acaba esto,—dijo gravemente, y en un tono que me hizo pensar que quizás, aún preveía algunas cosas serias. Continuó hablando mientras me vestía.

—Este caso es bastante típico en todas las historias de maldiciones de momias, y ninguna de ellas son como para tomarlas a broma, —explicó—, pues las momias de gente importante... reyes, sacerdotes, magos... eran enterradas con unas ceremonias profundamente significativas, y eran protegidas muy eficazmente, como ya has visto, contra el saqueo, y especialmente contra la destrucción.

—La creencia general, —continuó, anticipándose a mi pregunta, —mantenía, desde luego, que la perpetuidad de la momia garantizaba la de

su Ka,... el espíritu de su propietario,... pero no es improbable que el embalsamamiento mágico fuera también usado para retardar la reencarnación; y la preservación del cuerpo prevenía el regreso del espíritu al yugo y la disciplina de la vida en la tierra; y, en cualquier caso, sabían cómo atar poderosas fuerzas guardianas para auventar a los intrusos. Y cualquiera que se atreviera a quitar la momia, o especialmente a quitar sus vendajes... bien, —añadió intencionadamente—, ya lo has visto... y ya lo verás.

Capté su rostro en el espejo, mientras me peleaba con mi corbata de lazo. Estaba profundamente serio. No había ninguna duda sobre que sabía perfectamente de lo que estaba hablando, y creía en ello, además.

—El hermano viajero que la trajo aquí, debió de quedar maldito él también, —continuó—, pues intentó zafarse del hechizo enterrándola en el bosque, haciendo un círculo mágico para tenerla a raya. En parte, es algo del genuino ceremonial que él, seguramente conocía, pues las estrellas que vió el hombre aquel, eran, por supuesto, los restos de los aún llameantes pentagramas que trazó a intervalos en el círculo. Solo que no sabía lo bastante, o posiblemente ignoraba que el guardián de la momia fuera una fuerza del fuego. El fuego no puede ser retenido por el fuego, aunque, como ya has visto, puede ser llamado por él.

—Entonces... ¿Aquella espantosa figura de la lavandería? —Pregunté, excitado al encontrarle tan comunicativo.

—Indudablemente, el auténtico Ka de la momia, que opera siempre junto a su agente, el elemental, posiblemente desde hace miles de años.

—¿Y Miss Wragge....? —Aventuré una vez más.

—Ah, Miss Wragge, —repitió con mayor gravedad—, Miss Wragge...

Unos golpecitos en la puerta dieron paso a un criado, que nos informó de que el té estaba listo, y el Coronel le había enviado para preguntar si pensábamos bajar. La cuestión había quedado interrumpida. El Dr. Silence se movió hacia la puerta y me hizo señas para que le siguiera. Pero algo en sus maneras me dijo que, en cualquier caso, no habría conseguido ninguna respuesta concreta a mi última pregunta.

—Y el lugar donde cavaremos, —le pregunté, incapaz de reprimir mi curiosidad—, ¿Lo encontrarás mediante algún proceso de adivinación, o....?

Se detuvo en la puerta y miró atrás, hacia mí, y después se fue, dejando que terminara de vestirme.

Estaba oscureciendo cuando nosotros tres, en silencio, nos dirigimos a la Plantación de los Doce Acres; el cielo estaba nublado y un negro viento soplaba desde el este. Una espesa neblina rodeaba la vieja casa y el aire parecía lleno de suspiros. Encontramos dispuestas las herramientas al borde del bosque, y tras echarnos, cada uno, una de ellas al hombro, seguimos al momento a nuestro líder por entre los árboles. Continuó en línea recta durante unas veinte yardas y entonces se detuvo. A sus pies,

yacía el círculo ennegrecido de uno de los lugares en los que había ardido aquella extraña llama. Resultaba apenas discernible contra la blanca hierba que le rodeaba.

—Hay tres de estas, —dijo—, y todas están alineadas unas con otras. Cualquiera de ellas indica el túnel que conecta la lavandería... el antiguo Museo... con la cámara en la que la momia está enterrada ahora.

Al momento, raspó la hierba quemada y comenzó a cavar; todos lo hicimos. Mientras yo empleaba el pico, los demás cavaban vigorosamente. Nadie hablaba. El Coronel Wragge era el que trabajaba con más ahinco. El terreno era ligero y arenoso, y no hallamos más impedimentos que unas pocas raíces de forma ofídea y ocasionales piedras planas. El pico dio buena cuenta de ellas. Y mientras tanto, la oscuridad se extendía a nuestro alrededor y el mordiente viento se colaba, rugiente, por las copas de los árboles.

Entonces, de un modo repentino, sin un solo grito, el Coronel Wragge desapareció hasta el cuello.

—¡El túnel! —gritó el doctor, ayundado a izarle de nuevo, ruborizado, sin aliento, y cubierto de arena y sudor—. Ahora, permítanme guiar el camino.— Y se deslizó al agujero con agilidad felina, de modo que un momento después escuchamos su voz, que llegaba hasta nosotros amortiguada por la arena y la distancia.

—Hubbard, ahora bajas tu, y luego el Coronel Wragge... si lo desea, —escuchamos.

—Le seguiré, desde luego, —dijo este último, mirándome mientras me deslizaba hacia abajo.

El agujero era ahora más grande, y me arrastré a cuatro patas hasta un canal no mucho más grande que una chimenea grande, y me encontré en una absoluta oscuridad. Un minuto más tarde, el sonido de una pesada caída, seguido por una catarata de arena suelta, anunciaron la llegada del Coronel.

—Agarra mis talones, —dijo el Dr. Silence—, y que el Coronel Wragge se arrime a los tuyos.

De aquella forma tan lenta y laboriosa, nos abrimos camino por un túnel que había sido rudamente excavado en aquel terreno arenoso, y que se mantenía, apuntalado por postes y pilares de madera. Me pareció que, en cualquier momento, podíamos quedar enterrados vivos. No podíamos ver ni a una pulgada por delante de nuestros ojos, sino que habíamos de avanzar tanteando los pilares y los muros. Respirar se hacía difícil, y el Coronel, junto a mí, se movía muy despacio, pues la forzada postura de nuestros cuerpos resultaba sumamente incómoda.

Llevábamos unos diez minutos desplazándonos de aquella guisa, y habíamos avanzado como mucho unas diez yardas, cuando perdí el contacto con los tobillos del doctor.

—¡Ah! —Escuché su voz, que descendía sobre mí desde alguna parte. Estaba de pie, en un espacio abierto, y al instante siguiente me hallaba a

su lado. El Coronel Wragge llegó poco después, y también él se puso en pie. Entonces el Dr. Silence abrió los quinqués y escuchamos el raspar de sus cerillas.

E incluso antes de que hubiera luz, una indefinida sensación de pavor descendió sobre todos nosotros. En aquel agujero en la arena, a unos tres pasos bajo el suelo, nos hallábamos codo con codo, sucios y harapientos, repentinamente sobrecogidos por una irrefrenable aprensión hacia algo ancestral, formidable, incalculablemente asombroso, que tocaba nuestras mentes con un sentido de lo sublime y lo terrible, antes incluso de que pudiéramos vislumbrar una sola pulgada ante nuestras caras. No sé cómo expresar con palabras aquella emoción tan singular que nos atrapó en la absoluta oscuridad, sin tocar, aparentemente, a ninguno de nuestros sentidos, aunque con la seguridad de que ante nosotros, en la negrura de aquella noche subterránea yacía algo muy poderoso, investido del poder de largas eras remotas.

Sentí que el Coronel Wragge se apretujaba a mi lado, y comprendí aquel acto, dándole la bienvenida. Ningún contacto humano, al menos para mí, había sido nunca tan elocuente.

Entonces la cerilla chasqueó, un millar de sombras huyeron con alas negras, y vi a John Silence iluminando con el quinqué, y su rostro grotescamente iluminado por la temblorosa luz. Había temido aquella luz, aunque cuando llegó, no había, aparentemente, nada que justificara las profundas sensaciones de amenaza que la habían precedido. Nos hallábamos en una pequeña cámara abovedada bajo la arena, con los lados y el techo, cubiertos por vigas de madera, y cuyo suelo se hallaba groseramente cavado sobre la misma tierra. Medía algo más de seis pies de alto, de modo que podíamos permanecer cómodamente erguidos, y unos diez pies de largo por ocho de ancho. A un lado, sobre los pilares de madera, vi que habían sido trazados un jeglóricos egipcios, como quemando su superficie.

El Dr. Silence encendió tres candiles y ofreció uno a cada uno de nosotros. Situó un cuarto en la arena, contra la pared de su derecha, y otro más para marcar la entrada al túnel. Permanecimos allí, mirando a nuestro alrededor, conteniendo la respiración de un modo instintivo.

—¡Por Dios, está vacío! —exclamó el Coronel Wragge. Su voz temblaba por la emoción. Y entonces, mientras sus ojos se posaban sobre el suelo, añadió—, ¡Y pisadas... miren... pisadas en la arena!

El Dr. Silence no dijo nada. Se agachó, y comenzó a buscar por toda la cámara, y mientras se movía, mis ojos seguían su tensa figura y notaban las extrañas y distorsionadas sombras que proyectaba sobre las paredes y el techo. Aquí y allá, pequeñas cantidades de arena suelta descendían por los lados. La atmósfera, fuertemente cargada por débiles, aunque especiados olores, se hallaba en absoluto silencio, y las llamas de los quinqués podrían haber estado pintadas en el aire, por el poco movimiento que parecían mostrar.

Y, mientras observaba, me fue casi necesario persuadirme a mí mismo por la fuerza de que tan sólo me hallaba de pie con dificultad en un pequeño agujero en la arena, de un moderno jardín al sur de Inglaterra, pues me parecía estar, como en una visión, ante la entrada de algún templo lejano, excavado en la roca, y alejado de la corriente temporal. La ilusión era poderosa, y persistía. Columnas de granito, que se alzaban hasta el cielo, apiladas entre sí a mi alrededor, majestuosamente enhiestas, y un tejado como el mismo cielo, descansando sobre una línea de colosales figuras que se movían en sombría procesión en unos espacios extraordinarios e interminables. Aquella enorme y espléndida fantasía, nacida no sé por qué motivo, me poseyó tan nítidamente que tuve que obligarme a concentrar mi atención sobre la pequeña figura agachada del doctor, mientras tanteaba las paredes, con el fin de centrar mi imaginación en la escena que tenía ante mí.

Pese al limitado espacio, la búsqueda fue larga y laboriosa, pero al fin suspiradas, en lugar de sonar apagadas por la arena, comenzaron a sonar de un modo muy distinto, un eco retumbante que delataba un lugar en el que el suelo estaba hueco. Volvió a agacharse para examinar más de cerca aquel lugar.

Se hallaba exactamente en el centro de la pequeña cámara cuando esto ocurrió, y al momento comenzó a retirar la arena con su pie. En menos de un minuto, se hizo visible una superficie suave... la superficie de una cubierta de madera. Lo siguiente que ví fue que la había levantado, y que estaba mirando hacia abajo. Al intante, un fuerte olor a nitrato y betún, mezclado con el extraño perfume de aromas picantes y desconocidos, se elevó de aquel espacio descubierto y llenó la cripta, agarrándose a nuestras gargantas, y haciendo que nuestros ojos brillaran y se humedecieran.

—¡La momia! —susurró el Dr. Silence, mirándonos a la cara, e iluminado por su quinqué; y mientras decía esas palabras, sentí que el soldado se apretaba contra mí, y escuché su respiración en mi oído.

—¡La momia! —repitió entre dientes, y nos apretujamos para mirar.

Es difícil decir exactamente porqué aquella visión me produjo tan prodigiosa emoción de asombro y veneración, pues nunca he sentido nada por las momias, he quitado los vendajes de un buen número de ellas, e incluso he experimentado mágicamente con no pocas. Pero hubo algo al ver a aquella figura gris e inmóvil, yaciendo en su moderna caja de plomo y madera, en medio de aquella arenosa tumba, cubierta por los vendajes de los siglos y ungida por las perfumadas líneas que los sacerdotes de Egipto habían trazado, mientras recitaban sus poderosos hechizos, hace miles de años... algo hubo, ante la visión de aquello, que yacía allí, y al respirar su atmósfera bañada de especias, que se mantenía aún en la oscuridad de su exilio en esta remota tierra, algo que perforaba la misma esencia de mi ser y tocaba aquella raíz de pavor que duerme en

el interior de cada hombre, cercana al brotar de lágrimas y a la pasión de la verdadera adoración.

Recuerdo haberme vuelto rápidamente hacia el Coronel, por lo que fue capaz de ver mi emoción, aunque no llegó a comprender su causa, se giró y agarró a John Silence por el brazo, y entonces comenzó a temblar al ver que, también él, había bajado la cabeza y ocultaba su rostro entre las manos.

Una especie de remolineante tormenta cayó sobre mi, elevándose desde las desconocidas profundidades de mi memoria, y en la blancura de una visión, escuché los arcáicos cantos mágicos del Libro de los Muertos, y vi pasar a los Dioses en severa procesión, las poderosas e inmemoriales Entidades que únicamente eran los atributos personificados de los verdaderos Dioses, el Dios con el Ojo de Fuego, el Dios con el Rostro de Humo. Vi de nuevo a Anubis, la deidad con cabeza de perro, y el hijo de Horus, eterno vigilante de las edades del tiempo, mientras ungían a Osiris, la primera momia del mundo, con las especiadas y místicas bandas, y paladeé una vez más algo del éxtasis de las almas juzgadas, mientras se embarcaban en la dorada nave de Ra, y comenzaban su viaje para descansar en los campos de los bendecidos. Y entonces, mientras el Dr. Silence, con infinita reverencia, se agachaba y tocaba el inmóvil rostro, que tan amenazador parecía mirar con sus ojos pintados, llegó de nuevo hasta nuestro olfato, una oleada tras otra de aquel perfume de miles de años, y el tiempo se plegó hacia atrás, como una especie de cortina, mostrándome la embrujada visión del más maravilloso sueño del mundo entero.

Un suave siseo se hizo audible en el aire, y el doctor retrocedió rápidamente. Aquello pareció acercarse a nuestros rostros, y entonces deambuló por las paredes y el techo.

—El últimos de Los del Fuego... esperando aún a cumplir del todo su misión, —musitó; pero yo escuché, tanto sus palabras como el siseo, como cosas muy lejanas, pues aún me hallaba inmerso en el viaje del alma a través de las Siete Salas de la Muerte, escuchando los ecos del más grande ritual que el hombre haya conocido jamás. Los platos de loza cubiertos de jegloríficos aún estaban ante la momia, y rodeandola, cuidadosamente dispuestos en los puntos cardinales, se alzaban las cuatro jarras con las cabezas del halcón, el chacal, el cinocéfalo y el hombre, las jarras en las que se introducía el cabello, las uñas, el corazón, y otras porciones especiales del cuerpo. Incluso los amuletos, el espejo, las estatuas de lapislázuli del Ka, y la lámparas de siete fuegos estaban allí. Tan sólo faltaba el escarabajo sagrado.

—No sólo ha sido arrancada de su ancestral lugar de reposo, — escuché decir al Dr. Silence con una voz solemne mientras miraba fijamente al Coronel Wragge—, sino que ha sido parcialmente desnudada... —señaló a los vendajes del pecho—,... y... le han despojado del escarabajo de su garganta.

El siseo, que sonaba como la deflagración de una llama invisible, había cesado; sólo lo escuchábamos de vez en cuando mientras se desplazaba de un lado a otro por el túnel; nos miramos la cara, unos a otros, sin hablar.

En aquel instante, el Coronel Wragge realizó un gran esfuerzo para tranquilizarse. Escuché el sonido de su garganta, antes de que sus palabras se hicieran audibles.

—Mi hermana, —dijo en voz muy baja. Y entonces le siguió una larga pausa, rota al fin por John Silence.

—Debe ser devuelto, —dijo significativamente.

—No sé nada de eso, —dijo el soldado, forzándose a decir unas palabras que odiaba pronunciar. —Absolutamente nada.

—Debe ser devuelto, —repitió el otro—, si es que aún no es demasiado tarde. Pues me temo que... temo que... —el Coronel Wragge realizó un movimiento de asentimiento con la cabeza.

—Será devuelto, —dijo.

El lugar estaba silencioso como una tumba.

No sé qué es lo que fue lo que nos hizo girarnos a los tres con un repentino sobresalto, pues, al menos, no me llegó ningún sonido audible.

El doctor estaba a punto de volver a tapar la momia, cuando de repente se puso erguido, como si hubiera recibido un disparo.

—Algo viene, —dijo el Coronel Wragge entre dientes, y los ojos del doctor, que apuntaban hacia la pequeña apertura del túnel, me mostraron la dirección correcta.

Un lejano ruido deslizante se hizo claramente audible, viniendo de algún punto a la mitad de túnel en el que tan laboriosamente habíamos penetrado.

—Es la arena, que cae, —dije, aunque sabía que era una estupidez.

—No,—dijo tranquilamente el Coronel, con una voz estrangulada, como por un collar de hierro, —Esto ya lo he oído antes. Es alguien vivo... y se acerca.

Eché un vistazo a su alrededor con una mirada de resolución que casi hizo que su rostro brillara de nobleza. El horror de su corazón era insoportable, y aún así se preparaba para cualquier cosa que pudiera aparecer.

—No hay otro modo de salir de aquí, —dijo John Silence.

Apoyó la tapa de madera en el suelo y esperó. Supe, por la expresión de máscara de su rostro, la palidez, y la severidad de sus ojos, que anticipaba la naturaleza de lo que iba a venir, algo muy terrible... y muy impresionante.

El Coronel y yo, nos situamos a cada lado de la entrada. Yo sujetaba aún mi quinqué, y me daba pavor el modo en que se agitaba, derramando parte de su aceite sobre mí; pero el soldado había colocado el suyo en la arena, junto a sus pies.

En mi mente, bulleron pensamientos sobre ser enterrados vivos, o

ser atrapados como ratas en una trampa, o ser sorprendidos y llevados a morir por alguna fuerza invisible e implacable contra la que no podíamos luchar. Entonces pensé en el fuego... en la asfixia por el humo... en ser asados vivos. Mi rostro comenzó a bañarse de sudor.

—¡Atentos! —Resonó en la cripta la voz del Dr. Silence.

Durante cinco minutos, que parecieron cincuenta, permanecemos expectantes, mirando de nuestros rostros a la momia, y de la momia al agujero, y en todo ese tiempo, el sonido deslizante, suave y sigiloso, se fue acercando gradualmente. La tensión, por fin, estaba muy cerca de traspasar ese punto, en el que al fin, la causa del miedo se hace visible. Estuvo oculta por un momento, justo antes de llegar al suelo de la cámara. Un puñado de arena, sacudido por la cercana vibración, cayó hasta el suelo; Nunca en mi vida he visto caer nada con tan laboriosa lentitud. Al segundo siguiente, emitiendo un gemido de curiosas cualidades, se hizo visible.

Y era algo, con diferencia, mucho más inquietantemente horrible que cualquier cosa que hubiera podido anticipar. Pues para la visión de algún monstruo egipcio, algún Dios de las tumbas, o incluso algún demonio del fuego, creo que casi estaba medio preparado; pero cuando, en lugar de eso, vi la blanca cabellera de Miss Wragge asomando por aquella apertura redonda en la arena, seguida por su cuerpo, que se arrastraba a cuatro patas, y con sus ojos brillando y reflejando el resplandor amarillo de los quinqués, mi primer instinto fue darme la vuelta y echar a correr como un animal frenético, buscando una vía de escape.

Pero el Dr. Silence, que no parecía demasiado sorprendido, agarró mi brazo y me enderezó, y ambos vimos cómo el Coronel se ponía de rodillas, para estar así al mismo nivel que su hermana. Durante más de un minuto entero, como si estuvieran esculpidas en piedra, los dos rostros se miraron en silencio: el de ella, debido a todas las terribles emociones que mostraba, más parecía una gárgola que algo humano; y el de él, pálido y mortecino, con una expresión que iba más allá de la perplejidad o la alarma. Ella miraba hacia arriba; él miraba hacia abajo. Era una imagen de pesadilla, y el quinqué, colocado en la arena junto al agujero, arrojaba sobre ella un resplandor fantasmal.

Entonces John Silence se adelantó y habló con una voz muy baja, aunque perfectamente calmada y natural.

—Me alegra que haya venido, —dijo—. Usted es la persona cuya presencia es más necesaria en este momento. Y espero que aún esté a tiempo de apaciguar la ira de El Fuego, de devolver la paz a su hogar, y, —añadió aún más bajo, de modo nadie excepto yo pudo oírlo—, de salvarse a sí misma.

Y mientras su hermano trastabilleaba hacia atrás, volcando un quinqué sobre la arena con el movimiento, la anciana dama se arrastró un poco más hacia el interior de la cámara abovedada, y lentamente se puso de pie. Ante la visión de la figura de la momia, yo estaba del todo

preparado para verla gritar y desfallecer, pero al contrario, ante mi absoluto asombro, se limitó a arquear la cabeza y a ponerse de rodillas. Entonces, tras una pausa de más de un minuto, levantó sus ojos al techo y sus labios comenzaron a musitar, como si rezara. Mientras tanto, su mano derecha, que había estado agarrada por un tiempo a su garganta, se extendió de repente, y a la vista de todos nosotros, abrió la mano, con la palma hacia arriba, sobre la gris y ancestral figura que yacía bajo ella. Y sobre ella, contemplamos el brillo del jaspe verde del escarabajo robado.

Su hermano, apoyándose pesadamente sobre la pared más cercana, emitió un sonido que tenía algo de grito, y algo de exclamación, pero John Silence, que estaba directamente en frente suya, se limitó a fijar sus ojos en los de ella y señalar hacia abajo, al rostro que parecía mirarles.

—Devuélvalo, —dijo severamente—, a donde pertenece.

Miss Wragge se hallaba arrodillada a los pies de la momia cuando todo ocurrió. Los tres hombres teníamos la mirada fija en lo sucedió a continuación. Tan sólo aquellos lectores que, por alguna remota casualidad, puedan haber presenciado un desenterramiento de momias, recién extraídas de sus tumbas sobre la arena, mientras el corazón del sol de Egipto calienta sus ancestrales cuerpos hasta una apariencia de vida, sólo ellos pueden formarse algún concepto del definitivo horror que experimentamos cuando la silenciosa figura que había ante nosotros, se movió en su tumba de plomo y arena. Lentamente, ante nuestros ojos, se agitó, y, con un débil roce de sus inmemoriales vendajes, se incorporó, y, a través de sus ojos ciegos y vendados, miró, ante la luz amarilla de los quinqués, a la mujer que lo había profanado.

Intenté moverme... su hermano intentó moverse... pero la arena parecía sujetar nuestros pies. Intenté gritar... su hermano intentó gritar... pero la arena pareció llenar nuestros pulmones y nuestra garganta. Tan sólo podíamos mirar... y aún así, la arena parecía alzarse, como una tormenta del desierto, empañando nuestra visión...

Y cuando por fin conseguí abrir de nuevo los ojos, la momia yacía de nuevo apoyada sobre su espalda, inmóvil, con el pintado rostro mirando hacia el techo; y la anciana dama estaba tendida en el suelo, yaciendo con el semblante de la muerte, con la cabeza y los brazos arqueados sobre su cuerpo.

Y sobre los vendajes de la garganta vi de nuevo la luz de jaspe verde del escarabajo sagrado, brillando como un ojo vivo.

El Coronel Wragge y el doctor se recuperaron mucho antes que yo, y me encontré a mi mismo ayudándoles con torpeza y no demasiada eficacia, a levantar el frágil cuerpo de la anciana dama, mientras John Silence, con gran cuidado, volvía a tapar la tumba y esparcía arena con el pie, mientras miraba en varias direcciones.

Escuché su voz como en un sueño; pero el viaje de vuelta por aquel angosto túnel, cargados con una mujer muerta, cegados por la arena,

sofocados por el calor, no fue de ningún modo un sueño. Nos llevó más de media hora alcanzar el exterior. E incluso entonces, hubiémos de esperar un tiempo considerable hasta que apareció Dr. Silence. Entonces, la transportamos sin cubrir hasta la casa, y allí a su propia habitación.

—La momia ya no causará más problemas, —escuché cómo le decía el Dr. Silence a nuestro anfitrión, más tarde, aquella tarde, mientras nos preparábamos para dirigirnos hacia el tren de la noche—, eso suponiendo, —añadió significativamente—, que usted y los suyos, no le causen molestias.

Fue también, como envueltos en un sueño, que abandonamos aquel lugar.

—Tu no viste la cara de ella, ya lo sé, —me dijo mientras arrojábamos nuestras maletas en el compartimento vacío. Y cuando sacudí la cabeza, bastante incapaz de explicar el instinto que me había empujado a no mirar, se volvió hacia mí, con el rostro pálido y genuinamente triste—. Quemado y chamuscado, —susurró.

CULTO SECRETO

Harris, un comerciante en sedas, cruzaba el sur de Alemania de regreso a su país tras un viaje de negocios, cuando, de repente, se le ocurrió la idea de coger en Estrasburgo el tren de las montañas y acercarse a visitar su antiguo colegio tras una ausencia de algo más de treinta años. Este impulso fortuito del socio más joven de la firma *Harris Brothers* de *St. Paul's Churchyard* proporcionaría a John Silence uno de los casos más extraños de toda su carrera, pues daba la casualidad de que, en aquel preciso momento, recorría a pie con una mochila a la espalda aquellas mismas montañas; y aunque ambos hombres habían partido de puntos muy alejados entre sí, el caso es que los dos se dirigían a la misma posada.

Pues bien, en lo más hondo del corazón de Harris, que durante los últimos treinta años se había ocupado casi de forma exclusiva del lucrativo negocio de la compraventa de seda, aquel colegio había dejado una marca indeleble y, aunque es posible que ni él mismo se diera cuenta de ello, había ejercido una influencia decisiva en toda su vida posterior. El colegio en cuestión pertenecía a una comunidad protestante (no es necesario especificar cual) entregada a una vida profundamente religiosa. Cuando tenía quince años su padre le había enviado allí, en parte para que aprendiera el alemán necesario para desenvolverse en el negocio de la seda, y en parte porque la disciplina era muy estricta; y si había algo que su alma y su cuerpo necesitaban en aquel momento era, por encima de todo, disciplina.

La vida en aquel lugar había resultado extremadamente dura, y el joven Harris había sacado mucho provecho de ello, pues si bien no se practicaba el castigo físico, existía un sistema de correctivos espirituales y mentales que permitía que el alma mantuviera intacto su orgullo, a la vez que se atacaba de raíz la falta cometida, haciendo ver al muchacho que aquélla era una forma de fortalecer y purificar su carácter y no una mera tortura a la que se le sometía con ánimo de venganza.

Todo aquello había ocurrido hacía ya algo más de treinta años, cuando Harris no era más que un adolescente soñador e impresionable. Ahora, mientras el tren ascendía con lentitud, serpenteando entre los barrancos de las montañas, su mente, no sin cierta ternura, viajaba en el tiempo saltándose los años transcurridos desde entonces y muchos detalles olvidados surgían de entre las sombras y volvían a presentarse nítidamente en su memoria. No podía parecerle más maravillosa la vida que había llevado en aquel remoto pueblo de montaña, protegido del bullicio del mundo por el amor y la devoción de la piadosa Hermandad, a cuyo cargo estaban cerca de cien muchachos llegados de todas las partes de Europa. Vívidas escenas del pasado acudían a su pensamiento.

De nuevo le llegaba el olor de los largos pasillos de piedra, de las cálidas aulas de madera de pino donde estudiaba durante las horas de bochorno del verano, mientras oía el zumbido de las abejas a través de las ventanas abiertas y en su mente se libraba un feroz combate entre los caracteres alemanes y la evocación de los prados ingleses ... hasta que, de pronto, se oía el temible grito del maestro de alemán:

—¡Harris, levántese! ¡Está usted dormido!

También se acordaba del horror de tener que permanecer de pie sin moverse durante una hora con un libro en la mano, mientras sentía cómo las rodillas le iban flojeando y la cabeza comenzaba a pesarle como si fuera una bala de cañón.

Hasta los olores de la cocina le venían ahora a la memoria: el *Sauerkraut* de a diario, el chocolate aguado de los domingos, el aroma de la carne llena de nervios que les servían dos veces por semana durante el *Mittagessen*; y sonreía al pensar en las medias raciones con que le castigaban por hablar en inglés. También le llegaba la penetrante fragancia de los cuencos de leche; el perfume cálido y dulce que se desprendía al mojar los trozos de pan de pueblo durante los desayunos de las seis de la mañana. Aquel recuerdo le evocaba la imagen del enorme *Speisesaal* donde un centenar de muchachos, vestidos con el uniforme del colegio, se sentaban a comer adormilados y en silencio, tratando de tragar a toda prisa el pan basto y la leche hirviendo, temerosos de que en cualquier momento sonara la campana que daba por finalizada la hora del desayuno. Al otro extremo de la sala, donde se sentaban los maestros, veía también la estrecha hendidura de las ventanas tras las cuales se adivinaba el cautivador paisaje de prados y bosques que rodeaba al colegio.

Estas imágenes le condujeron a su vez a la gran sala del piso más alto, tan semejante a un granero, donde tenían que dormir juntos todos los alumnos en catres de madera. Vino entonces a su memoria el repicar cruel de la campana que, en las mañanas de invierno, les despertaba a las cinco de la madrugada para que bajaran al enlosado del *Waschkammer*, donde maestros y muchachos, tras un lavado breve y gélido se vestían en completo silencio.

Pasaba ligera su mente de unos recuerdos a otros ofreciéndole vívidas estampas de su pasado, cuando sintió un fugaz estremecimiento al recordar cómo le había ido carcomiendo la inmensa soledad de no poder estar nunca a solas.

Todo, —el trabajo, las comidas, el reposo, los paseos, el ocio— se hacía en compañía de los veinte muchachos que componían su «sección» y siempre bajo la mirada vigilante de, por lo menos, dos maestros. La única manera de poder estar a solas era pedir un permiso de media hora para ensayar en aquellas salas de música que parecían celdas. Harris esbozó una sonrisa al recordar el celo que ponía en sus estudios de violín.

Cuando el tren se adentraba resoplando en los grandes pinares que

desplegaban sobre las montañas su gigantesca alfombra de terciopelo, de las capas más gratas de su memoria comenzaron a resucitar otros recuerdos. Revivió entonces la admiración que sentía por la bondad de aquellos maestros —a quienes todos se dirigían llamándoles Hermanos— y volvió a maravillarse de esa devoción que les llevaba a enclaustrarse durante años en aquel lugar que, por lo general, sólo abandonaban para abrazar la vida, aún más sacrificada, de los misioneros destinados a los parajes más inhóspitos de la tierra.

Una vez más pensó en aquella religiosa atmósfera de quietud que envolvía a la pequeña comunidad del bosque con un velo, protegiéndola de las asechanzas del mundo exterior.

Recordó el colorido de las celebraciones de Semana Santa, Navidad y Año Nuevo, los numerosos días de fiesta y el encanto de los pequeños festejos. Se recreó especialmente en la *Beschehr-Fest* —la entrega de regalos de Navidad— cuando toda la comunidad se dividía en parejas para intercambiar presentes, que a menudo llevaban semanas preparando o habían costado los ahorros de muchos días. Le vino a la mente entonces la imagen de la misa de medianoche del Año Nuevo y, subido en lo alto del púlpito, se le apareció el rostro encendido del *Prediger*, el predicador del pueblo. Todas las celebraciones de la última noche del año, aquel hombre veía en la desierta galería del coro que se encontraba tras el órgano, los rostros de las personas que morirían en los doce meses siguientes; y cuando finalmente descubrió su propio rostro entre ellos, cayó en estado de éxtasis en medio del sermón y prorrumpió en un torrente de alabanzas.

Los recuerdos acudían en tropel a su memoria. La imagen de aquel pequeño pueblo, que vivía en las cumbres de las montañas el sueño de una vida generosa y pura, sana y sencilla, mientras buscaba a su Dios con todo fervor y formaba a cientos de muchachos para que siguieran el buen camino, acudía a su mente con toda la fuerza de una obsesión. Volvió a sentir el viejo entusiasmo místico, más profundo que el mar y más maravilloso que las estrellas; oyó otra vez el suspiro de los vientos, recorriendo leguas y más leguas de bosque hasta llegar a los rojos tejados iluminados por el claro de luna; oyó también las voces de los Hermanos, hablando de las cosas del más allá como si las hubieran experimentado en su propia carne; y mientras permanecía sentado en aquel vagón, acunado por el traqueteo del tren, un espíritu de inefable añoranza se apoderó de su alma fatigada y marchita, agitando en lo más hondo de su ser un mar de emociones que creía hace tiempo congeladas.

El contraste entre el joven e idealista soñador que un día fue y el hombre de negocios que era ahora, le apenaba. Sentía que el espíritu de la paz y la belleza ultramundana, que sólo conoce el alma entregada a la vida contemplativo, le había rozado con la punta del ala el corazón, produciendo un misterioso movimiento en la superficie de esas aguas.

Harris sintió un leve estremecimiento y se asomó por la ventana de

aquel vagón, que le tenía a él por único pasajero.

Hacía tiempo que el tren había dejado atrás Hornberg; allá abajo los torrentes se precipitaban por entre las rocas caliza en un tumulto de blanca espuma. Delante de él, recortándose contra el cielo, se sucedían una tras otra las cimas redondeadas de las montañas cubiertas de árboles. Era el mes de octubre y corría una aire frío y cortante en el que se mezclaban de forma exquisita el olor a leña quemada y a musgo húmedo con la sutil fragancia de los pinos. Allá arriba, entre las copas de los abetos más altos, vio asomar las primeras estrellas en un cielo raso con el mismo tono amatista pálido que parecía envolver todos aquellos recuerdos que le venían a la mente.

Se arrellanó en su asiento y dejó escapar un suspiro. La vida le había endurecido y hacía muchos años que no sabía lo que era tener sentimientos. Era un gran hombre, se requería mucho esfuerzo para conmoverle, tanto física como emocionalmente. Sin embargo, a diferencia de lo que suele ser habitual, el sueño de Dios que alienta en el alma de los jóvenes, a pesar de la inmundicia acumulada en la lucha por ganarse la vida, no se encontraba en su caso completamente extinguido.

Regresaba ahora a aquel filón abandonado durante años, donde tanto oro puro se había ido amontonado sin que nadie lo tocara, con el ánimo agitado por todas aquellas emociones pseudoespirituales; y a medida que veía acercarse las cumbres de las montañas y olía los olvidados aromas de la infancia, algo se iba deritiendo en la superficie de su alma, haciendo que recobrara un grado de sensibilidad que no había tenido desde que, hacía más de treinta años, vivió en aquel lugar con sus sueños, sus conflictos y las penas propias de la juventud.

Harris tembló de emoción cuando el tren se detuvo con una sacudida y vio, sobre el edificio de piedra gris, el nombre de aquella diminuta estación escrito con letras negras, y debajo, la altitud expresada en metros sobre el nivel del mar.

—¡El punto más alto de la línea! —exclamó—. ¡Qué bien lo recuerdo: *Sommerau*, El Prado del Estío! ¡La próxima estación ya es la mía!

Cuando el tren, tras cortar el vapor, comenzó a descender, con los frenos echados, sacó la cabeza por la ventana y, a la luz del crepúsculo, se puso a identificar uno por uno todos aquellos viejos lugares que le resultaban tan familiares. Le devolvían la mirada como si fueran personas muertas salidas de un sueño. Un sentimiento extraño e intenso, dulce y doloroso a la vez, palpitaba en su corazón.

«Ahí está el camino por el que solíamos dar tantos paseos a pleno sol, con dos hermanos siempre pegados a nosotros —pensó— y eso de ahí, ¡Dios mío, es el desvío que conduce a través del bosque hasta *Die Galgen*, el patíbulo de piedra donde antiguamente ahorcaban a las brujas!»

Esbozó una sonrisa mientras el tren iba dejando atrás aquel lugar.

«Y ése es el bosquecillo que se llenaba de lirios de los valles por

primavera; y juraría que ése es... —con un súbito impulso sacó un poco más la cabeza por la ventana— sí, es el claro donde estuve con aquel muchacho francés, Calame, persiguiendo a una golondrina, y después el hermano Pagel nos castigó a medias raciones por habernos salido del camino sin permiso y haber soltado unos gritos en nuestros idiomas.»

Se le escapó de nuevo una risa, mientras un torrente de recuerdos inundaba su mente de vívidos detalles.

Al llegar a su destino, Harris bajó del tren y se quedó un rato parado en el andén de grava gris como si estuviera viviendo un sueño. Le parecía que había pasado casi un siglo desde la última vez que había estado allí, con todo su equipaje metido en unas cajas de cartón atadas con cordeles, esperando el tren que le llevaría a Estrasburgo para, finalmente, regresar a su hogar tras dos años de exilio. El reloj del tiempo parecía haberse parado y volvía a sentirse un niño. La única diferencia era que ahora las cosas le parecían más pequeñas de como las recordaba; todo parecía haber menguado y encogido y las distancias se habían reducido de escala.

Cruzó la carretera y se dirigió a la pequeña *Gasthaus*. Los rostros y las figuras de sus antiguos compañeros de colegio —alemanes, suizos, italianos, franceses, rusos— surgían de entre los árboles del bosque y le acompañaban en silencio.

Flotaban en torno suyo, mirándole a los ojos con un semblante inquisitivo y triste. Pero no conseguía recordar sus nombres. También venían con ellos algunos de los Hermanos, y de los nombres de muchos de ellos sí que se acordaba: el hermano Rost, el hermano Pagel, el hermano Schliemann. Tampoco había olvidado el nombre del viejo predicador que descubrió su propia imagen en la fantasmal galería de los que iban a morir: el hermano Gysin. La oscuridad del bosque le cercaba como un mar cuyas olas de terciopelo podían encrespase en cualquier momento y anegar la escena, arrastrando consigo los rostros de los que le acompañaban. El aire era frío y estaba repleto de deliciosas fragancias, pero cada vez que aspiraba aquel perfume le venía a la memoria la tenue evocación de un recuerdo.

A pesar del inevitable poso de tristeza que iba unido a aquella experiencia, todo le resultaba muy interesante y le producía una curiosa sensación de placer; de modo que cuando cogió una habitación en la posada y encargó la cena, se sintió muy satisfecho de sí mismo y se hizo el firme propósito de dar un paseo hasta su viejo colegio esa misma noche. El colegio estaba justo en el centro del pueblo, que se encontraba a unas cuatro millas de distancia atravesando el bosque. Fue entonces cuando recordó que aquel lugar era un pequeño enclave protestante situado en medio de una región mayoritariamente católica. Las ermitas y los crucifijos rodeaban aquel claro del bosque como si fueran los centinelas de un ejército sitiador. Una vez que se dejaba atrás la plaza del pueblo —alrededor de la cual se desplegaban unos cuantos acres de prados y huertos— las prietas falanges de pinos se sucedían una tras otra

y, justo en el lindero de aquel bosque, empezaba el territorio donde ejercían su autoridad los sacerdotes de otra confesión. Recordaba vagamente que, en algunas ocasiones, los católicos habían mostrado cierta animosidad contra aquel pequeño oasis protestante que florecía en paz y benevolencia en medio de sus dominios. Harris tenía todo aquello bastante olvidado. Qué mezquino le parecía ahora, con su amplia experiencia de la vida y el conocimiento que tenía de otros países y del gran mundo. Era como si hubiera retrocedido trescientos años en el tiempo en vez de treinta.

A la hora de la cena sólo había otros dos huéspedes en el comedor. Uno de ellos era un hombre de mediana edad, con barba, y vestido con un traje de *tweed*, que se sentaba solo en un extremo de la mesa. Harris, al darse cuenta de que era inglés, procuró mantenerse alejado de él. Temía que su presencia allí estuviera relacionada con algún asunto de negocios —incluso con el negocio de la seda— y que quizá estuviera interesado en charlar un rato sobre el tema. El otro huésped era un cura católico. Se trataba de un hombre de pequeña estatura que comía la ensalada con cuchillo, aunque lo hacía con tal delicadeza que no llegaba a resultar molesto. Fue precisamente la visión de aquel clérigo la que le trajo a la memoria el antiguo antagonismo. Cuando Harris, para sacar tema de conversación, le habló de los motivos que le habían llevado a emprender aquel viaje sentimental, el cura alzó la vista, enarcó las cejas, y se le quedó mirando con una expresión de sorpresa y recelo que, por alguna razón, consiguió que se sintiera herido en su orgullo. Harris atribuyó aquella expresión a la diferencia de credos que existía entre ellos.

—Sí —prosiguió el comerciante en sedas, encantado de poder hablar del tema que acaparaba todos sus pensamientos—, para un muchacho inglés verse de repente en una escuela rodeado de cien extranjeros fue una experiencia muy extraña. Me acuerdo muy bien de la soledad y la insoportable *heimweh* que me produjo al principio. —Hablaba un alemán muy fluido.

El cura, que estaba sentado frente a él, alzó la vista del plato de ensalada y sonrió. Tenía un rostro agradable. Le explicó, en voz baja, que se encontraba allí de paso y que estaba haciendo un recorrido por las parroquias de Württemberg y Baden.

—La vida allí era dura —añadió Harris—. Recuerdo que los chicos ingleses decíamos que era *Geffingnisleben*: una vida carcelaria.

Por alguna razón inexplicable, la mirada del cura se ensombreció. Tras una breve pausa, y más por cortesía que por deseo de seguir hablando de aquel tema, dijo en voz baja:

—Sí, aquella fue la mejor época del colegio. Después, según tengo entendido...

Se encogió ligeramente de hombros y aquella mirada extraña, casi de alarma, volvió a dibujarse en su semblante.

Dejó la frase sin terminar.

Harris percibió en su voz algo que le pareció completamente fuera de lugar, un tono raro, como de reproche. No pudo evitar sentirse molesto.

—¿Cómo, qué ha cambiado? —preguntó—. No puedo creer que...

—Ya veo que no está usted enterado —señaló el cura, con mucho tacto, mientras iniciaba con las manos el gesto de hacer la señal de la cruz, pero sin llegar a completarlo—. ¿No ha oído hablar de lo que ocurrió allí antes de que lo abandonaran?

La reacción de Harris fue, sin duda, muy infantil, y quizá se debiera a que estaba demasiado cansado y alterado, pero las palabras y los modales del cura aquel le ofendieron hasta tal punto, que ni siquiera prestó atención a la última frase que dijo. Le vinieron a la mente los viejos rencores y antagonismos y, por un momento, casi perdió los estribos.

—¡Tonterías! —le interrumpió con una risa forzada—. *iUnsinn!* Siento tener que contradecirle, caballero, pero yo fui alumno de ese colegio. No había nada que se le pudiera comparar. Me resulta increíble que pueda haber ocurrido algo lo bastante grave como para que haya ... para que haya... perdido su carácter. La devoción de los Hermanos no tenía parangón posible, era...

Bruscamente dejó sin concluir la frase; se había dado cuenta de que había subido en exceso el tono de voz y temía que el hombre que se sentaba en el otro extremo de la mesa entendiera el alemán. En ese mismo instante, alzó la vista y se encontró con la mirada fija de los ojos de aquel tipo. Tenían un brillo muy especial. Eran unos ojos fascinantes y, sin que alcanzara muy bien a explicárselo, le pareció adivinar en aquella mirada una expresión de reproche y de advertencia.

El rostro de aquel desconocido le impresionó vivamente.

Por primera vez se percató de que era uno de esos rostros en cuya presencia se procura no decir o hacer nada que resulte impropio. No entendía cómo no le había llamado antes la atención.

En cualquier caso, Harris lamentó no haberse mordido la lengua en vez de dejarse llevar por su apasionamiento. El cura no volvió a dirigirle la palabra. Tan sólo en una ocasión, tras alzar la mirada, dijo como hablando para sí, pero con la clara intención de que se le oyera:

—Lo encontrará cambiado. —Y al momento se levantó de la mesa, hizo una inclinación dirigida a los dos huéspedes y se retiró.

Al otro extremo de la mesa el hombre del traje de *tweed* también se levantó, y Harris se quedó solo en el comedor.

Permaneció un rato en aquella sala en penumbra, bebiendo el café a pequeños sorbos y fumando un buen puro, hasta que apareció la doncella para encender las lámparas de aceite. Estaba enfadado consigo mismo por haber dejado a un lado sus buenos modales, aunque no llegaba a explicarse por qué había ocurrido. Pensó que seguramente le había molestado que el cura, aún sin querer, hubiera introducido una nota

discordante en el carácter placentero de sus sueños.

Más adelante tendría que buscar la ocasión de pedirle disculpas pero, de momento, estaba demasiado impaciente por dar un paseo hasta su viejo colegio y, tras coger su bastón y su sombrero, salió de la casa de huéspedes.

Al cruzar por delante de la *Gasthaus*, vio al cura y al hombre del traje de *tweed*. Estaban tan enfrascados en su conversación que apenas si se fijaron en él cuando pasó a su lado y se descubrió para saludarles.

Emprendió la marcha a buen paso. Recordaba perfectamente el camino y tenía la esperanza de llegar al pueblo a tiempo de charlar un rato con alguno de los Hermanos. A lo mejor hasta le invitaban a tomar una taza de café. Estaba seguro de que sería bien recibido y, una vez más, los viejos recuerdos se apoderaron de él. No había ninguna prisa en volver, podía regresar a la hora que quisiera.

Serían un poco pasadas las siete, y el temprano anochecer del mes de octubre venía acompañado de un aire frío que parecía brotar de los lugares más recónditos del bosque.

Nada más cruzar el claro donde se encontraba la estación de tren, el camino comenzaba a hundirse en la espesura y, al cabo de pocos minutos, Harris avanzaba ya rodeado por todas partes de árboles. El sonido de sus botas moría al chocar contra aquellos millones de abetos en prieta formación sin devolverle ningún eco. Reinaba una oscuridad casi completa que a duras penas permitía distinguir el tronco de un árbol del de otro. Caminaba con paso rápido, impulsándose con el balanceo de su bastón de madera de acebo. En una o dos ocasiones se cruzó con campesinos que regresaban a sus casas; el sonido gutural de su saludo, *Grüss Got*, que hacía tanto que no escuchaba, contribuía a poner de relieve el paso del tiempo y, a la vez, le hacía sentir que nada había cambiado. Su mente se poblaba de nuevos grupos de imágenes y las figuras de sus antiguos compañeros volvían a surgir del bosque y caminaban a su lado susurrándole al oído historias de los tiempos pasados.

Los ensueños se sucedían unos a otros sin interrupción.

Conocía cada curva del camino, cada claro del bosque y, a su vez, todos y cada uno de ellos, hacían que los viejos recuerdos cobraran vida. Estaba disfrutando intensamente de aquel paseo.

Proseguía su marcha sin detenerse ni un momento. Al salir la luna, el fino polvo dorado que cubría el cielo desapareció y un viento de un tenue color plateado se fue extendiendo silencioso entre la tierra y las estrellas. Se fijó en el resplandor de las copas de las abetos y escuchó cómo susurraban cuando la brisa mecía sus afiladas hojas en dirección a la luz. El dulzor del aire de montaña era embriagador. El camino brillaba como la espuma de un río que corriera entre tinieblas. Las mariposas nocturnas revoloteaban por doquier como pensamientos silenciosos que se cruzaran en su camino y, desde las cavernas del bosque, cientos de aromas

saltaban la barrera de los años para darle la bienvenida.

Entonces, cuando menos lo esperaba, los árboles desaparecieron bruscamente de ambos lados del camino y se encontró al borde del claro del pueblo. Aceleró el paso. Allí estaban las siluetas de las mismas casas de siempre, bañadas de una capa de luz Plateada; también los árboles de la placita central, con su fuente y sus pequeñas alfombras de césped; allí se alzaba la figura de la iglesia junto al *Gasthof der Brüdergemeinde*; y al divisar un poco más allá, elevándose oscuramente hacia el cielo, la imponente mole del edificio del colegio, sintió un escalofrío.

Como una fortaleza, cúbica y formidable, emergía frente a él, surcada por las profundas sombras del claro de luna, tras un silencio de más de un cuarto de siglo.

Cruzó rápidamente la calle desierta del pueblo y se paró junto a la sombra que proyectaba el edificio para contemplar aquellos muros que, en tiempos, le tuvieron preso durante dos años... dos años ininterrumpidos de disciplina y de nostalgia del lejano hogar. En su mente se agolpaban las imágenes y los recuerdos; en aquel lugar se concentraban las sensaciones más intensas de su juventud, pues era allí donde había empezado a vivir y a aprender el valor de las cosas. Ni un solo paso rompía el silencio, aunque tras las ventanas de muchas de las casas se distinguía un parpadeo de luces. Sin embargo, al alzar la vista hacia los altos muros envueltos en sombras, no le costó nada imaginarse que un tumulto de rostros conocidos se apretujaban en las ventanas para darle la bienvenida; ventanas cerradas que, en realidad, tan sólo reflejaban la luz de la luna y el resplandor de las estrellas.

Aquí estaba, por fin, el viejo edificio del colegio, aislado del mundo tras sus cuatro muros; con los postigos cerrados y la empinada cubierta de tejas y sus aguzados pararrayos apuntando al cielo desde sus cuatro esquinas cual negras garras. Se quedó un buen rato mirando ensimismado y, de pronto, advirtió con alegría que aún había luz en las ventanas del *Bruderstube*.

Abandonó el camino y atravesó la verja. Subió luego el tramo de doce escalones, y se plantó frente a la oscura puerta de madera que guarnecían pesadas barras de hierro. Poseído de un deleite casi infantil, contemplaba ahora con ternura aquella puerta que antiguamente detestara y temiera con el odio y la pasión de un alma cautiva.

Un tanto cohibido, tiró de la cuerda y se estremeció de emoción al escuchar cómo se propagaba el repique de la campana por el interior del edificio. Aquel sonido, hace tanto olvidado, le hizo evocar el pasado con tal realismo, que se puso literalmente a temblar. Era como la campana mágica de los cuentos que levanta el telón del Tiempo, convocando a los habitantes del reino de las sombras. Le embargaba un sentimentalismo que nunca antes había experimentado. Era como volver a ser joven. Pero, a la vez, comenzaba a formarse una imagen falaz de su propia valía. Al fin y al cabo era todo un personaje que venía de un mundo donde lo que

contaba era la acción y la lucha, ¿acaso no causaría una gran impresión en aquella pequeña comunidad entregada a sus sueños de paz?

—Probaré de nuevo —pensó, tras una larga pausa, y volvió a coger la cuerda de la campana. Se disponía ya a tirar de ella, cuando oyó pasos que se acercaban por el pasillo de piedra; un instante después la enorme puerta se abrió pesadamente.

Un hombre alto, de semblante adusto, se encontraba frente a él mirándole en silencio.

—Le ruego que me disculpe, ya sé que es un poco tarde —dijo con un tono un tanto afectado—, pero soy un antiguo alumno de la escuela. Acabo de llegar y no he podido resistir la tentación. Tenía tanto interés... Estuve aquí en el setenta. —Su alemán no le salía tan fluido como de costumbre.

Entonces, aquel hombre abrió más la puerta, y haciendo una reverencia, le invitó a pasar con una sonrisa que indicaba a las claras que era bienvenido.

—Soy el hermano Kalkmann —dijo con voz grave en un tono muy bajo—. Precisamente yo fui maestro en la escuela por aquellos años. Siempre es un placer recibir a un antiguo alumno. —Durante unos segundos le miró con gran atención y después añadió:

—Además creo que ha hecho usted muy bien en venir, pero que muy bien.

—Para mí es un auténtico placer —respondió Harris encantado con el recibimiento.

Aquel pasillo, pavimentado de losas grises y envuelto en penumbra, donde resonaba el eco tan familiar de una voz alemana, con la peculiar entonación que ponían los Hermanos al hablar, le hacía flotar en la atmósfera de ensueño de unos días hace tiempo olvidados. Entró muy a gusto en el edificio, y el atronador ruido de la puerta al cerrarse, que tan bien recordaba, acabó de redondear la perfecta reconstrucción del pasado.

Casi volvió a experimentar la vieja sensación de encarcelamiento, de dolorosa nostalgia, de haber perdido la libertad.

A Harris se le escapó sin querer un suspiro y se volvió hacia su anfitrión, que tras devolverle levemente la sonrisa que le había dirigido, comenzó a abrir la marcha a lo largo del pasillo.

—Los muchachos ya se han recogido —le explicó—. Como recordará, aquí nos acostamos temprano. Pero confío que al menos se una a nosotros un momento en la *Bruderstube*, para tomar una taza de café.

Eso era justo lo que esperaba el comerciante en sedas, que trató de atenuar la excesiva presteza en aceptar la invitación, adornándola con sus mejores modales.

—Y mañana —prosiguió el Hermano—, tiene usted que volver y pasar todo un día con nosotros. Puede incluso que encuentre a algún viejo conocido; varios alumnos de su promoción han vuelto a la escuela como

maestros.

Durante una fracción de segundo, cruzó por los ojos de aquel hombre una mirada que hizo que el visitante se sobresaltara. Pero fue visto y no visto. Era algo indefinible. Harris se convenció de que todo se debía a una sombra proyectada por una de las lámparas del muro, delante de la cual acababan de pasar, y se lo quitó de la cabeza.

—Le agradezco enormemente su amabilidad —dijo con cortesía—. No se imagina usted el placer que me causa volver a visitar este lugar. ¡Ah! —se paró justo delante de una puerta con una mampara de cristal y trató de escudriñar lo que había en su interior—. Seguro que ésta es una de las salas de música donde yo solía hacer prácticas de violín. ¡Qué bien lo recuerdo a pesar de los años que han pasado!

El hermano Kalkmann, con una sonrisa benévola, se detuvo para que su invitado pudiera echar una ojeada.

—¿Siguen teniendo la orquesta de muchachos? Me acuerdo de que yo tocaba el *zweite Geige* con ella. El hermano Schliemann dirigía desde el piano. ¡Caray! Es como si lo estuviera viendo ahora mismo, con su larga melena negra y... y... —Dejó sin concluir la frase con brusquedad. De nuevo había visto cruzar por el adusto semblante de su compañero aquella mirada rara y sombría que, por un instante, le había resultado extrañamente familiar.

—Sí, aún seguimos con la orquesta de muchachos —dijo—, pero siento decirle que el hermano Schliemann... —titubeó un momento y luego añadió—: El hermano Schliemann falleció.

—Entiendo, entiendo —se apresuró a decir Harris—. No sabe cuánto lo siento.

Se dio cuenta de que estaba un tanto inquieto, pero no sabía si atribuirlo a la noticia del fallecimiento de su antiguo profesor de música o a alguna otra cosa. Echó una mirada al fondo del largo pasillo que se perdía entre sombras. En la calle y en el pueblo todo le había parecido mucho más pequeño de como él lo recordaba, pero aquí, dentro del edificio del colegio, todo le parecía mucho más grande. La altura y la longitud del pasillo, su dimensión y su amplitud no se correspondían con la imagen mental que había conservado de él. Sus pensamientos vagaron soñadores por un instante.

Alzó los ojos y vio el rostro del Hermano, que le observaba con una sonrisa de paciente indulgencia.

—Está usted poseído por los recuerdos —le comentó con tono amable; su mirada adusta había adquirido ahora una expresión casi compasiva.

—Tiene usted razón —respondió el hombre de las sedas—. En cierto modo, aquélla fue la etapa más importante de toda mi vida. Aunque entonces la odiara... —vaciló antes de proseguir, no quería herir los sentimientos del Hermano.

—Según los criterios ingleses resultaría estricto, claro —dijo con un

tono comprensivo que animó a Harris a continuar.

—...sí, en parte era eso, y en parte la incesante nostalgia y la sensación de soledad que producía el hecho de no poder estar nunca verdaderamente a solas. Ya sabe que en los colegios ingleses los muchachos gozan de mucha mayor libertad.

Se fijó que el hermano Kalkmann le escuchaba con mucha atención.

—Sin embargo, dejó en mí una huella que no me ha abandonado en toda mi vida —dijo con cierto pudor—, y por la que siempre le estaré agradecido.

—*iAch! ¿Wie so, denn?*

—Aquel sufrimiento constante que sentía en mi interior hizo que me sumiera en la vida religiosa que practicaban ustedes hasta tal punto, que todas las energías de mi ser parecían proyectarse hacia la búsqueda de una satisfacción más profunda, de un lugar donde el alma pudiera por fin encontrar la paz. Durante los dos años que estuve aquí ansié acercarme a Dios, seguramente de una forma un tanto infantil, pero con una intensidad con la que no he vuelto a desear ninguna otra cosa. Es más, nunca he llegado a perder del todo la sensación de paz y de alegría interior que acompañaban a esa búsqueda. Nunca podré olvidar este colegio y las profundas enseñanzas que en él aprendí.

Hizo una pausa al terminar su largo discurso y, durante un instante, se hizo el silencio entre los dos. Harris temía haber hablado demasiado y no haberse expresado correctamente en aquella lengua extranjera, y cuando el hermano Kalkmann posó una mano sobre su hombro, no pudo evitar dar un respingo.

—Sí, es posible que esté demasiado poseído por mis recuerdos —añadió a modo de disculpa—, pero este pasillo tan largo, las aulas, la lúgubre puerta de entrada con sus barrotes, en fin, todo esto me toca una fibra sensible que... que... —No le venían las palabras alemanas; lanzó una mirada a su compañero, y con una sonrisa y un gesto trató de explicar lo que sentía. Sin embargo, el Hermano ya había retirado la mano del hombro de Harris y ahora estaba de espaldas, mirando hacia el fondo del pasillo.

—Claro, claro —dijo el Hermano apresuradamente, sin darse la vuelta—. *Es ist doch selbstverständlich*. Todos nos hacemos cargo.

Luego se volvió, y Harris percibió en su semblante una expresión siniestra que le produjo una sensación muy desagradable. Puede que fueran de nuevo los juegos de sombras de las dichosas lámparas de aceite, pues al volver sobre sus pasos por el pasillo, aquella expresión tétrica desapareció al instante. No obstante, el inglés se quedó con la impresión de haber dicho algo que había molestado al Hermano, algo que no había sido de su agrado. Se pararon frente a la puerta del Bruderstube. Harris se dio cuenta de que se había hecho tarde y que quizá llevaba ya hablando demasiado rato. Hizo un intento de marcharse, pero su compañero no quiso ni oír hablar del asunto.

—Tiene que quedarse a tomar un café con nosotros —dijo en un tono firme que parecía sincero—. Mis colegas estarán encantados de verle. Incluso puede que alguno de ellos se acuerde de usted.

A través de la puerta llegaba el sonido de las voces de varios hombres en animada conversación. El hermano Kalkmann hizo girar el picaporte y entraron en aquella habitación inundada de luz y repleta de personas.

—Disculpe, ¿su nombre era? —susurró el Hermano, a la vez que agachaba la cabeza para oír mejor la respuesta—. Creo que todavía no me ha dicho cómo se llama.

—Harris —dijo el inglés rápidamente mientras entraba.

Cruzar aquel umbral le ponía nervioso, pero atribuyó aquella fugaz inquietud al hecho de estar transgrediendo la norma más sagrada del lugar, que castigaba severamente a los muchachos que se acercaran a este sanctasanctórum, donde los maestros pasaban sus escasos ratos de ocio.

—¡Ah sí, claro... Harris! —repitió el Hermano como si recordara el nombre—. Pase Herr Harris, haga el favor de pasar. Ya verá la inmensa alegría que produce su visita. La idea de venir aquí ha sido estupenda, verdaderamente maravillosa.

La puerta se cerró a sus espaldas, y mientras trataba de acostumbrar su vista a aquel súbito cambio de luz, le pasó desapercibido lo exageradas que habían sido aquellas palabras. Oyó la voz del hermano Kalkmann haciendo las presentaciones. Hablaba en voz muy alta, de hecho, aquel tono de voz le pareció innecesario y absurdo.

—Hermanos —anunció—, tengo el placer y el privilegio de presentaros a Herr Harris, de Inglaterra. Acaba de llegar para hacernos una pequeña visita y ya le he expresado, en nombre de todos, lo mucho que nos complace tenerle entre nosotros. Fue, como todos recordáis, alumno del curso del setenta.

Era una presentación muy formal, muy alemana, pero a Harris le resultó bastante satisfactoria. Le hacía sentirse importante y, además, le había agradado el detalle que había tenido el Hermano al dar a entender que le esperaban.

Aquellas figuras vestidas de negro se levantaron y les saludaron haciendo una inclinación con la cabeza; Harris y Kalkmann respondieron a su vez con sendas inclinaciones. Todo el mundo se comportaba con mucha cortesía y refinamiento. La habitación bullía de personas, la luz, tras la oscuridad del pasillo, le deslumbraba y el ambiente estaba muy cargado por el humo de los puros. Cogió la silla que le ofrecieron y se sentó entre dos de los Hermanos, con la vaga sensación de que sus sentidos no le respondían con la precisión y agudeza habituales. Se encontraba un tanto aturdido y el hechizo del pasado hizo presa en él con tal fuerza, que los perfiles del presente inmediato comenzaron a borrar y todo pareció menguar hasta adquirir las dimensiones de un tiempo muy

lejano. Era como si hubiera caído bajo el dominio de un estado de ánimo que venía a ser un compendio de todos los que había experimentado en su ya olvidada niñez.

Hizo un gran esfuerzo para tranquilizarse y comenzó a tomar parte en la conversación, que había vuelto a iniciarse con un animado murmullo. Lo hizo además encantado, ya que los Hermanos —de los que habría en aquella pequeña habitación cerca de una docena— le trataban con unos modales tan exquisitos que no tardaron en hacerle sentir que era uno más de ellos. Eso le producía un placer muy sutil. Era como si hubiera salido de un mundo en el que reinaba la codicia, la vulgaridad y el egoísmo —el mundo del negocio de la seda, los mercados y los beneficios— para introducirse en un ambiente más limpio, donde lo primordial eran los ideales del espíritu y la vida sencilla y piadosa. Ese sentimiento le cautivaba hasta tal punto, que, en cierto modo, hacía que contemplara los veinte años en que su vida había estado centrada en el mundo de los negocios como algo degradante. Aquella atmósfera iluminada por las estrellas era demasiado pura, demasiado enrarecida para el mundo en que él se desenvolvía en la actualidad. Comenzó a hacer comparaciones de las que no salía muy bien parado: comparaba al pequeño soñador místico que treinta años atrás había abandonado la austera paz de esta devota comunidad con el hombre de mundo en que se había convertido desde entonces; y el contraste le daba escalofríos y le hacía sentir un hondo arrepentimiento que le llevaba casi a despreciarse a sí mismo.

Echó un vistazo a su alrededor y se fijó en aquellos rostros que parecían flotar hacia él envueltos en humo; el humo de los cigarros que tan bien recordaba. Cuánto entusiasmo se apreciaba en ellos, qué fortaleza y qué placidez transmitían; estaban tocados de esa nobleza que otorgan las grandes aspiraciones y los propósitos desinteresados. Uno o dos de ellos le llamaban especialmente la atención, aunque no sabía muy bien por qué. Casi le fascinaban. Tenían un aire extremadamente íntegro y severo, y aunque no fuera capaz de definirlo, percibía también en ellos algo que le resultaba extraña y sutilmente familiar. Sin embargo, siempre que su mirada se cruzaba con la de cualquiera de ellos, descubría en sus ojos una expresión llena de cordialidad y, en algunos casos, incluso un sentimiento de asombro que parecía encontrarse a medio camino entre la estima y la deferencia. El respeto por su persona que percibía en todos aquellos rostros halagaba su vanidad.

Pronto se sirvió el café, preparado por un Hermano de cabello oscuro que estaba sentado junto al piano y que guardaba un singular parecido con el hermano Schliemann, el maestro de música de hacía treinta años. Harris intercambió con aquel hombre las acostumbradas reverencias cuando tomó la taza de café de sus pálidas manos, que, al fijarse en ellas, le parecieron las manos de una mujer. El Hermano que se sentaba a su lado, con quién mantenía una conversación muy agradable, le ofreció un puro y, al ir a encenderlo, aquel rostro iluminado por el

resplandor de la cerilla le recordó por un momento al del hermano Pagel, el tutor de su clase.

—*Est ist wirklich merkwürdig* —dijo Harris—. Hay que ver la de parecidos que les encuentro, no sé si reales o imaginarios. ¡Es verdaderamente curioso!

—Sí —respondió aquél, observándole por encima de su taza—, el hechizo que ejerce este lugar es muy poderoso. Me parece muy comprensible que los viejos rostros le vengán a la memoria... quién sabe si hasta borrar los nuestros.

Ambos rieron encantados. Era muy tranquilizador ver cómo entendían y sabían apreciar su estado de ánimo. Pasaron después a hablar del pueblo de la montaña, de su aislamiento, de lo apartado que estaba de la vida mundana, de lo adecuado que era para la meditación y el culto y para... cierto tipo de desarrollo espiritual.

—Y este regreso suyo, Herr Harris —dijo el Hermano que tenía a su izquierda, uniéndose a la conversación—, no sabe usted cuánto nos agrada. Le tenemos en la más alta estima por haber venido. Le honramos.

Harris hizo un gesto con el que quería quitarse importancia, y dijo con un tono un tanto afectado:

—En lo que a mi respecta, me temo que se trata tan sólo de un placer egoísta.

—No todo el mundo habría tenido el valor —añadió el que se parecía al hermano Pagel.

—¿Lo dice por los malos recuerdos? —inquirió Harris, algo confundido.

El hermano Pagel le miró fijamente, sus ojos expresaban de manera inequívoca su admiración y su respeto:

—Lo que quiero decir es que la mayor parte de los hombres se aferran con todas sus fuerzas a la vida y es muy poco lo que están dispuestos a sacrificar por sus creencias.

El inglés se sintió ligeramente incómodo. Le parecía que aquellos hombres tan respetables estaban exagerando la importancia de su viaje sentimental. Por otra parte, la conversación empezaba a resultarle incomprensible. Apenas si podía seguirla.

—La vida mundana todavía tiene *algunos* atractivos para mí —respondió con jovialidad, queriendo indicar que aún se encontraba bastante lejos de la santidad.

—Razón de más para que le honremos por haber venido por propia voluntad —dijo el Hermano que tenía a su izquierda—, y de una forma tan incondicional.

A esto siguió una breve pausa, y el comerciante en sedas se sintió aliviado cuando la conversación tomó unos derroteros de carácter más general, aunque tampoco pudo dejar de advertir que nunca se alejaba mucho de los temas de su visita y de las maravillosas posibilidades que la

situación de aislamiento del pueblo ofrecía a los hombres que deseaban desarrollar sus potencias espirituales y practicar los ritos de un culto más elevado. Otros Hermanos se fueron uniendo al pequeño grupo; alababan su dominio de la lengua y le hacían sentirse a sus anchas, aunque a la vez, un tanto incómodo por la desmedida admiración que le profesaban. Al fin y al cabo, su viaje sentimental tampoco era para tanto. El tiempo pasaba volando; el café era excelente, los puros muy suaves, y justo con aquel sabor a nuez que Harris tanto apreciaba. Finalmente, temiendo haber abusado en exceso de la hospitalidad de los Hermanos, se levantó de mala gana para despedirse. Pero los demás no querían ni oír hablar del tema. Rara era la ocasión en que un antiguo alumno volvía a visitarles con tanta naturalidad y sencillez. La noche era joven. Si era necesario ya le harían un hueco en el gran *Schlafzimmer* del piso de arriba. No les costó mucho convencerlo de que se quedara un poco más. En cierto modo se había convertido en el centro de aquella pequeña celebración. Se sentía contento, halagado, honrado.

—Además, quizá el hermano Schliemann quiera tocar algo para nosotros... ahora.

Era Kalkmann quien había hablado, y Harris dio un respingo bien patente al oír ese nombre y ver a aquel hombre de negra melena que se sentaba junto al piano darse la vuelta y sonreírle. Schliemann era el nombre de su viejo maestro de música, que ya había fallecido. ¿Sería acaso su hijo? Eran casi idénticos.

—Si el hermano Meyer no ha acostado todavía su violín Amati le haré el acompañamiento —dijo el músico con un tono insinuante, mientras miraba a un hombre en el que Harris no se había fijado hasta entonces y que, se dio cuenta, era el vivo retrato de un antiguo maestro que respondía a ese mismo nombre.

Meyer se puso de pie y se excusó con una ligera reverencia y, en aquel momento, el inglés notó que hacía un gesto muy peculiar; era como si, detrás del alzacuellos, su cabeza no estuviera bien unida al resto del cuerpo y temiera que se le fuera a desprender. Ese movimiento era típico del viejo Meyer.

Recordaba que los muchachos solían imitarlo.

Su mirada fue pasando rápidamente de uno a otro rostro; tenía la sensación de que un proceso silencioso e invisible estaba alterando todo lo que le rodeaba. No había ni una sola cara que no le resultara extrañamente familiar. Pagel, el hermano con el que había estado hablando, era la viva imagen del otro Pagel, el tutor de su clase; y Kalkmann —por primera vez lo veía claro— bien podría haber sido el hermano gemelo de otro maestro, cuyo nombre no recordaba, pero al que tenía mucha manía en los viejos tiempos. Los rostros de todos los hermanos que le miraban a través de aquel ambiente cargado de humo eran los mismos que había conocido y con los que había convivido hacía mucho tiempo: Reijst, Fluheim, Meinert, Rigel, Gysin.

Sus sentidos habían despertado de pronto, y se puso a observar atentamente aquellos rostros: en todos veía, o creía ver, extraños parecidos semejanzas fantasmales, o más bien, unos rostros idénticos a los de años atrás. Aquí estaba ocurriendo algo raro, algo que no encajaba, algo que le producía una gran inquietud. Trató de quitarse aquella idea de la mente con una brusca sacudida de la cabeza, y al lanzar una bocanada de aire que disipó el humo que flotaba frente a sus ojos, advirtió con consternación que todos tenían la mirada clavada en él. Le estaban observando.

Aquella circunstancia hizo que recuperara el sentido común. En su calidad de inglés y de extranjero, no quería mostrarse mal educado o hacer cualquier tontería que llamara la atención y estropear la armonía que había reinado en la velada. Era un invitado y, además, un invitado de honor. Por otro lado, la música había empezado. Los largos dedos pálidos del hermano Schliemann acariciaban ya el teclado del piano.

Se arrellanó en su asiento y continuó fumando, pero mantuvo los ojos entornados para no perder detalle de lo que ocurría.

Sin embargo, aquel estremecimiento ya se había instalado en su ser y, sin que pudiera hacer nada para evitarlo, no dejaba de repetirse. Al igual que una ciudad asentada en el curso alto de un río siente la presión del lejano mar, Harris notaba que una serie de fuerzas poderosas, provenientes de algún lugar que le era del todo desconocido, trataban de imponerse a su alma en aquella pequeña habitación llena de humo.

Comenzaba a sentirse verdaderamente inquieto...

A medida que el sonido de la música se iba expandiendo por la habitación, su mente comenzó a despejarse. Era como si se hubiera descorrido un velo que hasta entonces había oscurecido su visión. Las palabras del cura en la posada de la estación le vinieron a la memoria: «lo encontrará cambiado». Y también, aunque no alcanzara a explicarse por qué, vio mentalmente los ojos enérgicos y fascinantes del otro huésped que había en el comedor; el hombre que había oído su conversación y al que, más tarde, había visto hablando muy seriamente con el cura. Sacó su reloj y lo miró con disimulo. Llevaba allí dos horas. Ya eran las once.

Entretanto, Schliemann, totalmente absorto en su música, había iniciado un compás solemne. El piano sonaba a las mil maravillas. La fuerza de unas convicciones profundas, la naturalidad del gran arte, la esencia del mensaje espiritual de un alma que se ha encontrado a sí misma; todo esto, y mucho más, estaba presente en aquellos acordes y, sin embargo, aquella música tenía algo que sólo se podía calificar de impuro, atroz y diabólicamente impuro. La pieza misma, aunque Harris no la reconoció, era sin duda la música de una misa: enorme, mayestático, ¿lúgubre? Se esparcía amenazadora por la habitación llena de humo a un ritmo lento y poderoso. Era como si una presencia imponente, a la par que profundamente íntima, se estuviera abriendo camino y, al hacerlo, dejara marcada en todos y cada uno de los rostros de los presentes la

huella de las enormes fuerzas de las que era el símbolo audible. Los semblantes de aquellos hombres habían adquirido una expresión siniestra, pero aquel matiz siniestro no era algo meramente pasivo o negativo, tras sus sombrías expresiones se escondía algún propósito. De pronto recordó el semblante del hermano Kalkmann en el pasillo aquella tarde. Los motivos que alentaban en lo más secreto de sus almas se reflejaban ahora con toda nitidez en sus ojos, en sus bocas, en sus frentes, como los negros estandartes de una asamblea de criaturas desventuradas y perdidas. Demonios... fue la horrible palabra que le cruzó por la mente como un relámpago.

Cuando tuvo aquella súbita revelación, Harris perdió el control. Sin pararse a pensar o a ponderar lo insólito de aquella idea, hizo algo que era a la vez muy estúpido y perfectamente natural. Impulsado de pronto por una tensión irresistible que le impelía a actuar se levantó de un salto... y se puso a gritar. Para su propio asombro estaba de pie chillando con todas sus fuerzas.

Pero nadie se movió ni un ápice. Aparentemente no habían prestado la más mínima atención a aquel comportamiento absurdo y desmedido. Era como si nadie, aparte de él, hubiera escuchado el grito, como si la música lo hubiera ahogado y engullido; en definitiva, como si no hubiera gritado tan alto como él creía o, simplemente, no hubiera gritado.

Entonces, mientras miraba a aquellos rostros impasibles y sombríos, sintió que un frío helador le recorría todo el cuerpo hasta llegar a su propia alma. Todas sus emociones se enfriaron de pronto, retirándose como la marea al bajar. Volvió a sentarse, avergonzado y enfadado consigo mismo por aquel comportamiento, más propio de un loco o de un chiquillo. Entretanto, de los pálidos dedos del hermano Schliemann, semejantes a pequeñas serpientes, seguía fluyendo la música, como un vino envenenado vertido a través de las extravagantes formas de los cuellos de las vasijas de la antigüedad.

Y al igual que hacían todos los demás, Harris lo fue absorbiendo.

Trató de convencerse a sí mismo de que había sido víctima de una especie de alucinación y puso el máximo empeño en controlar sus sentimientos. En aquel momento la música cesó. Todos aplaudieron y comenzaron de inmediato a hablar, a reír, a cambiarse de sitio, a acercarse a felicitar al músico, comportándose con toda naturalidad y desenvoltura, como si nada extraño hubiera ocurrido. Sus rostros volvían a ser normales. Los Hermanos se arremolinaban en torno a su invitado, que se unió a la conversación e incluso se oyó a sí mismo felicitando al dotado pianista.

Pero, al mismo tiempo, se iba acercando poco a poco hacia la puerta, cada vez más y más cerca, cambiando de silla siempre que le era posible y procurando unirse a los grupo que se encontraban más próximos a la vía de escape.

—Quisiera darles las gracias *tausendmal* por esta pequeña recepción

y por el gran placer que me ha causado y lo honrado que me he sentido —comenzó a decir, finalmente, con decisión—, pero me temo que ya he abusado bastante de su hospitalidad y, además, aún me queda un largo trecho que andar hasta la pensión.

Sus palabras fueron recibidas con un coro de protestas.

No querían ni oír hablar de su partida, al menos, no antes de que hubiera compartido con ellos un pequeño refrigerio. Sacaron *pumpernickel* de un armario, pan de centeno y salchichas de otro, y todos se pusieron de nuevo a charlar y a comer. Se preparó más café, se encendieron nuevos puros y el hermano Meyer sacó su violín y comenzó a afinarlo suavemente.

—Siempre habrá alguna cama libre en el piso de arriba, si a Herr Harris le parece bien —dijo uno.

—Y además, es difícil salir ahora que todas las puertas están ya cerradas —dijo otro lanzando una risotada.

—Aceptemos los pequeños placeres según nos llegan —gritó un tercero—. El hermano Harris tiene que comprender lo mucho que nos honra con su última visita.

Pusieron docenas de excusas. Todos reían como si la cortesía de sus palabras fuera una mera formalidad que ocultara levemente —cada vez más levemente— un significado muy distinto.

—Y ya se acerca la medianoche —añadió el hermano Kalkmann, luciendo una sonrisa encantadora, pero con un tono de voz que al inglés le hizo pensar en el chirrido de unos goznes.

Cada vez le costaba más comprender el alemán que hablaban aquellos hombres. Se había fijado en que le habían llamado Hermano, como si le consideraran ya uno de los suyos.

De repente lo vio claro, y sintió un escalofrío al darse cuenta de que durante todo aquel tiempo había estado interpretando de una manera errónea, completamente errónea, lo que decían. Habían hablado de la belleza del lugar de su aislamiento, de lo apartado que estaba del mundo, de lo adecuado que era para cierto tipo de desarrollos y devociones espirituales; pero ahora se percataba de que el sentido que daban a aquellas palabras no era ni mucho menos el que él había interpretado. Se referían a cosas muy distintas. Sus poderes espirituales, su deseo de soledad, su pasión por el culto, no eran los poderes, la soledad ni el culto en los que él pensaba. Estaba desempeñando un papel en una horrible mascarada, se hallaba entre hombres que se ocultaban bajo el manto de la religión para poder llevar a cabo sus verdaderos propósitos lejos de las miradas indiscretas.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Cómo era posible que se hubiera metido por error en una situación tan equívoca?

¿Pero, había sido un error? ¿No sería más bien que le había conducido a ella de una forma deliberada? Sus pensamientos eran cada

vez más confusos y comenzaba a perder la confianza en sí mismo. ¿Y, por qué —volvió a pensar— les impresionaba tanto el mero hecho de que hubiera venido a visitar el colegio? ¿Qué había de admirable en algo tan trivial? ¿Por qué le daban tanta importancia a que hubiera tenido «el valor de venir», a haberse «ofrecido tan libre, tan incondicionalmente» como uno de ellos había dicho con tal exageración que parecía más bien una burla?

El miedo había hecho presa en su corazón de una forma horrible y no encontraba respuesta a ninguno de aquellos interrogantes. Sólo había una cosa que ahora le parecía muy clara: tenían la intención de que no saliera de allí. No estaban dispuestos a dejarle marchar. A partir de aquel momento se dio cuenta de que eran siniestros, temibles y que, de un modo que aún no había conseguido descubrir, representaban una amenaza para su persona, para su propia vida. La frase que había dicho uno de ellos hacía no mucho —«su última visita»— le vino a la cabeza escrita con caracteres de fuego.

Harris no era un hombre de acción, y a lo largo de toda su carrera profesional nunca se había visto en una situación de verdadero peligro. No es que fuera un cobarde, pero sí una persona cuyo temple aún no había sido puesto a prueba. Por fin se había dado perfecta cuenta de que su situación era muy delicada y que se las tenía que ver con unos hombres que estaban dispuestos a todo. Sin embargo, tan sólo se hacía una vaga idea de cuáles pudieran ser sus intenciones. Su mente estaba demasiado ofuscada para poder razonar con claridad, se limitaba a dejarse guiar ciegamente por su instinto. En ningún momento llegó a pensar que los Hermanos pudieran haberse vuelto locos o que fuera él mismo quien hubiera perdido temporalmente el juicio y se hallara bajo los efectos de algún tipo de delirio. Lo cierto es que su mente estaba en blanco, de lo único que estaba seguro era de que tenía que escapar de allí... y cuánto antes mejor. Sus sentimientos habían sufrido un cambio brusco y ahora le dominaban por completo.

En consecuencia, abandonó de momento cualquier intento de rebeldía. Comió *pumpernickel* y bebió café, mientras hablaba con los demás de la forma más natural y correcta de que fue capaz y, cuando lo creyó oportuno, se puso en pie y les anunció una vez más que ya era hora de marcharse. Habló muy pausadamente pero con un tono decidido. Nadie que le hubiera escuchado habría albergado la más mínima duda de que hablaba muy en serio. En aquel instante se encontraba ya muy cerca de la puerta.

—No saben cuanto lamento —dijo, con su mejor alemán, a una habitación que le escuchaba en completo mutismo— que nuestra encantadora velada tenga que concluir, pero creo que ha llegado la hora de que me despida de ustedes deseándoles las buenas noches. —Entonces, en vista de que nadie decía nada, añadió, aunque en esta ocasión un tanto más dubitativo—: Y quiero que sepan que les agradezco

de todo corazón su hospitalidad.

—Muy al contrario —respondió Kalkmann de inmediato, levantándose de su silla y haciendo caso omiso de la mano que Harris había extendido para detenerle—, somos nosotros los que tenemos que darle a usted las gracias, y lo hacemos con toda sinceridad y gratitud.

En aquel preciso momento, cerca de media docena de Hermanos se plantaron entre Harris y la puerta.

—Es usted muy amable al decir eso —respondió Harris con toda la firmeza de que fue capaz, tras advertir de soslayo el movimiento que acababa de producirse—, pero de verdad que no entiendo por qué les complace tanto esta visita que he hecho un poco por casualidad.

Avanzó entonces un paso más hacia la puerta, pero el hermano Schliemann cruzó rápidamente la habitación y se puso delante de él. Su postura indicaba que no tenía intención de moverse de ahí. En su rostro se dibujaba una expresión sombría y terrible.

—Pero usted no ha venido aquí por casualidad, hermano Harris —dijo en voz muy alta para que sus palabras se oyeran en toda la habitación—. Confío en que no habremos interpretado erróneamente su presencia aquí —añadió, arqueando sus negras cejas.

—No, no —se apresuró a responder el inglés—. Estaba... estoy encantado de encontrarme entre ustedes. No me interpreten mal, se lo ruego. —Su voz titubeaba un poco y le costaba encontrar las palabras. Además, también le costaba cada vez más entender las palabras que ellos usaban.

—Claro que no nos hemos equivocado —intervino el hermano Kalkmann con su férrea voz de bajo—. Usted ha regresado imbuido de un espíritu de auténtica y generosa devoción. Se ofrece usted libremente y todos lo valoramos. Son precisamente su disposición y su nobleza las que han hecho que se gane usted nuestro respeto y veneración. —Un leve murmullo de aprobación se extendió por toda la habitación—. Lo que más nos complace a todos —y lo que le complacerá más sin duda a nuestro gran Maestro— es que usted se haya ofrecido de manera espontánea y voluntaria como...

Empleó una palabra que Harris no comprendió: *Opfer*. El inglés, totalmente desconcertado, se puso a darle vueltas a la cabeza en busca de la traducción de aquella palabra, pero fue inútil. Aunque le hubiera ido la vida en ello no habría podido recordar su significado. Sin embargo, a pesar de ser incapaz de encontrar su traducción, aquella palabra le había helado el corazón. Aquello era peor, mucho peor, que todo lo que había imaginado. Se sentía perdido, desvalido y, a partir de aquel instante, toda su capacidad de lucha se desvaneció.

—Es magnífico que de forma voluntaria acceda a ser... —añadió Schliemann, mientras se desplazaba furtivamente hasta su lado, con un mirada lasciva en su semblante. Había vuelto a utilizar la misma palabra: *Opfer*.

¡Dios bendito, qué podía significar todo aquello! ¡Ofrecerse a sí mismo! ¡Auténtico espíritu de devoción! ¡De forma voluntaria! ¡Generosa! ¡Magnífico! ¡*Opfer, Opfer, Opfer!* ¡Dios del cielo!, ¿qué podía significar esa extraña y misteriosa palabra que le llenaba de espanto el corazón?

Hizo un heroico esfuerzo por mantener su presencia de ánimo y controlar sus nervios. Se dio la vuelta y vio que el rostro de Kalkmann tenía una palidez de muerte. ¡Kalkmann! Sabía lo que quería decir aquel nombre. *Kalkmann* significaba: hombre de caliza; sí, eso lo sabía, ¿pero qué significaba *Opfer*? Ésa era la verdadera clave de la situación. Un torrente de palabras fluía por su mente desordenada: palabras poco frecuentes que quizá sólo había oído una vez en la vida, pero el significado de *Opfer*, un término de uso común, se le escapaba totalmente. ¡Qué cruel sarcasmo!

Entonces Kalkmann, pálido como un cadáver, pero con un semblante duro como el hierro, dijo en voz baja unas palabras que Harris no consiguió entender, e inmediatamente, los Hermanos que se encontraban junto a la pared bajaron la luz de las lámparas hasta que la habitación se quedó casi a oscuras. En aquella penumbra Harris apenas si alcanzaba a distinguir sus rostros y sus movimientos.

—Ha llegado la hora —oyó, justo detrás de él, la voz grave de Kalkmann expresándose con tono implacable—. Ya casi es medianoche. Preparémonos. ¡Ya viene! ¡El hermano Asmodelius viene! —Su voz parecía entonar un canto.

El sonido de aquel nombre, por alguna razón inexplicable, era terrible, absolutamente terrible. Harris se puso a temblar de los pies a la cabeza al oírlo. En el momento de pronunciarlo el aire había retumbado levemente y se había hecho el silencio en toda la habitación. Sintió alrededor de él unas fuerzas que transformaban lo normal en algo espantoso, y un miedo atroz le recorrió todo su ser llevándole al borde del colapso.

¡Asmodelius! ¡Asmodelius! Aquel nombre le horrorizaba. Ya sabía a quién hacía referencia y cuál era el significado que se ocultaba tras el sonido de aquella poderosa palabra. En aquel preciso instante supo también el significado de la palabra que había sido incapaz de recordar. La transcendencia de la palabra *Opfer* se le reveló a su alma con un mensaje de muerte.

Pensó hacer un último intento desesperado de alcanzar la puerta, pero la debilidad de sus rodillas, que no paraban de temblar, y la fila de figuras negras que se interponían entre él y su objetivo, le disuadieron de inmediato. Habría gritado pidiendo auxilio, pero al recordar el inmenso vacío del edificio y la soledad de su emplazamiento, comprendió que no obtendría ninguna ayuda por esa vía, de modo que no abrió la boca. Permaneció inmóvil, sin hacer nada y, sin embargo, sabía muy bien lo que le esperaba.

Dos Hermanos se le acercaron y le cogieron del brazo con mucha

delicadeza.

—El hermano Asmodelius le acepta —le susurraron—. ¿Está listo?

Entonces recuperó el habla y trató de decir algo:

—¿Pero qué tengo que ver yo con ese tal hermano As... Asmo ...? —tartamudeó, mientras un torrente de palabras pugnaban por salir en vano del cerco de su titubeante lengua.

Sus labios se negaban a pronunciar aquel nombre. No sabía pronunciarlo como hacían los demás. Le era del todo imposible. La sensación de hallarse indefenso entró en su fase más aguda; su incapacidad para decir aquel nombre hizo que su mente volviera a sumirse en una horrible confusión y entró en un estado de máximo nerviosismo.

—Vine aquí para hacer una visita amistosa —trató de decir con un gran esfuerzo, pero oyó con espanto cómo su voz decía algo muy distinto, utilizando precisamente la misma palabra que los demás habían usado—. Vine aquí por propia voluntad como *Opfer* —se oyó decir— y estoy plenamente dispuesto.

Ya no había salvación posible. No sólo su mente, sino también sus músculos habían dejado de obedecerle. Tenía la sensación de hallarse vacilando en los confines de un mundo fantasmal o demoniaco, cuyo amo y señor respondía al nombre que habían pronunciado y en el cual aquella palabra constituía la suprema expresión del poder.

Todo lo que vio y oyó a partir de entonces le pareció una pesadilla.

—En la penumbra que oculta toda verdad, preparémonos para el culto y la devoción —salmodió Schliemann, que le había precedido hasta el fondo de la habitación.

—Envueltos en las brumas que protegen nuestros rostros de la presencia del Negro Trono, preparemos a la víctima voluntaria —respondió la voz grave de Kalkmann.

Todos alzaron los rostros y permanecieron a la escucha.

Entonces el aire retumbó con un estruendo similar al de un potente proyectil que llegara desde una lejanísima distancia; era un sonido impresionante, prodigioso. Las paredes de la habitación temblaron.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Ya viene! —entonaron todos los Hermanos a coro.

El estruendo se fue apagando; una atmósfera de quietud y un frío glacial se extendieron sobre la habitación. Entonces Kalkmann, con una expresión de extrema severidad, se dio la vuelta en la penumbra y se puso de cara a los demás.

—Asmodelius, nuestro Gran Hermano, está entre nosotros —gritó con su voz férrea en la que, sin embargo, se apreciaba un cierto temblor—. Asmodelius está entre nosotros. Disponedlo todo.

Siguió luego una pausa durante la cual todos permanecieron inmóviles y sin decir nada.

Un Hermano muy alto se acercó al inglés, pero Kalkmann le sujetó la

mano.

—No le tapéis los ojos —dijo—, en señal de reconocimiento a su entrega voluntaria. —En aquel momento Harris se dio cuenta, con horror, de que ya tenía las manos atadas a los costados.

El Hermano se retiró en silencio y, poco después, todas las formas que le rodeaban se postraron de rodillas y sólo quedó él en pie. Mientras se arrodillaban, con voces apagadas en las que se mezclaba la reverencia y el temor, empezaron a entonar suavemente el nombre odioso y terrible del Ser cuya aparición esperaban de un momento a otro.

En el otro extremo de la habitación las ventanas parecían haber desaparecido y en su lugar resplandecían las estrellas.

Recortándose sobre el cielo nocturno surgió a gran altura la silueta majestuosa y terrible de un hombre. Estaba envuelto en una nube gris de tal manera que parecía casi una estatua encerrada en una caja de acero. Aún en su distante esplendor aquella figura resultaba inmensa, imponente, horrible. Su rostro, aunque rebosaba poderío espiritual, expresaba tal orgullo y una tristeza tan severa, que Harris, al contemplarlo, sintió que sus ojos no podrían aguantar su visión y que, en cualquier momento, su vista le abandonaría y se disolvería en la nada.

Aquella figura que se mantenía suspendida en el aire parecía tan remota e inaccesible que resultaba imposible determinar su tamaño; pero, al mismo tiempo, su presencia se sentía tan próxima que, cuando el resplandor gris de su semblante quebrado, tan poderoso y tan profundamente triste, se abatió sobre su alma, irradiando como una negra estrella los poderes de la perversión espiritual, Harris tuvo la sensación de contemplar un rostro que no se encontraba más lejos que el de cualquiera de los Hermanos que tenía a su lado.

Entonces la habitación se llenó de sonidos. Comenzó a temblar. Harris comprendió que se trataba de las voces rotas de todas las víctimas que le habían precedido a lo largo de los años. Lo primero que oyó fue un grito breve y agudo, como de un hombre que en su última agonía tratara desesperadamente de respirar, para acabar pronunciando, justo antes de expirar, el nombre de su Amo, de aquel Ser que se regocijaba al oírlo. Luego siguieron los gritos del estrangulamiento, los jadeos breves y continuos de la asfixia y el gorgoteo apagado de una garganta oprimida. Los ecos de estos gritos y de muchos otros resonaban encerrados entre aquellas cuatro paredes, las mismas en las que Harris, la nueva víctima propiciatoria, estaba prisionero. Pero más desgarradores aún que los gritos de los cuerpos destrozados eran los de las almas golpeadas y quebrantadas. Y mientras los alaridos de aquel espantoso coro subían y bajaban de intensidad, aparecieron también los rostros de las criaturas desdichadas y perdidas a las que pertenecían las voces. Contra el telón de fondo de aquella tenue luz gris, desfilaba en el aire un cortejo de semblantes pálidos y lastimeros que balbucían palabras dirigidas a él y parecían hacerle gestos con la mano para que se les uniera como si ya

fuera uno más de ellos.

La gigantesca figura gris, mientras se alzaba el coro de voces y el pálido cortejo iba pasando de largo, fue descendiendo lentamente del cielo y se acercó, a la habitación donde se encontraban sus fieles y el prisionero. Harris, en medio de la oscuridad, advirtió junto a él un movimiento de manos y se dio cuenta de que le estaban poniendo algo. Sintió el tacto helado de una diadema que le rodeaba la cabeza, mientras que, en torno a su cintura, por encima de sus manos atadas, le colocaban una correa muy apretada. Finalmente, sintió alrededor de su cuello un roce sedoso y suave; no necesitaba una luz más intensa o un espejo para saber que se trataba de la cuerda del sacrificio ... y de la muerte.

En aquel momento los Hermanos, que seguían postrados en el suelo, volvieron a entonar aquel canto lastimero a la par que vehemente y, justo entonces, ocurrió algo extraño.

Aunque aparentemente la enorme figura no se había movido ni había cambiado de posición, ahora parecía encontrarse dentro de la habitación, casi a su lado, abarcando todo el espacio que le rodeaba.

Harris había traspasado las fronteras normales del miedo, en su corazón sólo palpitaba, ya el sentimiento de abandono que precede a la muerte... a la muerte del alma. El pensamiento había dejado de acuciarle para que intentara escapar.

El fin estaba cerca, y lo sabía.

La espantosa salmodia de las voces se alzaba en torno suyo a oleadas: ¡Adoramos! ¡Veneramos! ¡Ofrecemos! Aquellos sonidos retumbaban en su oído y rebotaban contra su cerebro sin transmitirle apenas ningún significado.

Entonces, aquel majestuoso rostro gris se agachó lentamente hacia él, y Harris sintió que el alma se le escapaba del cuerpo y se hundía en el mar de aquellos ojos atormentados. En aquel preciso momento, una docena de manos le forzaron a ponerse de rodillas. Vio a Kalkmann alzar el brazo y sintió que la presión en torno a su garganta se hacía más intensa.

En ese instante terrible, cuando ya había abandonado toda esperanza y cualquier tipo de ayuda, divina o humana, parecía descartada, sucedió algo extraordinario. De forma totalmente inesperada, sin ninguna explicación lógica, ante sus ojos aterrorizados a punto ya de cerrarse apareció, envuelto en un halo de luz, el rostro del otro hombre que había compartido mesa con él en la posada de la estación. La sola imagen mental del rostro sano y enérgico de aquel inglés le infundió de pronto nuevos bríos.

No había sido más que un destello fugaz que había cruzado su debilitada visión justo antes de hundirse en una muerte oscura y terrible y, sin embargo, por alguna razón difícil de explicar, la imagen de aquel rostro le había llenado de esperanza, haciéndole sentir que su liberación estaba próxima.

Era un rostro que transmitía poder, un rostro —ahora se daba cuenta— de pura bondad; similar quizá al que los hombres de la antigüedad vieron en las costas de Galilea: un rostro capaz de derrotar incluso a los diablos del espacio exterior.

Aunque estaba ya sumido en la desesperación y el abandono, lo invocó con tono decidido. En aquel momento sobrecogedor recuperó el habla. Nunca llegó a recordar cuáles fueron las palabras que empleó o si fueron palabras alemanas o inglesas. No obstante, su efecto fue instantáneo. Los Hermanos comprendieron y aquella gris Presencia del mal también comprendió.

Durante un segundo reinó la confusión. Se escuchó un estruendo ensordecedor. Era como si la tierra entera se hubiera puesto a temblar. Pero, lo único que Harris recordaría más tarde fue que, en torno de él, se alzó un clamor de voces presas de una terrible alarma:

—¡Hay un hombre con poder entre nosotros! ¡Un enviado de Dios!

El tremendo ruido que ya oyeran antes —aquel tronar de inmensos proyectiles surcando el espacio— se repitió, y entonces Harris se desplomó inconsciente sobre el suelo de la sala.

Toda la escena se disipó como el humo que sale de una chimenea al soplar el viento.

A su lado se sentaba la figura menuda y de aspecto nada alemán del desconocido que viera en la posada, el hombre de los ojos fascinantes.

Cuando Harris recobró el conocimiento sintió frío. Estaba tumbado al raso y la fresca brisa que venía de los campos y del bosque le daba de cara. Se incorporó un poco y miró a su alrededor. El horror de la última escena seguía grabado en su mente, pero de todo aquello ya no quedaba ni rastro. No estaba encerrado entre paredes, no había un techo sobre él: ya no estaba en una habitación. No había lámparas a media luz, ni humo de puros, ni las formas oscuras y siniestras de los adoradores, ni la imponente Figura gris que permanecía suspendida en el aire más allá de las ventanas.

Se encontraba en un espacio abierto tirado sobre una pila de ladrillos y argamasa; el rocío empapaba sus ropas y, en lo alto, brillaban benignas las estrellas. Estaba tumbado, cubierto de magulladuras, y en un estado de gran agitación, entre los escombros de un edificio derrumbado.

Se puso en pie y echó una mirada a su alrededor. En la distancia, se extendía el cinturón del bosque, envuelto en sombras y, muy próximas, se levantaban las siluetas de los edificios del pueblo. Pero, a sus pies, no había absolutamente nada más que montones de cascotes; los vestigios de un edificio que hacía mucho que se había desmoronado. Las piedras estaban ennegrecidas y, sobre los escombros, se distinguían las líneas que trazaban unas vigas entre quemadas y podridas. Se encontraba entre

las ruinas de un edificio destruido por el fuego; las ortigas y las malas hierbas que crecían por todas partes daban testimonio de que se hallaba en ese estado desde hacía muchos años.

La luna ya se había ocultado tras el bosque circundante, pero la luz de las estrellas que tachonaban el cielo bastaba para cerciorarse de la veracidad de lo que contemplaba. Harris, el comerciante en sedas, rodeado de piedras rotas y quemadas, se puso a temblar.

Súbitamente se percató de una presencia que surgía de entre las sombras y se ponía a su lado. Forzó la vista y creyó reconocer el rostro del desconocido de la posada de la estación.

—¿Es usted real? —preguntó con una voz que apenas si le pareció la suya.

—Soy algo más que real... soy un amigo —replicó el desconocido—. Le he seguido hasta aquí desde la posada.

Harris se quedó un rato mirándole sin pronunciar palabra. Los dientes le castañeteaban y el más mínimo ruido le producía un sobresalto, pero el simple hecho de oír que le hablaban en su propio idioma y el tono en que había pronunciado aquellas palabras bastaron para que sintiera un gran alivio.

—Gracias a Dios que también es usted inglés —dijo de forma incongruente—. Estos demonios de alemanes... —No pudo concluir la frase y se cubrió los ojos con las manos—. ¿Pero qué ha sido de ellos... y la habitación y... y ...? —Se llevó la mano a la garganta y la pasó nervioso por el cuello. Lanzó un larguísimo suspiro de alivio—. ¿Todo ha sido un sueño... todo? —dijo con turbación.

Miró ansioso a su alrededor, y el desconocido, dando un paso adelante, le tomó del brazo.

—Venga —dijo imprimiendo a su voz un tono tranquilizador, aunque con cierto matiz de orden—, será mejor que nos alejemos de aquí. La carretera, o incluso el bosque, serán más de su agrado. Ahora estamos en uno de los lugares más hechizados —más terriblemente hechizados— de toda la tierra.

Guió el paso titubeante de su compañero por entre aquellos cascotes en dirección al sendero; las ortigas les pinchaban las manos y Harris avanzaba a tientas, como un sonámbulo. Cruzaron los retorcidos barrotes de la verja, y una vez que llegaron al sendero, se dirigieron hacia la carretera, que brillaba blanca en la noche. Cuando por fin se hallaron fuera de las ruinas, Harris, ya más sereno, se dio la vuelta y miró hacia atrás.

—¿Pero, cómo es posible? —exclamó, con voz todavía temblorosa— ¿Cómo se explica todo esto? Cuando llegué aquí vi el edificio alumbrado por la luz de la luna. Me abrieron la puerta. Vi aquellas figuras, oí sus voces y toqué —sí, llegué a tocar— sus mismas manos y vi sus malditos rostros sombríos, con más claridad aún de como le veo a usted ahora. —Estaba profundamente aturdido. Seguía dominado por aquel embrujo

hasta el punto de parecerle más real que la vida normal—. ¿Es que ha sido todo una ilusión?

De repente, las palabras del desconocido, a las que no había prestado demasiada atención, le vinieron a la mente.

—¿Hechizado? —preguntó, clavando la mirada en el otro—. ¿Ha dicho usted hechizado? —Se detuvo en medio de la carretera y se quedó mirando a la oscuridad donde se le había aparecido por primera vez el edificio de su viejo colegio. Pero el desconocido tiró de él para que apresurara el paso.

—Será mejor que hablemos de ello cuando estemos más lejos, en un lugar más seguro —dijo—. Desde que me di cuenta de a dónde se dirigía abandoné la pensión y comencé a seguirle. Cuando le encontré eran ya las once de la noche...

—Las once —dijo Harris, agitado por un temblor al recordar lo ocurrido.

—...le vi caer. Estuve vigilándole hasta que recuperó el sentido por sí solo y ahora... bien, ahora estoy aquí para llevarle sano y salvo a la posada. He roto el hechizo, el encantamiento.

—Estoy en deuda con usted, caballero —le interrumpió de nuevo Harris, que comenzaba a hacerse una idea de por qué aquel hombre se mostraba tan amable—, pero no entiendo muy bien lo que ha pasado. Todavía estoy un tanto aturdido y afectado. —Le castañeteaban los dientes y sufría violentos espasmos que le recorrían de los pies a la cabeza. Sin darse cuenta se había aferrado al brazo de su acompañante. De esta guisa, dejaron atrás los vestigios del pueblo abandonado y alcanzaron la carretera que, tras cruzar el bosque, conducía de vuelta a la posada.

—Hace mucho que el edificio del colegio está en ruinas —dijo en ese momento el hombre que caminaba a su lado—. Los Mayores de la comunidad ordenaron que lo quemaran hará ya unos diez años. Desde entonces el pueblo está deshabitado. Sin embargo, continúa produciéndose un simulacro de los horribles acontecimientos que tuvieron lugar bajo ese techo. Las «formas externas» de los principales protagonistas aún representan allí los terribles hechos que condujeron a su final destrucción y al abandono de todo el asentamiento. ¡Eran adoradores del Demonio!

Mientras Harris le escuchaba su frente se iba perlado de gotas de sudor que no se debían tan sólo a su lento caminar envueltos por el frescor de la noche. Aunque no había visto a este hombre más que una vez en su vida, y nunca había intercambiado con él ni una palabra, su presencia le hacía sentir un grado de confianza y una sutil sensación de seguridad y bienestar que constituían el mejor efecto curativo que podía desearse tras la experiencia por la que había pasado. A pesar de ello, seguía teniendo la sensación de estar andando en sueños, y aunque no perdía palabra de lo que le decía su compañero, no fue hasta el día

siguiente cuando se dio plena cuenta de la importancia de lo que le había contado. La presencia sosegada de aquel desconocido, el hombre de los ojos fascinantes, que ahora más que verlos los sentía, era como un bálsamo que aliviaba a fondo su espíritu turbado. El efecto curativo que desprendía la oscura figura que caminaba a su lado, satisfacía su necesidad más imperiosa, de tal modo que apenas si se daba cuenta de qué extraño y qué oportuno había sido que se encontrara en aquel lugar.

El caso es que no se le ocurrió preguntarle su nombre, ni le sorprendió en exceso que un turista, que estaba allí de paso, se tomará tantas molestias por otro turista. Se limitaba a caminar a su lado, escuchando sus sosegadas palabras y disfrutando, tras la terrible experiencia que acababa de pasar, de la maravillosa sensación de sentirse ayudado, fortalecido, reconfortado. Sólo en una ocasión, tras un comentario más extraordinario de lo habitual, recordó vagamente algo que había leído hace muchos años y, volviéndose hacia el hombre que estaba a su lado, le preguntó de forma casi involuntaria:

—Caballero, ¿no será usted por casualidad un Rosacruz?

Pero el desconocido hizo caso omiso de aquellas palabras o, quizá, ni tan siquiera las oyó, pues siguió hablando como si tal cosa. En aquel momento, mientras caminaban uno junto al otro por los tramos más fríos del bosque, una imagen bastante singular se apoderó de la mente de Harris; le vino a la imaginación el recuerdo infantil de Jacob luchando con el ángel... luchando toda la noche contra un ser superior, cuya fuerza, finalmente, pasaba a ser suya.

—Su áspera conversación con el cura durante la cena me puso tras la pista de este extraordinario suceso —sentía la voz sosegada de aquel hombre muy próxima en medio de la oscuridad—, y fue precisamente aquel cura quien, una vez que usted se hubo marchado, me contó la historia del culto satánico que se había implantado en secreto en el mismo seno de esta pequeña comunidad de vida tan sencilla y devota.

—¡Un culto satánico! ¡Aquí ...! —balbució Harris horrorizado.

—Sí... aquí; practicado en secreto durante años por un grupo de Hermanos hasta que una serie de misteriosas desapariciones en el vecindario condujeron a su descubrimiento. ¿En qué otro lugar del mundo que no fuera este recinto protegido por el manto de la beatitud y la vida santa habrían podido sentirse más seguros para desarrollar su infame comercio y sus perversos poderes?

—¡Es horrible, horrible! —susurró el comerciante en sedas—. Cuando le cuente las cosas que me dijeron...

—No hace falta —le respondió con calma el desconocido—. He visto y escuchado todo lo ocurrido. En un principio mi plan era esperar hasta el último momento y, entonces, dar los pasos necesarios para destruirlos, pero por su propia seguridad —hablaba con la máxima convicción seriedad—, por la seguridad de su alma, preferí dar a conocer mi presencia justo cuando lo hice, antes de que hubiera concluido todo.

—¡Mi seguridad! Entonces el peligro era real. Estaban vivos y... —No le salían las palabras. Se paró en la carretera y se volvió hacia su acompañante; apenas si conseguía intuir el brillo de sus ojos en medio de tanta oscuridad.

—Era una reunión de las formas externas de unos hombres violentos, dotados de una espiritualidad muy desarrollada, aunque perversa, que buscaban a través de la muerte —la muerte de los cuerpos— la prolongación de su existencia vil y antinatural. De haber conseguido sus objetivos usted mismo, tras la muerte de su cuerpo, habría caído en su poder y les habría ayudado a acometer sus terribles propósitos.

Harris no respondió. Trataba con todas sus fuerzas de concentrar sus pensamientos en las cosas sencillas y agradables de la vida. Incluso pensó en sedas, en St. Pairs Churchyard y en los rostros de sus socios.

—Usted reunía todos los requisitos para que le atraparan —Harris sentía que aquella voz le llegaba ahora desde muy lejos—. El estado de ánimo tan introspectivo en que se hallaba ya había reconstruido el pasado tan vívida e intensamente que, de forma inmediata, entró en contacto con todas las fuerzas de aquellos tiempos que pudieran permanecer todavía asociadas al lugar. Se le llevaron por delante sin que usted ofreciera ninguna resistencia.

Harris, al oír aquello, se agarró con más fuerza al brazo del desconocido. De momento en su corazón sólo había espacio para una emoción. No le pareció extraño que aquel hombre tuviera un conocimiento tan detallado de sus pensamientos más íntimos.

—Es una pena, pero lo cierto es que son sobre todo los sentimientos malignos los que dejan su impresión fotográfica en aquellos lugares u objetos asociados a ellos. ¿Cuándo se ha oído hablar de algún lugar encantado por una acción noble o de un fantasma bello y encantador que regresara para visitar los escenarios sublunares? Es una auténtica desgracia, pero sólo las pasiones perversas de los corazones humanos son lo bastante fuertes para dejar de sí imágenes que persistan; el bien es siempre demasiado tibio.

El desconocido exhaló un suspiro mientras hablaba. Sin embargo, Harris estaba tan agotado y turbado que se limitaba a seguir sus pasos sin prestar excesiva atención a lo que decía. Aún seguía caminando como en sueños. Aquel paseo de regreso bajo la luz de las estrellas, a primeras horas de la madrugada de octubre, le parecía maravilloso. Les envolvía la paz del bosque, la neblina se alzaba por doquier en los pequeños claros y el sonido del agua de cientos de regatos invisibles llenaba las pausas de la conversación. A lo largo de su vida Harris siempre recordó aquel paseo como algo mágico e increíble, algo que parecía casi demasiado hermoso —demasiado extraordinario y hermoso— para haber sido del todo real. Y aunque mientras ocurría apenas si oyó o comprendió una cuarta parte de lo que aquel desconocido le contó, más adelante volvería a recordarlo y permanecería con él hasta el final de sus días, envuelto siempre en ese

halo de encantamiento e irrealidad, como si todo hubiera sido un maravilloso sueño del que guardara tan sólo un recuerdo impreciso pero muy intenso de algunas de sus partes.

Finalmente, el horror de su experiencia anterior terminó por disiparse del todo. Cuando llegaron a la posada de la estación, a eso de las tres de la madrugada, Harris estrechó cordial y efusivamente la mano del desconocido y puso todo su corazón en la respuesta que dio a la mirada de aquellos fascinantes ojos; después subió a su habitación, recordando vagamente, como en un sueño, las palabras con las que el desconocido había dado por finalizada su conversación al salir del bosque:

«Si los pensamientos y las emociones pueden perdurar mucho tiempo después de que el cerebro que los originó se haya convertido en polvo, es de vital importancia que sepamos controlarlos desde el mismo momento en que brotan de nuestro corazón y los sometamos a la más estrecha vigilancia.»

Harris, el comerciante en sedas, durmió aquella noche mucho mejor de lo que cabía esperar, y tan profundamente, que no despertó hasta bien avanzado el día siguiente. Cuando bajó de su habitación y se enteró de que el desconocido ya había partido, lamentó con amargura que en ningún momento se le hubiera ocurrido preguntarle su nombre.

—Sí, ha firmado el libro de registro —le dijo la chica de la recepción en respuesta a su pregunta.

Fue pasando las páginas hasta llegar a la última entrada donde, escrito con una caligrafía muy cuidada y singular, podía leerse:

JOHN SILENCE, Londres.